

Una brillante exploración del amor y sus deseos

Laura Dave

LONDRES  
ES LA  
MEJOR  
CIUDAD DE  
AMÉRICA



Lectulandia

Tras dejar tirado a su prometido en un motel de carretera, Emmy se aísla en un pequeño pueblo de pescadores de Rhode Island. Tres años más tarde la inminente boda de su hermano Josh la hace regresar a Nueva York. Sin embargo, ahora es Josh, quien jamás había tenido dudas, el que, inseguro por la sombra de otra mujer, contempla echarse atrás en el último momento. A lo largo de veinticuatro intensas horas, Emmy —enfrentada a sus propios temores y emociones pasados— y su hermano se verán obligados a plantearse el significado del compromiso, la lealtad y el amor.

**Lectulandia**

Laura Dave

# **Londres es la mejor ciudad de América**

ePub r1.0

smonarde 13.12.13

Título original: *London is the Best City in America*

Laura Dave, 2006

Traducción: Javier Alfaya McShane

Editor digital: smonarde

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mis padres,  
y a mi hermano.

## Agradecimientos

Estoy profundamente agradecida por los extraordinarios consejos, capacidad de penetración y fe inquebrantable en mí, de mis editoras Carole DeSanti y Molly Barton, mi agente Gail Hochman y de Dana Forman, la mejor amiga de esta novela.

*A los famosos:* Sylvie Rabineau, Beena Kamlani, Carolyn Coleburn, Nancy Shepard y Carolyn Horst de Viking; Marianne Merola y Joanne Brownstein de Brandt y Hochman, y a Gwyn Lurie.

*A los sabelotodos:* Gayle Walsch, Rick Blanchard, Bill Dittmar del Bully Boy Bullmastiffs, Camrin Crisci, mis maravillosos profesores de la Universidad de Pennsylvania, y a Jeremy Church, mi pescador favorito.

*A mis fabulosos primeros lectores:* Elizabeth Weinstein, Julie Farkas, Jessica Bohrer; Nick Breslow, Shannan Rouss, y Benn Tishler.

*A los defensores de todo tipo:* Ben Cramer, Carolyn Marie Janiak, Meg Blevins, Vicky Brand, Bonnie Carrabba, Andrew Cohen, Brett Forman, Jenny Kennedy, Jenni Lapidus, Dot Lasky, Caitlin Leffel, Lisa Menitoff, Whitney Pellegrino, Melissa Rice, Becca Richards, Jill Schwartzman, Courtenay Seabring, Shauna Seliy, Josh Ufberg y Maggie Vining.

*A la gente y lugares que hicieron posible escribir esta primera novela:* El Henry Hoyns Fellowship (Sociedad Henry Hoyns), la Tennessee Williams Scholarship (Beca Tennessee Williams), a Jody Donohue Associates (Jody Donohue Asociados), The Ventana Inn en Big Sur, La Sala de Escritores, 71 Irving y mis grandes editores en *Self Magazine* y *ESPN the Magazine*.

Si no tardas demasiado,  
te esperaré aquí toda la vida.

OSCAR WILDE



## Narragansett, Rhode Island

Ella pensó que si él la acariciaba una sola vez no se marcharía. Pensó que si mientras dormía, él la cogía, ponía la mano en su pierna, o en su rodilla, acercaba su rostro al de ella, su pierna a la suya, la boca a su espalda, la palma de la mano a su tripa, el brazo a su cadera, la cadera a su pierna, metía la cabeza bajo los hombros de ella o rozaba su cuello con su mejilla... lo sobrellevaría. ¡Él tenía todas estas opciones! Y Emmy aguantaría para siempre. No se marcharía, se mantendría fiel y se quedaría aquí.

¿Dónde era aquí? No era en casa. No estaban en casa. Era el viernes anterior al Día de Independencia, la temperatura exterior era de cuarenta grados centígrados y estaban en un motel de carretera al sur de Rhode Island, de puente, de camino a Maine a ver a los padres de él. No habían previsto detenerse pero se marcharon tarde de la ciudad porque se retrasó el encuentro que ella debía mantener con el organizador de su boda, algo que a él le molestó. Pero ella también estaba molesta, aunque... ¿debía recordárselo a él?, porque en primer lugar, no quería un organizador de boda, sino algo tan sencillo como estar a su lado en lo alto de un acantilado cualquiera, quizás de Nuevo Méjico, muy por encima del nivel del mar, con casas de adobe filtrándose por la tierra seca. Emmy se tumbó boca arriba. Las sábanas estaban tiesas. La alarma contra incendios justo sobre la cabeza. A su lado tenía el mando del televisor. La disposición era la siguiente: ella, el mando a distancia, él. Él también estaba boca arriba. Ella podía encender el televisor sin despertarlo. Podía levantarse, vestirse y comprarse una Coca Cola en la máquina expendedora, sin que esto le despertase. Ella podría sentarse en la piscina cubierta, durante una o dos horas, Coca en mano, sin que esto le despertase. Si ocurría que él se despertaba por sí solo y veía que ella se había marchado, le inquietaría, pero no tanto como para salir a buscarla. Primero se ducharía, luego escucharía la radio atento al último parte de tráfico, llamaría a su familia para comunicar una hora aproximada de llegada. Y esperaría.

Antes era diferente y eso lo sabía Emmy. Del mismo modo que sabía que a él lo perdería si se marchaba ese día. De todos modos ya lo estaba perdiendo poco a poco. Pero si se iba aquel mismo día, si se marchaba, lo perdería para siempre. Hasta ese momento, su devoción por él aún bastaba para evitar que ocurriese algo así. Servía para mantenerlos juntos. Matt era leal a esa clase de devociones. Se iba a casar con ella ¿no? Seguía fiel a sus citas con ella, seguía acostándose con ella, empleando su tiempo con ella y, quizás, si ella le prestaba menos atención, no vería que él ya no estaba enamorado. Quizás pasado un tiempo ella podría convencerse de que él por lo menos sentía algo parecido al amor y él podría sentir lo mismo. Ella podría seguir poseyéndolo y deseándolo, igual que hasta entonces, tal y como había ocurrido hasta ese momento.



Pero no sería así si ella se marchaba. Si lo hacía, él tendría que irse solo a casa de sus padres y contar lo ocurrido. Se encontraría solo, debiendo explicar el modo en que ella lo había abandonado. Tendría que dar una explicación. Él nunca la perdonaría.

A las seis de la mañana, Matt se giró y le dio la espalda. Tenía las manos bajo las sábanas. Emmy salió a rastras de la cama y se dirigió al baño. Se cepilló los dientes, se lavó la cara y se hizo un moño. Tenía una larga melena castaña que lavaba con champú de caballo para mantenerla suave. Se puso el mismo vestido de verano color melocotón del día anterior. Tenía la piel muy clara, algo que no hacía mucho juego con la tonalidad del vestido. Le iba mejor el azul, el color marfil o el rojo.

Ya tenía la maleta hecha, de modo que se puso manos a la obra. A él le dejó el coche y las llaves. Cerró la puerta tras de sí. Se detuvo frente a recepción para pagar su estancia. Quiso dejarle una nota pero no sabía qué decir. De modo que consiguió otra llave del encargado de turno, volvió a la habitación, se quitó el vestido color melocotón y una vez más se metió en la cama junto a él.

Ahora estaban el uno frente al otro. Poco antes de las nueve, él abrió los ojos y parpadeó. La observó con sus ojos verdes e inmóviles. Ella extendió la mano y le acarició la mejilla, primero con las puntas y luego con las yemas de los dedos.

—¿Sabes que dicen que va a llover? —preguntó ella. Matt movió la cabeza haciendo ademán de desconocerlo. Bostezó.

—Pues sí —dijo ella—. Una gran tormenta. Enorme que debería refrescar un poco el ambiente.

Él asintió con la cabeza mientras se le cerraban los ojos. Esto, por supuesto, era el despertar preliminar. Habría dos más, quizás tres, hasta que llegase el definitivo. Ella ya no sería testigo. Se quitó su anillo de compromiso, lo colocó sobre la almohada, volvió a salir de la cama, se puso el vestido de verano color melocotón, recogió su maleta, y una vez más, salió de la habitación del hotel, esta vez para siempre.

# Primera Parte

## Tres años más tarde

El muelle principal de Point Judith, en Rhode Island, es largo y estrecho. A primera hora, cualquier mañana de diario, no es extraño ver una multitud alineada a lo largo del mismo, despidiendo a los pescadores que parten mar adentro desde el puerto. Lo hacen para desearles buena suerte: se quedan ahí hasta que los marinos se han abierto paso, han superado la última boya, el último indicador, y navegan hasta desaparecer. Esto es así siempre que no coincida con el primer viernes de un mes cualquiera, cuando el barco de pesca de bogavantes, el de Jesse O'Brien, zarpa desde el puerto. Su novia, Betsy, se queda allí, un solo minuto, haciendo un ademán de despedida, antes de marcharse también ella. De este modo, es Jesse quien tiene que verla partir a ella.

Desde la trastienda de la pequeña tienda de aparejos de pesca, vi a Betsy huyendo a toda prisa de aquel muelle en unas cuantas ocasiones. Una de las pocas ventajas que obtenía trabajando en aquel lugar era las vistas del embarcadero, de los impresionantes barcos pesqueros, del azul claro de un océano que se balanceaba pesadamente tan a lo lejos que yo no lograba verlo todo. Era un paisaje perfecto. Y casi compensaba lo que se observaba desde la tienda: la polvorienta carretera con postes eléctricos, restos llevados por el viento y el pequeño motel de carretera del que yo me había marchado ahora hacía justo tres años.

Lo cierto es que no me escabullí lejos tras mi dramática partida de la habitación del motel. Simplemente seguí por la carretera, la segunda a la izquierda —la primera era South Pier Road y la siguiente Ocean Road— justo a la altura del centro neurálgico del pueblo, el malecón, lugar donde encontré una habitación de motel, diferente —donde pagué de inmediato una semana por adelantado— y donde me duché y me tumbé en el suelo tratando de dilucidar qué hacer.

No tenía ni idea. Finalmente me levanté y volví a salir al exterior. Di un larguísimo paseo bordeando el mar. Resolví que si alguien iba a escoger un lugar en el que perderse, este pueblo con playa no era una mala elección.

A partir de entonces, las cosas parecieron tomar su propio cauce. Durante los primeros días encontré trabajo cuidando una casa de huéspedes por la carretera de Boston Neck, la vía principal de entrada al pueblo, a lo largo del malecón, y que va directa a la universidad. No es que la casa estuviese situada a orillas del mar, pero casi. Y a cambio de realizar tareas livianas en la vivienda, tenía vía libre para utilizar los tres mil metros cuadrados de un lugar apenas amueblado, y que casi no abandonaba, excepto por las mañanas, cuando conducía hasta el otro extremo de Narragansett, donde me convertía en subdirectora —también conocida como única empleada— de una tienda de aparejos de pesca. No se trataba de la famosa tienda de aparejos de pesca, aquella asociada a la igualmente conocida marisquería frecuentada

por turistas, grupos de pescadores domingueros y veraneantes que poseían barcos con nombres tales como *De P... madre*. Se trataba de la otra tienda situada al final del muelle, cutre, arrinconada junto al depósito de agua.

Hoy rondaba yo por allí, mucho después de terminar mi turno de trabajo, dando vueltas por la trastienda y bastante después de que Betsy viniese y desapareciese. Ésta parecía mejor que la otra opción, la que yo debía recordar cada vez que clavaba los ojos en el calendario del Porsche del mes de mi jefe, que colgaba en la pared. Rodeé la fecha de hoy con un rotulador rojo brillante. Cuatro de julio, Día de la Independencia. En el recuadro donde se situaba el «4», escribí ny en minúsculas.

—Oye, Manhattan. —Me volví hacia la puerta de la trastienda, que llevaba hacia la tienda y vi a Bobby, el dueño, con dos cañas de pescar de acero en una mano y un cubo de cebos en la otra.

Bobby tenía 67 años, se había casado recientemente con la misma mujer por tercera vez y solía enfadarse con todo el mundo excepto conmigo, aunque aún utilizase el apodo que me colgó mi primer día de trabajo: Manhattan. Siempre se pillaba el gran cabreo con los pocos clientes leales que poseía la tienda, a los que acusaba de evitarle una jubilación de la que llevaba hablando desde antes de volver su esposa con él por segunda vez. Todas las semanas me recordaba que me buscase un trabajo nuevo. Todos los días me decía que pronto cerraríamos para siempre.

—¿No deberías estar de camino a casa? —¿Cómo podía responder a eso? Estaba en ello. De veras.

—Hacía acopio del valor suficiente para marcharme —respondí.

Me lanzó una mirada que ignoré. Hacía acopio de valor porque se casaba mi hermano Josh. Para acudir a su boda debía conducir hasta la periferia de Nueva York, hacia el hogar de mi infancia. Pero no soportaba las interminables preguntas que yo sabía que surgirían tan pronto me vieran llegar: ¿Qué tal tu vida privada? ¿Cuándo te casas? ¿Qué planes tienes para cuando dejes Rhode Island? Y una vez más: ¿Qué haces allí?

—¿Te importaría reunir el valor suficiente para situarte en primera línea? —preguntó—. Tenemos sobrecarga.

Para nosotros sobrecarga se traducía en más de dos clientes. Un vistazo rápido desde la tienda revelaba que teníamos tres. Esto incluía a una joven camarera de la selecta marisquería y tienda de aparejos de pesca, a la que le gustaba visitarnos durante las pausas de su trabajo. Yo no tenía muy claro el porqué. En tres años nunca la vi comprar nada, ni tan siquiera un cebo.

¿Quién era yo para juzgar a nadie? De donde yo venía, nadie entendía por qué trabajaba en esta tienda de aparejos de pesca o por qué permanecía en Rhode Island. Por lo tanto se me ocurrió una razón legítima para quedarme. Decidí realizar un documental sobre las esposas de los pescadores de altura. ¿Y qué mejor lugar para

hacerlo que un pueblo pesquero? Pensé que sería interesante echar una mirada a todas estas mujeres a las que dejaban atrás constantemente y, quienes, solas, debían ocuparse de todo durante uno, dos o tres meses, mientras sus maridos estaban lejos, en el mar. En última instancia se encontraban en una situación de constante espera.

Al principio me pareció una idea muy buena, pero pasados todos estos años el proyecto no estaba precisamente donde yo esperaba o donde todo el mundo, lógicamente, esperaba que se encontrase. Y no era precisamente intrascendente el hecho de que aunque en un principio y para tener el proyecto bajo control tenía previsto entrevistar simplemente a un par de esposas, sin rebasar el tope de cuatro o cinco, hubiese llegado a superar un poco la barrera inicial.

Iba por la esposa número ciento siete.

Hasta la fecha.

En algún momento algo se torció en mi cabeza. Todas estas mujeres empezaron a fundirse las unas con las otras. El pelo rubio se tornó castaño, los cigarrillos se transformaron en uñas carcomidas, los tatuajes en gafas de lectura. Ya no las distinguía. Tres Amys, cuatro Jens, seis Christinas, una Daisy, siete Jills, dos Laurens, cuatro Lindas, tres Gayles, cinco Josies, tres Ninas, cuatro Theresas, una Carrie, cinco Nicoles, seis Emilys, ocho Maggies, cuatro Dianes, tres Kristies, dos Sues, cuatro Beths, nueve Julies, tres Maras, siete Lucys, dos Junes, cinco Kates, dos Lomas y cuatro Saras. No veía nada claro de cuanto me contaba ninguna de ellas.

Lo único que seguía viendo claro era a Matt.

Bobby modificó su postura al tener el cubo de piruletas en sus manos.

—Manhattan, ¿sabes qué? Olvídalo. Quiero verte fuera de aquí. Las bodas no esperan a nadie. Hazme caso. —Se dio la vuelta y volvió a la tienda.

El reloj de pared marcaba las cuatro menos veinticinco de la tarde. La idea era encontrarme con mi hermano en la piscina de Scarsdale justo cuatro horas y diez minutos después, para ver los fuegos artificiales. Le prometí a Josh, y a mi familia al completo, que llegaría a casa a tiempo para todo. Teniendo en cuenta el ineludible tráfico de fin de semana que estaba a punto de encontrarme, si no me marchaba de inmediato, lo primero que tendría que hacer sería explicar mi retraso.

Me lleva cuarenta y ocho segundos ir desde la salida de la trastienda hasta el asiento de mi coche. Ahora lo sabía porque lo cronometré mientras lo hacía, al dar nueve pasos rápidos para cruzar el aparcamiento, cerrar la puerta del coche tras de mí, ajustar el espejo retrovisor y abrocharme el cinturón de seguridad. Me sirvió para dejar de pensar durante un minuto. Pero luego vi todas mis bolsas en el asiento trasero del coche, casi la mitad de todo lo que poseo estaba allí reunido y aun así, no podía evitar preguntarme si me había olvidado algo importante. Por ejemplo, ese detalle que convencería a todo el mundo de que aquí, por mi cuenta, me iba bien. ¿Podría ser simplemente un suéter de manga corta color púrpura? No, eso no parecía

real.

Saqué el coche de la plaza de aparcamiento dando marcha atrás justo cuando June Martin (también conocida como June dos) giró a la izquierda para entrar, acercándose a mi rueda con su monovolumen Volvo de color rojo. Sus hijos no estaban en el asiento trasero pero todos sus bártulos obstruían las ventanas de atrás e incluso las del portaequipaje. Había sillas de bebé, globos, envoltorios de chucherías y juguetes de peluche.

June tenía tres hijas, Dana, Carolyn y Holly. Al día siguiente celebraban el cumpleaños de la más pequeña. June me había traído una invitación la semana anterior. Aún estaba en la guantera, era de color rosa y brillaba igual que un deseo sin cumplir. Cuando te apetecía ir al cumpleaños de un crío era cuando te dabas cuenta de que tenías problemas.

—¿Vas por aquí? —preguntó June, señalando la dirección que se toma para ir a mi casa, mientras adelantaba su coche para cederme el paso.

Pero señalé hacia el otro lado, señalé como vacilante o decidida hacia la carretera, hacia Nueva York.

—Por aquí —respondí con una leve sonrisa y haciendo un ademán de despedida. Ella devolvió el saludo. Luego me dirigí hacia donde había dicho que iba.

Me iba a casa.

Esto es lo que pasa cuando vuelves a casa.

No sabes lo que recordarás. Y aun así me empezaba a dar la impresión, si le prestaba la suficiente atención, que a veces podías prever instantes que sabías serían importantes, momentos que no olvidarías. Podría enumerar al menos una docena de veces durante mi infancia, en las que fui a la piscina de Scarsdale con mi hermano Josh para ver los fuegos artificiales del Cuatro de Julio. En mi pueblo natal si querías ver los fuegos artificiales del Día de la Independencia, no había muchas más opciones. Pero esa noche se respiraba otro ambiente desde el momento en que llegamos. Estábamos sentados donde siempre, en la colina, dirigiendo la mirada a la piscina central, algo apartados de la gran multitud, cuando todo comenzó a cobrar forma de una manera muy nítida, casi como un grabado bien definido. Y de pronto me sentí extrañamente consciente de lo despejado que estaba el cielo, de lo rubia y feliz que era la familia que teníamos a nuestro lado sobre una manta, de cómo brillaba y fluía todo, y de cómo estaba algo más próximo a la memoria que a la realidad. Era como el preámbulo que nos avisaba de que se avecinaba algo grande.

Y aunque acepté ir a ver los fuegos artificiales —acepté sentarme en la pequeña colina, comer perritos calientes y observar el resplandor colorista en el cielo— a una parte de mí le habría gustado insinuar que nos fuésemos de allí en el acto, nos marchásemos pronto, llegásemos antes que el resto de la multitud al aparcamiento y nos dirigiésemos a casa. Porque, gracias a unas circunstancias acertadas, a unos momentos especiales, esas cosas pueden sin duda enredarte. Los fuegos artificiales, el aire puro y la felicidad pueden hacerte creer que el mundo es tal y como no es, y pueden hacer que digas cosas que no dirías otra noche cualquiera.

Que, por ejemplo, Josh nunca diría:

—No sé si hago bien. Ya sabes, en casarme este fin de semana.

Me volví y le miré incrédula. Él miraba al frente, mientras mordía su perrito caliente. Esto me bastaba para suponer que yo había imaginado lo que oí. Que me lo inventé. Lo que quiero decir es... ¿quién sería capaz de meterle un bocado a un perrito caliente tras decir algo así? Un loco. Y es que mi hermano no estaba loco. Al menos yo no pensaba que lo estuviese.

Pero volvió a ocurrir.

—Emmy. —Esta vez pronunció mi nombre haciendo énfasis en la «m» del modo en que siempre lo hacía, transformando mi nombre en una letra minúscula—. ¿Es que quieres hacerme creer que no me has oído?

—Estabas masticando —respondí.

—Fue después. Presta atención a lo que digo.

Una de las primerísimas cosas que me enseñó Josh, quizás la primera, era que debías pasar totalmente por alto todo aquello para lo que no estabas preparado. Era tu única opción para mantener los problemas a raya. Como, por ejemplo, el primer día



de colegio. Éste era su ejemplo preferido. Decía que si nadie mencionaba el primer día, si nadie lo planificaba, lo aceptaba como tal o preparaba el terreno, no llegaría a existir. ¿Cómo iba a existir? ¡Menudo genio estaba hecho! Si todo el mundo hubiese mantenido la boca cerrada en lo relativo al comienzo del curso escolar, habría sido siempre verano.

Dejé el perrito en el suelo y me limpié las manos en los vaqueros.

—Josh, no paso de ti. Te estoy escuchando —dije.

—Porque puede que aquí haya un problema —dijo—. Yo quiero a Meryl, pero podría haber un gran problema.

Para ilustrarlo, hizo el signo de un rectángulo «grande» con sus manos, mientras agarraba el perrito caliente con una de ellas, y una Coca Cola grande con la otra. La niña pequeña de la familia de los rubios se quedó mirándole. Me preguntaba qué creía que veía. A este hombre-niño con su gorra de béisbol sucia, su camisa blanca con botones y que iba descalzo. A mi hermano mayor. A mi mejor amigo desde la cuna. A mi héroe de la infancia. A ese bebé enorme. Cumpliría treinta y un años dentro de un mes. Al parecer iba a ser el marido de alguien setenta y dos horas más tarde. Aunque ahora eso no tuviese importancia, era alguien a quien yo adoraba.

—Josh, ¿este problema tiene nombre propio? —pregunté.

Se mantuvo en silencio durante un largo minuto en el que llegué a imaginar que me había fallado el instinto. Quizás esto no guardase relación alguna con otra mujer. Sería más fácil si así fuese. Pensé que en este caso sería mayor la posibilidad de casarse este fin de semana.

—Elizabeth —dijo.

El corazón me dio un vuelco, tanto que pude sentir cómo me retumbaban los latidos en el estómago. No recordaba haberle oído hablar de ninguna Elizabeth, ni durante el año que estuvo solo en Boston, ni cuando comencé a vivir en Rhode Island. El hecho de no haberla mencionado antes la convertía en alguien más grande, en cierto modo, más importante.

—¿Elizabeth? —dije.

—Elizabeth, sí. Elizabeth.

No pude mirarle, no si no me devolvía la mirada. En vez de hacerlo, observé la piscina central, que tenía cerrado el paso mediante una gruesa cuerda naranja que impedía que pudiera caerse alguien. O que alguien saltase. Una de las primeras veces que Josh se llevó a Meryl a casa con él, nadamos lo tres juntos en esta piscina. Ella llevaba puesto un traje de baño verde que hacía resaltar una delgada línea de pecas a lo largo de su espina dorsal. Entonces yo sólo tenía dieciséis años. Nunca había visto algo igual.

—¿Ella no sabe nada, verdad? —pregunté.

—¿Meryl? —disintió con la cabeza—. No creo.

—¿Seguro?

—Estoy bastante seguro.

En aquel momento no supe qué decir. Todo parecía una locura. Al parecer el domingo yo sería la dama de honor de Meryl. Llevaría un largo vestido azul ceñido cubierto de finas tiras. Yo tenía un collar de perlas que sólo llevaría puesto en una ocasión como ésta. Iría con horquillas blancas de lirios. Josh me animó a hacer todo esto.

—¿Quieres pizza? —preguntó Josh—. Me apetece un trozo de pizza antes de marcharme. Y otro refresco.

—¿Crees que aún está abierto el snack bar?

—Puede ser.

Luego se levantó. Me protegí los ojos del cielo nocturno y clavé la mirada en él. Tenía mil preguntas que hacerle, pero ninguna para cuya respuesta estuviese especialmente preparado.

—¿Qué pasa Emmy? —preguntó, mirándome.

—Sólo quiero saber cómo puedes estar tan seguro —dije—. ¿Que no sabe nada Meryl?, quiero decir... ¿Cómo lo tienes tan claro?

—¿No hemos zanjado ya ese tema? —dijo.

Su tono de voz se tornó brusco. No tenía arte para defraudar a la gente, algo que yo intuía era al menos parte de la razón por la que se comportaba como acababa de hacerlo. No parecía ser capaz de decir no a nadie, incluso cuando eso era precisamente lo que se requería.

—Sólo trato de comprender —dije, mientras él se volvía a sentar.

—¿Qué parte?

—¿Cómo has llegado a esta situación? —pregunté.

No dijo nada pero se reclinó por completo sobre el césped, tapándose los ojos con el brazo.

Le di un cachete.

—Vamos. Vete a por la pizza antes de que cierren.

Sacudió la cabeza.

—Ya no me apetece.

—¿Ya no la quieres?

—No —añadió.

—¿Qué quieres, Josh?

—Otra cosa —dijo.

¿Quién dijo en cierta ocasión que en cualquier familia hay un hijo que destaca, aunque nunca se mencione exactamente hasta dónde lo hace? Está el que obtiene mejores notas, supera a los demás en el deporte, a quien le entran las cosas con mayor facilidad. A mí me daba la impresión de que normalmente el mayor era quien recorría el sendero más recto y cuya actuación calaba más hondo. ¿Sería mera casualidad que tantos de los grandes sufridores, aquellos que se refugiaron en el arte, la literatura, la música y la danza, fuesen más jóvenes o los hermanos más pequeños? Joyce, Twain, Austen y Baryshnikov. ¿Tenían siempre la impresión de estar inmersos en una lucha que tenían perdida de antemano?

Nunca me hice ilusiones en lo relativo a llegar a ser número uno. Al menos en nuestra familia, Josh siempre fue más rápido que yo. Era quien formaba los equipos en los que todos eran estrellas, el que conseguía los sobresalientes más redondos, el que sabía lo que quería llegar a ser. Sus objetivos pudieron haber variado ligeramente con el paso de los años, pero únicamente del modo más confiado y aburrido: pediatra, cirujano cerebral, y una vez más, pediatra. Nunca tuvo ninguna idea inoportuna, como entrar en un circo o irse a vivir a Alaska. A los quince años, Josh ya acudía a clase de psicología en el centro de formación profesional y recababa información acerca de las escuelas de medicina, contándole sus planes de un modo esquivo a los invitados de nuestros padres. Y es indudable que siempre se le dio mejor que a mí en el plano afectivo. Llevaba con Meryl casi diez años, y ambos parecían pilotar el barco sin grandes sobresaltos. Estuvieron juntos al terminar Josh la universidad, al estudiar la carrera de medicina y durante su larga y actual convivencia en Los Ángeles.

Mi propia historia afectiva fue algo más enredada, más dramática, algo que —sea o no lo más agradable que pueda decir de mí misma— también era un modo bastante cabal de describir el comportamiento que me hizo llegar a puerto en un segundo puesto. Mientras Josh navegaba recto y con sentido de la orientación, yo dediqué la mayor parte de mi juventud a inventar situaciones imposibles tales como llegar a ser bailarina en Brasil (me relegaron a la última fila en la clase extraescolar de ballet), casarme con una estrella de rock (en los conciertos se me cerraban los ojos de la hinchazón que me producía el humo de los cigarrillos), capitanear un crucero (tenía tendencia a marearme en puerto).

Pero la relación de Josh y Meryl siempre tuvo sentido. Incluso el modo en que se conocieron es una bonita historia que exige un final feliz. Fue la noche de Halloween, durante el último curso universitario. Meryl celebraba una fiesta en su casa, fuera del campus universitario, y Josh acudió disfrazado de rana (fue idea mía: besa a la rana y se convertirá en un príncipe). Acudió a la fiesta porque le gustaba una de las compañeras de habitación de Meryl. ¿Me creeríais si os dijese que ella iba vestida de princesa? Meryl, no su compañera. Desde el principio, diría Josh más tarde, él no estaba seguro de ser merecedor de ella. Pero el novio de Meryl, que estudiaba

medicina fuera, no consiguió llegar a la fiesta, a pesar de haber prometido que acudiría. De modo que ella se vio en el baño, sumida en la tristeza tras haber roto con él, después de discutir sobre cosas superficiales que surgían sobre la marcha y no sobre lo que realmente importaba. Si me preguntáis, lo realmente importante era que la rana y la princesa triste se tiraron en el cuarto de baño toda la noche, mientras alguien desesperado vomitaba en el exterior tratando de abrir la puerta. A Josh le gustaba decir que esa parte no revestía interés. Es repugnante.

La única parte de la relación entre Meryl y mi hermano que me resultó una incógnita durante los años posteriores a terminar él la carrera, fue por qué esperaron tanto tiempo viendo cómo se casaban sus íntimos amigos, año tras año, y no lo hicieron ellos mismos.

Vivían juntos en Los Ángeles y llevaban algo parecido a una vida conyugal. Pero Josh afirmaba que ninguno de los dos tenía prisa por «hacerlo oficial». Ésas fueron sus palabras, no las mías. Justificaba parcialmente su falta de urgencia afirmando que Meryl se ganaba la vida haciendo fotografías para bodas, algo que parecía desengañarla bastante cuando pensaba seriamente acerca de su gran día.

Ésta parecía una explicación bastante convincente, especialmente porque cuando Meryl ya había comenzado a planificar su boda, dejó muy claro que quería algo sin grandes fastos, junto a su familia, unos cuantos amigos y con una tienda de campaña pequeña en el patio trasero de mis padres. En el patio trasero de mis padres. Era de lo más obstinada a ese respecto. Quizás en parte fuese así porque su propia situación familiar era un tanto complicada. Sus padres, Bess y Michael, los que la criaron, vivían en el Upper East Side de Manhattan en un dúplex que comprendía dos manzanas de la ciudad. Por otro lado, sus padres biológicos eran profesores de sociología en una pequeña universidad en las montañas Ozark. Por lo que se sabe y hasta que Meryl los localizó unos años antes, casi no habían salido de ese lugar. Pero ahora se encontraban de camino hacia la boda. Un fin de semana dedicado plenamente a la boda.

¿Y cómo ocurrió? ¿Cómo se convirtió en una fiesta perenne y a gran escala lo que Meryl quería que fuese una boda familiar en la intimidad? Nadie estaba muy seguro pero guardaba relación con su decisión de permitir a Bess que tomara las riendas de la mayor parte del proyecto. Bess transformó la celebración en un acontecimiento para trescientas personas en el Essex House de Nueva York, poniendo la guinda con una banda de diez músicos, un cóctel y una tarta de piña muy cara.

Luego, mi madre, tratando de proporcionar a Meryl y a Josh lo que habían querido en un principio, decidió celebrar en nuestro patio trasero una cena-ensayo a la que acudirían cincuenta personas, y que tendría lugar mañana por la noche.

Y esta noche, después de los fuegos artificiales, yo colaboraría organizando una pequeña fiesta de despedida de soltero a horas intempestivas, en el bar local y en

honor a Josh. La despedida de soltero, en cierto modo, suponía mi disculpa por haberme ausentado durante el periodo de planificación nupcial. Josh y Meryl habían estado tan lejos, por la remota California, mientras yo no estaba más que a unas cuantas horas en coche de Nueva York. Podía haber intervenido para tratar de gestionar las cosas con Bess en un intento por simplificar la inmensa tarea que suponía organizar la celebración. Pero no lo hice, y no es que Josh se hubiese quejado nunca al respecto. Meryl no se lo habría permitido. Ella entendía que en realidad yo no podía volver a Nueva York, aún no. Entendía que incluso pasado el periodo de tiempo que Josh consideraba suficiente y que consideraban suficiente todos aquellos que conformaban mi existencia. Comencé a sentir pánico y acudí a Josh. Necesitaba hablar de todo esto con él. Necesitaba oír su voz.

—Josh —dije—. ¿Qué vas a hacer?

No me respondió. Ni tan siquiera movió ficha. Traté de pensar lo que quería decirle en realidad. Ya le había hecho sentirse solo. No quise empeorar las cosas. Pero aun así, aquello seguía sin tener demasiado sentido. Así era él. Así eran Meryl y él. Desde hacía diez años. Por siempre. Aquel primer día los tres vinimos juntos a esta piscina. Olvidé ponerme la crema de protección solar y sufrí quemaduras severas en los dedos de los pies. Meryl elaboró una cura a base de vinagre y avena. Me dijo que desaparecería el escozor. Se sentó junto a mí hasta que remitió la quemazón.

—Lo que quiero decir es que estoy de tu lado. Claro que lo estoy. Sólo espero que lo tengas todo en cuenta, ¿sabes? A la gente le asusta casarse. Le aterra. ¿Cuántas películas arrancan con alguien a punto de casarse y huyendo por la puerta de la iglesia antes de llegar al altar?

Bajé la mirada, observándole, en espera de una respuesta. Pero no dijo nada. Ni tan siquiera apartó el brazo de los ojos. Y al mirar más detenidamente, me di cuenta de que su pecho se movía de arriba abajo, a un ritmo demasiado constante y que tenía la mirada firme bajo su encorvado brazo.

Le metí un buen codazo en el costado.

Se levantó de golpe, sobresaltado.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué pasa?

Me irritó mucho. Allí estaba yo reflexionando acerca de su futuro y él dormía. Eso es lo que hacía, éste era el modo en que hacía las cosas. Dormir era su principal mecanismo defensivo, igual que escapar por otros derroteros, o fingir no entender. O quizás yo tenía puestas demasiadas esperanzas en él. Puede que en realidad él no se implicase lo más mínimo.

—Me has hecho una pregunta —dije—. Me preguntaste si ya me quería ir a casa.

—¿Quieres? —preguntó, confundido.

Le entregué las chanclas.

—Por supuesto —respondí.

Me resultaba difícil pensar en Josh y en Meryl sin hacerlo también en Matt y en mí. Más allá de las discutibles afinidades con la situación en la que ahora se encontraba Josh, la relación de mi hermano con Meryl, aunque de otro modo, con frecuencia se asemejaba a la mía con Matt. O quizás debiera decir que nuestra situación era similar a la suya. Y es que fue precisamente un año después de que Josh conociera a Meryl cuando conocí a Matt. La razón por la que lo recuerdo con exactitud es porque nosotros también nos conocimos la noche de Halloween, la posterior a su primer encuentro, en realidad una coincidencia que entonces encontré un tanto extravagante. Pero con el paso de los años fui conociendo a gente con un Halloween a sus espaldas o bien al comienzo o bien al final de su relación sentimental.

Y empecé a pensar que quizás no fuese en absoluto extravagante, a lo mejor sencillamente tenía cierto sentido que fuese más fácil que la gente actuase en gran medida como ellos mismos, cuando fingían ser otra persona. Esto también explicaría por qué tantas viejas supersticiones nupcial-escolares se remontaban a la víspera de Todos los Santos. Las jóvenes novias solían permanecer en pie alrededor de una hoguera sujetando una cuerda que atravesaba unas manzanas que situaban sobre las llamas. Decía la leyenda que la joven cuya manzana se cayese primero, sería la primera en casarse y gozaría de la unión matrimonial más feliz y duradera. Quien poseyese la última manzana en caer, lo pasaría peor que nadie. Mientras tanto los jóvenes novios se metían a gatas, con sus disfraces, bajo unas zarzas. Y al alcanzar el otro lado, les comunicaban si su unión matrimonial tendría un destino feliz o desdichado. Por lo visto y para siempre, las relaciones sentimentales prósperas o las que se hacían añicos, dependían de lo que dijese los espíritus.

El Halloween en el que conocí a Matt estudiaba el último curso en el instituto de secundaria y ya tenía planes para irme lo más lejos posible de mi pueblo natal. Sólo pensaba en matricularme en alguna universidad al otro lado del país, soñando con el sol, los descapotables californianos y con la gente que pensaba que Nueva York era tanto una ciudad exótica como una ciudad sin atractivo alguno. En la gente que me conduciría hacia una nueva vida.

Pero ahí estaba yo, todavía en mi ciudad natal, en la estación de tren de Scarsdale. Llevaba puestos unos vaqueros y un suéter corto y me había hecho una coleta. Me esfumé de la fiesta calle abajo con el objetivo de buscar unos refrescos y llamé desde una cabina telefónica para pedir que alguien me ayudase a volver desde allí. Fue entonces cuando le vi. Estaba fumándose un cigarrillo en la entrada principal de la estación. Llevaba puestos un par de pantalones militares y una camiseta salpicada de pintura. Sus mejillas estaban cubiertas por unas rayas azules. Miraba al suelo sin parpadear, sin mover sus largas pestañas. Sin duda era lo mejor que había visto nunca.

Colgué el teléfono.

—¿Tú de qué vas disfrazado? —pregunté—. ¿De pintor?

Era lo que siempre decía para ligar.

Sonrió ampliamente, con esa sonrisa que mostraba de pascuas a ramos, alzó la vista, me miró y clavó sus ojos en los míos. Luego paró y respondió con una pregunta.

—¿Y tú de qué vas?, ¿de colegiala de instituto?

Resultó que Matt tampoco iba disfrazado. Sus padres acababan de mudarse a Scarsdale. Su madre hacía muy poco tiempo que había tenido otra criatura, un niño, y él simplemente había venido a pasar el día desde la Universidad de Nueva York, donde acababa de empezar su segundo curso, acababa de especializarse en arquitectura, y de subespecializarse en dibujo lineal. Había dedicado el día a ayudar a su padre a pintar el nuevo sótano. La única razón por la que aceptó mi invitación de volver a la fiesta conmigo era porque había perdido el tren de vuelta a la ciudad y tenía una hora muerta hasta la llegada del próximo. Esto me lo dijo más tarde, no por mala uva, sino porque le resultaba asombroso lo lejos que habíamos llegado en nuestra relación. Incluso al final de esa primera noche. A mí ya no me importaba nada de eso. Lo único que yo sabía es que él me ayudó con los refrescos.

—Iré contigo —dijo con parsimonia—. Simplemente muéstrame el camino.

Para cuando salimos del aparcamiento, pasado el letrero de Bienvenido y hacia la Piscina Municipal, casi había transcurrido media hora. Toda la jubilosa energía de los fuegos artificiales se había perdido por el camino. Todo el mundo tocaba la bocina y se apretujaba en los coches. Un microbús, que iba sobrecargado con unos siete chavales dentro, se averió en el cruce del aparcamiento y todos ellos gritaron históricamente mientras los conductores les chillaban para que dejaran la vía libre.

Josh conducía mi coche. Cuando finalmente salió del aparcamiento y giró a la izquierda, nos encontramos a menos de diez minutos de la casa de mis padres, y la carretera de Mamaroneck se abría camino a nuestro alrededor, con los campos de fútbol a nuestra derecha y las casas amontonadas a la izquierda, con las largas y plateadas entradas para coches, situadas detrás de arbustos y verjas.

Al volver, advertí unos cambios radicales. Todo parecía muy diferente a como estaba años antes de marcharme, todo brillaba y resplandecía más. Había más puertas de vallas. Desde luego tenía mucho más en común con el Scarsdale del que oías hablar en la televisión o en las películas que del que yo recordaba. Años atrás parecía haber más problemas económicos, la gente vestía de un modo más informal. También es posible que eso no fuese del todo cierto o que, por entonces yo no prestaba la misma atención a esos detalles viviendo, como vivo, al otro lado. Aun así, no me gustaba ver los coches recién salidos de fábrica y los buzones fluorescentes. No recordaba a los paseantes de perros profesionales. Supongo que como en la mayor



parte de los sitios, había muchas cosas maravillosas en el lugar donde me crie y otras que no lo eran tanto. No me quedo corta si digo que yo no era una gran deportista y que muchas de mis batallas de niña, en Scarsdale, parecían tener lugar y ganarse sobre los campos de fútbol y las canchas de baloncesto. Aunque yo participaba, no es que mostrase gran entusiasmo. Durante mucho tiempo no me puse demasiado las pilas en nada, convencida como estaba, de que mi vida, en cualquier actividad que emprendiera, no empezaría de verdad hasta que dejase atrás Scarsdale.

Quizás y sin dudarlo demasiado, lo que podría decir de mi pueblo natal es que había muchas más señales que en ningún otro lugar que yo conociese. Prohibido el paso, curva peligrosa, prohibido aparcar en las esquinas, señal de stop más adelante, ceda el paso a 50 metros. Hay una cada manzana, cada media manzana. Más instrucciones sobre cómo debías —o no debías— vivir.

Josh giró a la izquierda y se metió en la calle de nuestros padres, sin enderezar la rueda lo suficiente como para que la luz intermitente detuviese su continuo parpadeo. Aún emitía su ruidoso cloqueo, mientras parpadeaba alegremente.

—¿Te has dado cuenta de que con el paso de los años este lugar se ha vuelto más pijo? ¿Y que todas estas familias creen que al reunirse y decidir poner esculturas de terracota en el patio de sus casas, tuvieron una buena idea? —preguntó.

—No puedo creer que hayas dicho terracota hace un instante —dije.

—Como hoy en el pueblo —me ignoró y luego continuó—: Te daré un ejemplo. Había una pelirroja escandalosa que gritaba a su amiga desde el otro lado de la calle indicándole el tipo de rosquilla que quería. Era la de canela y pasas. ¿Pero es que acaso al recogerlas no se quedan la rosquilla sin pasas?

—Eso podría ocurrir en cualquier sitio —dije.

—Pero no ha sido así —dijo—. Ha ocurrido aquí.

La casa de mis padres ya aparecía por la derecha. Guardaba el mismo aspecto de siempre. Tenía dos pisos, blanca de estilo Victoriano, con persianas verdes, una veranda con mosquiteros metálicos que rodeaban la casa, y grandes plantas. Pude distinguir la esquina del patio trasero, que pedregosa y curva, formaba una cuesta poco pronunciada. De niña pensaba que era una montaña.

La luz intermitente seguía en marcha.

—Oye, debes enderezar la rueda con más tesón o no se detendrá nunca —dije, señalando el salpicadero.

Miró hacia abajo y enderezó la rueda lo más posible, con lo que dejó de sonar.

—No deberías ir conduciendo de este modo por ahí, ni llevar el intermitente estropeado. Vamos a hacerle una visita a Bill y a ver si le echa un vistazo. ¿No abre hasta la medianoche los fines de semana?

Miré el reloj del salpicadero. Eran las diez y cuarenta y ocho minutos. En teoría Josh debía llevar ya media hora en la taberna de Heathcote, tomándose unas copas

con los amigos, contando historias y sintiéndose más que feliz. Y es que, teniendo en cuenta toda la información que yo tenía, ni siquiera estaba segura de que él debiera intentar llevar aquello a cabo.

—Sabes que esta noche puedes fingir estar enfermo —dije.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Por nada —dije, aunque me vinieron a la cabeza doce razones para hacerlo, siendo la primera de la lista que él no parecía estar convencido de que la boda fuese a celebrarse.

—Emmy, no vayas enredando la madeja. Quiero a Meryl. Sabes que la quiero. No tengo intención de hacer nada que estropee su fin de semana.

—Josh, lo sé, pero si estás pensando en no casarte...

Apagó el motor.

—¿Quién ha dicho nada de no casarse? Yo nunca lo dije. ¿Por quién me tomas? ¿Por ti?

Lo pasé por alto.

—Y tampoco le digas nada a mamá —dijo—. Ya tiene lío de sobra con la cena ensayo de mañana. Ahora mismo tiene demasiadas cosas entre manos. Ya sabes a lo que me refiero.

Lo cierto es que no tenía ni idea de a lo que se refería. Y la verdad es que desconocía por qué volvíamos a perdernos una vez más en la logística nupcial, y mucho menos, después de lo que me había dicho hacía menos de una hora.

Parecía que yo no pudiese hacer mucho. Josh ya había salido del coche y se dirigía a la casa. Cerré mi puerta rápidamente y me apresuré a alcanzarle.

—En primer lugar yo no debiera haber dicho nada —dijo mientras me adaptaba a su paso—. Simplemente te pido que no vuelvas a mencionar su nombre.

—¿Cuál de ellos? —pregunté.

Me miró enfurecido y yo miré al suelo, a nuestros pies, siendo los míos tan pequeños comparados con los suyos que no llegaban a la mitad de su tamaño. Josh siempre fue quien se ocupó de mi, siempre, incluso cuando él no quería estar conmigo. Era quien debía llevarme hasta la parada de autobús todos los días, el primero en hacer de niño, el que me enseñó a dar patadas a un balón, a mentir a nuestros padres (torpemente pero lo hizo), a conducir. No podía dejar de tener la sensación de que por primera vez quizás pudiera ser él quien necesitase que le cuidaran. Y de un modo u otro, necesitaba que yo me encargase de ello.

—Simplemente no puedo creer que me dijese lo que me has dicho si tu intención era fingir que no importaba —dije.

Se detuvo, tratando de agarrarme del brazo.

—¿Por qué insistes? ¿No quieres que me case con Meryl? ¿Es que acaso no supondría esto un final feliz?

—Josh, no importa lo que yo quiera —dije.

No dijo nada.

—Sólo trato de entender lo que te ocurre.

—Bueno, te diré lo que voy a hacer —dijo—. Seguiré adelante con esto y, bueno, lo pondré en mi lista de asignaturas pendientes, ¿vale?

Luego me sonrió levemente y con tristeza y siguió avanzando hacia la pálida luz de la parte frontal de nuestra veranda.

Me parece relevante destacar que ésta era la tercera vez que yo iba a casa de mis padres desde que me fui a vivir a Narragansett. Las dos visitas anteriores duraron menos de doce horas. Nada de pasar la noche en casa de mis padres, nada de charlas de madrugada donde al final yo debía explicar una vez más por qué me negaba a marcharme de mi pequeño pueblo pesquero. No sabían escucharme. Del mismo modo en que yo no sabía escucharles cuando me suplicaban que volviera a trasladarme a Nueva York, solicitara el ingreso una vez más en la escuela de cine, me matriculara de nuevo en una universidad diferente, recondujera mi vida. Para ellos reconducirla era algo muy grande, casi tanto como marcharme de Rhode Island.

Y ante todo, dejar Rhode Island no era algo que tuviese intención de hacer a corto plazo. Allí me sentía demasiado segura. Nadie esperaba nada de mí, ni que me arriesgara. Y esto era bueno porque me parecía carecer de suficiente conocimiento práctico como para arriesgar.

En Narragansett daba la impresión que la norma consistía en posponer todo en la vida. Muchas esposas me hablaban siempre de lo que harían si (y sólo si) saliesen del pueblo, de lo diferente que sería su modo de vida. Como la segunda Sue, por ejemplo, quien siempre quiso mudarse a Montana o la cuarta Nicole, que quiso irse a Michigan, o la primera Theresa, a Nevada, o la tercera Beth, a Arizona. Pero siempre a algún lugar rodeado de tierra, siempre hacia algún sitio al otro lado, como si la respuesta se encontrase en el otro lado.

Las pocas visitas que hacía a casa de mis padres les resultaban tensas, especialmente a mi madre, incluso a pesar de telefonarme a diario. Y era a diario. Pero ella también, poco a poco, aceptaría las cenas bisemanales que se celebraban en algún lugar a medio camino, normalmente en Hartford o en Westport. Simplemente era el modo más inteligente de hacer las cosas. A todos nos facilitaba fingir que nuestras vidas reales no estaban tan alejadas las unas de las otras.

Nunca lo confesaría, pero es cierto que echaba de menos volver a casa. Con todo lo duro que a veces me podía resultar Scarsdale, allí pasé mi infancia y siempre adoré todo lo que concernía a la casa de mis padres: mi dormitorio tal y como estaba desde mi duodécimo cumpleaños (una habitación de adulta para entonces), sin paredes empapeladas con flores y sin moqueta de color púrpura. Simplemente paredes de un amarillo apagado, amplias alfombrillas redondas, fotos enmarcadas y la repisa de las ventanas cubierta con una seda larga y dorada. Las mismas ventanas eran de un cristal inmaculado que miraban hacia un patio trasero donde la parte que estaba en pendiente, estaba separada del resto de la casa.

La primera planta no era más que una habitación grande llena de ventanas, donde todo se entretejía: el cuarto de estar, el comedor, la cocina, y el rincón donde daba el sol.

Ahí estaba la veranda enrejada. Era lo primero que veías al caminar hacia la

entrada: la amplia hiedra y las pequeñas flores en sus macetas, un largo banco tapizado que recorría el largo de la veranda. Mientras Josh y yo nos dirigíamos hacia ella, vi a alguien tumbado sobre el banco, alguien que me resultaba familiar. Jaime Daniel Berringer, el mejor amigo de Josh desde antes de que yo naciese. Era largo y desgarrado, con una mata de pelo rubio y lacio. Era atractivo a lo infantil, de un modo que hace que te quedes ahí, hasta que le conoces. Entonces ya te olvidas de ello.

Y como un millón de veces antes, ahí estaba él, tumbado, sin más, con los ojos cerrados y un cuenco de cereales sobre el pecho; desde que le conozco ha sido su plato favorito, un hecho insólito teniendo en cuenta que ahora es cocinero en un renombrado restaurante francés conocido en todo el país y situado justo a las afueras de San Francisco.

Josh y yo nos quedamos frente a la puerta de entrada mirándole fijamente.

—¿Crees que duerme? —susurré.

Berringer empezó a sonreír, pero luego, tumbado, trató de disimular, fingiendo estar dormido.

Josh le puso el dedo sobre los labios, haciéndome señas para que le siguiese el juego.

—Debe estarlo —dijo mientras yo caminaba de puntillas hacia el banco, sentándome despacio en la esquina. Pero al disponerme a ejecutar un último movimiento, con mi rostro y pecho justo encima de los suyos, Berringer se incorporó demasiado rápido, golpeándome en la frente.

—¡Ah! —exclamé.

—¡Ah, maldita sea! —dijo mientras se frotaba la cabeza y se reía. Ahora su sonrisa era tan amplia que abarcaba todo su rostro.

No sé cómo lo hizo, pero salvó sus cereales.

Entonces fue cuando alzó la vista y me miró. Su sonrisa había desaparecido.

—Emmy. —Situó la mano sobre el pecho, aquella mano que hacía un instante estaba sobre su frente—. ¡Vaya!

Me toqué la cara y me pregunté si me habría manchado con un poco de ketchup, o con polo de uva. Es indudable que Josh ni se habría dado cuenta ni me habría dicho nada.

—¿Cómo? ¿Es que tengo algo en la cara? —pregunté.

Se reclinó y se alejó de mí, acercando las rodillas.

—No tienes absolutamente nada. Simplemente... estás tan diferente.

Me caló hondo. Iba en serio. Hacía años que no nos veíamos, desde antes de que yo me fuese a Rhode Island. Sé que yo tenía un aspecto diferente al de entonces. Estaba un poco más esbelta y cambié el estilo de mi pelo, dejándolo crecer, dejándolo en paz poco a poco, dejando que se rizase solo. Estaba más morena, ya no tenía un

aspecto tan frágil. No pude remediarlo y me puse colorada. Pero antes de ir a darle las gracias, me interrumpió.

—Lo cierto es que aparentas la edad que tienes —dijo.

—¿Que aparento la edad que tengo?

—Sí —respondió, acariciando suavemente las arrugas que me rodean los ojos.

Luego, como recordando algo, se volvió y miró a Josh.

—Oye Josh, si tu hermanita pequeña está tan envejecida, ¿en qué edad nos ponemos nosotros?

Aparté su mano de un manotazo.

—Gracias, Berringer —dije—. Qué agradable de tu parte.

Josh se echó a reír. Estaba sentado en el suelo frente a nosotros, apoyado sobre la ventana. Le eché una miradita y luego volví a Berringer, quien ahora también reía a carcajadas en señal de respuesta, desplegando su sonrisa de oreja a oreja.

—Pues vale —dije mientras me levantaba.

—Emmy, ven —dijo Josh—. Te toma el pelo. No lo hace con mala intención.

—Ahora en serio —dijo Berringer—. Tienes un aspecto estupendo. Sabes que lo tienes. Apenas te reconocí.

Al parecer, éste era un comentario algo más agradable.

—Me da igual, Berringer —dije, aunque algo sí me importaba.

Él también debía saberlo. Yo estuve muy coladita por Berringer gran parte de mi adolescencia, durante mi último curso de secundaria, justo cuando se fue a la universidad. Recuerdo cómo trataba de mantener la boca cerrada cuando le veía, intentando esconder mis tensores dentales como si ellos fuesen el problema. Trataba de vestir como vestían las chicas mayores. Trataba de llevar el pelo suelto. Solía soñar despierta cómo vendría a casa desde la universidad, y así ser testigo de lo que yo había cambiado, para que viese que yo ya era una chica madura. Ahora ni tan siquiera estaba segura de que él lo fuese.

Caminé hasta la puerta de entrada, abriéndola rápidamente.

—¿Qué hay de eso que me han contado sobre una tienda de aparejos de pesca? —dijo, dirigiéndose a mí—. ¿Ahora te va el rollo de la pesca?

En vez de responder, miré a Josh sin que él me correspondiese. Me habría gustado decir que yo no sólo trabajaba en una tienda de aparejos de pesca, pero quién sabe lo que le habría contado mi hermano. Si Josh le hubiese dicho que estaba haciendo un documental, algo más bien improbable, aun así estaba segura de que no le habría explicado nada acerca del asunto, o al menos nada positivo, como lo que yo esperaba aprender acerca de las esposas, lo que pretendía obtener con ello. Ahora no me iba a poner a dar explicaciones, especialmente teniendo en cuenta que aún no había ni aprendido ni logrado nada.

Me volví hacia Berringer.

—Sabes —dije con gravedad—, éste no es el momento ideal para burlarte de mí.

—No me estoy burlando de ti —respondió, con gesto serio—. Tengo curiosidad por saber cuáles son tus planes.

Me quedé en la puerta principal, inmóvil.

—Bueno, pues, si me haces el favor ¿te importaría preguntar un poco más tarde? Debo entrar y ver a mi madre.

—Quizás sería mejor que esperases —dijo.

—¿De qué hablas? —preguntó Josh.

—Los Moynihan-Richards están en el sótano —dijo.

Josh se incorporó frente a mis ojos, con gesto preocupado. Los Moynihan-Richards eran los padres biológicos de Meryl. Los profesores de Ozark. Los raritos. Desde atrás, ambos tenían un aspecto más parecido a como pudieras imaginar el aspecto del otro. El profesor Moynihan-Richards, con su larga coleta y nervudas piernas y la señora M.R. con el pelo grueso y corto y una cazadora de cuero negro que no parecía quitarse nunca.

En el mejor de los casos, y éste no parecía ser uno de ellos, que los dos estuviesen aquí, era algo extraño.

Berringer se encogió de hombros.

—Tiene algo que ver con que han aparcado su caravana cerca de la casa de los padres de Meryl, en la ciudad. Es que les costaba como unos trescientos dólares o una locura por el estilo tenerlo en un aparcamiento durante el fin de semana. De modo que aparecieron por aquí hace unos veinte minutos antes de venir vosotros. Vuestra madre está un tanto nerviosa.

Sonó tan a tono de disculpa la parte final que me preguntaba si él sabía que había algo más, relativo a Josh. Seguro que sí. Apuesto a que sabía mucho más que yo. Como el apellido de Elizabeth. Y dónde vivía. Y qué es lo que iba a pasar ahora. Le eché una miradita a Josh, quien se reincorporaba. Rápidamente le hice una señal con la mano para que se quedase sentado.

—Iré a ver qué pasa —dije, mientras observaba su gesto de preocupación y trataba de tranquilizarlo.

—Simplemente quédate aquí fuera.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Segurísima —dije mientras abría la puerta. Miré a Berringer, quien observaba a Josh con tal grado de inquietud que le perdoné de inmediato el chiste acerca de mi edad. De pronto se lo perdonaba todo, siempre que él, de un modo u otro, se comportase.

—¿Quieres una cerveza, Berringer? —pregunté.

Se volvió hacia mí y me sonrió.

—No hace falta que hagas eso —dijo.



—Sé que no tengo por qué hacerlo.

—En ese caso me encantaría tomar una —sonrió.

Le devolví la sonrisa, golpeando ligeramente el marco de la puerta antes de pasar al recibidor. Quizás las cosas irían bien. Quizás Josh hablaría con Berringer y lo solucionarían todo, es decir, toda esa confusión, duda, o como que quiera que lo llamemos, que Josh parecía sentir. Quizás Berringer supiese mejor que yo qué decirle para tranquilizarle.

Lo único es que por desgracia no cerré la puerta del todo. Pude oír la siguiente pregunta de Josh.

—¿No ha venido Meryl con ellos, verdad? —preguntó.

—Que yo sepa, no —respondió Berringer.

Fue entonces cuando mi hermano, quien al hablar por segunda vez esa noche no parecía él en absoluto, dijo:

—Bueno, gracias Dios.

Una cosa que empezaba a aprender de los fines de semana de boda era que animaban a la gente a revivir su pasado. ¿Es que acaso no giran en torno a eso todos los brindis nupciales? Sacar a relucir las viejas historias, las anécdotas personales que queremos volver a vivir con el objetivo de sentirnos como si en realidad todos nosotros conociésemos a alguien —para sentirnos más confiados respecto a quiénes son—, ¿para poder dejarles marchar? Incluso antes de celebrarse la ceremonia, o durante el transcurso del fin de semana, se empieza a respirar esta reciente necesidad de descubrirse y todo el mundo habla entre sí de un modo algo diferente, más sincero.

Una de las historias predilectas de mi madre que yo sabía vería la luz antes que cualquier boda futura mía y probablemente también, de un modo u otro, durante la boda de Josh y Meryl, hablaba de cuando le pedí a mi madre que se casara conmigo. Yo tendría entonces unos siete años. Estaría en el primer curso de primaria. Pedí su mano y ella me respondió negativamente. Me explicó sin sobresaltos que no podía casarse conmigo porque era mi madre, a lo que por lo visto respondí que entonces me casaría con papá. Tras obtener la misma respuesta puesto que no podía casarme con mi padre por ser mi padre, con gran disgusto por mi parte, añadí que me casaría con Josh. Y cuando me dijo que por ahí tampoco iban las cosas, fui víctima del primero de varios ataques de nervios.

—¿Quieres decir que un día me haré mayor y tendré que casarme con un completo extraño?

Por mucho que esta historia circulase por ahí, en realidad yo no me cansaba de oírla porque me recordaba lo que siempre quise más de mi madre. (Sadie Meredith Everett. Nacida en 1949, en Reading, Connecticut, inquebrantable Virgo, antigua maestra.)

Para Sadie, la mejor parte de la historia no era, ni lo fue nunca, el instante discutiblemente dulce, el final, cuando yo decía que no quería casarme con un extraño. Era el principio. Cuando la escogí a ella la primera.

Encontré a mi madre en la cocina, de pie, delante de la encimera, con la bata de seda. Preparaba una fuente de una capacidad ridícula, que contenía frutas, quesos y crackers. Al entrar yo, no alzó la vista de inmediato, lo que me permitió observarla. Llevaba el pelo hacia atrás, tenía los pómulos bien mateados, y me fijé en sus pequeños codos. Avancé, situándome detrás de ella y le coloqué las manos sobre los hombros. Mi madre era muy pequeña, mucho más que yo, más elegante y con unos huesos tan diminutos como las perlas. A pesar de haberlo hecho muchas veces, aún me asustaba tocarla.

—Ahí abajo están durmiendo en sacos de dormir —dijo—. Ni siquiera quieren mis mantas. No puedo ni hablar del tema.

—No tenemos por qué hablar de ello —le dije a la altura del hombro.

—¿Pero no te parece raro? —dijo volviéndose hacia mí y observándome, con la

mirada extraviada, devastada—. En realidad él ni la deja hablar. Cuando ella abre la boca, él la mira como si estuviese loca.

—¿Eso qué tiene que ver con las mantas?

—Creo que ella quería una.

La agarré de los hombros dándole finalmente un abrazo y fui hasta el otro lado de la encimara, apoyándome en ella. No paré de observar a mi madre. Me preocupaba que fuese a preguntarme cómo iban los fuegos artificiales. Sabiendo, si lo preguntaba, que mi respuesta sería demasiado real.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alzando la vista—. Advierto algo en tus ojos.

—No adviertes nada. —Lo dije demasiado rápido y con mayor brío del necesario. ¿Qué otra cosa podía decir?

—Te miro así, porque, así, sin más, Josh me dijo que podría estar enamorado de alguien de quien yo ni siquiera había oído hablar nunca hasta esta noche. Menudo giro de los acontecimientos ¿no te parece?

Me miró durante otro instante, carente de convicción, antes de seguir cortando.

—Sé leer en los ojos —dijo.

Disentí con la cabeza e intenté buscar un modo de cambiar de tema. Lo primero que se me ocurrió fue mi documental y todo el fragmento de película acerca de las mujeres de los pescadores, el total de las ciento siete entrevistas grabadas en treinta mini cintas DV que se encontraban en el maletero de mi coche. Esa mañana, a última hora, salí disparada hacia mi casa antes de acudir a la tienda de aparejos de pesca, para reunir las cintas de vídeo y así poder llevármelas a casa de mis padres. Esto se debía a un pánico fugaz de que la casa de Narragansett quedase destruida por las llamas en mi ausencia, desapareciendo de este modo las únicas copias de todo mi trabajo de investigación. Era un miedo infundado. En el fondo, sabía que lo era. Sin embargo, llevaba tanto tiempo durmiendo en esa casa, que una parte de mí comenzó a convencerse de que realmente podría llegar a autodestruirse estando yo ausente.

—¿Sabes?, he traído a casa el fragmento de película con las mujeres de los pescadores. Es para proyectarla —dije aprisa, antes de que yo misma pudiese cambiar de parecer.

Quizás lo de mostrar las cintas a mi familia no fuese del todo mala idea. A lo mejor tras visionarlas, pensasen que la película era una maravilla y así podría explicarme qué es lo que me estaba perdiendo.

—Esta noche, no, Em... —dijo—. Papá ya está en la fiesta de despedida de soltero.

—¿Que está, qué?

Se encogió de hombros.

—Simplemente pensó que alguien debía estar para dar la bienvenida a todo el mundo —dijo—. Y no me parece que esta noche vosotros dos os hayáis lucido en

cuanto a puntualidad se refiere.

Esto era cierto. Pero en primer lugar yo ni siquiera sabía que mi padre tenía previsto acudir a la fiesta de despedida de soltero. Resultaba difícil imaginárselo tomando las riendas de la fiesta en solitario, pidiendo copas y charlando con los amigos de Josh. Me lo imaginaba llamando a casa cada dos por tres para preguntarle a mi madre que debía hacer a continuación.

—¿Sabes? —dijo mi madre, apartando la vista—, sí que vinieron a visitarte, antes, esta noche. Él se llevó una gran desilusión al no poder verte.

—¿De qué hablas? —pregunté.

No podía imaginar quién se habría pasado a hacerme una visita. No podía pensar en nadie a quien le hubiese dicho que venía a casa. No se lo conté a nadie. Sabía que no lo había hecho, puesto que no hablé con nadie de por aquí y es que las charlas que mantenía con mis amigos del instituto, se redujeron al mínimo desde que me descolgué de un tipo de vida, que yo pensaba, ellos podrían reconocer. No es que todos llegasen a ser médicos, abogados y banqueros, aunque muchos de ellos sí lo fuesen. Era más bien el hecho de que tenían alguna meta. Y yo, sólo con una entrevista fragmentada, no la tenía.

Mi madre soltó el cuchillo con gran afectación.

—Hablo de Justin Silverman —dijo—. ¡De Justin Silverman!

Justin Silverman y yo «salimos» juntos cuando íbamos al instituto, antes de que se nos permitiese ir a ningún lado sin nuestros padres.

«No lo entiendo», le encantaba responder a mi madre por entonces, «¿cómo puedes decir que sales con alguien con quien no vas a ningún sitio?». Si su entusiasmo no empezaba a bajarle los humos, yo iba a tener que dejarle las cosas claras.

—¿Se pasó por aquí Justin Silverman? —pregunté—. ¿A verme?

—Bueno, la madre de Justin Silverman —respondió—. Pero a lo que vamos, es que Justin se acaba de licenciar, y era uno de los alumnos más brillantes de su clase en la Facultad de Derecho de Northwestern y ¡ahora se vuelve a Nueva York! ¿No es maravilloso?

Y erre que erre. Éste era el primer intento de mi madre del que yo sabía habría muchos otros, para recordarme durante los dos días siguientes las muchas oportunidades que ofrecía Nueva York —hombres, trabajos, esperanza— todo aquello que yo estaba dejando a un lado, con esa vida transitoria que yo llevaba, demasiado lejos de casa.

—Se dedica a algo increíble. Todo ese trabajo que tiene con lo de la propiedad intelectual. ¿Sabes a quién le podría interesar la propiedad intelectual? A ti. Por eso le pedí a Evelyn que se lo trajese a la cena-ensayo de mañana por la noche, para que pudieseis recuperar el tiempo perdido.

—¿Qué?, mamá, y ¿por qué demonios has hecho eso?

—Emmy, porque Justin está ya de vuelta en Nueva York.

—¿Y sabe que yo no estoy de vuelta allí?

Dejó la manzana y alzó la vista, observándome.

—¿Qué puede haber de malo en estar cinco minutos con un viejo amigo? Evelyn dice que está guapísimo.

—Evelyn es su madre.

—¿Y no debiera saberlo ella?

Crucé las manos sobre el pecho, pasmada ante esta situación que había entrado en punto muerto. Con mi madre, era, y siempre fue, imposible discutir. Al menos nunca encontré el modo de hacerlo. Y esta vez, antes incluso de no intentarlo, Josh entró en la cocina, acercándose por detrás a nuestra madre.

Le colocó las manos sobre los hombros, igual que yo había hecho un poco antes y se inclinó sobre su mejilla, para darle un beso de bienvenida.

—¿Estás bien? —preguntó.

Se encogió de hombros exhalando un leve suspiro. Pero luego se volvió y alzó la vista, observándole, mientras él empezaba a desplegar una sonrisa. Él la correspondió con la misma expresión tontaina a la que ambos eran propensos, indudable recordatorio de lo mucho que se parecían. Compartían la misma nariz; de bebé, los mismos ojos color avellana, la misma piel. Al observarlos desde mi esquina de la encimera, tenía la misma impresión que de pequeña: que ella debía quererlo más porque él se le parecía mucho más que yo. Sin embargo en este momento ese pensamiento implicaba mayor sensación de alivio que lo contrario.

Berringer apareció por la puerta de entrada de la cocina, con la camiseta arrugada, debido a la falsa siesta, y con unos boxers que le asomaban por debajo de los vaqueros.

Me habría gustado llegar hasta ellos y tocarlos.

Mi madre le miró, secándose las manos en la bata.

—Jaime nos ha resuelto el día con todo este asunto —dijo ella—. De no haber sido por ti probablemente habrían dormido en la caravana.

Él sonrió.

—La clave está en saber cómo hablarle a la gente —afirmó.

—¿Ésa es la clave? —pregunté, mirándole a los ojos. Me devolvió la mirada pero yo no añadí nada.

Josh nos miraba al uno y al otro mientras anunciaba que probablemente fuese hora de marcharse, siempre que alguien no opinase que debería ir al sótano y saludar a sus futuros suegros.

—Probablemente estén durmiendo —dijo mi madre sacudiendo la cabeza. Luego bajó la vista y miró la fuente de comida que preparó decorativamente, con los

aperitivos en forma de medias lunas.

Antes de que nadie pudiera decir nada, dijo:

—Recordad que abajo hay una mini nevera, ¿vale? —Nadie abrió la boca—. No puedo hablar de ello.

Josh se rio y luego me hizo unas señas.

—¿Ya estás preparada para salir de aquí? —preguntó.

Por un instante pensé que no le había oído bien. Estaba segura.

—¿De qué hablas? —pregunté—. Yo no soy soltera.

Mi madre señaló hacia mí.

—Tampoco estás casada —dijo.

Confundida, me volví hacia Josh. Aunque hubiese colaborado organizando la fiesta de boda, en la práctica nunca pretendí ir. Tenía intención de quedarme en el dormitorio de cuando yo era niña, durmiendo y con un Josh resacoso, agradeciendo a la mañana siguiente el envío de mi preciosa invitación por correo electrónico.

—Mira —dijo—, no te preocupes porque no es que vayas a interrumpir a un ningún grupo de strippers. Te quiero ahí.

Cuando Josh era un adolescente, estuvo mucho tiempo sin querer que yo me inmiscuyera en su vida y para cuando cumplió los catorce años y hasta que dejó la universidad, todas nuestras conversaciones tuvieron lugar a cualquiera de los lados de esa puerta suya, que él mantenía cerrada. Yo siempre estaba ahí, con la esperanza de que algún día me dejase entrar. En cambio ahora él deseaba que yo me encontrase a su lado.

—Yo conduzco —dijo Berringer.

Los seguí hasta la salida de la cocina, pero antes de poder hacerlo, mamá me agarró con la intención de retenerme durante un minuto. Tras ralentizar sus pasos, tiró de mí hacia ella y me besó en la mejilla.

—Simplemente eres la más bella del mundo. ¿Lo sabías? —dijo mientras retrocedía y me miraba sonriente. Luego comenzó a echarme el pelo hacia atrás, detrás de las orejas, empuñada en aplastarlo, para que se sujetase.

—Así —dijo—. Así está mucho mejor.

Aquel primer verano desde que empezamos nuestra relación Matt y yo, organizamos un viaje a Europa, viaje que hasta que nos marchamos, mi madre hizo como que no existía. Era la primera vez que yo dejaba el país, la primera vez que salía de Norteamérica. Todos los veranos anteriores viajé a diversos lugares de los Estados Unidos tales como Filadelfia, Virginia Beach, o Wyoming, con «viajes por carretera de la familia Everett». Siempre en coche, siempre a algún lugar donde se pudiese conducir, aunque ir en coche te llevase la mayor parte de la semana.

La primera y única vez que mis padres me dejaron decidir el destino de nuestra

familia, elegí Londres. Yo no tendría más de siete u ocho años. Pero incluso cuando mi padre trató de mostrarme sobre el mapamundi de nuestro tablero de ajedrez que no era posible conducir hasta Europa, porque los Estados Unidos ni siquiera estaban en ese continente, no elegí otro lugar.

Me negué en redondo y le dije que simplemente dejara que fuese Josh el que lo decidiese. Le dije que de todos modos, odiaba el ajedrez.

Lo que quería decir era que marchar a Europa, especialmente con Matt, significaba mucho para mí. Creo que en cierto modo a mi madre le tranquilizaba que durante la parte del viaje que correspondía a Francia, yo estaría con Berringer, estaríamos con Berringer, quien aquel año vivió en París. Hacía unos cursillos en el Instituto Culinario y estaba de aprendiz en la cocina de un selecto hotel.

Claro que cuando llegamos a su apartamento, él no estaba. Dejó una nota en la que decía que se había tenido que marchar a Inglaterra con su novia, a ver a los padres de ésta, pero que nos sintiésemos como en casa y nos sirviésemos lo que se nos antojase, añadiendo que había cereales en el armario de la cocina.

Lo que yo desconocía entonces era que la razón por la que Berringer se marchó con su novia Naomi, una chica inglesa, a ver a los padres de ésta, era porque él había pedido su mano y querían decírselo. Naomi era diez años mayor que Berringer y tremendamente atractiva. Tenía una larga cabellera pelirroja, era muy blanca, y tenía los dedos delgados. Se conocieron porque ella fue a cenar al restaurante del selecto hotel y, al parecer, Berringer le pidió que ella se casara con él esa primerísima noche, en la entrada exterior del edificio. Esto no lo supe hasta que me confirmaron que la boda tendría lugar el siguiente diciembre, cuando lo confirmaron una y otra vez, normalmente acompañado por la expresión: Si lo sabes, lo sabes.

La ceremonia tuvo lugar en Katonah, una población tranquila a treinta millas al norte de Scarsdale, en una posada situada en una granja. Fue una boda íntima pero acudió toda mi familia. Yo no quise ir porque estaba con los exámenes finales. «¿Desde cuando te dedicas a estudiar?», preguntaba mi madre. No le faltaba cierta razón. Josh hizo de padrino y tuvo que leer uno de esos largos poemas sobre las rosas. La bella Naomi iba descalza.

Clavé la vista en el reflejo de Berringer sobre el espejo retrovisor. Éste tenía puestos los ojos en la carretera y ambas manos sobre el volante y, me preguntaba, con la boda de Josh de por medio, si Berringer estaría pensando en Naomi, si aún pensaba en ella con frecuencia. Se mudaron a Nueva York tras aquel año en París y Berringer encontró trabajo como ayudante de cocinero en un restaurante nuevo del Lower East Side. Tres años más tarde, en realidad casi cuatro, Naomi le pidió que dejara el trabajo y buscara algo en Londres porque echaba de menos su hogar. Porque quería volver a casa. Pero menos de una semana después de llegar a Londres, ella se despertó a su lado en su nuevo apartamento y le dijo que después de todo no había



echado en falta su casa, sino simplemente, que no quería seguir casada.

Durante mucho tiempo eso fue lo último que supe de Berringer. Se perdió por lugares recónditos del norte de California, pasando por Santa Fe, Nuevo Méjico, siguiendo por Austin, Tejas. Josh solía ponerme al día de su paradero de vez en cuando pero yo estaba demasiado inmersa en mis cosas como para prestarle mucha atención. Ese mismo verano, ese en el que Naomi le pidió a Berringer que se marchara, fue el verano en el que Matt me pidió que me casara con él. Fue el día posterior a mi graduación universitaria, unos cuantos días después de que Matt finalizase su primer curso en la facultad de arquitectura, y conducíamos hacia el sur, a Savannah, para visitar a la familia de mi padre durante un par de días. La primera noche acampamos justo a las afueras de Charlottesville, en Virginia, e instantes antes de quedarnos dormidos, en el exterior de la tienda de campaña nos pareció oír a un oso revolviendo entre la basura. Resultó ser un mapache, que gracias al juego de sombras, la extraña luz de la luna y demasiado tequila durante la cena, parecía más grande de lo que en realidad era. Y cuando descubrimos lo que estaba ocurriendo y dejamos de reír, Matt me lo pidió. Justo en ese instante. Rodeados por el oso imaginario. Sacó un anillo de su mochila y dijo que no quería esperar a la cena especial que tenía planeada para nosotros en Savannah. Que no quería esperar. ¿Sabía Berringer al menos eso? Lo dudaba.

Yo dudaba que Berringer supiese que fue hace ya bastantes años y durante nuestra estancia en el apartamento de París, cuando Matt y yo hablamos por primera vez en serio de matrimonio. Que esa primera mañana que estuvimos allí, habíamos ido a ver la Torre Eiffel y que fue entonces cuando él sacó el asunto a relucir. Dijo que podía imaginarnos a ambos pasando toda una vida visitando lugares como éste, que quería toda una vida así y que lo mejor de estar en Francia era ver lo feliz que me hacía a mí. Rompí a llorar precisamente bajo la Torre Eiffel. Como sabía que lo decía de corazón (yo sentía lo mismo por él y lo había sentido desde el instante en que le conocí), lo mejor de todo fue ver cómo él también disfrutaba a tope.

Parte de mí, quería contarle ahora la historia a Berringer aunque no estaba segura del porqué. No estaba segura de cómo eso podía ayudarme.

En vez de contársela, me incorporé y pregunté:

—¿Alguno de vosotros sabe de alguien feliz en su matrimonio? ¿De un matrimonio feliz de verdad?

Josh se volvió y me miró desde el asiento delantero. Berringer me miró a los ojos a través del espejo retrovisor.

—Sólo pensaba —dije.

Josh se reincorporó y me dio la espalda.

—Pues, mejor que pienses en otra cosa.

Miré a través del espejo retrovisor para comprobar si Berringer seguía

observándome. No lo hacía. Había vuelto a clavar los ojos en la carretera. Yo ahora tenía la certeza de que pensaba en Naomi. En Naomi y quizás en su novia, Cecilia o Chloe, lo había olvidado, creo que empezaba con una C. Carol Ann. Quizás.

—Lo siento, intentaba averiguar algo acerca de cuando las cosas se tuercen... entre dos personas. —Moví la cabeza, con la certeza de que no estaba mejorando las cosas. Ni para mí, ni para ellos.

—Olvidadlo. Era una pregunta estúpida —dije.

—Podría aparecer en contraportada de un libro de los que no dejan títere con cabeza —dijo Josh.

—Mmm —murmuré—. Me encantaban los libros que no dejan títere con cabeza.

Berringer volvió a mirarme a los ojos a través del espejo retrovisor y empezó a reír.

—¿Tu canción favorita? No actual, sino la de entonces.

Moví la cabeza tratando de pensarlo, de recordar lo que me chiflaba en sexto curso, o en séptimo, con el bolígrafo atravesando con nitidez el recuerdo de otra persona y con la absoluta convicción de dar con las respuestas acertadas.

—Supongo que «La mujer de rojo» —dije.

—«La mujer de rojo» —murmuró Josh tan bajito que apenas se le podía oír.

—¿Hobby favorito? —preguntó Berringer, ignorándolo.

—Bañarme —dije.

—¿Bañarte? —inquirió Josh. Esta vez se dio toda la vuelta y se situó frente a mí —. Por favor dime que no solías ponerlo por escrito. ¿Qué hay de malo en decir *softball*?, ¿o *ballet*?

—Solía imaginar que me encontraba en el mar —dije.

—Muy bonito, Emmy —dijo—. Genial.

—A mí también me gusta bañarme —afirmó Berringer.

Josh levantó la mano para cerrarle la boca. No lo soportaba cuando pensaba que yo me ponía en plan raro, no tanto porque le avergonzase sino más bien porque yo le preocupaba. Le preocupaba que un día me viese metida en una situación de la que él no podría sacarme.

Bajó la ventana, y me dio el aire de sopetón, quizás más que a él.

—Ahora que vives cerca del mar —dijo—, quizás puedas fingir que se trata de una bañera.

Si fueses a Scarsdale a visitar a alguien, digamos que a un compañero de habitación de la facultad o a los padres de tu nuevo novio y alguien sugiriese ir a tomar una copa, lo más probable es que la taberna de Heathcote fuese la siguiente sugerencia. Por la sola razón de que la taberna de Heathcote es el único lugar al que puedes ir. Y no sólo me refiero como garito de moda o donde está toda la movida. Me refiero a él como el único existente. Si quisieses ir a otro bar tendrías que irte a otra localidad. Quizás a White Planes, o a la carretera principal de New Rochelle.

La taberna no estaba mal. La verdad es que era bastante grande, con tres amplias salas de color rojo con sus correspondientes chimeneas, luces tenues y empapelado oscuro. Abajo estaba el comedor. Y arriba el bar, un sitio que estaba más que atestado dos noches al año, la nochebuena y la víspera del Día de Acción de Gracias, cuando la mayoría de los graduados de la última década volvían al pueblo por vacaciones y celebraban reuniones extraoficiales e improvisadas en el único lugar donde podían hacerlo.

Sin embargo, el resto del año, como esta noche, lo normal es que sólo hubiese un pequeño grupo de trasnochadores que llenaran la parte superior. En una esquina estaba una pareja de divorciados que había quedado en algo así como su primera cita, un hombre entrado en años hablando con el barman junto a un televisor de pantalla plana y un par de mujeres que rozando la treintena y de espaldas a nosotros, bebían chardonay en la barra.

Claro que esta noche, para la juerga en honor a Josh, habían añadido una larga mesa ovalada en el centro de la sala de arriba, reservada para una fiesta de despedida de soltero a la que parecía faltarle chispa. A un lado de la mesa oval se encontraban Mark, Todd y Chris, el resto de los colegas de Josh del instituto y a quienes reconocí de inmediato. Al otro lado estaba representada la facultad de medicina, a la mayor parte de los cuales no reconocí. Casi todos habían venido desde la ciudad compartiendo coches. La mayoría o bien vivía allí o se hospedaba durante el fin de semana en el hostel de Essex, gracias a la madre de Meryl, que pagaba sus habitaciones. Cuando vi la gran cantidad de copas vacías sobre la mesa, me di cuenta de que se había cometido un error. Lo de celebrar aquí la despedida de soltero. Al ritmo al que parecían ir todos a estas alturas, tendrían que dormir borrachos en el sótano, junto a los Moynihan-Richards.

Alguien gritó ¡Josh! mientras él subía las escaleras.

—¡Ahí está!

Todo el mundo se levantó y aplaudió, vitoreándole mientras él saludaba a la gente alrededor de la mesa. Berringer y yo nos mantuvimos apartados a un lado.

Y yo habría seguido distanciada de no haber sido porque me vio mi padre, quien llevaba la voz cantante entreteniéndolo al personal. Me saludó y yo le devolví el saludo. Don Samuel Bean Everett, abogado, bombero voluntario, natural de Georgia

y con la anormal altura de un metro noventa y ocho centímetros. Esta noche se había presentado de lo más fiestero para la despedida de soltero, con los pantalones de faena, las botas de trabajo y la camiseta que Josh le había comprado unos cuantos años antes y que en grandes letras negras ponía: AQUÍ VIVE EL SEÑOR SEDUCTOR.

Incluso a unos cuantos metros de distancia, me daba cuenta de que la fiesta ya le estaba afectando. Tenía las mejillas rojas y los ojos vidriosos. Mi padre apenas bebía, gracias a estar casado con Sadie la abstemia. No recuerdo que mi madre se tomase una copa una sola vez en toda mi vida. Esto resultaba un tanto irónico teniendo en cuenta que conoció a mi padre en un bar. Un domingo por la mañana, todo hay que decirlo.

Era una de las historias que iba de boca en boca una y otra vez fuese o no fuese fin de semana de boda. La historia de aquella mañana del día de Año Nuevo en el pub Oak, situado a ras de calle, en el New York Plaza. Mi madre y su amiga Lidia estaban sentadas en una mesa en la esquina, bebiendo Shirley Temples. Fue idea de Lidia acudir allí para matar un poco el tiempo antes de ir al cine, a la sesión de tarde. Y llegó mi padre. Se había dejado olvidado el periódico en esa misma mesa y atravesó la sala revestida de madera, para recogerlo. Y fue entonces cuando ella se lo encontró. Él llevaba puestos «un par de pantalones de faena, descosidos» y llevaba el pelo recogido en una coleta corta. Simplemente estaba de paso en Nueva York y venía desde Savannah, en Georgia, hacia una isla en el Maine, donde iba a trabajar como bombero y entrenador del equipo de baloncesto de un instituto. A ella le pidió que le alcanzase el periódico que estaba bajo la mesa y se lo entregase.

Mi madre, como respuesta, y en un acto que ella afirmaba no iba en absoluto con su forma de ser, le pidió a mi padre que volviese a sentarse durante unos instantes y se tomase otro Shirley Temple en compañía de ambas. Este tipo de cara aniñada y muy sureño, piel clara y ojos azules brillantes, que la llamó señorita al pedir su periódico y que no tenía nada que ver con esa clase de tipos con los que ella pensaba que terminaría casándose: no era ni rico ni ambicioso ni judío. Ni tan siquiera judío.

Mientras esperaban a que le sirviesen la copa, según dicen, ella se excusó, fue al servicio, se encerró en uno de los compartimentos y lloró porque sabía que nunca se sentiría bien sin él.

Luego se lavó la cara, se miró al espejo para comprobar su aspecto, volvió a salir, le pidió a él que se quedase con ella en Nueva York, que reconsiderase lo que quería hacer con su vida, que le permitiese educar a sus hijos en los valores religiosos que considerase necesarios y que se casase con ella algún día. O que simplemente se quedase.

—¡Emmy! —gritó mi padre—. ¿Qué haces ahí? Ven aquí. Déjame saludarte y darte un beso, mi pequeño tesoro.

Odiaba que me llamase pequeño tesoro. ¿Cómo podía ser que él midiese un metro noventa y cinco y su única hija uno setenta? Miré a Berringer para ver si él lo había oído pero estaba absorto en una conversación con los chicos de secundaria y se había olvidado por completo de mí.

Me dirigí hacia mi padre.

—¿Qué ocurre? —Pregunté, mientras él se inclinaba y me saludaba abrazándome. Señaló su camiseta.

—Los chavales me han puesto de mote el Señor Seductor. ¿No está mal, eh?

—No, no está mal —respondí.

Inclinó la vista hacia la camiseta, deslizando el dedo a lo largo del SEÑOR SEDUCTOR.

—No está nada mal.

Transmití el breve recado de que mi madre se iba a la cama, mientras él me miraba y mostraba algo más que preocupación, como si hubiese hecho algo malo, lo que no era cierto. Lo único que ocurría era que raramente se les veía separados. Eso era lo que tenían mis padres. Aún estaban muy enamorados. Más de treinta años después. Seguían siendo merecedores de la única respuesta a la pregunta que le había planteado a Josh y a Berringer en el coche. ¿Quién está felizmente casado? ¿Quién sigue enamorado de su pareja? El problema reside en que cuando se trata de tus padres, a veces parece como si esto no contara.

—¿Quiere que vaya a casa?

—No. Únicamente me pidió que te dijese que iba a dar de cenar a los Moynihan-Richards y luego fingiría dormir. De veras. Sin novedad en el frente.

Algo más convencido, se frotó las manos en señal de alivio.

—Bueno, entonces, ¿qué os parece otra ronda? —dijo volviéndose hacia todo el mundo, alzando la voz, en realidad casi gritando—. ¿Qué os parece otra ronda, chavales?

Comenzó a caminar hacia la barra del bar, pero tropezó y tiró dos cervezas de la mesa.

—Cuidado, Señor Seductor —dije tratando de que volviese a sentarse—. Deja que vaya yo, ¿vale?

—Gracias, chiquilla. No estoy acostumbrado a beber —dijo mientras alzaba la mano para llegar hasta mí y así poder acariciar mi mejilla. Tenía la palma húmeda y caliente por el alcohol.

—¿Eres feliz esta noche? —preguntó.

—Esta noche soy feliz.

Me miró, tratando de averiguar si era cierto, tratando de actuar como si no se lo preguntase. Mi padre tenía esa pizca de miedo que había heredado del sentimiento judío de preocupación de mi madre, como si las cosas no fuesen bien del todo, como

si me hubiese fallado en algo.

Con Josh actuaba del mismo modo, razón por la que yo sabía lo que vendría después. Miró hacia donde estaba Josh, quien hablaba con un amigo de la facultad de medicina. Mi hermano reía, y apretaba y soltaba su mano izquierda. Supongo que bromeaban acerca del anillo que verían bastante pronto. Supongo que bromeaban acerca de todo lo que vendría después.

Mi padre le sonreía, como señal de haber obtenido toda la información que necesitaba. Me tentó decirle la verdad, es decir, que como poco, parecía que las cosas se complicaban algo más de lo que él pudiera pensar.

Pero sabía que mi padre no podría hacer frente a algo así. Sólo era capaz de complacer a las personas. De ahí lo heredó Josh. El único instinto en mi padre que llegó incluso a rivalizar con el gen de la complacencia, era aquel de la sobreprotección, con Josh y yo como destinatarios. Si hubiese tenido que hacer frente a esta situación, esas dos caras suyas se habrían visto obligadas a enfrentarse entre sí y a mí me inquietaba que él pudiese estallar. No estaba preparada para ser testigo de algo semejante.

—Serán muy felices, ¿no te parece? Quiero decir, Meryl y Josh —dijo, dándose la vuelta para situarse frente a mí—. ¿No crees que Meryl le hará feliz?

Le acaricié la parte superior de la cabeza.

—Probablemente —respondí.

Estaba claro que no prestaba demasiada atención a lo que ocurría en otras zonas de la taberna pero aún me costaba creer que pasasen desapercibidas para mí las veinteañeras que bebían chardonay en la barra del bar y a las que conocía sobradamente por sus cogotes. Esas dos cabezas perfectamente erguidas. Al menos debiera haber reconocido que las reconocía. Pero me costó acercarme a ellas, para caer en la cuenta de que se trataba de Stacey Morgan y su amiga del alma, Sheila Beth Gold, dos chicas con las que yo me gradué en secundaria, que por lo que parecía aún eran grandes amigas y que todavía estaban más guapas y más de una pieza que hacía una década. Hubo un momento en el instituto en el que casi se podía considerar que yo era amiga suya. Íbamos a las mismas fiestas, pasábamos el tiempo con el mismo grupo de tíos y nos sentábamos cerca, en las mesas del comedor del fondo de la cafetería. Pero ahora parecía como si llevaran radiantes letreros que despleaban la palabra peligro, listas para anunciar el lugar exacto en el que se encontraban en la carretera que va desde una situación de superchica emprendedora e independiente al estado de plena dedicación maternal. Incluso en el caso de seguir yo con Matt, pensarían que mis «sueños cinematográficos» no eran más que un capricho del que me olvidaría tarde o temprano. Y ahora que ni siquiera tenía a Matt como punto de encuentro, bueno, me di cuenta que mi interminable proyecto de las mujeres de los

pescadores, no iba a ganarme su admiración.

Antes de que me viesen traté de escabullirme pero como ya venía siendo habitual esa noche, fue demasiado tarde.

—Dios mío, ¡Emmy Everett! —dijo Stacey. Me agarró del brazo—. ¡Sheila, mira! Ahí está Emmy Everett. La loca de Emmy Everett. No me lo puedo creer. ¿Qué tal niña?

—¿Qué tal, Stacey? —dije inclinándome y dándole palmaditas en los hombros. Fue un movimiento torpe que ni acababa de ser abrazo ni dejaba de serlo del todo. Era peor que no haber hecho nada en absoluto.

—Sheila —dije.

—¿Qué haces aquí? —dijeron al unísono.

Sonreí, aprovechando el tiempo que me proporcionaba esto para poder movilizar mis fuerzas interiores. Podía entrar y salir de esta conversación sin sufrir ningún daño. Sólo necesitaba movilizarme.

—Bueno, pues ya ves, celebramos la fiesta de despedida de soltero de mi hermano —dije.

—¡Ah, es verdad! —dijo Stacey—. Josh se casa este fin de semana ¿no es cierto? Sí, lo sabía. Creo que me lo dijo mi madre.

Me atravesó con la mirada y fijó los ojos en él, que estaba en la mesa.

—¿Crees que sería demasiado tarde para decirle que estuve coladita por él cuando hacía el bachillerato?

—Puede que no —dije.

Me miró confundida y luego, desplegando una gran sonrisa, intervino Sheila tratando de hacer que su amiga volviese en sí.

—El caso es que —dijo— se suponía que ahora mismo deberíamos estar de camino a casa de los Hampton, pero cuando quisimos salir, el tráfico era algo tremendo. De modo que decidimos quedarnos esta noche en el valle y salir mañana temprano... probablemente deberíamos haber tomado un autocar desde Midtown en vez de venir directos aquí para coger el coche.

—Bueno, de los errores se aprende —dije—. Al menos podréis tener el coche en la playa.

—Al menos podremos tenerlo en la playa —repitieron.

Fui hacia el barman.

—¿Me pone otra ronda de tequilas cuando pueda? —dije—. ¿Y el resto de la botella? El resto de la botella estaría de maravilla.

Ellas esperaron a que él reuniese las copas, antes de seguir a lo suyo, como si a él le importara de qué hablaban, como si quisiese escuchar. Yo ni siquiera quería escuchar pero no tenía elección.

—De modo que —dijo Stacey— la última vez que te vimos, señorita Emmy,

estabas a punto de casarte. ¡Craso error! Lo que yo digo es que siempre quise que mi carrera fuese por delante de todo eso, pero con los estúpidos chicos del no-voy-a-comprometerme-contigo-mientras-queden-más-trenes-que-coger, más me convenzo de que simplemente debiera haber decidido casarme como tú lo hiciste. Bueno... ¿Y tiene gran importancia ser la tercera de a bordo de un tipo que es el segundo de a bordo del despacho de litigios más importante de Nueva York? Quiero alguien con quien pueda limpiarme los dientes. ¿Cómo se llamaba ese programa de televisión en el que una chica rubia decía eso? Que quería alguien con quien cepillarse la boca... bueno, estoy delirando. El asunto está en que queremos saber qué es lo que haces ahora. ¿Cómo se llamaba tu marido? ¿Matthew? Estudiaba arquitectura, ¿no? ¿Qué tal la vida de casada con un elegante arquitecto?

Stacey inspiró profundamente, algo que yo no había hecho una sola vez desde que se puso a hablar. Deseé enormemente haberme casado con Matt y así haber podido transmitir el feliz parte. Sobre todo porque Stacey sonreía de nuevo y su sonrisa era tan amplia que comprendí que ni siquiera le preocupaban demasiado sus problemas. En realidad no temía no poder encontrar a alguien. Ciertamente no había temor en ella. Era la tercera de a bordo para el segundo de a bordo del despacho más importante de Nueva York. Ésta no era más que una muestra ensayada de amargura. De modo que para que se sintiese a gusto, yo terminaría respondiendo con algo que a ella le hiciese tener la seguridad de que se encontraba en el mejor lugar posible, un lugar sin par.

Me pasé el pelo por detrás de las orejas con mayor firmeza, atesándolo.

—Bueno, ya sabes —dije, y me encogí de hombros—, puede que quieras preguntárselo a alguien que esté casado de verdad. Eso no fue lo que terminó pasándome a mí.

—¡Joder, Emmy, lo siento! —Exclamó Sheila, cogiéndome por la muñeca—. De veras que lo siento.

Traté de soltarme.

—No te preocupes —dije.

—Claro que sí. ¡Por supuesto! —dijo Stacey, mientras Sheila inclinaba la cabeza enérgicamente en señal de asentimiento—. A veces las cosas pasan. ¡Las cosas cambian! Lo que importa es el presente. Y Emmy, ¿qué haces ahora?

—Trabajo en Rhode Island en una tienda de aparejos de pesca —respondí.

—¡Ah! —Se miraron la una a la otra—. Ya.

El barman colocó la bandeja con los tequilas, situando la botella en el centro. Cogí la bandeja y luego me volví hacia las chicas.

—Bueno, supongo que debería ir llevando esto hacia la mesa —dije—. Pero no os preocupéis porque vuelvo en un minuto a por el resto.

Volvieron a mirarse la una a la otra y luego empezaron a reírse de un modo un



tanto forzado. Pero supongo que ése es tu premio por contar un mal chiste, o quizás, por parecerte demasiado a uno.

Al volver a la mesa, mi padre estaba contando una historia. Tranquilamente, puse la botella en el centro y me senté en la silla junto a Berringer. Me miró de arriba abajo, me sonrió y luego volvió a centrarse en mi padre, cuyo brazo rodeaba a Josh. Sólo pillé la coletilla final de la historia pero ya la había oído antes. Era esa en la que Josh lanzó la pelota durante su primer partido de béisbol universitario. Josh había estado lanzando la pelota a un bateador que falló hasta el último momento, cuando alguien bateó y se hizo toda la carrera alrededor del cuadro de bases, enviando la pelota fuera del campo.

—Josh corrió hacia la base del bateador y rompió el bate en dos porque estaba enteramente convencido de que aquel tipo había metido corcho dentro —dijo mi padre.

Todos rieron excepto yo. Estaba demasiado ocupada pensando si todas las fiestas de despedida de soltero eran tan divertidas.

Berringer se inclinó hacia mí.

—¿Son amigas tuyas? —preguntó, señalando hacia la barra del bar donde estaban Stacey y Sheila.

Me encogí de hombros, mientras se estiraba para alcanzar un tequila.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pareces contrariada.

Me terminé el tequila apresuradamente en vez de responderle. Luego cogí otro. Comencé por preguntarle si se acordaba de Sheila y de Stacey, más que nada porque supuse que no, lo que creí me haría sentirme mejor. Pero antes incluso de que pudiera hablar, se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Bueno, a ciertas personas les digo que soy cocinero, me miran de un modo extraño y me preguntan qué me gusta cocinar —dijo—. Y sé que si digo que me encanta cocinar algunos platos francamente caprichosos, como magret de pato con salsa ácida o una pieza de pichón asado con trufas, o foie-gras, o lo que sea, lo hallarán de su agrado. Sé que éstas son las cosas que quieren oír.

—¿Y entonces qué les dices?

—Manteca de cacahuete —dijo—. Y mermelada.

Empecé a reírme, sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo mientras él seguía con sus labios junto a mi oído, algo que traté de ignorar.

Me aparté y le miré.

—De modo que quieres contarme algo, ¿verdad Berringer?

Me sonreía.

—Lo que sea —dijo.

—¿Conoces a Elizabeth? —Al no responder, traté de ponérselo más claro—. La Elizabeth de Josh.

—Emmy, eso es algo que probablemente debieras hablar con Josh en vez de hacerlo conmigo.

Señalé hacia el otro lado de la mesa, donde Josh se tomaba otro tequila por su cuenta y riesgo, a toda prisa. Empezaba a tener la cara roja, comenzaba a estar excesivamente colorado.

—Ahora Josh está ocupado —dije.

Berringer disintió con la cabeza, sin alzar la vista. Sin duda, ya no sonreía.

—¿Qué? —dije—. ¿Es que es una tía tan guay?

Volvió a mirarme a regañadientes e inclinó ligeramente la cabeza en señal de asentimiento.

—Es bastante guay —dijo.

Bajé la mirada y clavé la vista en mi copa vacía, pensando en Meryl. Acababa de venir de Nueva York hacía un par de semanas para que le diesen los retoques finales a su vestido de boda y se fue en coche hasta el Hilton, al sur de Connecticut, para comer conmigo. Terminamos hablando de un gran documental que había visto en Los Ángeles sobre un director de cine al que le apasionaba una vieja novela que había leído, que se recorrió todo el país para buscar al autor, de quien no se sabía nada hacía dos décadas. Se emocionó hasta tal punto al relatarme la historia, que tuvimos que ver la película ese día, con lo que terminamos conduciendo otra hora y media hasta un bellissimo viejo cine en Northampton, Massachusetts, el único lugar de Nueva Inglaterra donde la proyectaban. Fue el mejor día que recuerdo haber pasado en mucho, mucho tiempo. Tampoco resultaría demasiado difícil reconocer que ella también era bastante guay.

—La madre del cordero está en que las cosas no deberían haber ido tan lejos con Elizabeth si él no tenía intención de seguir adelante —dijo Berringer—. Y eso lo sabe Josh. Lo sabe ahora, y aquí quiere hacer lo correcto.

—¿Lo correcto para quién? —dije.

No me respondió pero yo quería obtener más información, al menos preguntarle lo que quería decir. ¿Si se refería a casarse con Meryl o a decirle a ella la verdad acerca de Elizabeth?, aunque no tenía la certeza de que Berringer conociese la respuesta.

Tampoco estaba segura de que hacer lo correcto fuese tan fácil como la mayoría de nosotros suponíamos cuando lo utilizábamos como pretexto para hacer lo que se suponía debíamos hacer. Además, otra cosa que quería preguntarle a Berringer era qué mujer pensaba él que le convenía más a Josh, y sabía que eso nunca me lo diría. Él respondería que no le correspondía juzgarlo. Y quizás así fuese. Pero de todos modos yo sabía que él tenía una idea. Conocía a Josh mejor que nadie, quizás incluso

mejor que yo. Después de todo entendía a la perfección lo que éste podía o no podía hacer. Lo que quizás necesitaba hacer.

—Elizabeth es criadora —dijo—. Cría unos perros enormes, ¿sabes?

—Berringer —dijo pausadamente. Se me está empezando a subir el tequila a la cabeza—. Empiezo a pensar que no sé nada.

Por lo visto su historia era algo parecido a lo siguiente:

—Aquel año, el último de Josh en la facultad de medicina, estando Meryl ya en Los Ángeles, Josh hizo trabajo voluntario unas cuantas veces al mes en una clínica de Springfield, Massachusetts. En esta localidad se celebró una gran exhibición canina en el Centro Ferial, lugar por el que Josh se paseaba durante su hora de comer. Elizabeth se encontraba allí, exhibiendo dos de sus perros. Hace mucho tiempo Josh me dijo que tenía la teoría de que una relación plena se basaba en lo ocurrido durante los primeros cinco minutos en que se conocían dos personas. Que todo lo acontecido después de esos primeros minutos no era más que un mero detalle con añadidos. El significado: que conocías el grado de profundidad del amor, lo que sentías instintivamente por alguien. Si uno de los dos salvaba al otro al principio, pongamos, si conocías al otro en un accidente de coche, siempre seguirías encasillado en ese papel (el salvador, el salvado) durante lo que durase la relación y en sus diversas vertientes. O, si innatamente no confiabas en alguien, ésa sería también tu reacción instintiva a lo largo de la relación, y ése sería siempre tu sentimiento, a pesar del bien que tu pareja te hiciese.

—¿Qué ocurrió durante sus primeros cinco minutos? —pregunté a Berringer.

—El tiempo se detuvo —me dijo.

Se acercaba el momento de cerrar el bar, y no por culpa del barman, quien lo había retrasado con tranquilidad en honor a otra última ronda de copas, mi padre se puso en pie, hizo tintinear la copa con la cuchara y brindó por Josh apresuradamente. Ni grandes discursos, ni ojos llorosos. Simplemente el deseo de que Josh fuese muy feliz. A estas alturas a Josh se le habían subido los colores en demasía. Él observaba a nuestro padre y me di cuenta de que tenía problemas para centrarse en lo que se estaba diciendo, pero de todos modos cuando terminó mi padre, Josh se levantó y le abrazó.

—Por el fin de semana más feliz de tu vida —dijo mi padre. La voz se le atoraba, demasiado confusa.

—Vamos, tío, nos vamos de aquí —dije, volviéndome hacia Berringer.

Ya había llamado al servicio de taxis para el resto de la gente. Ya me había asegurado de que ese asunto estuviese resuelto. Berringer asintió con la cabeza pero

antes de poder ponernos en pie, mi padre volvió a llamarme, y esta vez más alto.

Alcé la vista lentamente, clavó sus ojos en mí.

—¿Y tú qué? —sonrió y levantó su vaso.

—¿Quieres brindar?

Atraje la mirada de Berringer, quien no apartó la vista. Eché un vistazo a los de la mesa donde estaban unos chavales a los que en realidad no conocía ya. Luego miré a Josh. Evité devolverme la mirada. ¿Qué sabía de él? Lo único que pude pensar era que llevaba otra vida de la que no me había hablado hasta ahora. ¿Qué otra cosa no sabía de esta persona de la que realmente pensaba que lo sabía todo?

Yo había indagado por todos lados acerca de las bodas para preparar mi brindis. Leí una buena media docena de libros sobre los diferentes rituales de boda y de dónde procedían las tradiciones. Planeé incorporar toda clase de extravagantes trivialidades en mi discurso final. Pero no importaba. Por mucho que lo intentaba, no se me ocurría nada que decir.

—Vamos, Em —dijo mi padre—. Di algo.

Josh me sonrió y parpadeó.

—Papá, déjalo. No tiene por qué hacerlo.

Traté de devolverle la sonrisa. Me sentía fatal. Luego advertí la mano de Berringer sobre mi espalda.

—¿Sabes qué? —dijo él—. Ella se limitaba a decirme que aún se lo está currando. Chavales, no va a desperdiciar su tiempo con vosotros.

Le miré agradecida, tan agradecida que me sorprendió. Nos sorprendió a ambos.

—Lo reserva para la boda —dijo.

Los Everett estaban tan borrachos que tuvimos que dividirlos para el viaje de vuelta a casa. Josh durmió en la parte trasera del coche de Berringer y yo les seguí, lentamente, en el coche de nuestro padre, quien tan pronto se sentó, cayó redondo antes incluso de haber sacado el vehículo del aparcamiento. Mirándole con disimulo —tenía la boca abierta y roncaba ligeramente—, deseé haberme quedado en casa esa noche, que en ese momento él estuviese en el coche de Berringer, y que yo hubiese tratando de hacer algunos progresos en mi documental. Deseaba haberme quedado en casa y estar durmiendo para que todo lo dicho por Josh se hubiese esfumado.

Alguien tocó la bocina detrás de mí. Miré por el espejo retrovisor mientras el conductor me daba las luces indicando con su intermitente que giraba a la derecha. Y ésa debió ser la razón por la que en vez de efectuar el giro hacia la calle Heathcote, que llevaba a la casa de mis padres en la calle Drake, me dirigí todo recto hacia la calle Mamaroneck. No llevaba a nadie ni detrás ni delante. Pasé frente a la gran iglesia, al instituto de enseñanza media y por las muy deterioradas pistas de tenis. En el lado izquierdo todas las luces estaban apagadas excepto la de una farola cuya luz parpadeaba como si esa fuese la única tarea que se le había encomendado.

Me dije a mí misma que no sabía adonde me dirigía, pero sí lo sabía. Lo supe tan pronto como llegué al camino de Cushman. El giro a la derecha me resultó familiar, viré la segunda vez, hacia Willow, y me introduje en el pequeño callejón sin salida que conocía a la perfección, dando un rodeo hasta situarme frente al patio trasero correspondiente. Desde aquí todo conservaba el mismo aspecto: tres pisos de ventanas de estilo colonial, un pequeño ático emperchado en lo alto, un patio trasero de estructura rectangular lleno de columpios, un tobogán y juguetes rotos, todos ellos pertenecientes al hermano pequeño de Matt.

Paré el motor y descansé en el asiento, suspirando. Las luces de la casa estaban apagadas, ni siquiera estaba encendida la del porche trasero. Y se me ocurrió que los padres de Matt debían estar fuera por la festividad del Cuatro de Julio, probablemente en el norte, en su casa de Maine. Existía la posibilidad de que hubiese alguien en casa, durmiendo. Pero no lo creía. Estarían fuera. Y al final del pasillo, el dormitorio de Matt posiblemente estuviese vacío.

Fueron tantas las tardes que estuvimos en esa habitación. Fueron tantas las que estuve ahí incluso sin él, los días en los que no le daba tiempo llegar a Scarsdale o en los que yo no podía ir a la ciudad. Me sentía más tranquila cuando estaba entre sus cosas, haciendo los deberes o perdiendo el tiempo. Era como si él estuviese conmigo. Todos los martes por la noche, durante mi último curso de secundaria, venía a casa y yo me quedaba con él. Esa era nuestra rutina. Los fines de semana nos quedábamos juntos en la ciudad y, los martes, en Scarsdale. Nos levantábamos a las cinco de la mañana para poder estar un par de horas juntos antes de tener que ir yo al instituto. Matt traía un termo con café de la cocina, el periódico de la mañana y se volvía a la

cama conmigo.

Una parte de mí quería llamar al timbre y deslizarse por la ventana, simplemente subir un rato al dormitorio. No porque después me hiciese sentir nada diferente sino porque una vez más y durante unos cuantos minutos, quería sentir cómo fue aquello. Pertenecer a algo más grande que yo misma.

Tenía esas sábanas gruesas y ese suave edredón azul. ¿Y por qué me iba a importar el color? ¿Por qué lo recordaba? Realmente no se puede sentir un color. No puedes sentir nada por completo a no ser que parte de ti no sepa qué está ocurriendo.

Moví la cabeza y volví a arrancar el coche. No necesitaba estar ahí, no tenía por qué estar en ningún sitio más que en mi propia cama. O golpeando la pared del dormitorio, comprobando que Josh estaba despierto para que pudiese escucharme. Siempre que él quisiese hablar.

Mi padre abrió los ojos repentinamente y se volvió hacia mí. Pero para entonces yo ya estaba en movimiento.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Todo va bien, papá.

—¿Dónde estamos?

—Donde Matt —respondí.

—¿Dónde Matt? —Estaba confuso, pero volvían a cerrársele los ojos. Sabía que en cuestión de un minuto estaría fuera de combate.

—Bueno —dije—. Ya, no.

Cuando llegamos a la casa, el coche de Berringer aún estaba en la entrada. Llevé mi equipaje dentro, incluidas las cintas con las mujeres de los pescadores, me serví un vaso de agua helada y lo dejé en el suelo junto a mi padre, que se había desmayado sobre el sofá. Luego, durante un instante, eché un vistazo, buscando a Josh, quien, completamente vestido, estaba tumbado durmiendo sobre la colcha.

—¡Esta casa es un desastre! —dije en alto, aunque nadie parecía estar lo suficientemente sobrio como para escucharme.

Volví a llenarme otro vaso de agua y salí al exterior. Encontré a Berringer fuera, en la escalera trasera, frente al jardín. La carpa ya estaba lista para el día siguiente, con sus farolillos de madera de dos metros y medio de altura firmemente asentados sobre el terreno en todas las esquinas. Berringer lo observaba de cabo a rabo, con un cuenco de cereales vacío a su lado.

Le di el agua. Me sonrió agradecido mientras le echaba un trago enorme al vaso, prácticamente terminándoselo. Luego empezó a hablar de nuevo.

—Me temo que los chicarrones Everett van a pasarlo un poco mal mañana —afirmó—. Le dejé una nota a tu padre sobre la mesa de la cocina, diciéndole que se tomase otra cerveza por la mañana. El remedio para la resaca. Una copa le dejará

como nuevo.

Desplacé el cuenco hacia un lado y me senté. Aún hacía muchísimo calor y el aire, denso, se me pegaba a la piel.

Removí con la cuchara lo que quedaba de la leche.

—¿Qué cereales son? —pregunté señalando su cuenco.

—Los Cheerios de miel y frutos secos —respondió—. Normalmente son los que me tomo por la noche.

—¿Y por la mañana?

—A veces los Special K de Kellogg's, pero sobre todo los domingos.

Le sonreí y dejé la cuchara. Pude sentir cómo me latía el corazón en las sienes, empezaba a tener los ojos cargados.

—No estoy segura de que debiera haber conducido —dije—. Ahora que estoy aquí sentada tranquila y relajadamente.

—Sí, bueno —dijo—. Yo me doy un paseo hasta casa.

—¿Con este calor?

—Mañana será peor aún.

—Sí, es cierto —dije—. De todos modos, ¿no te resulta extraño que puedas caminar hasta casa? ¿Que nuestras casas aún sigan aquí, tanto tiempo después de que nos fuésemos?

—Bueno, son las casas de nuestros padres.

—Pero aun así... dediqué tanto tiempo intentando huir de este lugar, que a veces me pregunto si no será el único lugar al que realmente tenga que volver algún día. Ya sabes, si no será el único sitio al que en realidad siempre considere mi hogar.

Me dio el vaso de agua.

—Bebe —dijo.

Cogí el agua y me eché a reír. Se volvió y me miró, inclinando la cabeza. Resultaba extraño cuando lo hacía y me miraba desde esa dirección. Casi parecía como si tratase de ver algo que yo no estaba segura de querer mostrarle. Me ponía nerviosa.

—Anda —sonrió—, cuéntame algo más acerca de este documental tuyo. Debes de estar ya terminándolo, ¿no?

Me sentí agarrotada. No supe qué decir. Estaba acostumbrada a dar explicaciones acerca de mi vida, contando verdades a medias, pero algo me decía que eso no estaba bien y que únicamente debía contarle la verdad. Quizás porque él mismo parecía no tener ningún problema en decir la verdad. De todos modos ¿qué le diría? ¿Que cuanto más tiempo empleaba en el documental, más lejos estaba el final del proyecto? ¿Que cuanto más tiempo invertía, más dudas me entraban acerca del porqué de todo esto?

—Brringer, creo que ahora mismo tenemos cosas más importantes de las que hablar, por ejemplo de Josh —dije—. Sólo por ponerte un ejemplo.

—Ah... —dijo, moviendo la cabeza como si hubiera captado el mensaje—. La chica insiste en lo de Josh por no querer hablar de sus cosas.

Pasé por alto el comentario aunque en el fondo sabía que no le faltaba razón.

—Simplemente no lo entiendo —afirmé—. Si dices que Josh es tan maravilloso con Elizabeth y que se compenetran maravillosamente o lo que quiera que sea ¿por qué no se lo dices? ¿Cuándo hará algo al respecto?

—Ya es demasiado tarde. Si iba a hacer algo, ya debería haberlo hecho.

—¿Eso qué quiere decir? —dije—. ¿Quieres que meta la pata?

—¿Dónde crees que la ha metido?

Miré al vacío, sin saber muy bien cómo responder. No tenía respuesta. Hubo un instante en el que pensé que Josh, sin dudar, debiera casarse con Meryl, que cualquier otra cosa sería un gravísimo error, pero luego, al instante siguiente, me di cuenta de que no disponía de información suficiente para saberlo con seguridad. Lo único que sí tenía claro, gracias a mi experiencia personal de no hacer nada, era que Josh debía hacer algo, en vez de dejar que la vida siguiese su curso.

Berringer posó su vaso de agua vacío.

—Quizás ni tan siquiera tenga por qué haber una metedura de pata —dijo.

Le miré otra vez, repentinamente enfadada. Claro que metería la pata. Siempre se metía la pata. Yo siempre he vivido con el miedo a meterla.

—¿Es que acaso no la metiste tú? —pregunté.

Pero tan pronto como las palabras salieron de mi boca, lo sentí, porque me di cuenta de lo crueles que sonaban. Y yo sabía que en realidad no iban en absoluto dirigidas a él, sino más bien a mí. O a Josh. O a alguien que no quería escucharme.

—Berringer —dije—. Perdóname. Simplemente empiezo a sentirme frustrada porque no sé por dónde atacar este asunto. Pero no era mi intención decir eso. Palabra.

—Sí lo era, pero no importa —dijo. Me miraba pero parecía como si no me viese. Luego se levantó.

—Espera, ¿es que te vas a marchar por una cosa así? —pregunté—. No quiero que te marches por lo que te he dicho.

Se inclinó y me besó en la frente, luego se inclinó más aún y pensé que volvería a besarme, pero de verdad, en los labios, en mi labio inferior, pero no lo hizo. Simplemente se quedó mirándome durante un instante.

—No me voy por eso —dijo.

Luego se fue.

En gran medida era probable que este fin de semana de boda tuviese un arranque desastroso; después de marcharse Berringer, no pude dejar de pensar en las supersticiones que giraban en torno a las bodas y acerca de las cuales yo había estado



leyendo, para brindar por Josh. Pensaba en todos los peligros insensatos a los que la gente solía enfrentarse si rompía su compromiso de casarse con alguien, si decidía hacer otra cosa.

Hubo un tiempo en el que la gente pensaba que si te comprometías más de una vez, te condenabas al infierno. Durante el siglo XVII, los futuros esposos temían este destino hasta tal punto que buscaban ciertas señales antes de seguir adelante y proponer de matrimonio. Durante los días previos a la declaración, ver a un monje en la calle o a una mujer encinta, vaticinaba una unión maldita. Al parecer, ver una paloma era un buen augurio. Estas eran las normas que se aplicaban a rajatabla, y la gente se ceñía a ellas. Te proporcionaban ayuda para tomar decisiones acerca de la persona con la que compartirías tu existencia. Normas precisas que no tenían que ver con cómo te sentías.

Por entonces, la pedida de mano equivalía a estar casado. Si incumplías tu palabra, si te desviabas del camino marital, eso te llevaría por el camino de la angustia. Era tan nefasto como el divorcio. A veces se consideraba algo peor.

¿Y hoy en día, qué? ¿Conlleva hoy el mismo temor romper un compromiso? Incluso a sabiendas de que la sociedad no te condenará del mismo modo que en el pasado y a pesar de tus dudas, ¿acabarías peor que si te ciñes a tu plan original?

Subí lentamente las escaleras, de vuelta a casa. Mañana teníamos la cena ensayo. La boda se celebraría en menos de cuarenta y ocho horas. En menos de setenta y dos horas, todo habría acabado. Meryl y Josh estarían de camino a Hawaii y luego de vuelta a Los Ángeles; Berringer estaría de regreso en San Francisco y yo en Rhode Island. Sería el fin de toda la historia. Nadie iría al infierno.

Y entonces ¿por qué decidí no entrar en mi propio dormitorio? ¿Por qué continué caminando hacia la habitación de Josh? Dejé la puerta ligeramente entreabierta a mis espaldas, me deslizé lentamente por el suelo pegada al armario. Mientras adaptaba la vista a la oscuridad, pude observar que él aún estaba tumbado sobre la colcha, con los brazos sobre los ojos. Pude ver que ahora estaba despierto. Me anduve con pies de plomo al escoger mis palabras, teniendo la certeza de que él estaría escuchando. Incluso aunque no quisiese, me tendría que escuchar.

—Verás, Josh, el asunto es que... —dije—. Sé por qué me hablaste de Elizabeth.

—Emmy —dijo—. ¿Es que debemos hacer esto ahora? Si abriese los ojos vería a siete como tú.

Acerqué las rodillas a mi pecho.

—Te lo digo porque sabes que no podré dejar este asunto —dije—. Porque si la situación fuese a la inversa, tú tampoco lo harías. No hasta saber que yo estaba bien.

La luz que entraba desde la ventana dejaba entrever cómo el pecho subía y bajaba. Me cubrí los ojos y la cabeza me dio vueltas. Quería poner fin a la conversación, quería terminar con todo esto, aquí y ahora. Punto.

—¿Estás bien?

—Lo cierto es que no lo estoy —dijo.

Hice una pausa, aunque sólo por un instante.

—¿Crees que necesitas verla? —dije—. ¿Existe alguna posibilidad?

—Está en Pascoag.

No estaba segura de que la respuesta fuese un sí o un no.

—Pascoag, en Rhode Island —dijo—. Está en el extremo norte. Al otro lado de donde estás tú.

No abrí la boca. El extremo norte probablemente estuviese a una hora en coche de mi casa, en algún lugar al otro lado de Providence. Empecé a hacer cálculos. Si ella estaba al norte, eso llevaría al menos tres horas, probablemente cerca de cuatro. Solo el viaje de ida y vuelta, duraría gran parte del día siguiente.

—La historia del origen del nombre de Pascoag, mola. Verás, en su parte oriental hay un precipicio y el único modo de llegar al pueblo solía ser cruzándolo. Pero el problema residía en que el precipicio estaba apestado de serpientes. Eran francamente enormes, del estilo de las boas. Y debías «traspasar» todas estas serpientes. De ahí viene... *pass coag* (pasar coag).

Volví a mirar al suelo y moví la cabeza. Sabía lo que vendría ahora, sabía por qué me contaba esta historia, era consciente de que él sabía que me gustaban las historias, incluso antes de que yo estuviese dispuesta a admitir que lo sabía.

—Sería de gran ayuda si pudieses venir conmigo, Emmy —dijo finalmente.

—No estoy segura de que ayudase mucho, Josh.

Colocó las manos sobre los ojos, ya casi dormido.

—Lo haría —dijo.

Volví a bajar la mirada. Los ojos también se me empezaban a cerrar. Si fuese otra clase de persona, podría haber dormido ahí mismo. Haría un ovillo de un suéter, como almohada, rodearía mi cuerpo con sus brazos y simplemente, me dormiría. Y luego, quizás mañana, la presión no sería tan intensa. Josh escondería, como lo había estado haciendo hasta ahora, todo lo que ahora mismo bullía en la superficie, todo lo que temía en exceso.

Por esto, más que por ninguna otra cosa, me obligué a mantenerme despierta.

—Entonces —dije—. Eso haremos.

## Segunda Parte

Una semana después de comprometernos Matt y yo, mis padres nos llevaron a cenar, entregándonos dos billetes de avión a París como regalo de novios, en un acto de memorable generosidad. Por supuesto, yo sabía que mi madre había escogido París porque cuando volví de nuestro primer viaje, más o menos unos cuatro años antes, le conté cómo Matt y yo hablamos de casarnos. Y lo que es aún más importante, le conté lo emocionada que estaba, cómo sentía que en esa ciudad se había consolidado algo importante entre nosotros, algo intangible, que no se puede explicar, lo que me convenció de que Matt era la persona con la que yo debía compartir mi vida, lo que me hacía estar segura, me deparase lo que me deparase el futuro, de que él formaría parte de él. Mi madre lo recordaba y quiso celebrarlo.

Es cierto que aquella noche, en el taxi de vuelta a nuestro apartamento después de la cena, Matt me preguntó si pensaba que mis padres se ofenderían si cambiábamos los billetes de avión por unos que nos llevasen a otro destino. Viena, o quizás Praga.

—Simplemente no recuerdo que lo pasásemos tan bien en París —dijo—. ¿Sabes a lo qué me refiero? No fue para tanto.

¿Qué puedo decir? Hay momentos en los que sientes cómo se hunde algo dentro de ti y cómo nunca llega a remontar exactamente del mismo modo. Para mí, éste fue uno de esos momentos.

—Las mujeres tienen mejor memoria que los hombres —argüía él, cuando traté de recordarle la conversación que mantuvimos en París acerca de casarnos, cuando evoqué lo que ocurrió aquella mañana en la Torre Eiffel, esa noche en el pequeño café-bar, todo, todo lo que habíamos hecho juntos en ese lugar y lo emocionado que él pareció estar.

Eso era lo que yo más temía, que él no le viese la chispa a nuestra relación, que algo entre nosotros se hubiese alterado irremediablemente. Luego, vi confirmados mis temores por todos lados. En el modo en que al dormir no se situaba frente a mí, cómo dejó de hacerme preguntas de las que necesitaba saber las respuestas, en el modo en que dejó de necesitar contarme cosas para que tuviesen importancia. Al principio me dije a mí misma que era invención mía. O que yo reaccionaba con excesivo celo. Especialmente porque hubo pequeños momentos de respiro. Cuando él me hacía la cena del día de san Valentín y me la llevaba a la cama, o cuando dejaba un girasol junto a la puerta de entrada, o agarraba mi mano en el aparcamiento sin mirar antes. Pero era bastante triste lograr esas pequeñas victorias. Porque eran muy excepcionales y más bien parecían disculpas por algo que él no tenía fuerzas para contarme.

Aun así, aguanté el mal trago. Esperé casi un año, durante todo el noviazgo, para que Matt me mostrase al Matt que yo creí haber conocido. Pero cuanto más esperaba, más comprendía que se había perdido algo crucial e insustituible, probablemente mucho antes de nuestro viaje en taxi. Fue algo que me hizo plantearme

constantemente esas preguntas desagradables y con frecuencia eludibles, acerca de cuáles eran exactamente las carencias con las que yo estaba dispuesta a vivir para poder seguir con él, para no tener que enfrentarme a otro tipo de vida.

Y ahora no podía evitar darle vueltas a la cabeza respecto al tipo de vida en el que Josh se adentraba o del que se alejaba. Quizás no fuese mi cometido averiguarlo, pero todo esto resultaba demasiado familiar como para ignorarlo, como para no tratar de ayudarlo a aclararse por lo menos más de lo que yo había conseguido hacerlo.

Mi reloj despertador volvió a sonar por sexta vez aquella mañana, exigiendo que, pensara lo que pensara, al menos lo hiciese perfectamente despierta. Eran las seis y treinta y cuatro minutos de la mañana. Hacía catorce minutos que debíamos haber estado en la carretera y mi cabeza aún retumbaba debido a la gran cantidad de tequila que había consumido unas horas antes. Y por si esto fuese poco, según el termómetro que mi padre colocó en la ventana alrededor de mi décimo cumpleaños, en el exterior ya marcaba veintiún grados y eran sólo las siete de la mañana.

Apagué el despertador y me levanté.

—¿Cómo es posible? —dije dando golpecitos sobre el termómetro, tratando de ajustarlo. Pero seguía marcando los veintiún grados.

—¿Con quién hablas? —preguntó Josh. Estaba en la puerta de mi dormitorio, vestido con un par de vaqueros y una camisa blanca de manga larga cubierta por otra de manga corta que lucía el vocablo PALABRA. Las llaves del coche ya las tenía en sus manos.

—Puede que prefieras ponerte otra cosa —dije apuntando hacia el termómetro para confirmarlo—. Ahí fuera llegaremos hoy a los mil grados centígrados.

—Probaré suerte —dijo—. ¿Estás lista?

Yo estaba junto a mi cama, llevaba puesta la camiseta rasgada con la que había dormido, iba descalza y eso bastaba para no tener que preguntar si a él le parecía que yo estaba lista. Pero él hablaba en voz baja y sabía que temía que despertáramos a nuestros padres. De modo que me limité a levantar la mano para indicar que necesitaba otro minuto.

Josh asintió con la cabeza y desapareció por el pasillo. Abrí el armario, buscando la ropa más ligera que pudiera encontrar. El esfuerzo que me supuso meter en casa las cintas acerca de las mujeres de los pescadores, me impidió sacar del coche la mochila con todos mis bártulos, imaginando además que esta mañana me bastaría con ponerme lo que tenía en mi armario, que era más bien poco. Me puse un vestido de verano de color amarillo, un par de chanclas y un viejo sombrero vaquero.

Me quedé frente al tocador con el sombrero puesto, y me recogí el cabello, con el que formé dos coletas a la altura de la nuca. No es que mi aspecto fuese para tirar cohetes. Tenía las mejillas aún pálidas por la falta de sueño y los ojos demasiado abiertos.

—Parezco una niña pequeña —dije al reflejarme en el espejo.

—Tienes buen aspecto —dijo Josh, quien asomó otra vez por la puerta de mi cuarto y por lo visto, por arte de magia.

—Deja de hacer eso —dije.

—¿De hacer qué?

—Deja de aparecer así.

Me indicó que le siguiese, y así lo hice, mientras recogía la cartera. Salí de mi dormitorio, bajé las escaleras principales y crucé la puerta principal. No volvió a hablar conmigo hasta encontrarnos en el exterior.

—Les dejé una nota a mamá y papá diciéndoles que nos marchamos todo el día a la ciudad para estar con Meryl —dijo mientras caminaba a paso rápido—. Les dije que podían llamarte al móvil si querían algo de nosotros.

Traté de seguirle el paso.

—¿Qué le dijiste a Meryl?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿dónde le dijiste a Meryl que ibas a estar exactamente?

—Hoy Meryl va a estar ocupada haciendo sus cosas —dijo—. Todo el mundo está en la ciudad. Tiene algo así como una cita de última hora con Bess y la organizadora de la boda.

Por algún extraño giro del destino, Meryl terminó contratando a la misma organizadora nupcial que yo utilicé para ayudar a planificar mi boda con Matt: Tiffany Tinsdale, que vivía en una buena casa en el Upper East Side y de cuyo desorden siempre se disculpaba tan pronto cruzabas la puerta de su vivienda, sabiendo de sobra que lo único que no estaba en su lugar era el trozo de papel que colocaba en el suelo para luego poder cogerlo y así disculparse por todo el caos del que éramos testigos. Tiffany Tinsdale me caía fatal y el sentimiento era mutuo. Quería que yo me implicase en toda clase de cosas por las que yo no parecía preocuparme en absoluto: la decoración de la mesa, los vestidos de la dama de honor, los regalos de despedida con los que los novios obsequiaban a los invitados. Normalmente yo a esas cosas no las daba ninguna importancia, y tal y como andaba todo con Matt, la preparación de la boda supuso un incómodo recordatorio de que ésta se había convertido en un espectáculo, en una superproducción. Y ni siquiera sabía por qué seguía adelante con el drama.

Tiffany. Sólo podía agradecer no tener que acudir a ninguna cita con ella este fin de semana. Cuando Meryl descubrió que ella también había estado organizando mi inexistente boda con Matt, sustituyó a Tiffany por una tal Bethany.

Miré a mi hermano detenidamente.

—¿De modo que no te preocupa? —pregunté—. ¿Que Meryl sospeche algo?

—No —respondió.

Seguí observándole, esperando que añadiese algunas palabras más. Sabía que faltaba algo porque se negaba a volver la vista atrás.

—Le he dejado a Meryl un mensaje en el buzón de voz diciendo que estaría todo el día con Berringer y que me llamase a su móvil en caso de necesitarme, ¿vale? Y te diré que no, Emmy —dijo, anticipando mi siguiente pregunta—. No creo que me pillen.

Esto me hizo reflexionar. En primer lugar porque estaba equivocado y le pillarían. Y luego porque no le faltaba razón. Me refiero a que esto él ya lo había hecho antes, lo había hecho tantas veces hasta la fecha, que sabía exactamente cómo manejar el asunto.

Abrió las puertas del coche con el mando, me metí en el asiento del copiloto y vi cómo se metía él en el del conductor.

—Sabes, no tengo tan claro que ahora mismo me caigas tan simpático —dije, tras cerrar él la puerta.

—Bueno —dijo él—, si te sirve de consuelo, no estoy seguro de que yo me caiga tan bien a mí mismo.

El modo más rápido de llegar a Rhode Island desde casa de nuestros padres era tomar la 287 hasta la I-95 y de ahí simplemente seguir por esta carretera, todo recto, por, y a través de Connecticut, de una larga y aburrida tirada. Si todo iba según lo previsto, aterrizaríamos en poco más de tres horas cerca de donde yo vivía en Rhode Island, y supuse que alrededor de cincuenta minutos más tarde, en el otro extremo, en el de Elizabeth.

Cuando llegamos a la 287, bajé la ventanilla y saqué la mano. El viento ejerció presión sobre ella. Sabía que por la mañana las cosas debían marchar mejor pero aún esperaba ese soplo de aire fresco. Estaba nerviosa por lo de conocer a Elizabeth, me intranquilizaba que no me gustase y me inquietaba aún más que ocurriese lo contrario. Y más que nada, estaba el absurdo de todo esto, las prisas, que implicaba y no tranquilizaban mi estado de ánimo. Tan pronto como nos detuviésemos, habría infelicidad para dar y tomar.

Pienso que Josh se sentía igual. Porque conducía demasiado lento para tratarse de él, con los coches adelantándonos a toda prisa a nuestra izquierda, dos Saab iguales de color verde, dos SUV, y un monovolumen cargado de críos que nos saludaron mientras sus padres nos sobrepasaban.

Él devolvió el saludo.

—¿Te acuerdas cuándo nos fuimos en coche hasta Arizona de veraneo? —dijo—. Creo que yo estaba en séptimo. ¿Y tú en qué estabas, en segundo? Fue la última vez que fuimos tan lejos.

—Estoy bastante segura de que después de aquello fuimos hasta Colorado —dije.

—Emmy, Colorado no está tan lejos como Arizona.

—Ah.

Me miró inexpresivamente.

—¿De verdad no lo sabías?

—¡Josh! —exclamé—. ¿Adónde quieres llegar con esta anécdota tuya? ¿O es que pretendes criticar mis conocimientos geográficos?

—¿Qué conocimientos geográficos?

Le fulminé con la mirada antes de volver a clavar la vista en la carretera. El chavalín del monovolumen me hacía burla y sacaba la lengua. Yo también se la saqué.

—Me parece que fue en Arizona donde te inventaste aquel juego. Ya sabes, cuando gritabas «¡Lobo!» por la ventana trasera, si no reconocías el coche de atrás. ¿Cómo se llamaba aquel juego?

—Lobo.

—Eso es. Lobo. Pues sí que era original.

Yo no podía creer que hubiese tardado tanto en ver lo que se avecinaba. Pero ahora lo sabía, ya sabía lo que se nos venía encima, una versión Josh del no-deberías-vivir-del-modo-en-que-lo-estás-haciendo. Deberías hacer algo creativo y estar haciéndolo ya.

—Sabes, Josh —dije—, en realidad no creo que en este momento estés en situación de leerme la cartilla acerca de nada.

—¿Quién está leyendo ninguna cartilla? Yo no te la estoy leyendo. Sólo digo lo que digo.

Cerré los ojos.

—Bueno pues me despiertas cuando hayas terminado.

—Emmy, nunca quieres hablar de esto. De cómo no haces más que perder el tiempo en Rhode Island. Nunca quieres enfrentarte a ello. Incluso Meryl dice...

Abrí los ojos y le miré. No podía creer que ahora me viniese con Meryl. ¿Cómo podía pensar que ésa era una buena idea? Era como si hubiese perdido el sentido de la realidad por completo. Traté de mantener la compostura.

—Sinceramente —dije—. ¿Qué crees que te da derecho a sermonearme acerca de mis opciones en la vida? ¿Qué te autoriza a hacerlo? ¿Tus propias grandes opciones?

—Son maduras —dijo—. Yo soy médico.

Disentí con la cabeza, apartándome de él. Lo cierto era que no quería seguir manteniendo esta conversación. Podía entender que Josh no quisiese que viviera en Rhode Island, que no quería que yo hiciese lo que estaba haciendo o lo que no estaba haciendo. Pero tal y como yo lo veía, él no sabía de lo estaba hablando y tergiversaba un montón de cosas. En Rhode Island yo podía hacer exactamente lo mismo que en Nueva York, en Los Ángeles, o en cualquier otro sitio. Por lo que él sabía, yo no tenía



por qué no estar haciéndolas.

—¿Es que no has visto todas las cintas que están en mi dormitorio? —pregunté—. ¿Es que el documental que estoy haciendo no cuenta para nada?

—Sí, es verdad, el documental.

Su duro tono de voz propició que tratase de cortarle del mejor modo posible.

—Es fascinante ¿sabes? Estas mujeres tienen parejas que se tiran más de la mitad del tiempo fuera de casa. Cuatro, seis semanas de golpe... ¿te imaginas lo que supone estar casada con un hombre que siempre te deja? ¿Estar siempre esperando la vuelta de alguien? Es un material bastante interesante que te da qué pensar.

—Sí, supongo —dijo—. Tampoco creo que se trate de un tema muy original.

—¿Que no es original?

—Pues no.

Le miré un buen rato esperando que se avergonzase por lo que había dicho.

—De modo que lo de Lobo es genial pero indagar en un aspecto espinoso de la vida social y poco estudiada, ¿no es algo muy imaginativo?

Antes de que siquiera tratara de responder, levanté la mano para callarle la boca. Ya estaba bien, y lo digo en serio. Empezaba a tomar una actitud bastante a la defensiva con mi documental, a pesar de los problemas que habían surgido. Claro que Josh no podía entender su valor. Él nunca había tenido que esperar a nadie. Nunca le habían dejado. Estaba demasiado ocupado manteniendo a todo el mundo cerca de él.

Pero la verdad es que tampoco encontré interminables cohortes de esposas con este problema. Mientras que a muchas de ellas no les hacía gracia separarse de sus maridos, otras tampoco hablaban precisamente de lo abandonadas u olvidadas que se sentían. Quizás ése fuese parte del problema del documental. Yo también quería oír lo mal que se sentía todo el mundo, para que me sirviese de cierto consuelo. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba, menos podía negarlo. Cuanto más intentaba que las esposas se ajustasen al patrón que yo había fijado para ellas, cuanto más proyectaba mis ideas en ellas, menos veía qué podría aprender. Exactamente una semana antes, pregunté a Kate segunda lo que hacía cuando su marido estaba fuera.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo—. Doy de comer al gato, veo la televisión y pongo menos salsa en la cazuela.

Y a mí no parecía entrarme en la cabeza. Que a pesar de los contratiempos, la vida sigue.

—Bueno —dijo Josh—. Lo cierto es que no sé cómo este documental viene a ser tu propia historia. ¿Qué relación tiene con lo que querías hacer? Ya sabes, lo de encontrar un desenlace optimista. Un final feliz. ¿No es ese el meollo de la cuestión?

—No hay ningún meollo —respondí, aunque eso no era del todo cierto. En primer lugar, una de las razones por las que me interesaba la idea de realizar documentales era porque me intrigaba el concepto del «final hollywoodense», algo que la gente

siempre traducía en términos de final feliz, cuando en realidad a mí me daba la impresión de que las películas verdaderamente clásicas de Hollywood, como *Casablanca*, *El Graduado* o *Chinatown*, normalmente ofrecían finales que en el mejor de los casos eran más inciertos que felices. En esas historias había un poco de todo. Siempre me interesó la idea de tratar de realizar documentales con historias de vidas reales que pudieran tener un final feliz que yo no parecía encontrar en ningún otro lado. Pero ahora, esto no estaba dispuesta a admitirlo.

—Además —dijo—, no sólo hablo de este proyecto. Hablo de cómo solías tener gracia. De cómo eras graciosa, genuina y fuerte.

—Ahora soy más fuerte que antes.

—Ni por asomo —dijo.

Llevábamos todo el viaje en el carril derecho. Si no se centraba, pasaría por alto el ramal hacia la interestatal y tendríamos que tomar la salida siguiente y dar otro rodeo. Por lo menos perderíamos media hora o veinte minutos.

Debía decírselo, pero me interrumpió.

—Es como si esperases a Matt o algo parecido —dijo—. Es como si la única razón por la que estás allí es porque esperas a que vuelva y vaya a por ti.

Sentí un nudo en la garganta, duro y redondo, que me paralizaba, poniéndome muy difícil al tragar. Dificultándome sobremanera poder hacer cualquier cosa. No sabía cómo explicarle a Josh, sin que sonase a locura, que durante un tiempo tuve esa fantasía que se repetía periódicamente, en la que yo abría la puerta principal y veía a Matt con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos y devolviéndome la mirada. Ambos reanudábamos la relación, no donde la dejamos, sino un poco antes. Cuando las cosas aún iban bien entre nosotros.

¿Importaba que a Josh le cayese bien Matt? Quise recordárselo pero sabía que Josh no quería un catálogo con los días que Matt había estado con nosotros: la liga de baloncesto en la que estuvieron juntos, cuando todos corrimos una media maratón, el viaje a Chicago en el que Matt se vino a celebrar el cumpleaños de mi madre. Lo único que a Josh le importaba era que Matt ya no formaba parte de nuestra familia y sólo quería que yo lo reconociese de una vez por todas.

—Emmy no lo entiendo —dijo Josh—. Fuiste tú quien le dejaste, ¿lo recuerdas? Aunque después no llegases muy lejos.

Me habría gustado contraatacar y preguntarle exactamente hasta dónde había llegado desde que se produjo la ruptura con Elizabeth. No creo que muy lejos si el día anterior a su boda aún iba a ir a verla.

Me entraron ganas de llorar. Josh llevaba razón. Yo ya no era fuerte, ya no lo era. Me decían unas cuantas palabras, unas cuantas cosas me buscaban las cosquillas y me convertía en una pelota de fragilidad emocional. Si alguien me daba golpecitos, me iba botando.

Josh miró hacia mí y aunque yo apartase la vista, debió darse cuenta de que había ido demasiado lejos porque vi cómo hundía los hombros y cambió el tono de voz.

—Mira —dijo—. En esto no trato de ser un capullo. Simplemente no me gusta que estés parada. Podrías hacer cien cosas diferentes. Vuelve a la escuela de cine, o vete a Londres durante una temporada. Londres solía encantarte, ¿lo recuerdas? ¿Por qué no intentas encontrar trabajo allí? O vete a otro sitio y consigue un trabajo de verdad. Sólo digo... que no hay un solo camino.

Me obligué a tragar y carraspeé.

—Bueno, me alegra oír eso, Josh —dije—. Porque acabas de saltarte la salida.

Poco después de las nueve, hicimos una parada en un bar de camioneros, para desayunar y tornarnos un café. Sólo estábamos a unos quince minutos al sur de Narragansett, a menos de noventa kilómetros de Pascoag. Pero mi intención era parar ya, lejos de donde yo vivía. Habría sido excesivo llevar a Josh al único sitio de Narragansett en el que servían comidas, al Dad's Breakfast Shop, un pequeño restaurante con un solo comedor, a unos metros de mi casa, que tenía unos cuadros con flores resplandecientes, un largo mostrador, y los incondicionales que entraban todas las mañanas y pedían exactamente lo mismo —el número uno (dos tortitas, tres huevos y un zumo), el número dos (revuelto de carne con patatas y cebolla, con un café doble), o el número tres (goffres de banana con nata batida y salsa de manzana, de aderezo).

Podía imaginarme a Josh clavando la vista en la puerta de entrada del Dad's con la vana esperanza de que entrase alguien a quien yo saludase, alguien que le indicase que mi situación ahí se asemejaba a la de una existencia normal. Fuere como fuese, era inevitable que ambos nos hubiésemos sentido decepcionados.

Pero yo no conocía a nadie en esta parada de camiones anónima, abarrotada de gente. Nos sentamos en los bancos de una mesa del fondo y Josh pidió una fuente de huevos con bacon de pavo. Dije que no tenía demasiado hambre pero luego me comí la mitad de su plato y pedí unas mini tortitas con frambuesas. La noche anterior había cenado justo antes de los fuegos artificiales. Y luego, durante el transcurso de los mismos, me comí un perrito caliente. Y aun así, todo parecía muy lejano en el tiempo.

Nada más servirme la comida, sonó el móvil. Centelleó y apareció la palabra mamá en la pantalla. Sujeté el móvil en alto para que Josh pudiese verlo. Estábamos en apuros. Lo sabía. Supe que ella sabía que algo se estaba cocinando.

—Responde tú —dijo.

—No, responde tú —dije— tratando de darle el móvil.

—Ni hablar. —Apartó el teléfono hacia mí.

—No seas paranoica. Coge el teléfono y averigua lo que quiere. Probablemente no sea más que algo relativo a que se retrasa el encargado del catering, o de algún invitado que ha cancelado su asistencia a última hora. O quizás de lo desordenado que has dejado tu cuarto.

Era la cuarta llamada. No añadió ningún comentario, pero no paraba de mirarme, pretendiendo que hiciese lo que me había dicho. Le miré enfadada, pero aun así, cogí el teléfono.

Nuestra madre ya había dicho media frase antes de que yo siquiera pronunciase la palabra hola. Murmuraba.

—... Los Moynihan-Richards están asando un pollo. En el patio trasero, en las parrillas del encargado del catering. Les veo desde la ventana de la cocina.

Traté de imaginarla, agazapada en un rincón, apoyada en el marco de la ventana, de incógnito con su chándal de color verde y con la cortina lo suficientemente corrida como para poder echar un buen vistazo.

—No es verdad —dije.

—¿Crees que mentiría acerca de algo así? Y, por favor, ¿podrías al menos decirme de dónde han sacado el pollo? Desde luego mío no es.

No supe qué decir.

—¿Quién come pollo... para desayunar?

Tapé el auricular con la mano.

—Tienes que hablar con ella —le dije a Josh—. Por favor.

Disintió con la cabeza y señaló una figura con cuerpo de cerilla que indicaba el lugar donde estaban los servicios para caballeros. Luego se levantó y marchó en esa dirección.

Quitó la mano del auricular.

—Por no hablar de lo mal que está tu padre —dijo—. ¿Qué le disteis de beber ayer por la noche? Se tomó una cerveza para el desayuno y se dedica a decir tonterías acerca de que una copa te deja como nuevo.

Menuda mierda. No quería seguir recordando hacia dónde nos dirigíamos Josh y yo. Estaríamos allí en una hora, o en menos de una hora y ¿quién sabía lo que nos esperaba después? ¿Quién podía saber lo que le esperaba a él?

—Lo mejor es que esta tarde os mantengáis alejados de aquí, ¿vale? Si podéis, no vengáis hasta las cinco más o menos. Aquí cuanta menos gente, mejor.

Resoplé, aliviada, contenta porque hubiese alguna buena noticia. Al menos no recelarían de nosotros por estar fuera de casa todo el día, no nos echarían de menos. Simplemente seguiríamos las instrucciones.

—¿Y tú cómo lo llevas? —preguntó—. ¿Qué tal todo? ¿Qué tal va Meryl aguantando el tirón?

—Bueno, ya sabes, Meryl —respondí— intenta que estas cosas no le afecten.

—¿Sabes? Eso tiene gracia —dijo—, porque eso es exactamente lo que dijo Meryl cuando llamó aquí hace unos cuantos minutos, buscándoos.

Abrí los ojos por completo, sin poder creérmelo. Me entró el pánico más terrible. Sabía que no estábamos con Meryl. ¡Lo sabía! Miré hacia los servicios pero Josh había desaparecido dentro. Me pasó por la cabeza colgar el teléfono, simulando más tarde un corte de línea. De todos modos ella seguiría insistiendo. Ya lo sabía. Sabía que si no me localizaba, por lo menos dejaría unos diecisiete mensajes en mi buzón de voz.

—No puedo creer que me hayas mentido —dijo.

No creo que fuese el momento idóneo para hacer hincapié en que se trataba de la nota de Josh, de la mentira de Josh. Pero me habría gustado hacerlo. Me habría

gustado desahogarme. Veintiséis años, y en el fondo, aún era una soplona.

—¿Pero sabes qué? No importa —dijo—. No necesitas contarme nada porque yo ya lo sé. ¿Qué te crees? Hablamos de mi hijo. Lógicamente estas cosas yo las sé. Y no me vengas con una de tus argucias de cómo Josh no quiere que me preocupe. Llevo preocupándome por él desde las veintiuna horas y media de dolores de parto que me hizo sufrir antes de nacer.

Desplacé mi plato vacío, más allá. El olor de los restos del sirope empezaba a provocarme náuseas.

—Pisa el freno con lo de echarle imaginación —dije.

—El meollo de la cuestión —afirmó— es que si Josh no quería preocuparme, no iría por ahí viajando a lo loco en moto.

—¿Viajando a lo loco en moto?

—Sí, ya sabes, montando en una Harley. Yendo por la carretera.

Miré al auricular como si fuese a explicarme qué demonios estaba ocurriendo.

—¿Con quién hablo? —dije.

—Emmy lo único que digo es que pude ver el rostro de Josh cuando mirábamos esa película la semana pasada, *Erin Brockovich* con Julia Roberts. Josh no paraba de fijarse en el motorista que interpretaba al novio. No hablaba más que de los motores de las Harley y el cuidado esmerado de una de ellas era como cuidar de un paciente. Como si a mí debiera emocionarme que él pudiese hablar con conocimiento de causa de algo semejante. Sé lo que pensaba: ¿Cuándo podré conseguir una de éstas? Y te diré algo, no me impresionó.

Josh se sentó en la mesa y me miró incrédulo porque aún estuviese al teléfono.

Puse los dedos sobre los labios en señal de que mantuviese la boca cerrada.

—Sólo una pregunta. ¿No tendrás intención de ir tú también, verdad? ¿Sabes lo que le llaman a eso? Ser condescendiente. Lo que debes hacer es tratar de detenerle. Porque piensa que ésta es su última ventana a la esperanza. Dios sabe que Meryl no le dejará ir. A ti te escuchará. Él te escuchará antes que a mí.

Josh clavó los ojos en mí.

—¿Qué ocurre? —articuló con los labios—. ¿Qué te cuenta?

—Mamá, te escucho —dije mirando a Josh.

—Bien. Porque si le dices que no haga esto —dijo—, no lo hará.

Dejamos atrás Pascoag alrededor de las once de la mañana y el letrero de Hamilton Breeders no mucho después. El sol pegaba con fuerza, llevábamos todas las ventanas abiertas y el aire acondicionado estaba puesto. Josh giró a la izquierda hacia el viejo y fangoso camino, nada más pasar la indicación de Hamilton. Había una pequeña flecha azul que nos mostró por dónde ir. Todo a nuestro alrededor parecía cada vez más arbolado. Había árboles largos y gruesos, ramas rotas, troncos que cubrían el estrecho camino. Más tarde, nos tropezamos con una segunda flecha azul que nos hizo girar a la izquierda y luego con una tercera que nos llevó a la derecha, y antes de darme cuenta, avanzamos con el coche por un gran claro, bajo un arco alto, y nos adentramos en un amplio espacio abierto. El sol golpeaba los acres de tierra, las pequeñas colinas y el bosque ahora no era más que un frondoso toldo en la distancia.

A la izquierda había un campo rodeado por una larga cerca, con varias perreras unidas por cadenas, cada una de ellas con un espacio para que el perro hiciese ejercicio. A la derecha había una amplia granja blanca y detrás, un lago brumoso. Según avanzábamos con el coche, todos los perros salían, uno tras otro, ladrando escandalosamente. Era la primera vez que veía una mezcla de mastín y bulldog, y no digamos, un grupo de ellos. Parecían caballos pequeños que protegían su imperio.

Me volví y miré a Josh.

—¿Es aquí donde vive? —pregunté.

—Sí, aquí es donde vive —respondió. Asintió con la cabeza, orgulloso, como si él estuviese al cuidado de aquello, como si también se tratase de su casa.

Supuse que ahora que habíamos llegado, se pondría más nervioso. Pero por primera vez en todo el fin de semana, sonreía. Era un sonrisa sincera. Simplemente estaba en su sitio, sentado, inclinando la cabeza y sonriendo. Y parecía totalmente relajado.

—Oye —dije—. ¿Qué te parece si no me dejo ver durante un ratillo? Me vuelvo al pueblo, pillo una taza de café o algo parecido. Estaba ese sitio que tenía buena pinta, Mr. Doughboys. Me vuelvo, me como un donut y me espero un rato.

—No hay razón por la que debas hacer eso —dijo. Pero él ya ni me miraba. Abrió la puerta y salió del coche. No estaba segura de que él supiese muy bien lo que yo acababa de decirle.

Acto seguido oí un grito, miré hacia arriba y pude ver una mujer joven que salía de la casa e indicaba a los perros que se calmasen. Llevaba puestos unos vaqueros muy anchos, una camiseta blanca sin mangas y tenía una larga trenza rubia. Incluso a cierta distancia supe que los veinte años no los superaba ni por asomo. Fue hacia nuestro coche y, luego, tras dar Josh unos pasos, vio de quién se trataba y empezó a correr. Josh hizo lo mismo y la abrazó.

Yo no sabía muy bien qué hacer, de modo que también salí del coche y caminé hacia ellos. Ya más cerca, me di cuenta de que habían fallado mis cálculos. Elizabeth

ni rondaba los veinte. Tendría más bien cerca de quince o dieciséis, quizá diecisiete años. Poseía suaves ojos azules. Su piel era joven. Tuve la repentina sensación de que todo esto no podía estar ocurriendo. Yo no podía estar aquí, en Rhode Island, entre estos perros enormes, con la bella y aniñada Elizabeth, y con Josh, quien por lo que parecía, era un viejo degenerado. Me detuve a unos cuantos metros de ellos, con lo brazos cruzados sobre el pecho, con todo el peso del cuerpo sobre los laterales de los pies, en una postura incómoda.

Él hizo las presentaciones.

—Emmy —dijo—, te presento a Grace Hamilton. También conocida como la princesa Grace.

La princesa Grace se echó a reír y me dio la mano.

—Encantada —dijo.

Correspondí dándole la mano e intenté decir algo como, «igualmente», pero parecía como si tuviese la garganta cerrada y salió mal, sólo salió a medias, se parecía más a un sencillo, «mente».

Josh siguió sonriéndola, por lo que parece, disfrutando al máximo al verla reír.

—Grace es la hija de Elizabeth —dijo.

La hija de Elizabeth. Su hija. Necesitaba tomarme un respiro, sin caer en la cuenta de que aún no lo había hecho. Ésta no era Elizabeth. Sentí un alivio tan profundo y completo al descubrir que las cosas no iban a salir tal y como parecía en un principio, que quedé momentáneamente cegada ante lo que esto suponía. Elizabeth tenía una hija. Yo le daba la mano a esta niña. Esto, en el mejor de los casos, significaba que una situación complicada se había enrevesado más aún.

Sin embargo no tuve demasiado tiempo para comerme el coco con el asunto. Porque en ese preciso instante, se abrió la puerta principal y de ahí salió en dirección a nosotros y con los mismos vaqueros y la misma trenza, la versión madura de Grace.

Elizabeth era más morena que su hija, sus ojos más penetrantes y su piel, aceitunada. Resultaba obvio que no poseía la belleza clásica de Grace. Tampoco era tan hermosa como Meryl pero había algo en su andar, en esa seguridad, que no podías evitar que te llamase la atención. Casi parecía como si fuese a aleccionarte acerca de algo.

Quizás en parte ésta fuese la razón por la que al ver a Josh, y al contrario que Grace, no corrió hacia él. Simplemente, se detuvo. Lo mismo hizo Josh. La única que se movía era Grace, quien de un modo casi frenético, miraba alternativamente a ambos.

Grace siguió agarrada al brazo de Josh pero creo que de haberlo pensado, lo habría soltado. Sin lugar a dudas observaba a su madre para que le indicase qué debía hacer. Al igual que Josh, quien incluso en el momento cumbre de su extravagante impasse, sonreía de oreja a oreja como un completo y absoluto imbécil.



—¿Cómo estamos? —dijo ella.

—¿Qué tal? —respondió él.

Luego ella me miró y su rostro se dulcificó. Las arrugas que rodeaban su boca se distendieron. Y pude observar lo que casi me había pasado desapercibido antes de fijarme en su sonrisa, lo hermosa que era.

No supe qué hacer pero pensé que debía actuar. De modo que descrucé los brazos y saludé con un leve movimiento lateral de cadera.

Me devolvió el saludo.

—¿Qué tal, Emmy? —dijo.

—Sí, gracias —respondí de modo incoherente.

Luego señaló a Josh y durante un segundo, durante una fracción de segundo, pude observar lo feliz que era Elizabeth al verle frente a ella. Casi tan feliz como él por estar allí.

—Debieras aparcar el coche detrás de la casa —dijo—. Vienen a ver una nueva carnada dentro de un rato —afirmó mientras se marchaba.

—¿Cuándo es dentro de un rato? —preguntó Josh.

Ella se volvió para poder verle.

—¿Tienes prisa para irte a algún lado?

Disintió con la cabeza.

—No.

—¿Estás seguro?

Quise esconderme donde fuese, a la espera de su respuesta.

—Te lo garantizo.

Ella le miró como si no le creyese, pero aun así, asintió con la cabeza. Y luego, al irse ella nuevamente a las perreras, Josh dio media vuelta e hizo exactamente lo que le había pedido Elizabeth.

La única otra vez que estuve en un criadero de perros fue con Matt, el verano antes de su último año de universidad, en Delaware, en casa de la madre de su antiguo compañero de habitación. Mientras los chavales la ayudaban en la obra de la buhardilla, la madre del compañero de habitación me sirvió una jarra de té helado en el porche trasero y yo, al mirar por la ventana, me di cuenta de que el patio trasero de al lado estaba lleno de correderas, perreras y corralillos para animales, que conducían a campo abierto. Caminé hacia la valla que separaba los corrales, para poder ver algo más. Resultó que los vecinos eran una pareja de criadores de perros dedicados a la crianza de terrier muy caros, unos perros tan diminutos que casi parecen muñecos y caben en la palma de la mano.

A primera vista, los perros mezcla de bulldog y mastín parecían todo lo contrario. Los canes adultos de esta raza son los perros más grandes que haya visto nunca, con un peso que supera con creces los 45 kilos, incluso roza los 65. Son como bulldogs enormes, agresivos y de mandíbulas grandes. Siempre alerta. Y a primera vista imponen respeto. Casi más que respeto. Luego, más de cerca, su aspecto era más dócil y recordé haber leído en algún lugar que convenientemente domesticados, los mastines con mezcla de bulldog eran mucho más bonachones que los terrier, sin lugar a dudas, la raza de perros más dulce del mundo entero. Cualquiera que haya tenido uno de estos perros te diría que sólo quieren ser tu mejor amigo, protegerte, serte fieles y proporcionar un poco más de sentido a tu vida.

Al caminar hacia la granja, Grace me entregó un folleto que explicaba todo esto. El folleto era azul y dorado, escrito con letra gris y delgada. Resultaba tan familiar que no pude evitar preguntarme si lo había visto antes en algún otro sitio, como en el apartamento de Josh en Boston. Creí haberlo tirado y olvidarme preguntarle por qué lo tenía. ¿Por qué debía yo suponer que era importante?, ¿o que no lo había dejado olvidado bajo el limpiaparabrisas de su cristal delantero? No había razón para deducir que de un modo u otro me traería hasta aquí. Sin embargo, ahora que me encontraba en este lugar, lo leí detenidamente. Por ahora ya no había nada que dar por sentado. El folleto explicaba que los criadores aficionados como Elizabeth no realizaban esta labor con ánimo de lucro, que esto era impensable, aunque los perros llegasen a costar hasta 1500 dólares. Con suerte y si hacías bien tu trabajo, no te endeudabas. Esto era a lo que podías aspirar para poder seguir ocupándote de los canes, para criarlos, educarlos y ubicarlos en hogares donde se sintiesen francamente a gusto.

Al dorso del folleto había una fotografía de Elizabeth y una breve biografía en la que decía que era una vegetariana holística. Lo que el folleto no explicaba era que Elizabeth comenzó a dedicarse a la crianza a los diecinueve años, nada más conocer al padre de Grace. Y ahora, incluso muchos años después de dejar él esta vida que ambos habían llevado, ella seguía felizmente en este lugar. Todos los días de lunes a miércoles conducía hasta Providence a su consulta veterinaria para examinar a sus

pacientes. Y a los padres de sus pacientes. El resto del tiempo permanecía aquí. Eso no lo averigüé hasta más tarde. De lo que sí estaba segura tras darme una vuelta por la granja era de que el lugar parecía otro mundo. Y en parte gracias a mí, gracias a cómo con frecuencia idealizaba las cosas con las que no estaba familiarizada. Aun así, era como si lo viese todo a través de una cortina de humo: a través de la ventanas se apreciaba un paisaje cándido e iridiscente, mientras que la granja adquiría un carácter mágico y más definido que ningún otro lugar que yo recordaba haber visitado.

Seguí a Grace hasta la cocina, que parecía la cabina de un barco. Había un montón de madera oscura, fotografías y un viejo tocadiscos. Había velas floradas por todos lados. Todo era muy bonito pero también había un olor un poco extraño, como a quemado.

—Lo siento por el olor —dijo ella, como si pudiese oír mi pensamiento—. Ayer por la noche estuve haciendo experimentos para la clase de ciencias. Tuve que fabricar pegamento, partiendo de cero.

—¿Y cómo fue?

—De maravilla —dijo—. Siempre que no tenga que pegar.

La sonreí, probablemente más de lo que pretendí hacerlo. Josh y Elizabeth se había ido de paseo a algún sitio y no tenía ni idea de cuándo volverían. Lo que, al menos por ahora, nos dejaba a Grace y a mí componiéndonos como pudiésemos. Pero este arreglo no me disgustaba del todo. No pensé que lo que hablasen fuese muy agradable y supuse que interponernos en su camino no ayudaría mucho. Con un solo vistazo que yo había echado antes a Elizabeth, supe que ella conocía las intenciones de Josh para este fin de semana. Supongo que la cuestión estaba en saber si ella también estaba al corriente de que él iba a pasarse antes por aquí, y en qué medida esto cambiaría las cosas, en caso de hacerlo.

Grace abrió la puerta de la nevera y sacó comida: verduras, carnes y una gruesa hogaza de pan.

—Quizás podríamos hacernos algo de comer —dijo—. ¿Qué te parecen unos sándwiches de pavo de dos pisos?

Aún notaba el bacon en mi estómago. Pero, si no cocinábamos, ¿qué podíamos hacer? ¿Sentarnos aquí y hablar de Elizabeth y de Josh? Bombardeaba a preguntas acerca de toda clase de asuntos superfluos en comparación con los dos más importantes. Que Josh se casaría mañana y que aún seguía aquí.

—Los sándwiches de dos pisos me parecen una gran elección —dije.

—Genial —dijo ella, y me sonrió. Luego, me entregó el bacon en su envoltorio y un pimiento grande y amarillo—. ¿Así que esta mañana os habéis venido en coche desde Nueva York hasta aquí? Quiero decir, ¿os lo habéis hecho todo un día?

Saqué el bacon del envoltorio y separé las lonchas. Estaba a punto de responderla

que el viaje nos había llevado poco menos de cuatro horas, cuando ella volvió a hablar.

—Porque cuando lo hicimos Josh y yo, nos encontramos con una retención a la altura de New Haven. Hubo un accidente con unos de esos camiones enormes y aquello se hizo interminable. Nos perdimos la obra de teatro que íbamos a ver a Nueva York. Terminamos yendo hasta allí por una hamburguesa con queso.

Me quedé quieta, con el bacon en la mano.

—¿Los dos solos? —pregunté, antes de poder reprimirme.

Maldita sea. Me sentí mal nada más decirlo. Pero oír hablar de ellos organizando un viaje a Nueva York, me hacía ver, como si necesitase verlo una vez más, lo sería que era la relación con Elizabeth. Lo laberíntica que era. Él se había llevado a la hija de ella a Nueva York. Había vuelto hasta aquí para llevarla a su casa. Para irse ambos a casa. En la planta de arriba, en el baño principal probablemente hubiese dentífrico que sólo usaba él. Posiblemente hubiese un espacio de más, para su cepillo de dientes.

Grace cerró la puerta de la nevera y en el armario donde se encontraban los tableros de cortar, alcanzó dos cuchillos enormes.

—La hamburguesa con queso estuvo riquísima —dijo, casi exusándose.

Traté de cambiar mi expresión de inmediato, para que ella no pensase que yo la juzgaba. La única persona a la que yo juzgaba, ni siquiera se encontraba en esta sala y tampoco es que yo le juzgase del todo, o quizás un poco. Y es posible que esto tampoco ayudase en absoluto.

—Mira —dijo, con todos los utensilios aún en la mano—. Quizás no debiéramos hablar de ninguno de ellos. O si no, diré algo que no quieras escuchar y seguirás mirándome de un modo que me demuestra que no sabes nada de mí. Lo que te haya contado Josh, poco tendrá que ver conmigo. Y eso hará que yo me sienta mal.

Asentí con la cabeza. No quería que una chica de dieciséis años me hiciera sentirme mejor. Y desde luego no quería que racionalizase esta situación mejor que yo.

—Creo que es una buena idea —dije.

Grace sonrió. Luego me entregó un tablero de cortar y un cuchillo. Me apoyé sobre la encimera y empecé a cortar, tratando de hacer exactamente lo que ella me había pedido. Cada loncha tenía el mismo tamaño, lista para el sándwich.

Me pareció muy importante tener algo a lo que prestar atención porque sabía que en cuanto mirase a través de la ventana, vería algo que no quería ver, a Josh y a Elizabeth en la distancia, sobre el cerro. No podía evitarlo. Miré. Y ahí estaban, a lo lejos y sentados con las piernas cruzadas, el uno frente al otro. Cerca pero sin tocarse.

Josh se inclinó hacia delante, escuchando a Elizabeth atentamente. Sin embargo, lo más raro de todo no tenía nada que ver con ella. Guardaba relación con Josh. Ahí

sentado, parecía mayor, o quizás mayor no fuese el mejor modo de definirlo. Parecía como si intentase algo con gran tesón. Y es que faltaba algo en su rostro, con ese aspecto arrogante, abstraído, que aunque no siempre me resultase fácil definir, me daba pie a pensar que él nunca llegaría a madurar del todo.

A Meryl le gustaba bromear con el hecho de que estar con Josh, era más como tener un hijo que estar liada con un médico. Ella hacía la colada, la mayor parte de la limpieza y se encargaba de casi todo. Pero nunca pareció importarla, en todo caso más bien lo contrario. Por otro lado, Elizabeth ya tenía una hija de carne y hueso de la que ocuparse. Y ahora sólo con observar a Josh y Elizabeth y ver cómo era él quien se inclinaba sobre ella, cómo era él quien prestaba atención, yo tenía la sospecha de que a pesar de todo lo enrevesado de la relación, Josh no funcionaba igual con Elizabeth. Que en este caso era él quien quería actuar de custodio. Y no pude evitar preguntarme si en parte ésta era la razón por la que se encontraba en la situación actual, es decir, por la que él ansiaba tanto ser el compañero que necesitaba Elizabeth, como por temer no poder serlo.

Me volví hacia Grace, quien había empezado a freír el bacon.

—¿Qué tal va la cosa? —pregunté.

—Bien —dijo ella.

—Bien —dije yo.

Cuando dejé a Matt, fue Josh quien marchó a la ciudad y cogió el resto de mis cosas: mi ropa, mis álbumes de fotos, mis libros y películas favoritas. Fue el que me trajo todo a Rhode Island, quien me ayudó a empezar a asentarme en ese lugar. Y no me hizo preguntas. Entonces, no. No hizo juicios de valor. Simplemente se quedó conmigo hasta que yo le dije que podía marcharse. Por unas o por otras, ¿qué derecho tenía yo a juzgarle ahora?

—Oye —dijo Grace—. ¿Me sacas la manteca de cacahuete de la nevera? Necesito engrasar un poco la sartén.

—¿Se puede usar manteca de cacahuete en una sartén? —pregunté.

—Bueno, nos hemos quedado sin aceite y hasta mañana no haremos nuestra incursión semanal al súper. Así es que estoy pensando que, o eso, o el pegamento que no pega —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Elijo yo? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Es lo que trato de decirte —dijo.

Tras terminar de prepararlo todo, Grace y yo nos sentamos la una frente a la otra en la mesa de la cocina. Sobre nuestros platos teníamos idénticos sándwiches gigantes y unas enormes raciones de patatas fritas. Entre grandes bocados, Grace me explicó que aunque sólo tenía dieciséis años, ya había terminado la escuela secundaria y que

Elizabeth le dejó saltarse el primer y octavo cursos y ahora debía ingresar en la Universidad de Rhode Island en otoño. Ahí estudiaría biología marina. La habían aceptado en el curso por mención especial, para poder realizar todo esto. Le habían concedido una beca para estudiar lo que quisiese.

—Por ahora sólo asisto a clase y luego me vuelvo a casa. Aún no me he decantado por lo de vivir en el campus de la universidad —dijo—. Todavía no me convence del todo el tema universitario y académico.

—Sí, veo que no se te debe dar demasiado bien —sonreí. Ella se encogió de hombros.

—No, supongo que quiero ir pero creo que se me da mejor aprender sin tener que ir a la universidad ¿sabes? Sé que parece una tontería pero creo que aprenderé más por aquí o en el mar. Pero mi madre dice que necesito un título y sé que lleva razón.

Cogí mi sándwich y asentí con la cabeza pero también procurando no mostrarme demasiado vehemente al respecto. Traté de no socavar lo que le había inculcado Elizabeth, pero entendí perfectamente lo que quería decir porque yo misma fui bastante mala estudiante. Hice lo que pude para ir tirando. Pero mi objetivo en realidad nunca fue aprender algo que querían que aprendiese. Lo cierto es que tan pronto yo había adquirido determinados conocimientos, empleaba todo mi tiempo procurando asimilar otra cosa. La redacción sobre inmigración que tuve que hacer en secundaria se convirtió en un intento por comprender la construcción de ascensores. Durante mi primer curso en la facultad, mi incursión en la psicología pavloviana se transformó en un intento por aprender baile de salón en China. Sólo me implicaba mucho en algo cuando alguien quería que lo hiciese en otra cosa.

Esto me recuerda lo que se suponía debería estar aprendiendo ahora y lo que debía aprender de las esposas. Estaba tan empeñada en tratar de enfocar un solo ángulo de sus vidas, que estaba algo preocupada por que se me fuese de las manos lo que podía tener verdadera importancia.

Me volví y miré a Grace.

—¿Sabes?, si los viajes se te hacen pesados o algo por el estilo, yo encantada de que te vengas a vivir conmigo. Vivo cerca de la Universidad de Rhode Island —dije—. Como mucho a unos quince minutos andando.

—¿Ah sí? —dijo, respondiéndome con la cabeza de un modo que me decía que ella ya lo sabía. Debió haber sido Josh. Jugueteeé con mi sándwich tratando de no pensar qué otra cosa le habría dicho. Y de no preocuparme por cómo le iban a él las cosas en este momento. Por lo que se resolvía o quedaba sin resolver.

Grace también soltó su sándwich, ligeramente ruborizada.

—Me agobia un poco lo de tener nuevos amigos y esas cosas. Quizás pudieras decirme lo que hace la gente por ahí para pasarlo bien.

—Bueno, lo haría, pero no tengo ninguno.

—¿Ninguna diversión?

—A nadie.

Sonrió, se levantó y limpió la mesa.

—¿Sabes? —dijo—. Tu hermano solía bromear conmigo diciendo que si nunca hablábamos del colegio, no tendríamos por qué volver. Cuando me dijese que debía ir preparándome en algo, era cuestión de ignorarlo y punto.

Me levanté para ayudarla pero me quedé quieta como una estatua. Y puede que la mirase de un modo extraño, algo que pudiera haberla asustado, pero probablemente porque ella creía haber roto nuestro acuerdo acerca de no hablar de ellos. Sin embargo no se había saltado las normas o, al menos, eso era algo que ya no me importaba. ¿Cómo podría explicar que empezaban a cocerse algunas cosas para las que en cierto modo yo no estaba del todo preparada?

Rápidamente, traté de recuperarme diciendo lo primero que me vino a la cabeza.

—He visto el lago que tenéis —dije, señalando un lugar imaginario—. Desde lejos, parece un poco como el papel para regalos. Ya sabes, el que brilla. Yo siempre envuelvo las cosas mal, y meto la parte que brilla por dentro. ¿Crees que se parece al lago de cerca?

—Quizás un poco —respondió y empezó a reír, lo que me indicó que no guardaba parecido—. Pero si quieres nos podemos sentar junto al lago. Podemos ir a por un par de perros y nos los llevamos con nosotras.

—Pero no los grandes —dije, antes de reprimirme—. ¿Sabes qué? Vamos hacia ahí y ya está.

El folleto que Grace me entregó en la casa, explicaba que en cada camada de mastines con mezcla de bulldog hay un perro alfa, normalmente el primero en nacer, que siempre defiende al grupo mientras el resto de los cachorros tratan de arrimarse, permanecer junto a él y por último, imitarlo. Luego está el debilucho. Normalmente es básicamente lo opuesto al primero de la camada, es el más pequeño, el más endeble, el asustadizo entre sus hermanos y hermanas. Paradójicamente solía considerarse el perro más agresivo porque era más propenso a morder. Era el más proclive a intentar demostrar su fuerza.

No importaba que esto lo leyese de camino a los cercados para perros. Al llegar, me llevaron hasta donde se encontraba el can más diminuto de la camada, Hannibal. Por lo que parece, su nombre no le predisponía al valor. Por otro lado, Grace soltó a Sam, el perro más grande. El número uno. Hannibal poseía todas las características de Sam: el mismo pelaje color chocolate y la misma pesada papada, es decir, era igual pero en pequeño.

Por eso, y a pesar de ser muy poco prudente, pensé que era buena idea ir al recinto y coger yo misma a Hannibal en brazos. Antes de que Grace pudiese

detenerme o acercarse y controlar la situación, mi nuevo amigo Hanny me recompensó hincándome los colmillos en la muñeca, para hacerse con un buen trozo de carne.

—¡Por Dios! —exclamé, dejándolo caer al suelo—. Me ha mordido.

Grace se apresuró a evaluar los daños. Giré la muñeca para enseñársela. Justo a la altura del hueso, donde solía haber carne, esperaba ver un pequeño lunar rojo. Pero en realidad sólo se apreciaba un leve rasguño.

—No tiene mala pinta —dijo Grace, mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba una tirita—. Podía haber sido mucho peor. —Miró a Hannibal, e hizo un gesto amenazador—. ¡Eso no se hace! —exclamó.

—¿Puede él oírte? —pregunté, mientras soplaba sobre la inexistente herida.

Volvió a coger a Hannibal y le acarició la cabeza.

—Hay que acariciarla mucho —dijo—. Así la transmites seguridad al tocarla.

Alcé la vista tras colocarme la tirita.

—¿Él es ella?

Grace asintió con la cabeza y metió la mano en el bolsillo, sacando una galleta de harina de avena.

Rechacé el ofrecimiento mientras ella intentaba dármela.

—Creo que por ahora estoy servida —dije.

—No —dijo—. Dásela a Hannibal. Si se la das para comer, ella tendrá más confianza en ti.

Sólo pensar que debía acercar mi mano a su hocico, no era algo que me hiciese mucha gracia en ese momento. Pero de todos modos situé la galleta a la altura de sus labios, tal y como me había enseñado Grace, dejando que lamiese de mi mano mientras frotaba su cabeza con la otra mano, la que me quedaba libre.

—Es cuestión de tener un cuidado especial, por lo general con el debilucho, y estar más tiempo con él —dijo—. Nada de menos tiempo. Menos tiempo te trae problemas.

Retiré la mano.

—Parece igual que con la mayoría de la gente que conozco —dije.

Fuimos al lago. Grace tenía a Hannibal en sus manos y Sam iba detrás, pegado a mí. Grace parecía más contenta o al menos más cómoda ahora que estaba rodeada de perros. Cuando llegamos al lago, se sentó en la orilla, se quitó los zapatos y metió los pies en el agua. Yo hice lo mismo. No tenías la misma sensación de calor nauseabundo al meter los pies en el agua. Experimenté una sensación inmediata de mayor frescor y me sentí mucho más feliz. Por primera vez en todo el día, un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —preguntó Grace—. Bueno, quizás en realidad no sea un secreto, pero ¿quieres saber por qué no tengo el menor interés por



marcharme de aquí?

—Hay un chico —hablé por ella—. ¿Es por él?

—¿Cómo lo sabías?

—No soy tan mayor.

—Eres bastante mayor —dijo ella.

—Lo soy —dije. Apoyé la cabeza en las manos y la agité.

Grace se rio. La miré y sonreí. Yo no era mucho mayor que ella cuando empecé a salir con Matt. Y recuerdo esa sensación primeriza como si fuese ayer, esa increíble sensación de cómo era la primera cosa auténtica que me había ocurrido nunca. Quería contárselo a todo aquel que quisiese escucharme, a mi madre, a mis amigos, al cartero. Incluso aunque por entonces no sabía cómo expresarlo, creo que pensaba que hablar de Matt nos hacía más auténticos y en cierto modo, más estables. Y quizás fuese así.

—Lo que ocurre es que en el cole está un curso por debajo —dijo—. Le queda un año aquí pero el problema es que no tiene el menor interés en ir a la universidad, incluso teniendo oportunidad de hacerlo. Aunque dice que a lo mejor iría al centro de cursillos de especialización profesional, que es bastante malo.

Se llamaba Baruch. Baraque, o algo así. Pude verlo cuando vinimos en coche. Todo el campus constaba de tres pequeños edificios y un área circular de entrada para vehículos. Por lo que pude observar, no parecía haber acceso al mar.

—Quiere quedarse aquí y seguir como está. Su familia tiene dos floristerías. Una aquí y otra en el pueblo de al lado. Y así se sentirá a gusto. Puede dedicarse a ello toda la vida y siempre será feliz. Quiere hacer esto toda la vida.

—¿Tú qué quieres? —pregunté.

—Quiero que sea feliz —dijo.

Miré al agua. Sam estaba en pie, justo en la orilla, a punto de entrar con movimiento torpe. Hannibal estaba ocupada cavando y acurrucaba la cabeza en mi costado. La acaricié con precaución. El tercer año que estuve en la universidad, Matt fue finalista en un prestigioso concurso de prácticas organizado por un estudio de arquitectura de Chicago, y habría aceptado las prácticas en dicho estudio, aunque esto supusiese estar alejados el uno del otro, si el estudio lo hubiese contratado. Fue la primera vez que me planteé mi propia decisión de estudiar en la Universidad de Nueva York en vez de irme a California, como había previsto en un principio. No es que no quisiese que se marchara pero me resultaba muy fácil estar cerca de él, tenerlo contento. No pude entender cómo tantos años después, no le fue difícil tener que estar separados el uno del otro. Me llevó mucho tiempo comprender que el hecho de que yo temiese su marcha, contribuyese a que a él mismo no temiese esta posibilidad. Esto solía ser así. El afecto de uno al otro le proporcionaba libertad.

—Creo que si me quedo aquí este año y vuelvo a casa todas las tardes, ya

resolveremos el dilema ¿no te parece? Se dará cuenta de que la universidad no es una cosa tan rara. A lo mejor se querrá venir conmigo el año que viene. —Grace movió la cabeza casi enfadada—. Creo que la gente se olvida de lo que significa estar verdaderamente enamorada, ¿sabes? Cuando eso es lo único que importa en el mundo. No quiera limitarme a pensar que no tiene la suficiente importancia. ¿Sabes a lo que me refiero con eso?

Sabía perfectamente a lo que se refería, por lo que me costaba más aún decirle lo que yo quería decir: que esto no siempre lo era todo. El amor. Y aun así ¿qué sabía yo? La razón de que nuestra relación no había funcionado no era porque yo le amase de ese modo. Era porque él dejó de amarme así. Y lo cierto era que ¿por qué iba a ser esto el fin de la historia? Yo acabé con ello porque me asustaba demasiado lo que podría venir después, que podría ser una especie de versión edulcorada de lo que habíamos sido antes. ¿Y con qué nos habríamos encontrado? Conmigo, inmóvil e incapaz de hacer gran cosa sin él. Con la versión edulcorada de lo que fui antaño.

—Bueno y... ¿tuviste novio formal en secundaria? —preguntó Grace. Metió las manos en el lago para humedecerlas y acarició la espalda de Sam para tranquilizarlo.

—Más o menos.

Me miró, confusa.

—¿Más o menos formal?

—Más o menos durante la escuela secundaria —dije—. Cuando nos conocimos, él ya estaba en la universidad. Es una larga historia.

—¿Cómo acabó? —preguntó, pero antes incluso de poderle responder, apretó la ceja y se mostró nerviosa. Y advertí que ya no se preguntaba por Matt o por mí, lo cierto es que no. Se preguntaba cómo podría evitar que ocurriese algo así.

—¿Le echas de menos? —murmuró.

Me gustaría haber respondido que todos los días.

—¿Sabes?, yo de todos modos no lo compararía —dije—. Creo que no tiene nada que ver una cosa con la otra. Para empezar, yo sólo quería que él se sintiese bien conmigo.

Se relamió los labios, riéndose a medias.

—¡Vaya! Me he metido en una buena ¿eh?

—Mira —dije—. Lo cierto es que eso es algo que nadie puede saber. Podría funcionar de maravilla entre vosotros dos. Pudiera ser que celebréis vuestro setenta aniversario de boda, aquí, junto al lago. A pesar de lo que hagáis o no hagáis. Ya ha pasado otras veces.

—Sí, ya ha pasado —dijo—. Ha pasado... ojalá pudieses conocerle. ¿Sabes? Su tienda está a unos quince minutos de aquí. Podríamos pasarnos por allí. O podría llamarle y él podría pasarse por aquí. Sé que le encantaría conocerte. Sé que le encantaría conocer a la hermana de Josh...

Josh. ¿Dónde estaba? ¿Cómo era posible que en mitad de todo este asunto, consiguiese olvidarlo, olvidar lo que se jugaba él, aunque sólo fuese durante un par de minutos? Quizás fuese porque en parte, estar aquí me ayudó a comprenderlo. Todo lo que había en juego, incluso al margen de él. Miré el reloj. Eran casi las dos. Si nos marchábamos ahora mismo, estaríamos en casa con suficiente antelación como para estar a punto para la noche. Siempre que él lo quisiese. Pero sólo sería así si nos marchábamos ahora mismo.

—Bueno, perdona. Olvídalo —dijo—. Probablemente no sea el mejor momento para las presentaciones.

—No, perdona. Me gustaría conocerlo. Simplemente es que no sé lo que puede estar haciendo Josh.

—¡Quién lo sabe! —dijo. Luego se encogió de hombros, se secó las manos en los vaqueros y continuó—: Además, ¿en realidad qué puede decirte el hecho de conocer a alguien? ¿Qué sacaste en limpio tras conocer a mi madre? Sé que tampoco es que la hayas conocido mucho, pero ¿puedo serte sincera? Lo que digo es que si Josh y mi madre estuviesen así, estuviesen tan enamorados, ¿te entrarían ganas de vomitar? —dijo—. ¿Te parecería tan cursi el asunto que querrías echar la pota?

Sonreí.

—No voy a echar la pota.

—¿Estás segura?

—Bastante segura.

—Porque siempre lo hacían, ya sabes, después de creerse que yo estaba dormida —dijo—. Se venían aquí abajo y bailaban junto al lago. Ni siquiera traían música. Ni un reproductor de CDs, ni una radio. Simplemente bailaban. Y sé todo lo demás. Sé que él ha tenido una novia durante mucho tiempo. Sé que a él le resulta duro dejarla. Sé que él con mi madre no ha sido sincero a ese respecto. Todo eso lo pillo. ¿Pero qué hay de lo de bailar? Especialmente porque siempre lo han hecho tan bien juntos. Quiero decir, francamente bien. Es como si escuchasen la misma melodía, o algo así.

Miré hacia el lago. El mundo que yo conocía quedaba muy lejano. Todo excepto esto, quedaba lejano, era ficticio e irreal. Y yo sabía que lo real volvería antes que después, devolviendo los gritos. Pero por un instante, sólo por uno, traté de agarrarlo con fuerza. Para recordar. Para que, independientemente de lo que ocurriese, no llegase a la conclusión de que esto tampoco era real.

—Simplemente no entiendo cómo la misma cosa puede sonar en sus cabezas de ese modo —dijo ella—. Si eso no es amor entre ellos, ¿cómo pudo lo mismo llegar hasta aquí?

Poco después de volver a la cocina, Josh y Elizabeth regresaron de su paseo. Elizabeth fue la primera en entrar, seguida por Josh. Él se había quitado la camisa, la de manga larga que llevaba debajo de la de manga corta y ahora sólo llevaba puesta esta última. Y no hablaban entre ellos. Traté de dilucidar lo que ocurría pero no sabía cómo hacerlo. Tampoco parecía que lo de no hablarse tuviese mala pinta, ni que fuesen a irse cada uno por su lado una vez más.

—¿Qué tal chicas? —dijo Josh, dándome golpecitos en la espalda, acercándose a la mesa y yendo hacia donde estaba Grace—. ¿Qué tal ha ido el día?

Trató de sonreírme. Traté de devolverle la sonrisa pero creo que mi intento fue incluso más infructuoso que el suyo.

—Hannibal atacó a Emmy —dijo Grace, mientras Josh se inclinaba por debajo de su silla.

—¿Estás bien? —preguntó Josh, volviéndose hacia mí, aunque fue Elizabeth la que vino a verme rápidamente.

Saqué la muñeca para mostrársela.

—De verdad, estoy bien. Apenas tengo un rasguño —dije—. Lo cierto es que me costó encontrar la herida.

Elizabeth se volvió hacia Grace.

—No tiene gracia bromear con algo así, Grace —dijo ella.

Grace miró a su madre, disgustada, y se dio la vuelta hacia Josh.

—Tiene cierta gracia —le dijo ella a él—. ¿No te parece?

—Claro que sí —respondió él.

Luego se agarró a las patas de la silla de ella y se acercó. Al principio me dio la impresión de que yo ya había sido testigo de una escena semejante o de algo parecido, porque aquello me resultaba demasiado familiar. Me llevó un instante darme cuenta de que éste era el modo en que mi padre solía hablarnos cuando intentaba explicar algo. Como cuando yo me quemé la mano en la parrilla y no le dije nada en todo el día porque pensé que me metería en un lío por tocar algo que no debía. Era ese modo que tenía de mirarnos desde un ángulo determinado, dando a entender que lo que quiera que fuese a decirnos después, sabríamos que aún nos quería. Josh hablaba en voz baja y yo no podía oír lo que decía, pero Grace asentía suavemente con la cabeza.

Y esto provocó algo en mí, me alegró un poco el corazón. Porque por un instante pude verlo, aunque admitirlo me generase un debate interno. Al final, no se trataba de la mujer que escogía Josh. Era qué actitud escogía Josh. Si se trataba de una versión más parecida a ésta, eso lo cambiaría todo.

No sabía qué hacer. Elizabeth, que también los había estado observando durante un minuto, se había marchado de la habitación. Y la seguí hasta el cuarto de estar, donde estaba sentada en el sofá. Me senté junto a ella, al principio de un modo

provisional, justo en la esquina del sofá. De por medio no hubo nada del rollo ese del ésta es Elizabeth, ésta es Emmy, lo cierto es que no, y ahora no parecía el momento indicado para algo así. Ni para mantener una breve charla en torno a este asunto. Y yo tenía casi la certeza de que Elizabeth habría sido feliz pudiéndose sentar en silencio, pero yo aún no estaba preparada para eso.

—Creo que tienes una hija maravillosa —dije—. Es tu hija, de modo que seguro que lo sabes. Bueno, obviamente sabes que es tu hija pero probablemente también sepas que es maravillosa...

—Tú también le caes bien —dijo ella—. Se nota.

—¿De veras? Es agradable oír algo así.

Y era cierto. Era extraño cómo ocurría, cómo conocías a alguien en muy poco tiempo, pero sin embargo te quedaba la sensación de que conocías rasgos fundamentales de su personalidad. Era una versión de la teoría de Josh de los cinco minutos. Supongo. Cómo podías conocer a alguien durante toda la vida y en el fondo no conocerlo o conocerlo poco. Es decir, el tiempo ya no era la única vara con la que medir los sentimientos.

Me miré las piernas, tratando de quitarme las arrugas del vestido. Luego, Elizabeth me miró.

—Me cuenta Josh que estás haciendo una película acerca de las mujeres de unos pescadores, ¿es cierto?

—Sí, es cierto.

—Me dice que tienes dificultades para terminarla.

Me obligué a mirarla.

—Podría decirse que sí.

—El otro día, durante la cena, Grace y yo intercambiamos nuestras respectivas galletas de la suerte porque la de ella decía: «No puedes terminar aquello que se supone no has empezado». Alucinó hasta tal punto que no dejamos de pensar en todos los ejemplos que confirmaban que no era cierto. Relaciones afectivas de diversa índole o trabajos o incluso películas que dejábamos a medias. Un centenar de cosas. Pero aunque normalmente no me dejo aconsejar por las galletas de la suerte, añadiré que cuanto más intentábamos demostrar la falsedad de esta afirmación, más empezaba a convencerme de que había algo de verdad en ello.

No dije nada. Pero pensé para mis adentros que ésta era una razón para que ella no me cayese simpática. ¿No quería yo eso? Acababa de conocerla y ¿quién la había pedido filosofar sobre mi vida? Sólo con observarla, no podía negar que no parecía intentar sermonearme. Parecía querer ayudarme de verdad a resolver algo. Algo en torno a dónde ir, a partir de este punto.

—¿Dónde te has quedado?, —preguntó.

Moví la cabeza de lado a lado.

—No lo suficientemente lejos como para tener la sensación de llegar a alguna parte —dije—, pero demasiado lejos como para detenerme.

Volvió a sonreír, con la misma sonrisa cariñosa que me mostró antes, fuera. Era como si advirtiese que ésta era la primera respuesta espinosa que le daba. Lo primero que expresaba con firmeza. Convertía la verdad en algo más amable.

—Así es que la razón no es la película ¿verdad? —dijo—. La de que te quedes en Narragansett.

Volví a toquetearme el vestido, pensando qué responder. Podría decirle que quizás estaba en Narragansett por lo atractivo del lugar. Ella comprendería lo de querer vivir en un lugar hermoso. Sólo que no había una pizca de verdad en ello.

—Lo cierto es que no lo sé —respondí.

Me miró y no dijo nada, pero hizo que yo dejase de tocarme el vestido, me hizo sentirme cómoda, era como si con ella no necesitase ponerme nerviosa. Como si ella ya lo supiese. Y no pude evitar pensar que a estas alturas quizás me quisiese un poquito, por todo lo que quería a Josh. Y a lo mejor yo también sentía la necesidad de quererla por la misma razón.

—Sé que no es asunto mío —dijo—. Pero este fin de semana pórtate bien con tu hermano. Puede que estés furiosa con él por todo este asunto, pero guarda tu cólera para el fin de semana que viene. O incluso para el otro fin de semana. Éste, simplemente inténtalo y ocúpate un poco de él. Va a necesitar que lo hagas.

—Vale —dije. Luego añadí algo que me sorprendió a mí misma—: ¿Entonces ahora eres tú la que debes estar furiosa con él?

—No creo que puedas enfurecerte con alguien a no ser que te falle. Creo que no gozamos de ese privilegio. Creo que uno piensa que puede enfurecerse pero en realidad escoge otra opción.

—¿Cuál?

—La espera.

La miré con la esperanza de que revelase sus sentimientos, pero no pareció estar muy dispuesta a hacerlo, a tomar ninguna decisión. Aunque en sus ojos si advertí una mirada confiada, como si supiese como iba a salir todo esto, como si siempre lo hubiese sabido y sólo fuese una cuestión de tiempo que Josh recondujese las cosas. No pude evitar preguntarme si el amor era algo así, es decir, pensar que al final alguien no te fallará.

Josh volvió a entrar y ambas nos levantamos, como si nos hubiese pillado entre medias de algo. Grace pasó desapercibida frente a Josh por la puerta principal de la cocina, y permaneció junto a su madre. Imaginé que ésta era la pista que me indicaba que yo debía estar junto a Josh, pero no me apetecía demasiado hacerlo. Quería quedarme donde estaba. Quería cenar aquí. Quería irme a nadar al lago. Bien, vale, a lo mejor no me apetecía nadar en el lago pero esto tenía mucha mejor pinta que mi

otra alternativa. Pero Josh me miró indicándome que era hora de marcharnos, por lo que incliné la cabeza en señal de haber captado el mensaje, porque en realidad ¿qué otra alternativa tenía?

—Hablamos más tarde —dijo él, volviéndose hacia Elizabeth, quien, desde donde estaba, ni hizo un gesto de ir hacia Josh.

—Está bien —dijo ella.

Eso sí, si llevaba yo razón y así lo pensaba, respondió de un modo que revelaba incredulidad. O a lo mejor no es que ella no le creyese, pero era como si viniese a decirle que no tenía sentido seguir hablando más tarde. El sentido ya había dejado de existir hoy, al no haber hecho él algo, y ambos lo sabían. Esto no era más que el siguiente acto.

Seguí a Josh hacia fuera, pero luego me di la vuelta. Lo hice para estar frente a ellas.

—No puedo creer lo maravilloso que es este sitio —dije—. Me encanta. Quizás más que ningún otro lugar que haya visitado en toda mi vida.

Por supuesto, no lo dije en voz alta sino sólo para mis adentros. Con mi voz, aún no parecía poder decir nada.

Fue Elizabeth quien lo hizo por mí.

—Encantada de haberte conocido, Emmy —dijo.

—Igualmente —respondí.

Luego me volví y miré a Grace. Me habría gustado ir corriendo hacia ella para abrazarla, decirle otra vez que sería más que bienvenida si viajaba a setenta kilómetros al sur de allí, y así poder llevármela a dar una vuelta por la zona de la Universidad de Rhode Island. Que echaría mano de algunas personas si eso la hacía decidirse antes. Me habría gustado decirle que aunque acababa de conocerla, tenía muchas ganas de saber cómo le saldrían las cosas con su novio, con el colegio, con todo. Me gustaría saberlo incluso en el preciso instante en que ocurría.

Pero cuando alzó la vista, el mensaje era que no me preocupara, mientras sacaba el pulgar y levantaba el dedo meñique, algo que parecía más apropiado para la ocasión.

De modo que yo la correspondí dándole un golpecito en la espalda, transmitiendo la tranquilidad que yo parecía saber transmitir tan bien, y dejé que ésa fuese mi despedida.

Una vez en el coche, Josh no abrió la boca.

Me entregó las llaves y se metió en el asiento del copiloto, reclinándolo lo más atrás posible. Giré a la derecha y me metí por el camino fangoso, virando la segunda a la izquierda, pasada la finca y en dirección a la carretera. Todo estaba aún un poco brumoso y escondido tras el calor. No miré una sola vez ni a Josh, ni a través del

espejo retrovisor. Mientras tanto, la luz intermitente, ese aparato que tenía estropeado, volvía a funcionar mal y no paraba de parpadear y de volverme loca.

—¿Por qué no lo apagas? —dijo, molesto.

—Eso intento —respondí, agarrando el volante con un poco más de energía de lo normal, pero sin conseguir nada.

La carretera interestatal apareció a nuestra derecha. Iba a entrar. Para bien o para mal, me alejaba cada vez más de este lugar. Debía irme a casa y prometer a nuestra madre que a él no le permití hacer nada malo. Debía ducharme. Sólo esperaba que Josh me detuviese o dijera algo. Pero no lo hizo. En cuanto sólo tuvimos delante la interestatal, fui yo quien rompió el silencio.

—¿Te la has tirado hoy? —pregunté.

—¿Qué? —Disintió con la cabeza, disgustado—. ¿Y eso qué tiene que ver con nada, Emmy?

—Bueno, Josh, quiero saberlo —respondí. Pero lo cierto era que no quería saber si había ocurrido, desde luego que no. Era lo único concreto y certero en lo que podía pensar, lo que podría darme alguna pista de qué haría él ahora.

Siguió mirando por la ventanilla.

—No.

—No, ¿que no te la has tirado, o que no me vas a responder?

—Emmy, dame un minuto ¿vale? Necesito sesenta segundos para serenarme.

Me habría gustado decirle que para hacerlo contaba con trescientos sesenta kilómetros y su equivalencia en segundos, pero estaba en una situación ante la que debía aguantar muchas más críticas que yo. Y lo que era aún más importante, si ahora no me decía nada, pudiera ser que callase para siempre y que esto también lo dejase sin explicar, porque en su cabeza ya no habría tiempo para dar más explicaciones.

—Mira —dije—. Cuando hayamos hablado y zanjado todo esto, habré conducido ocho horas contigo y conocido a dos personas francamente interesantes que sin duda significan mucho para ti. Personas que parecen convertirme en otro Josh, si eso tiene algún sentido. Y ahora debo volver a Scarsdale y enfrentarme a ello igual que tú, de modo que me gustaría que, cuando estés preparado, me contaras qué ronda por tu cabeza.

—Ahora no quieres oírme —dijo—. Sólo quieres cabrearte con todo lo que te diga. Y quizás debiera ser así. A lo mejor metí la pata pidiéndote que me acompañases. ¿Pero podrías hacer el favor de centrarte en volver a casa a tiempo para la cena de esta noche?

Empecé por preguntarle si aún tenía previsto acudir a la cena de esta noche, como si eso fuese a mejorar las cosas. Pero antes de hacerlo, antes de que, de un modo u otro, pudiésemos entrar en materia, detrás nuestro advertí las sirenas de la policía. Volví la vista hacia el salpicadero del coche y pude observar que apenas superaba en



cinco millas el límite de velocidad. Ni tan siquiera en tres.

—Eso no va por nosotros —dije.

Pero cada vez resultaba más obvio que sí iba por nosotros. El agente de tráfico nos pisaba los talones, con la sirena encendida, y ahora la hacía sonar a la espera de nuestra respuesta.

—No me lo puedo creer —dijo Josh, mirando a través del espejo retrovisor.

Luego se volvió y me miró de mala gana.

—¿Qué pasa? —dije, mientras me metía en el arcén—. No es culpa mía.

—¿Es que acaso conduzco yo? —dijo—. ¿Es así?

Disentí con la cabeza. Bajé la ventanilla lentamente. Al otro lado vi a uno de los agentes más viejos en la historia de cualquier cuerpo de policía. Tenía un bigote blanco y curvo y llevaba puesto un dispositivo auditivo y una gorra de oficial de policía, por no hablar del par de gafas de sol Ray Ban pasadas de moda que iban sujetas a un cordel que le colgaba del cuello. Iba a paso de tortuga.

—Soy el agente Z —dijo, mientras señalaba la placa que llevaba adosada a la chaqueta y en la que podía leerse AGENTE Z en unas letras mayúsculas de color marrón—. Señorita, necesito que me entregue su documentación.

Le entregué mi carnet de conducir. Vi cómo lo examinaba detenidamente y sé que calculaba. ¿Tenía yo la edad legal para conducir?

—Discúlpeme —dijo Z, mientras cogía su walkie-talkie, que pasó de tener claras interferencias a que se escuchasen unos murmullos. Aproveché ese momento en el que estaba a lo suyo para volverme hacia Josh y decirle algo. Pero me lo impidió con la mano.

—Simplemente —dijo—. No lo hagas.

Z apartó su walkie-talkie y volvió a centrar su atención en nosotros.

—¿Se da usted cuenta que su luz intermitente aún parpadea y que ha estado así durante estos últimos kilómetros? —preguntó, devolviéndome el carnet.

—Lo sé, agente —dije—. Lo siento. Mi hermano y yo lo arreglaremos tan pronto como lleguemos a casa.

—¿Dónde está su casa, querida? —preguntó Z.

—Nueva York.

Josh cerró los ojos y movió la cabeza lentamente.

—En este coche no podrán conducir hasta Nueva York —dijo—. Podría ser peligroso.

Me volví hacia Josh, que a estas alturas se imaginaría vagando ya por la autopista, llamando Berringer, y esperando tres horas para que viniese a buscarnos.

Entonces se me ocurrió que esto sólo podía ocurrir un día como hoy, todo este asunto con el agente Z, el tener que pararnos en el arcén por lo de la mierda del intermitente. Que este mundo sólo nos dejaba tirados en momentos como éste,

cuando lo que necesitabas era todo lo contrario.

—Lo siento, agente —me disculpé—. ¿Dije Nueva York? Lo que quería decir era la próxima salida. Nuestra casa está en la próxima salida. Verá, estudio en la facultad, cerca de aquí, en la Universidad de Rhode Island. Ahora mismo no voy hacia Nueva York. No señor. Simplemente quise decir que hasta llegar a casa no arreglaremos debidamente la luz intermitente. Pero esta noche nos quedamos en Rhode Island. Lo cierto es que nos quedamos toda la semana. Prometido. Nos iremos en la próxima salida.

Z se mostró escéptico pero me devolvió la documentación lentamente.

—Me temo que debo acompañarles hasta allí. Sólo para asegurarme de que nadie tendrá la tentación de cambiar de idea.

—Es una buena idea, agente —dije—. Más que una buena idea. Es una idea maravillosa.

Z se retiró, pero luego, justo cuando estaba a punto de decirle a Josh que nos reincorporaríamos a la interestatal tres salidas más adelante y que estaba a menos de veinte minutos, el agente Z, una vez más, vino hacia nosotros.

—Que no os pille en la interestatal más allá del límite —dijo—. Tengo amigos por todo el camino. Podéis jurarlo: si ocurre, lo lamentaréis.

Luego inclinó la cabeza por última vez y emprendió su inevitablemente descorazonador camino de vuelta a su coche. Josh sacaba mapas de la guantera.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora —dijo escogiendo uno entre el montón que había en el suelo—, espero que conozcas algunas rutas alternativas.

—¿Rutas alternativas? Josh, así no llegaremos nunca a casa. Ya íbamos pillados de tiempo al coger la 95.

Ni siquiera me respondió, mientras movía la cabeza enérgicamente, buscando entre los mapas.

Me incorporé nuevamente a la carretera y el oficial Z se puso justo enfrente mío.

—Perdona —dije—. ¿Pero de dónde sacas que la culpa es mía? Yo no era la que tenía que hacer este viaje hoy. Nada de lo que está pasando tiene que ver conmigo.

Le dio la vuelta al mapa. Ahora estaba todo del revés.

—Emmy, trato de centrarme —dijo—. Tengo que saber lo que estoy haciendo.

Me habría gustado decir: «¿No me digas?». Pero me abstuve.

Volvió a arrojar el mapa al suelo.

—¿Sabes qué te digo? —dijo—. Cuando te salgas de la carretera, déjame conducir, ¿vale? De este modo me sentiré mucho mejor. Tú haces de copiloto.

Dije que no había problema pero que por lo que yo sabía, no había nada que indicar. Al margen de la interestatal, el único modo de volver a Nueva York pasaba necesariamente por Narragansett, algo que en aquel momento no me apetecía hacer.

Y aun así, giré forzosamente la primera a la izquierda, algo que nos haría serpentear y tomar el camino más largo por la carretera de Boston Neck hasta la Ruta 1. Luego, en la carretera, me eché a un lado y me desplazé al asiento del copiloto. Josh caminó hacia el asiento del conductor y nos pusimos nuevamente en marcha.

A la izquierda, pronto pasaríamos la playa, el océano, el restaurante The Little Clam y el diminuto muelle de Narragansett. Miré hacia el otro lado a través de la ventanilla. Porque en algún lugar, a lo lejos, justo antes del Little Clam y nada más pasar el muelle, era donde yo vivía. En casa de otro, con las cosas de otro. Sin una luz encendida, sin una sola ventana abierta y sin una alma en casa.

—¿Es que no hay alguien a quien puedas llamar? —preguntó Josh—. Alguien que nos pueda prestar el coche durante el fin de semana.

Pensé en todos aquellos en los que tenía suficiente confianza como para llamar: en mi jefe Bobby a quien como parte de su renovado compromiso matrimonial no se le permitía recibir invitados sorpresa en su casa; a Martins, mi vecino de al lado, que no tenía coche, y a las ciento siete esposas, a quienes no quería molestar con un asunto como éste. Con todas las preguntas que tenía reservadas para ellas, siempre intentaban sonsacarme información acerca de mí, que iba más allá de la breve biografía que yo las había facilitado. No quería tener que empezar por presentarlas a mi hermano y explicar lo que hacíamos aquí el día anterior a su boda.

La única persona que quizás pudiera ayudarnos era Guy Cooper, con quien yo tenía menos amistad pero que venía mucho a la tienda ahora que le había dejado su mujer. Yo estaba más bien convencida de que no le caía bien, pero creo que tenía la esperanza de que si volvíamos a vernos las cosas podrían mejorar.

—Conozco a este tío —dije—. Vive justo detrás del instituto. Si quieres podríamos pasarnos por ahí.

La verdad era que debíamos detenernos por donde vivía Cooper porque yo no tenía su número de teléfono. Claro que esto no lo mencioné. Simplemente le indiqué a Josh que girase a la izquierda y luego a la derecha, a la espera de que apareciese el instituto de Narragansett frente a nosotros: aquel edificio bajo y de ladrillo, con su aparcamiento vacío en verano y el campo de fútbol americano Arthur L. Stewart. La casa de Cooper venía justo después del campo de fútbol y era una casa pequeña y de estilo colonial, que estaba en muy malas condiciones.

El problema fue que al llegar allí, se nos presentó un pequeño inconveniente. Frente a lo que fue la casa de Cooper, había un cartel grande donde podía leerse en venta, con una pegatina roja de vendido que cruzaba en diagonal. En el camino de entrada para vehículos, había tirado un cubo de basura vacío. También un montón de periódicos hacinados y sin abrir. No había ni rastro del coche de Cooper.

—Dime que aquí no es donde vive tu amigo Cooper —dijo Josh. Sus manos apretaban el volante, y se le decoloraban los nudillos. Sé que temía volverse hacia mí.

Sé que temía lo que él mismo pudiera añadir.

—Obviamente —dije—. Ya no lo es.

Josh salió de la entrada para vehículos a toda prisa y se dirigió hacia el oeste. Estaba demasiado enfadado como para preguntarme siquiera por dónde debía ir. Estaba demasiado furioso conmigo como para preguntar nada.

Me volví, miré a través de la ventanilla, y una vez más, no vi nada hasta pasar frente a la tienda de aparejos de pesca, aquel sitio acogedoramente pequeño, que por razones difíciles de entender, me levantaba el ánimo. Se me ocurrió que podía entrar con Josh y mostrarle el lugar. Todo el que entraba me conocía. Y si nos quedábamos el tiempo suficiente, probablemente recibiese la visita de una de las esposas. Pero esta vez, por nada del mundo había forma de que Josh se tranquilizara y menos aún para intentar convencerle de que el estilo de vida que yo llevaba no estaba mal del todo. Creo que a ambos nos inquietaba bastante más su modo de vida.

Me volví y le miré cautelosamente, temerosa de lo que pudiera decirle antes de mediar palabra.

—¿Qué le dijiste a ella, Josh? ¿Qué le dijiste a Grace cuando Elizabeth y tú volvisteis del paseo? En la cocina. Estabas muy serio. ¿Qué le dijiste?

Siguió con la mirada fija en la carretera.

—Le dije que volvería pronto —respondió—. Le dije que la vería pronto.

—¿Y lo harás? —pregunté.

Al principio no respondió.

—¿Josh?

—Eso espero —dijo.

Parecía tan descompuesto que aparté la vista de él y miré al suelo. Y fue ahí donde la vi. La invitación de color rosa chillón. Para el cumpleaños de la hija de June. La fiesta de cumpleaños de Holly ¿Sólo había pasado un día desde que me crucé con June en el aparcamiento de la tienda de aparejos de pescar y me fijé en su abarrotado monovolumen? ¿Y cuándo, en el fondo, deseé volver a verla hoy?

Esta vez la invitación me miraba a mí, como si se tratase de una nueva esperanza, del comienzo de un plan diferente.

—¿Sabes qué, Josh? —dije—. Métete por ahí arriba a la izquierda, donde el semáforo. A la izquierda, luego a la derecha y te paras en la primera casa amarilla. Y madura un poco.

—¿De qué hablas?

—Puede que haya un modo de volver a casa —dije.

Eran las siete y media en punto de la tarde cuando entramos en la calle Drake, con el monovolumen rojo, de June, y treinta segundos después nos detuvimos en la entrada de la casa de mis padres. En realidad no pudimos meter el coche del todo, su parte

trasera estaba en mitad de la calle debido a la cantidad de vehículos que había acumulados: dos escarabajos Volkswagen con «Floristerías Lidia», impreso a uno de los lados, una enorme furgoneta plateada, y un camión de catering de dos pisos. El aparcacoches ya estaba en posición y llevaba puesto un esmoquin. Un par de Cadillac grises se dirigían lentamente hacia él.

—¿Estás de coña? —dijo Josh tratando de dar marcha atrás.

Trataba, tal y como había hecho todo el camino de vuelta a casa, de poder ver más allá del asiento trasero, que era una leonera donde había un muñeco muy grande de papá Smurf, que cubría la mayor parte de la ventana de atrás. Traté de apartarlo de ahí cuando estábamos a punto de entrar en Connecticut, pero no hice más que empeorar las cosas.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó.

Empecé a responder pero mantuve la boca cerrada cuando me di cuenta que se trataba de una pregunta retórica. Josh ya iba en camino y giró en la esquina hacia la casa de los Wademan, cuyo patio trasero terminaba donde empezaba el nuestro. Años atrás, Josh me enseñó este atajo para entrar y salir de nuestra casa y que sólo utilizábamos en caso de emergencia, durante las tempranas llegadas mañaneras y tardías salidas nocturnas de incógnito. Pasabas con movimientos escurridizos por delante de su viejo roble, con su neumático que hacía las veces de columpio y que estaba intacto a pesar de que los chavales no pisaban el lugar desde hacía más de una década, por delante de la huerta de tomates de la señora Masón, atravesabas la primera hilera de arbustos y luego una segunda hilera que separaba su casa de la nuestra.

Ésta era la primera vez que lo hacíamos juntos. Tras atravesar la última hilera, estábamos ya en lo alto de nuestro patio trasero.

Esta noche había un montón de gente dando vueltas, las bandejas ya resonaban y justo en el centro habían colocado una carpa rectangular de color blanco que, desde donde yo estaba, parecía, amplia y ligera, casi como una nube sobre el cielo nocturno.

Dentro de la tienda, todo estaba situado. En el centro de las mesas había unas rosas de té blancas, finos manteles blancos y veías flotantes que brillaban por todos lados. El servicio estaba junto a las mesas y servía el agua en los vasos, retocando lo ya retocado.

Me incliné un poco más para poder verlo.

Josh también lo hizo.

—Ya veo ahí a los Wademan —dije—. ¿Los ves?, ¿en la mesa de la esquina hablando con papá?

Ahí estaban, apiñados en una esquina. La señora Wademan guardaba cierto parecido con una vela flotante, embutida en un amplio vestido con cintura de aros. Mi padre estaba en pie junto a ella, inclinado hacia donde se sentaba el señor Wademan.

—¿De qué crees que estarán hablando? —pregunté.

—¿Que de qué creo que hablan? ¿Y a quién le importa de qué hablan? ¿Quién llega temprano a una cena-ensayo? De veras, me gustaría saberlo.

Josh empezaba a desvariar un poco.

—Al menos sabemos que no llamarán a la poli porque les hayamos bloqueado la entrada —dije.

—Yo no les he cerrado el paso.

—Tú no lo has dejado libre.

Josh se volvió hacia mí.

—¿Alguna sugerencia en cuanto a qué hacer ahora?

Yo estaba algo inquieta, inspeccionando una vez más el terreno. Estaba claro que no podíamos acercarnos a gran parte del jardín trasero. Supe que tendríamos que salir pitando de ahí, si queríamos entrar sin ser vistos. A la izquierda de la carpa había un poco más de espacio por donde poder movernos, pero la puerta de ahí llevaba directamente a la zona del cuarto de estar y cocina, donde la posibilidad de tropezarnos con alguien era mayor. Sin embargo la otra opción, la del lado derecho de la carpa y hacia la puerta más lejana, nos llevaba más allá de donde estaba nuestro padre. La cuestión fundamental era si nuestra madre se encontraba cerca de ella. Porque en este preciso instante necesitábamos esquivarla a cualquier precio.

—Quizás debiéramos separarnos y correr hacia dentro —dije—. Así, si mamá nos pilla a uno de nosotros, podemos decir que el otro está arriba duchándose. Podemos hacer como que llevamos un rato en casa.

—Emmy no voy a salir corriendo. Eso es una ridiculez. ¿Piensas que tengo miedo?

Pero luego, antes de que yo pudiese explicarme y antes de poder convencerle de que darse de bruces con nuestra madre con su camiseta sucia no le convenía en absoluto, se marchó. Se llevó con él la opción del lado derecho, bajó la cuesta a zancadas y se cubrió la cabeza mientras pasaba cerca de nuestro padre, moviéndose más rápido de lo que yo pudiera recordar haberle visto nunca.

Esto me dejó la opción de la izquierda. Pero nada más bajar la cuesta, directa al raso, oí a mi madre llamándome a unos cuantos metros detrás de mí. Me detuve, sin saber muy bien qué hacer.

—Ni se te ocurra darme plantón —dijo ella, decidiendo por mí.

Me volví y la saludé con un leve movimiento de mano. Llevaba un largo vestido ceñido y plateado, pendientes en forma de gota, y se había hecho un pequeño moño. Me saludó con la mano de un modo más bien poco amistoso. Pero la abracé tan pronto se acercó a mí. Y cuando volvió a avanzar, me di cuenta de que ya no estaba furiosa conmigo. Ni siquiera podía seguir aparentándolo. La tenía en el bote.

—No sé donde has estado —dijo—. Ni siquiera creo que en este momento me

interese saberlo. Papá tuvo que encargarse un aparato de aire acondicionado, por el calor que hace aquí fuera. Un aparato enorme para insuflar aire dentro de la carpa. ¿Tienes idea de lo que cuesta algo así? ¡Tres mil dólares! ¿Qué locura es ésta?

Acaricié su rostro, tratando de calmarla.

—Estás guapísima —dije.

Ella respondió acariciando el mío.

—Pareces un poco cansada. —Me miró la muñeca—. Dios mío —dijo—: ¿qué te ha pasado?

Fijó sus ojos donde casi me había pillado Hannibal.

—Nada.

Pasó los dedos por encima del corte invisible.

—No es verdad que esto no sea nada —dijo—. ¿A ti te parece que esto no es nada?

—La verdad es que sí me lo parece.

—¿Qué ocurre aquí, Emmy? Por favor dímelo. No puedo hacer que las cosas vayan mejor a no ser que estés dispuesta a contármelo.

Y en ese instante tuve muchas ganas de hacerlo. No sólo porque ya no quería seguir siendo la única al tanto de lo ocurrido con Josh, sino también porque ella sabría mejor que yo cómo ayudarme y arreglarlo. Pero no pude evitar pensar que quizás Josh no estuviese preparado para arreglar nada. Quizás, al margen de lo ocurrido aquí, esto aún no tenía por qué terminar. Aún no.

—Vale, pues si te vas a limitar a permanecer en silencio, al menos quiero que vayas a frotarte la muñeca con alcohol y que la cubras con una tirita grande. Están en tu baño, bajo el lavabo. Si no te importa, utiliza dos. Cubrir siempre viene bien. Y luego vístete para esta noche.

—Vale —incliné la cabeza.

—Bien —me besó la frente y mi rasguñada muñeca.

Me alejé.

—Ah, y Emmy. —Me di la vuelta—. Para tu información, si ves a la señora Wademan y te pregunta, le dije que Steven Spielberg estaba interesado en comprar la película sobre las mujeres de los pescadores, en la que has estado trabajando.

—¿De qué hablas?

Se encogió de hombros.

—Ella quería saber lo que hacías en Rhode Island y le conté lo que hacías.

—Mamá, Steven Spielberg no tiene interés en comprar mi documental.

—Bueno, por lo que a mi respecta, debería estarlo.

La miré, incrédula.

—¿Estás loca?

—¿No has llegado dos horas tarde?

No supe muy bien qué decir.

—Por cierto, cuando vayas arriba ¿te importaría detenerte en el sótano y comprobar cómo va todo con los Moynihan-Richards? Sólo quiero asegurarme de que les va bien ahí abajo. La gente está llegando. ¿Entiendes lo que quiero decir? — Se inclinó sobre mi oído y susurró—: Lo cierto es que no quiero más incidentes con pollos asados de por medio.

—Mamá, estoy en ello —dije.

—Gracias —respondió—. ¿Y Em? No te iría mal ponerte un poco de maquillaje para las fotos. Sólo un poco, a la altura de las mejillas. Hasta tu padre lleva un poco.

—No es verdad.

Asintió con la cabeza.

—Un poco de colorete —dijo.

—Mamá, no me lo creo.

—Puede que no lo lleve —dijo—. Pero la cuestión está en que lo haría si se lo pidiese.

Cuando Josh y yo éramos pequeños, solía gustarnos jugar con los llaveros. Todos los domingos nuestro padre nos llevaba a la ferretería justo a la altura de Five Corners y a ambos se nos permitía escoger una llave para introducirla en nuestros respectivos llaveros. Luego nos íbamos a casa y linterna en mano bajábamos al sótano y al cuarto donde se lavaba la ropa, simulando estar en una operación encubierta en la que podíamos utilizar nuestras llaves cuando las necesitásemos para abrir cualquier puerta cerrada.

Esto venía rondándome la cabeza mientras bajaba las escaleras para echar un vistazo a los Moynihan-Richards, cuando me di cuenta de que la luz central de abajo no estaba encendida. Ni la luz, ni el aire acondicionado estaban encendidos, y al acercarme un poco más, ni siquiera me pareció que hubiese nadie. Encendí la luz para asegurarme, pero no vi por ningún lado a los Moynihan-Richards. Ni siquiera vi señales visibles de que hubiesen estado en algún sitio, excepto por una pequeña maleta negra que había en pie y cuya ropa se salía por los lados, porque estaba a rebosar.

Me los imaginé saliendo furtivamente por la noche, sólo con sus llaves, después de haberse pensado dos veces lo de convertirse en el objeto de muchas preguntas no preguntadas, que la gente, en cuanto pudiese, les escopetaría esta noche, a horas más intempestivas. Todo el mundo quería entender por qué dos profesores de cierto renombre decidieron entregar a su hija en adopción. Y es que, tal y como había explicado Meryl, simplemente pensaban que no serían capaces de educar correctamente a un crío. Algo venía a decirme que en lo que a eso se refiere, no estaban del todo equivocados.



—¿Profesor Moynihan-Richards? —dije mientras gritaba en medio de un extraño vacío—. ¿Señora Moynihan-Richards?

Nadie respondió.

—Mi madre sólo quiere que sepan que están invitados a la fiesta. Cuando estén listos, suban —qué maravilla. No hablaba con nadie—, o hagan lo que quieran. Ustedes deciden —dije.

Fui arriba, cerré la puerta enérgicamente tras de mí, pero no antes de volver a apagar la luz —atrás quedaba el resplandor— por si acaso esto les hacía salir.

Encontré a Meryl en mi cuarto, frente al espejo que había en la pared, maquillándose y con cuatro rulos anchos y cilíndricos en el pelo. Ya se había puesto el vestido. Era negro, corto, de encaje y le llegaba hasta la mitad de los muslos. Estaba espectacular. Josh se sentaba en la cama, detrás de ella, mirándola al espejo y con sus manos entrecruzadas sobre el regazo. Ella estaba totalmente centrada en darle brillo a sus labios y pensé que no advirtió mi presencia.

Iba a dar la vuelta, para deslizarme sin ser descubierta, pero, con un pie aún en la puerta, Meryl se volvió hacia mí.

—Oye, tú —dijo sujetando el abrillantabios con el brazo—. ¿Te largas sin tan siquiera decirme adiós? Sé que no soy precisamente la novia más glamurosa del mundo, pero aun así. ¿No merezco un poco más de atención?

—Por supuesto —respondí mientras encogía las manos tras la espalda—. Claro que te la mereces. Quise saludarte pero es que tengo que ir al baño, tengo que ir urgentemente.

Miré a Josh, quien me observaba con una mirada de disculpa que casi le perdoné haberme metido en todo esto. Luego me volví hacia Meryl, cuyo aspecto, incluso con los rulos y no del todo arreglada, era de lo más esplendoroso y natural. Durante estos años, ella había intentado enseñarme aquellas cosas que hacía con toda naturalidad. Me había enseñado cómo lavarme el pelo con champú de caballo, dejar que un tío te lleve cuando bailas a paso lento, o comerte las ostras directamente de la concha. Cualquier cosa que pudiese hacer una hermana mayor. Y yo, hoy, ¿cómo se lo agradecía? ¿Siendo, en el mejor de los casos, una mentirosa? Y en el peor de los casos ¿desleal? Llegando a plantearme, incluso en este instante, si éste era el lugar al que pertenecía Josh. Era demasiado para mí. Empecé a dar saltitos de un pie a otro, recordando que me había inventado lo de estar meándome.

—Nos tiramos un montón de tiempo en el coche —dije. Y tan pronto como salieron las palabras de mi boca, abrí los ojos por completo, preocupada por haber metido la pata y Meryl no supiese que habíamos estado conduciendo, pero se limitó a abrir los brazos con intención de abrazarme. La verdad es que pensé que me daba un síncope.

De todos modos fui hacia ella.

—Josh me contó lo ocurrido con el agente Z al venir hacia aquí —dijo Meryl, apartándose—. ¿De verdad que se llama así? Por lo que parece, hoy habéis tenido toda una aventura en la carretera.

Miré a Josh, confusa. ¿Por qué le había contado lo del agente Z? En primer lugar, no porque hubiese revelado lo que hacíamos en su territorio. Sin embargo, me preguntaba si le hacía sentirse mejor contarle las cosas de un modo más cercano a la verdad. Si no, porque eso parecía minimizar la mentira. Traté de adivinar dónde podía haber dicho que estuvimos. Puede que le contase que en Rhode Island, pero no por él, sino por mí. Quizás Josh hubiese dicho que hoy había estado allí porque yo estaba metida en un lío de algún tipo.

—De veras que lo siento, Meryl —dije—. Que llegásemos tan tarde. No queríamos que ocurriese. No era nuestra intención.

—Por Dios —dijo—. No tienes por qué disculparte. Simplemente tenía la esperanza de que llegaríais antes, para poder ver juntos alguna de tus cintas. Me apetece ver algo de la investigación de la que oigo hablar tanto. Seguro que todo esto te está llevando hacia algo asombroso.

Me fijé en la esquina de la habitación donde había dejado las cintas, pero la bolsa de basura había desaparecido. Tuve una sensación de pánico que fue en aumento. Pero antes de que aquello fuese a mayores, Meryl miró al mismo punto.

—Ah, perdona, las quité de ahí. Lo siento. Debí habértelo dicho nada más quitarlas. La gente no paraba de entrar y salir de aquí y no quería que ocurriese nada. Las metí en la esquina de tu baño para que estuviesen a salvo. Imaginé que ahí habría menos tráfico.

Luego, ya sin sonreír y con gesto preocupado, volvió a fijarse en Josh. Y una vez más, yo me preguntaba lo que sabría ella.

Pero Josh se limitó a disentir con la cabeza.

—No lo hagas —dijo.

—¿Que no haga qué? —pregunté.

No paraba de disentir con la cabeza mientras miraba al suelo. Pero Meryl se volvió nuevamente hacia mí.

—Mira, sé que Josh quería que yo esperara, antes de decírtelo —dijo—. Pero no puedo. No puedo estar frente a ti y esperar. No puedo soportar que no lo sepas cuando sé que realmente querrías saberlo. Ah, no hago más que empeorar las cosas. Debiera decírtelo ya, ¿no es así? Sé que debiera.

Fui alternando la mirada de uno a otro. Tal y como lo hacían, yo no tenía ni idea de lo que pasaba. No me puedo creer que él ya le hubiese contado a Meryl lo de Elizabeth. No podía ser. Él sólo me llevaba cinco minutos de ventaja cuando vino aquí arriba. En tan poco tiempo no era posible dar una explicación coherente, aunque así lo pretendieses. Surgirían más preguntas que respuestas. Se necesitaba bastante

más tiempo.

Meryl respiró profundamente y empezó a hablar.

—Hoy me encontré a Matt —dijo. Yo estaba segura de no haber oído bien. Estaba tan segura de ello que simplemente seguí mirándola, sin decir nada.

Ella asintió con la cabeza.

—Hace unas horas —dijo.

—¿Mi Matt?

—Tu Matt.

No sabía qué decir. La verdad es que ni siquiera sabía cómo encajar todo esto. Simplemente no paraba de imaginar escenas en mi cabeza: ambos caminando por el mismo tramo de la Quinta Avenida, cerca de Union Square, o llegando a la misma esquina de la Estación Gran Central, con Matt saliendo de su estudio de arquitectura, donde empezaba a tener que trabajar unas horas los sábados, para fumarse un cigarrillo y Meryl, de camino aquí. O quizás habían estado cerca de nuestro viejo apartamento de West Village. El que aún era apartamento de Matt, en West Village. El número 285 de la calle West. Una pequeña casa adosada vieja y ruinosa situada entre dos restauradas respetablemente. Cada una de éstas tenía un solo propietario. En cada caso, una familia que compartía el espacio que nosotros compartíamos con otros nueve apartamentos.

Sentía con muchísima intensidad el olor de ese pasillo, su ineludible aroma a alcohol de cereza y a pescado seco. La noche que nos mudamos allí habíamos estado despiertos toda la noche, encendiendo velas perfumadas infructuosamente para que se fuese aquel olor. Matt pintó un sistema solar en miniatura sobre el techo de nuestro dormitorio —la constelación de Orion—; en una esquina apartada y en el extremo opuesto, Vega, la estrella que más brilla en una noche de verano. Un *sprinter* olímpico se mudó al piso de arriba. Se hacía unos mil saltos al estilo militar, todas las noches, encima de nuestras cabezas. Sobre las estrellas era un poco como vivir un terremoto.

—Ven y siéntate un momento —dijo Josh mientras, sobre la cama, se desplazaba dejando espacio para tres como yo.

Meryl también me señaló la cama.

—Ve y siéntate —dijo.

Y por el modo en que me miraban tuve la impresión de que debía haber hecho algo inquietante. Por cierto, Meryl me sujetaba y es que yo debía estar yendo hacia atrás, para salir del dormitorio, sin tan siquiera darme cuenta.

—Cariño, simplemente siéntate en la cama un minuto —dijo Meryl—. Ahora te lo explico todo.

Pero incluso antes de que ella pudiera empezar, me di cuenta de lo poco que quería escucharla. Si ella lo había visto hoy, si vio a Matt, entonces es que él estaba

bien. Él caminaba por algún lugar donde tendría que sentirse bien para caminar. Cualquiera otra cosa que ella quisiese contarme acerca de su encuentro con él, ya fuese que estaba enamorado de alguien que se iba a Alaska o que me odiaba, no lo escucharía.

—¿Sabes qué? Simplemente dame un minuto, ¿vale? Antes de que sigas te diré que debo ir urgentemente al baño. Acabo de decíroslo. De verdad, tengo que ir.

Y luego, a una velocidad de vértigo, salí corriendo hacia el baño, hacia el de Matt y mío, cerrando firmemente la puerta tras de mí. ¿Hay algún modo de explicar esta escena sin que pueda parecer dramática? Yo veía estrellas. Veía grandes bloques de estrellas blancas frente a mí. No veía nada.

Cerré la puerta, arqueé las piernas pegándolas al pecho y apoyé firmemente la espalda contra el marco de la puerta. Eché el cierre. Luego la vi, estrujada cuidadosamente al otro extremo. Mi bolsa con las cintas, atada con su cordel azul oscuro, como un corazón, en lo alto, manteniéndolo todo junto. Era todo lo que yo poseía o, para ser más precisa, era todo lo que yo no había logrado llevar a cabo en tres años. ¿Qué había estado haciendo Matt durante estos tres años? ¿Había cosas en su vida, sus diseños o relaciones afectivas o una combinación de ambos, que él tampoco era capaz de finalizar? ¿Que en realidad ni tan siquiera pudo comenzar?

Me volví y metí la mano bajo el lavabo; al fondo del armario y escondido bajo un viejo trapo estaba el pequeño escondrijo donde guardaba los cigarrillos, que tenían cuatro años. Casi cinco. Me daba igual. Sabía que seguirían ahí. Supe que aún seguían ahí precisamente para un momento como éste. Encontré el paquete y las cerillas, encendí uno, le di un larga calada y casi vomité. Pero me lo fumé. Me lo fumé y me sentí mejor y peor y me preparé para encenderme otro.

Sin embargo, antes de hacerlo, dije una oración en silencio para agradecer que la noche tocase a su fin. Quizás sin elegancia pero de modo definitivo. Porque por nada del mundo saldría de este baño a no ser que me creyese de verdad que esto era cierto.

## Tercera Parte

La única cena-ensayo a la que yo había acudido en Rhode Island fue a la del hijo único de Diane primera, Brian, quien por entonces celebraba su cuarta boda y aún no tenía treinta. Tuve la impresión de haber sido invitada por el mero hecho de que en el pueblo no quedaba mucha gente que no tuviese amistad con las primeras tres novias.

Sin embargo, me daba igual la razón por la que me habían invitado. Me alegró acudir. Lo convirtieron en una cena prenupcial con fiesta de tambores, porque Diane había leído en algún sitio que este tipo de cenas solían ser muy ruidosas y esto traía buena suerte. Que en realidad las celebraciones tenían lugar originalmente la víspera de la boda con el objetivo de ahuyentar los espíritus malignos que querían visitar a la pareja en grandes grupos y destruir cualquier esperanza que pudieran tener de ser felices juntos. La idea era que la cena prenupcial fuese muy ruidosa y con gran alboroto, es decir, cuanto más ruido, mejor. Por lo que parece ese tipo de caos ahuyentaba a los espíritus malignos. El marido de Diane, Brian padre, estuvo casi toda la noche aporreando un improvisado tambor caribeño hasta la extenuación. «No podemos arriesgarnos», decía Diane negando con la cabeza, «si ésta se va al garete, no podemos permitirnos hacer otra».

Por desgracia para Josh y para Meryl, si en la cena prenupcial el ruido era la auténtica vara de medir su futura felicidad, en el mejor de los casos, el comienzo era dudoso. No había ni tambores improvisados ni de ningún otro tipo, ni mucho ruido del que hablar; en realidad, ni el más mínimo ruido.

Lo que sí tenían era un flautista que tocaba bajito en una esquina, globos blancos de helio que cubrían la parte superior de la carpa y cuencos enormes y por todos lados, llenos de lirios marfileños flotantes.

Todo el mundo se movía con sus vestidos delicados y sus corbatas azules, dándose golpecitos en la espalda los unos a los otros y dando besos al aire. Al final todos encontramos nuestras respectivas mesas y se sirvió la cena al estilo familiar. Todo estaba tal y como lo había pedido Meryl. Fuimos pasándonos grandes fuentes de pollo a la parrilla, anacardos sazonados con especias, camarones y ensalada mixta. Había montones de tazas plateadas de té, llenas de whisky escocés oscuro y de vodka ruso. Y en el centro de cada mesa, las fresas cubiertas de chocolate rodeaban a las rosas de té.

Tras la cena, mi madre se dirigió hacia el frente de la carpa y anunció que cada mesa contaba con un cuenco con servilletas humedecidas. Para indicarlo, mostró la suya, haciendo más de azafata que de anfitriona.

Indicó, como si alguien se lo fuese a perder, que detrás estaban las cookies con trozos de chocolate y helado con frutas o nueces, que debíamos servirnos por nuestra cuenta. Jamás había visto tantos dulces: regaliz, ositos de gominola, gominolas de frambuesa, brownies pequeños, pastillas de menta y bizcochillos de chocolate. Cestas de caramelos gelatinosos, barritas de canela escarchada y seis clases diferentes de

helado.

—Servíos —dijo.

Primero saqué mi servilleta humedecida del cuenco. Estaba envuelta en un pequeño lazo azul Tiffany.

—No me lo puedo creer —dije. Pero de todos modos, cogí el lazo y me hice un nudo alrededor de la muñeca. La madre de Meryl, Bess, quien se sentaba frente a mí, me guiñó un ojo al verme hacerlo.

Después, ella hizo lo mismo.

Las dos habíamos estado solas gran parte de la cena. Su marido entabló amistad con el barman, mis padres y Meryl cumplieron el papel de anfitriones y Josh estaba al otro lado de la carpa ofreciendo su constante ayuda y lo más alejado posible de cualquiera que pudiera tener interés en hablar con él. Los Moynihan-Richards no llegarían a ocupar su sitio.

—Parece que tú y yo vamos a poner esto de moda —dijo ella, señalando su muñeca, orgullosa.

—Eso parece —dije.

Se rumoreaba que los MR rondaban por aquí, escondidos en la mesa de una esquina. También se dijo que la señora Moynihan-Richards no se sentía muy bien, por lo que ambos se habían vuelto al sótano. Nadie parecía saberlo con seguridad y al menos a Bess no pareció importarle demasiado.

—¿Estás emocionada por lo de mañana? —preguntó Bess.

No era la primera vez que me hacía esta pregunta, íbamos a empezar a pelearnos. No facilitaba en absoluto las cosas que ya hacía tiempo que se me habían quitado las ganas de divertirme esta noche. Cada dos por tres me rondaban por la cabeza toda clase de imágenes de lo ocurrido hoy. Una y otra vez, como las diapositivas de un proyector en mal estado. En una de ellas, Elizabeth estaba sentada en el sofá y en la otra, Meryl estaba en mi dormitorio. No parecía posible que formasen parte del mismo mundo. Al menos, no debía haber sido así, algo que estoy segura le facilitaba mucho a Josh poder separarlas, dejar que cada una tuviese su lugar dentro de su propio entorno. Que yo ahora pudiese comprender cómo podía hacerse esto, hacía que me sintiese francamente mal.

—Pues mañana va hacer un calor de caerse los pájaros —dijo Bess—. Hará aún más calor que hoy. El padre de Meryl oyó que ¡cuarenta y un grados! Lo único que puedo decirte es que menos mal que la ceremonia la pasé dentro. ¿Quién quiere quedarse fuera con este calor?

—Nadie —dije.

—Nadie —repitió mientras jugueteaba con su codo—. Así que, ¿qué es lo que más te atrae de mañana?

No pude más. Me levanté.

—Bess —dije—. ¿Me disculpas un segundo? Voy a servirme un helado con frutas y nueces. ¿Te apetece uno?

—Querida, el azúcar es el diablo —dijo—. Pero que aproveche.

Fui hacia el mostrador donde los servían, lugar que me proporcionaba un plan concreto para el resto de la noche. Primero me comería un plato con dos cucharones de helado de vainilla, otro de chocolate y dos *cookies* caseras. Buscaría una esquina donde sentarme y poder comerme el helado con frutas y nueces, tan lentamente como fuese posible. Luego, desaparecer de allí y no llamar la más mínima atención. Me iría dentro, me quitaría este incómodo vestido y me iría a dormir.

Sólo que mi ingenioso plan quedó parcialmente abortado cuando le vi ahí, junto al mostrador de los helados; mayor, sí, pero más o menos luciendo el mismo aspecto. Tenía el mismo pelo rojo y rizado, la barbilla suave y aún seguía siendo sus buenos ocho centímetros más bajo que yo. Justin Silverman. Graduado recientemente por la Facultad de Derecho de Northwestern. Novio durante la escuela intermedia. Futuro marido.

No supe qué hacer. Sólo pensar en tener que mantener con él una conversación banal, o incluso una de cualquier otra índole, me sacaba de mis casillas. Especialmente tener que hacerlo con él y con mi madre, quien ahí, a cierta distancia, hacía como que no nos veía y lo hacía fatal. Di media vuelta, muy rápido y corriendo a parar mi cabeza al pecho de Berringer.

—Tranquila —dijo, agarrándome del codo, intentando que yo afianzara el paso—. ¿Huyendo de alguien?

Me quedé mirándole, al extraño ángulo que formaba su barbilla. Llevaba puesta una corbata azul, una chaqueta deportiva oscura y un par de vaqueros.

Con su mano derecha agarraba una taza grande de plástico.

—Vas de miedo —dije.

—Tú de maravilla —sonrió.

Vi cómo me miraba el vestido, largo rojo con las tiras atadas a la nuca y la espalda descubierta. Lo escogió mi madre mientras yo estaba fuera. Incluso sabiendo que lo había comprado en rebajas, estoy segura de que costó más de lo que yo había ganado el mes anterior en la tienda de aparejos de pesca.

Berringer me apuntó con su taza.

—¿Unas *cookies* crujientes?

Miré dentro, de reojo, y ahí estaban. Había una taza hasta arriba y también una cuchara de plástico bien embutida.

—Oye tío, si mi madre te ve comiéndote eso, le da el telele.

—¿Me has llamado tío? —preguntó.

—Sí, puede.

—Bueno, tranquila, que me he montado un plan que no puede fallar para hacerla



creer que ellos forman parte del tinglado de los helados. Eso por si las cosas llegan hasta ese punto.

Le metió un buen bocado y se sirvió un poco de leche.

—Descuida —dijo él.

Desde el mostrador de los helados, sentí que unas miradas me agobiaban el cogote y el contorno de los hombros. Antes de pensármelo mejor, antes de recordar por qué tenía que evitarlo, le devolví la mirada. Ahí estaba Justin Silverman, columpiándose en la esquina del mostrador. Me sonrió e inclinó la cabeza. Le devolví el saludo antes de volverme hacia Berringer.

Lo sabía. Estaba atrapada. Ya era más bien difícil volver a la mesa. Bess seguía sentada, mientras Meryl, cámara al cuello, estaba de pie frente a ella. Se quitó la cámara y se sentó junto a su madre. Yo tampoco podía ir en línea recta hacia la casa porque el patio estaba abarrotado y mi madre obstruía la puerta principal trasera.

—¿Sabes?, Josh te está buscando —dijo Berringer—. Está descargando una furgoneta frente a la casa.

Josh. Otra película. Miré al suelo. Tampoco quería seguir con Berringer. No me apetecía tener que contarle lo ocurrido ese día, lo de Elizabeth y Grace en la granja. Pero antes de disculparme educadamente, me saludó con la mano una chica desde el otro lado. Era alta, de piel morena y espectacular, la clase de chica que podía hacerse un nudo alrededor del cuello con una bufanda de seda, sin que esto resultase irónico. Podía ir con un par de pantalones de jugar al polo, o con unos piratas o llevar una trenza larga y gruesa. Esta noche llevaba puesto un vestido corto beige y unos zapatos de tacón de aguja con los dedos al descubierto. Hacía juego con la fiesta. Y venía directa hacia nosotros.

—¿Es ésa tu novia? —pregunté.

—¿Celia? —dijo devolviendo el saludo con la mano que le quedaba libre—. Sí, no hay duda de que ésa es Celia.

Yo estaba un poco mareada. Quizás incluso algo más que un poco mareada, lo que pudiera explicar por qué sólo pillé parte de lo que Berringer diría después, algo acerca de que ni siquiera sabía si Celia era su novia formal, y es que después de todo, ella vivía a miles de kilómetros de él. Incluso cuando se encontraba en el país. Había estado en Manchester durante los últimos cuatro meses y volvería allí la semana que viene. Entre ambos, se lo tomaban con calma, de verdad. El ambiente era distendido.

—Quiero que hables con ella —dijo—. Entiende mucho de cine y antes estuve hablando de ti. Y ella me decía que un antiguo colega suyo es un productor de cine independiente y que a lo mejor podría ayudarte con tu documental. Cuando llegue el momento. Ya sabes, con lo de la distribución o al menos con lo de ponerte en contacto con la gente adecuada.

Incliné la cabeza como para decir ¡qué bien!, aunque en realidad no fuese así. Y

es que lo único que me apetecía hacer en este momento era tratar de encontrar el modo de poner fin a todo esto. De todos modos, yo no quería que fuese él quien lo hiciese. Ni tampoco quería que lo hiciese ella.

Comencé por retirarme, tratando de hacerlo como sin darle importancia, ajustándome el vestido mientras me iba, tirando del lazo de mi muñeca.

—¿Sabes? En realidad trato de conseguirle un helado de nueces a Bess —dije—. Debo agenciarme uno con caramelo porque se lo prometí. Y quiere uno grande. Y hay cosas, hay otras cosas...

Él señaló al otro lado, al bar-heladería.

—Pues por ahí vas mal —dijo.

Le seguí el dedo con la vista, justo a tiempo para ver a Justin abriéndose paso para llegar hasta donde yo estaba.

—Bueno, Berringer, ¿me haces el favor?, ¿le preparas uno? A ella, ahí la tienes. —Señalé la mesa que yo acababa de dejar—. Echa un montón de caramelo líquido. Y a Meryl le pillas otro ¿vale?

Me cogió del brazo.

—Antes que nada, dame un minuto. Josh te está buscando.

No supe qué responder. La verdad era que no me apetecía ver a Josh, ahí, solo, y hablando una vez más acerca de no saber qué hacer. Yo quería saber lo que pretendía hacer, qué era lo que no quería contarme.

Pero al no responderle, Berringer me miró cabreado.

—Emmy —dijo—. ¿Qué haces? Debes tratar de ayudar —murmuró—. Aquí hay otras cosas en juego aparte de tu opinión acerca de todo lo que está ocurriendo.

—¿Hay otras cosas? Vaya. ¿Cómo podría olvidarlo? —le largué una mirada feroz. Berringer y su novia la jinete. Capullo traga-cereales—. Bueno, la última vez de la que tengo constancia, ayudé más de la cuenta. Pero ¿sabes qué? Berringer, si crees que puedes hacerlo mejor, entonces, la próxima vez que se quiera ir a Rhode Island el día antes de su boda, a reunirse con su otra novia y su hija, una adolescente, pídele que te llame. Llévate a Celia contigo. Puede ir de copiloto.

Y dicho esto, me preparé para largarme. Pero en vez de irme, me retiré y fui a dar con Justin.

—Emmy —dijo.

Sólo le miré. Llevaba puesta una corbata roja de seda, con líneas blancas que la cruzaban en diagonal. Parecía un chaleco salvavidas. Ni siquiera le di la oportunidad de decir hola.

—¿Por casualidad no traerías el coche? —pregunté—. ¿Está en la calle?

Asintió con la cabeza.

—Está en la calle —dijo.

—Pues adelante —dije.

Le cogí de la mano, me puse delante suyo, y no me volví para no ver tras de mí lo que sabía que vería, a Berringer siguiéndome con la mirada, molesto y confundido, del mismo modo en que yo le habría mirado a él, de haber tenido el valor de quedarme y terminar lo que él había empezado.

—¿Todo bien? —preguntó Justin, tras llegar ambos a la entrada, quedando él unos pasos atrás, esforzándose por mantener el paso.

—¿Y por qué no iba a ir todo bien? —pregunté.

En vez de responder, me miró extrañado. Pero no haría más preguntas. Ya no haría nada en absoluto, por lo que parece, sino llevarme hasta su coche lo antes posible, porque mis ojos expresaban que me iría con o sin él.

Mientras tanto, y en el otro extremo de la fiesta, Josh ya había terminado de llevar otra caja de vinos desde la furgoneta del barman hasta el bar. Al lado de la mesa, donde aún se sentaba junto a Bess, Meryl le hizo una fotografía mientras él dejaba la caja en el suelo. Como muchos buenos fotógrafos, ella ya advertía en la oscuridad lo que había captado con sus amplias lentes. No terminaba de descifrar esa mirada desesperada que mostraba el rostro de Josh, pero sabía que ahí había algo, algo que no encajaba y que estaba destinado a ver la luz, a definirse, cuando ella lo revelara. Después de todo, sería difícil pasar por alto algo así.

Lo cierto es que yo no tenía ningunas ganas de estar en el coche con Justin Silverman, algo obvio, pero cuando necesitamos que nos rescaten, no siempre podemos ser exigentes con la identidad de nuestro rescatador. Y lo que yo empezaba a comprender al marcharnos de casa en coche, era lo mucho que me hacía falta echar mano de uno de ellos.

Traté de evitar mirar a Justin, quien estaba confuso, al que se veía un poco atolondrado y hablaba demasiado rápido acerca de los inviernos del medio oeste, de los primeros exámenes del año y de la historia de cómo tuvo un bar durante una temporada, o trabajó ahí y pensó en hacerse con él. Habló mucho sobre la línea de demarcación entre Illinois y Wisconsin. Aunque yo no culpaba a Justin. Si la culpa era de alguien, yo era culpable de ser la que estaba en su coche, de que él se sintiese obligado a distraerme, de que este momento extraño siguiese su curso.

Y estoy segura de que no era así porque yo le gustase. Tenía más que ver con él dependiendo de aquello en lo que nosotros, ya en edad de casarnos, nos habíamos convertido todos, en testigos de cómo durante estos fines de semana con boda, las mujeres solteras que quizás se sentían algo desamparadas o simplemente un tanto distanciadas de la idea de ser novias, se encontraban relajando sus propias normas, optando por ser más flexibles y más rápidas. Teniendo en cuenta mi torpe historial matrimonial y el desesperado frenesí con el que yo le saludé, Justin probablemente pensaba que tendría suerte durante los siguientes treinta segundos.

—Debiera decirte —dije mientras él giraba a la izquierda hacia Scarsdale— que no me he sentido muy bien. Creo que podría tratarse de algo contagioso.

Se volvió y parecía como si fuese a decirme algo crucial, algo así como que no le importaba, como que no le molestaba. Quería besarme. Yo lo sabía. Lo sabía, lo sabía, lo sabía. Resultaría embarazoso y extraño. ¿Y luego qué haría yo?

—Estoy segura de que no cogerás nada por estar ahí sentado —proseguí—: Bueno, la verdad es que pudiera ser que sí, pero simplemente he preferido decírtelo. Sólo quería serte sincera.

No dijo nada por primera vez desde que nos encontramos los dos solos, y no mediamos palabra hasta llegar a la travesía principal del pueblo. Prácticamente todo estaba cerrado. Sólo se veían las luces de la heladería Häagen-Dazs y del supermercado DeCicco.

—Emmy, ¿sabes que soy gay, verdad?

—¿Qué? ¿Que eres gay?

Asintió con la cabeza.

—Prefiero utilizar el término Gay norteamericano.

Disentí con la cabeza, confusa. Me habría gustado pedirle que pisara el freno, pero supongo que ahora ya no había modo de pisarlo, ni había tiempo para hacer nada sino para darse prisa. La boda de Josh estaba al caer y las nupcias de Berringer y

Celia, probablemente seguirían poco después, Matt estaba en algún lugar de la ciudad de Nueva York, Meryl esperaba ansiosamente decirme lo que sabía de él, y yo estaba en un coche con un amigo al que no había visto más o menos desde la época en que aprendimos a conducir. Y de nosotros dos, hasta ahora él era el único que se había atrevido a sincerarse.

—Trataba de encontrar el modo de decírtelo —dijo—. No es que tuviese que contártelo, pero yo no sabía... me ponía nervioso que no lo supieses. No es que fuese la única cosa importante, pero por eso hablaba tanto. ¿Tú también lo haces mucho?

—¿Hablar cuando estoy nerviosa? Sí, y también tiendo a inventarme enfermedades.

—Simplemente resulta extraño volver aquí, porque nadie lo sabe. Es extraño cómo funciona algo así ¿sabes? Alejados de este lugar, podemos llevar una vida que no tiene nada que ver con todo esto, y volver y fingir. Hacer como que aún somos la misma persona que éramos cuando nos marchamos.

Asentí con la cabeza porque si había algo que yo entendiese, era eso. Se trataba de fingir. Justin parecía entender quién era él y quién es ahora. Aunque también pude ver quién solía ser yo. No podía decir con demasiada seguridad quién era yo ahora. ¿La ex prometida de alguien, una realizadora cinematográfica indecisa? Aún era demasiado profunda la marca de lo que ya no era mío. ¿Querría Justin escuchar esto?

Me volví hacia él.

—¿Así que deduzco que no lo sabe tu madre, eh? Porque creo que mi madre tenía la impresión de que ambas hacían sus pinitos para que nos liásemos.

—Sí, bueno, mi madre y yo tendemos a emplear una política del tipo no preguntes, no digas nada —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Tengo que practicar algo así.

Dio un rodeo por el aparcamiento del supermercado y paró el coche en un punto cercano a la heladería.

—El problema es que en este momento hay un tipo de Chicago. Un tío cojonudo, que también está a punto de ser un tío de primera en Nueva York. Al menos ese parece ser el plan. Pero no hasta que se lo cuente a ellos. No quiere venir hasta que le cuente a todo el mundo quién es quién.

—Pues ¿a qué esperas, señor escaqueo?

—Vale. Contárselo a ellos. Decírselo a ellos. Sabía que olvidaba algo.

Me reí, pensando en mi listado de tareas pendientes, tales como terminar mi documental (¿sería posible llegar a hacerlo?), salir indemne de este fin de semana y ayudar a Josh a poner su vida en orden.

Paró el motor.

—De modo que ahora que sabes que no quiero echar un polvo contigo, ¿te

apetece un banana split?, claro que, siempre y cuando no tengas que volverte en menos de cinco minutos...

—Te aseguro que no tengo que volver a ningún sitio en los siguientes cinco minutos —dije, sonriéndole.

Me devolvió la sonrisa. Luego abrió la puerta del coche y empezó a reír.

—Gay norteamericano. A veces tengo cierta gracia, ¿sabes?

—Espera —le cogí del brazo y le detuve—. Creo que tengo una idea mejor.

Cerró la puerta y volvió a encender el motor.

—Perfecto. Simplemente dime dónde vamos.

—Por ahí —dije, indicándole el único sitio al que yo quería ir.

De las 24.000 tiendas de la cadena 7-Eleven que hay en los Estados Unidos, todos los años se publica un listado elaborado por la oficina central en el que figuran las diez que destacan entre las de mayor éxito y, que luego, por lo que parece, ve la luz pública. Y cada año, en el puesto número cinco, asoma el 7-Eleven situado en la esquina de Popham con Garth, justo al salir de la localidad de Scarsdale. En parte, la razón por la que este 7-Eleven tiene tanto éxito, reside en que hace ya tiempo los estudiantes del instituto de Scarsdale apadrinaron este lugar como punto de encuentro zonal. Todas las noches de los fines de semana y de la mayoría de los días laborables, el aparcamiento se llenaba de coches reconocibles. Veías a estudiantes comprando cigarrillos o escuchando música en sus coches, sentados sobre las capotas. Era algo que yo echaba mucho de menos y en el fondo porque durante la última fase de instituto, salía con Matt.

Solíamos ir a sitios de nuestra elección, como al restaurante económico de Central Avenue, pequeño y que abría toda la noche, donde podíamos pedirnos un vino blanco barato, baratísimo, como el que te servían en botellitas en los aviones. Simplemente nos gustaba más así, preferíamos estar solos, juntos, que emplear el tiempo con nuestros amigos. Incluso convertimos en costumbre acudir allí, una vez que yo me mudé a la ciudad, una vez que ambos nos trasladamos. Compartíamos el paquete con las seis botellitas de avión, un gofre belga grande y la mitad de un bote de sirope. Simplemente nos sentábamos, hablábamos toda la noche acerca de nada, rozando nuestras piernas bajo la mesa, delicada, constantemente. De esto hacía ya mucho tiempo.

—No puedo creer que estemos aquí —dijo Justin, mientras pasaba por delante de la señal luminosa del 7-Eleven y aparcaba el coche junto al viejo teléfono público, bajo el viejo muro de piedra—. Resulta de lo más extraño ¿sabes? Es muy raro.

Miré a través de la ventanilla sin perder detalle.

Era maravilloso volver aquí. Lo había planeado todo. Nos haríamos con un par de refrescos Slurpee, una cajetilla de cigarrillos Parliament Light y unos perritos de maíz. Luego nos sentaríamos en la esquina del aparcamiento, nos fumaríamos unos cigarrillos y fingiríamos tener aún dieciséis años.

Empezaba a sonreír sólo de pensarlo. La primera sonrisa sincera en todo el día, y con mi casa y todo lo demás esperando en el trasfondo, esto relajaba la presión. Pero no, no era cierto. No era la primera sonrisa. Había sonreído esta mañana con Grace, junto al lago, ¿no es así? ¿Pero es posible que eso ocurriese esta mañana? Ni siquiera estaba plenamente convencida de que incluso fuera posible.

—Sabes —dijo Justin—. De verdad que siento aguarle la fiesta, porque veo que lo estás disfrutando a tope. Pero mi hermano pequeño dice que los chavales ya ni siquiera vienen aquí. Van a la Herradura de Oro. Se tiran ahí un buen rato, detrás del Siete Woks.

—¿Cerca de los vertederos?

Asintió con la cabeza.

—Alguien ha montado una tienda india o algo así.

—No quiero saberlo —dije—. ¿A quién le importa?

Miré alrededor del aparcamiento. Lo cierto es que éramos el único coche que había. Sin embargo, podía deberse a mil razones diferentes. Era un fin de semana vacacional y aún era bastante temprano.

—¿Qué cambiarías ahora?... quiero decir, si bajasen los dioses y pudieses volver a tener dieciséis años.

Moví la cabeza, tratando de pensarlo. ¿Cuáles serían las repuestas acertadas? ¿No arriesgaría lo que arriesgué? ¿Me habría aventurado por otros derroteros?

—Quizás ahora debieras darme la poción mágica —dije—. Y así podré regresar al pasado, diez años antes, despertando en mi cama con todas las pintas de haber salido el típico viernes de espanto, corriendo hacia el espejo para verme el careto y gritar.

—Sólo que estás igual.

—No exactamente —dije.

—Sin el exactamente.

—Bueno... desearía con toda mi alma poder volver a estar aquí contigo. Y que todo saliese tal y como debiera haberlo hecho.

El resto me lo guardé para mis adentros porque sonaba demasiado chorra decirlo en alto. Y esta vez no volvería a equivocarme, y todo el mundo seguiría queriéndome y sería feliz para siempre. Pero por unas o por otras razones, Justin oyó el resto porque me cogió de la mano y la apretó. Luego salió del coche y lo rodeó hasta llegar a mi sitio, abriéndome la puerta.

—Sabes, Everett —dijo, rodeándome con el brazo—. Empiezo a pensar que no fue mala idea lo de romper nuestra relación. Da un poco la impresión que te cuesta sentirte feliz.

Pensé en Josh, en todo lo que se disgustó por la misma razón o por algo que se aproximaba a la misma razón. Pensé en lo que estaría ocurriendo de vuelta en casa, en lo que probablemente no estaría pasando, en cualquier cosa que girara en torno a la verdad, en ser decidido o en decir adiós.

—Quizás lo lleve en la sangre —dije, agarrándome a su cintura—. Pero al menos ahora no me siento tan mal porque me dejases tirada sin razón aparente.

—No, probablemente aún deberías sentirte mal. Esa decisión que tomé no tuvo nada que ver con mis preferencias sexuales. De verdad. No tuvo nada que ver con eso.

—¿Con qué tuvo que ver?

—No me dejabas besarte —dijo.



Alcé la vista y le miré, teniendo una vaga idea de lo que hablaba, una imagen de la que ni siquiera estaba segura de no estar imaginando en ese momento, una imagen de Justin frente a mí, cogiéndome en las escaleras.

—¿No te acuerdas? En nuestra clase todos jugábamos a ese juego en el que había que pagar peaje por entrar en el aula donde se pasaba lista. Peter Peterson era el que estaba a cargo de la puerta de entrada. Y el peaje consistía en un beso y tú montaste un cirio monumental porque decías que preferías dar dos clases seguidas de gimnasia con la señora Gallagher, a tener que pasar por algo así. A tener que pasar por besarme en la mejilla.

Yo no sabía de qué hablaba, más allá de un vago recuerdo que asomaba por mi cabeza de Peter Peterson con su jersey de los Jets. Lo recordaba en la entrada del aula donde se pasaba lista, con los brazos cruzados y gritándome por alguna razón.

—¿Qué fue de Peter Peterson?

—Creo que está en la cárcel —dijo Justin.

—Creo que llevas razón —dije. Luego le miré—. Siento no haberte besado. Me encantaría hacerlo ahora.

—Claro, ahora que sabes que yo paso del tema.

—No dije que supiese cómo ponerle a uno las cosas fáciles —afirmé.

Se inclinó hacia mí y me susurró al oído.

—No te vendría mal currarte ese tema un poquito —dijo.

Al entrar en el Seven, lo primero que hice fue ir al fondo, a la máquina de Slurpee. Mientras tanto, Justin se recorrió los pasillos cogiendo el resto de las chucherías: dos cajetillas de cigarrillos, dos bolsas de patatas fritas, un paquete de caramelos Charleston tamaño gigante y cuatro latas de mosto carbonatado. Estaba yo rellenando el segundo vaso de Big Gulp con la mezcla de Slurpee azul, cuando llamaron a Justin a su teléfono móvil.

—¿Es Chicago? —pregunté.

—Es Chicago —dijo, mientras dejaba caer todas las chucherías, amontonándolas sobre el mostrador del Slurpee—. ¿Puedes con todo?

—De sobra —sonreí—. Nos vemos en el coche.

Me lo dijo como de pasada, con un ¿estás segura? Pero lo cierto es que él ya tenía un pie puesto en la calle y el teléfono en la oreja. Terminé de rellenar el segundo Big Gulp, cubriendo el borde con una tapa circular y sin dejar de clavar la vista en nuestros trofeos, tratando de resolver cómo llevarlo todo hasta la caja. Sabía que podía hacerlo en dos viajes pero no quería hacerlo. Lo veía como un fracaso.

De modo que así es como manejé el asunto: metí una cajetilla de cigarrillos bajo cada brazo, los refrescos y los caramelos en la mano izquierda y los Slurpee y la bolsa de patatas fritas en la otra. Parecía un espantapájaros, un robot o un

extravagante árbol de navidad, o una mezcla de todos ellos.

Y fue entonces cuando alcé la vista y lo vi.

Ahí estaba él.

Junto a la caja. Miraba su cartera. Llevaba puestos un par de pantalones y una camiseta con salpicaduras.

Vi a Matt.

Volví a bajar la mirada antes de volver a alzar la vista, simplemente para asegurarme. Pero ya estaba segura. Compraba una cajetilla de cigarrillos, señalando los que quería. Aún no me había visto.

—Dios mío —dije. Durante un instante no pensé que lo hubiese dicho en alto. Estaba bastante segura de que no lo había hecho. Y empecé a mirar a mi alrededor, buscando una salida. Él estaba entre la salida y yo. Mi única esperanza era esconderme rápidamente tras el mostrador del Slurpee.

Pero alzó la vista y me vio, y también me oyó. Aún estaba clavada en el sitio. Era un blanco fácil.

Al principio no hizo nada. Se quedó parado, sin abrir la boca. Conservaba lo de siempre, sus ojos claros, la piel oscura, la cintura de una muchacha. El pelo aún se le rizaba detrás de las orejas, ese rizo desmañado y superpuesto que siempre le quedó demasiado estilo hombre de negocios y, a la vez, un poco demasiado tipo conductor de TRANSPORTES NASCAR. Era lo que más me gustaba de él.

Me habría gustado ser la primera en hacer ademán de saludar o en hacer algo. Pero no pude. Tenía los brazos llenos de comida basura. Ni siquiera veía un modo elegante de soltar todo aquello o de hacer lo que fuese.

—Oye —me llamó.

—¿Qué tal? —le respondí, tratando de corresponder su tono de voz, su modulación, como si esto fuese a ayudar en algo.

Luego le vi coger el cambio en caja y meterse los cigarrillos en el bolsillo. Sabía que él no chillaría, ni montaría una escena, ni haría nada desagradable, pero sinceramente pensé que en ese preciso instante se daría la vuelta y se marcharía por la puerta. Pensé que se iría, haciendo como que no me conocía.

Pero en lugar de eso, caminó hacia mí, sacó cuidadosamente todo lo que yo llevaba entre mis brazos y tras quitarme los artículos uno por uno, los cogió.

—¿Has estado fumando? —preguntó, mientras señalaba los cigarrillos.

—Sólo hoy. Normalmente ya no lo hago —asentí con la cabeza.

Pareció no creérselo. Era una de esas cosas raras que tenía, algo que le pedía a la gente. Y es que aunque él fumase, nunca quiso que yo lo hiciese. Aunque él pudiese hacerme daño, jamás quiso que yo me lo hiciese a mí misma.

Me aclaré la voz.

—Ya no suelo hacerlo. En realidad, ahora no fumo tanto.

Asintió con la cabeza.

—Antes vi a Meryl —dijo.

—Lo sé.

—¿Te lo dijo? —preguntó.

—Me lo dijo —respondí.

Empezamos a caminar hacia la caja y él lo dejó todo sobre el mostrador, llamando por señas al dependiente, quien había desaparecido en algún momento dado. Sacó la cartera para pagar. Como si fuese lo normal. Como si estuviésemos allí juntos.

El dependiente le dio la bolsa de comida y a mí la bandeja con las bebidas. Salimos del local y nos detuvimos frente a la tienda. Me preocupaba mucho ponerme a llorar. Pero me esforcé por evitarlo. Ni siquiera hice un amago. Porque lo sabía, sabía que si lo hacía, nunca pararía.

—¿No deberías estar ahora mismo en la cena-ensayo en casa de tus padres? —preguntó.

—Más o menos —dije.

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Tienes que volver?

—¿Es que quieres que vuelva? —pregunté.

—¿Cómo?

Cerré unos ojos que se llenaban de lágrimas. No estaba dispuesta a volver a preguntarlo. A preguntar lo que fuese que yo había empezado a preguntar. Pero resultó que no volví a tener que hacerlo. Alargó el brazo y me acarició la mejilla derecha. Primero con el contorno de los dedos y luego con las yemas.

—Quédate —dijo.

Durante las primeras semanas posteriores a dejar a Matt tuve el mismo sueño una y otra vez: él se sentaba en la banqueta de un pequeño café cerca de la casa de sus padres, en Maine, tomándose una Dr Pepper y una taza grande de café. Eso era todo. No ocurría nada más. Nadie hablaba con él, el café no se derramaba y él no se levantaba o se marchaba. Me llevó tiempo caer en la cuenta de que probablemente no dejaba de tener este sueño porque seguramente eso fue lo último que hizo él. Sé que marchó a casa de sus padres (no pude imaginar lo que habría supuesto la escena de la llegada) y sabía que en determinado momento de lo que restaba del fin de semana, se habría ido al pequeño café y habría pedido una de sus bebidas habituales. Podía jurarlo. Y debí haber querido agarrarme a él puesto que sin lugar a dudas sería lo último que sabría de Matt. El último recuerdo que lo hacía mío.

Tras salir del 7-Eleven, ese sueño volvió a mí, cobrando muchísima fuerza, casi más real y más verdadero que lo que ocurría ahora. Me refiero a lo de caminar hacia el coche para explicarle a Justin lo que estaba pasando, decirle que le llamaría

mañana. Lo de volver a toda prisa donde me esperaba Matt, se había convertido en un sueño y sin ser consciente de ello, era como si alguien me hubiese hecho beber unas copas de más. De pronto, el mundo se había nublado, iba a paso lento y todo se me aparecía con formas apagadas e incompletas.

Pero de todos modos seguí a Matt a lo largo de la calle, y algo aturdida, hasta aquel banco solitario que estaba detrás de la estación de ferrocarril. El banco miraba hacia esta gran cascada que estaba fuera de lugar y que fluía hacia el río del que yo desconocía el nombre. A cada lado había acumulada una larga fila de rocas. Había un montón de bosquecillos y de árboles. Era como salir de la periferia y adentrarse en mitad de la nada durante medio kilómetro o algo así.

Nos sentamos en el banco, dejando un estrecho margen entre ambos e intentamos entablar conversación. Ni siquiera estaba segura de cómo hacerlo. Lo cierto era que no quería decirle lo que no debía. No parecía existir territorio seguro. Dudaba que Matt quisiese hablarme de cuando le dejé aquella mañana. Yo también temía tener que hablar de ello, temía que se encolerizase, se marchase y me dejase sola en aquel lugar, algo que quizás me mereciese. Pero tampoco quería entrar a hablar de lo ocurrido a partir de entonces. Además, ¿qué podía decirle? No quería contarle que aún vivía en Narragansett. Temía que lo malinterpretase. Aunque igualmente temía que lo entendiese a la perfección.

—Pues retomé el hockey sobre hielo —dijo Matt—. Allí arriba, en Katonah. Es con un equipo de la empresa. Vamos allá todos los sábados por la mañana, a las nueve. El portero es una mujer. Se llama Betty Lou. Acaba de cumplir los setenta y tres.

—¿Y es buena?

—Podría darme una paliza.

—Te lo estás inventando —sacudí con la cabeza.

—Palabra de scout —dijo, levantando la mano.

—¿De modo que es eso lo que estás haciendo este fin de semana?, ¿celebrando el cumpleaños de Betty Lou?

—Eso mismo —dijo—. Y ayudar a mis padres a preparar la mudanza.

Debí haberme quedado mirándole, incrédula, porque siguió hablando.

—Se van a Maine para siempre. De todos modos les gusta más aquello. Así que... les ayudé a darle una nueva capa de pintura al piso de abajo y me pidieron reunir todas las pertenencias mías que no quería dejar atrás, y se largarán de aquí a toda pastilla.

Encendió un cigarrillo y me ofreció la cajetilla.

Moví la cabeza y él la inclinó en señal de asentimiento, dando una calada a su cigarrillo. Sin embargo lo hizo expulsando el humo hacia un lado, tal y como solía hacerlo cuando se ponía nervioso por tener que decirme algo. Por eso no estoy segura

por qué me sorprendió cuando lo hizo.

—La verdad es que yo también estoy pensando en trasladarme —dijo—. Debiera marcharme. Debiera ir a París.

—¿París? —le miré—. ¿París, en Francia?

—En Francia.

Dejé de mirarle y contemplé la cascada. El agua caía con fuerza muy lejos de nosotros, desapareciendo sobre el recodo. Increíble. Podía haber mencionado cualquier otro sitio en el mundo y de ese modo no me habría traído a la memoria todo aquello. ¿Cómo podía evitar pensar en el viaje a París que hicimos Matt y yo juntos? Y claro, en el viaje que no hicimos años más tarde, tras comprometernos.

Carraspeé. Matt odiaba París, o al menos no le gustaba. Si había algo de lo que no tenía duda, era de eso. Cosa que me permitió saber lo primero que no quería saber al estar aquí sentada junto a él esta noche. Ahora había alguien que elegía por él.

—¿Qué hace en París? —pregunté—. ¿Tu novia?

—¿Mi novia?

¿Quién dijo que nunca deberías hacer una pregunta a no ser que estuvieses preparado para escuchar la respuesta? ¿Sería eso también un Joshismo? Lo pasaba fatal escuchándolo.

—Sí.

Me sonrió.

—Bueno, a Lily, mi ex novia, le acaban de trasladar a París a una oficina de su empresa —dijo—. Es una abogado especializada en temas fiscales.

Y ahí se detuvo, sin contar nada más. Pero de todos modos podía escucharlo igual: Matt encontraba un trabajo maravilloso en un pequeño estudio de arquitectura francés. Su primera bien merecida oportunidad. Empezaría a adorar la ciudad y algún día me explicaría que en el pasado, simplemente no había captado su esencia, pero que ahora iba a todos los pequeños cafés de los estrechos callejones y a todas las galerías de arte marginales. Y cómo, recorriéndose a pie las calles a horas intempestivas, se topó con una iglesia escondida tras los Campos Elíseos, donde una orquesta ensayaba los martes a medianoche y donde los bancos de la primera fila siempre se encontraban vacíos.

Matt apagó la colilla en el suelo, bajo el banco, carraspeando mientras lo hacía. Yo miré fijamente el cigarrillo. El terreno estaba anegado, húmedo debido al agua y lleno de pequeños charcos de barro.

—Pero hablo de mi hijo —dijo—. Ésa es la razón por la que trato de ir allí ahora. Estaba segura de no haber oído bien.

—¿Qué?

Asintió con la cabeza.

—No sé qué decir —susurré. Y es que no lo sabía. Empecé a hacer números en la

cabeza y traté de calcular las fechas pero con poca destreza por mi parte. Y su hijo, ¿qué edad tendría ahora? ¿Cuántos años? Dos, si empezó a salir con Lilly la abogada justo después de lo nuestro. Su hijo no tendría más de dos años—. ¿Tienes una foto?

Se miró en la camiseta sin bolsillos y en los vaqueros vacíos.

—No la llevo encima, creo que no —dijo.

Pero de todos modos no importaba. Lo único que yo podía ver en este instante era al pequeñín. A este dulce y pequeño bebé. Con los ojos y la coloración de Matt. Con la nariz, la barbilla y los dedos largos de otra persona. Con los labios de otra persona.

—Se llama Nathaniel.

—¿Por tu... abuelo?

—En realidad por su abuelo materno. Él también se llamaba así. Murió antes de que Nate naciese el año pasado.

Me llevé la mano al pecho y clavé la vista en él. Pensé que me alegraría porque el corazón me latía con una fuerza arrolladura. Ahora Matt era el padre de otro ser humano. Era el padre de alguien. Me vinieron a la cabeza todas estas imágenes de él: caminando por el parque, cambiando un pañal, acunando al bebé. Alguien necesitaba que llevase a cabo estas tareas básicas y yo sabía que él las estaría llevando a cabo, poniendo todo de su parte. Pero lo más raro de todo era que me miraba con gran temor, con gran atención, como si éste no fuese el núcleo central de lo que quería contarme. Como si hubiese más por llegar.

—Matt, siento como si debiera decir más, pero son tantas cosas —dije, con la esperanza de que ahí quedase todo, de que yo estuviese equivocada.

—Del hockey sobre hielo, a Nathaniel, en menos de cinco minutos —dijo—. Lo siento.

—No. —Le cogí del brazo. Era la primera vez que lo hacía—. No lo sientas. Así son las cosas.

Contempló mi mano sobre su brazo, antes de volver a mirarme a los ojos. Le seguí con la mirada y traté de añadir algo. Pero antes de hacerlo, él se adelantó.

—Entonces perdóname —dijo—. Por pasar de una cosa a la otra.

Y me besó. Simplemente se inclinó, y lo hizo. Fue tan delicado que casi no lo noté. Tan delicado, asustado y ligero. No había tiempo para discutirlo, en realidad casi no había tiempo para sentirlo.

Al apartarse, era como si yo no pudiese moverme. Aún tenía mi rostro junto al suyo. No parecía poder moverme.

—Lo siento —dijo.

—¿Qué parte? —dije. Sentí cómo respiraba junto a mi cuello. Su aliento demasiado cerca.

—Deberías saber —dijo— que eres la razón por la que he venido a casa este fin de semana. Eres la razón por la que estoy aquí. Leí en el periódico local el anuncio de

la boda de tu hermano y pensé: iré a casa. No la veré pero al menos iré a casa. Y si la veo es porque así debía ser. Si me la encuentro, me las ingeniaré para hallar el modo de decir lo que quiero decir.

Esperaba oír el resto, es decir, lo que él pensaba que debía contarme, pero era como oír el comienzo una y otra vez. Eres la razón por la que he venido a casa.

Me acerqué más a él.

—Todo parece sonar mejor en mi cabeza —dijo—. Amo a Lily. Me dio a Nathaniel. Es algo de lo que no podré arrepentirme. Pero simplemente no es lo mismo. Ni con ella ni con ninguna otra. Simplemente las cosas no son igual que cuando nosotros estábamos juntos. —Hizo una pausa—. Cuando las cosas iban bien entre nosotros, era una auténtica maravilla. ¿No te parece? Todo lo demás tiene un aire... menos sincero o algo así.

Traté de pensar qué responderle. Pensé que debía decir algo, aunque sólo fuese porque él se las había ingeniado para hacer aquello que sólo él parecía saber hacer: decir algo que encajaba a la perfección dentro de un espacio vacío que había en mi interior.

—Y sé que cuando las cosas entre nosotros tocaban a su fin, fui yo quien cortó las vías de comunicación contigo. Sé que en realidad dejé de estar ahí —dijo—. Pero cargaba con todo el lío este y no pude arreglármelas para hablar contigo. A veces eras difícil. Yo sabía que aún me querías a tu lado, pero había una disociación entre lo que sentías y lo que mostrabas que sentías.

Asentí con la cabeza porque lo sabía. Era algo que sabía. Me sentía distanciada cuando me asustaba. Sentía cómo me esfumaba en los instantes cruciales y en los momentos más terribles. ¿No era eso, en cierto modo, en lo que empezaba a convertirse toda mi vida? ¿En una gran evasión? ¿Incluso de mí misma?

—Matt —dije—. Quiero decirte algo sobre aquel día en la habitación del motel. Te pido perdón por haberme ido así. No debiera haberlo hecho de ese modo. Supongo que resulta de lo más obvio. Pero lo que ocurre es que sabía que si no lo hacía en ese momento, así, no habría sido capaz de hacerlo nunca. Aún te amaba muchísimo y podía sentirlo. Pude sentir que habías dejado de quererme.

Asintió con la cabeza.

—Ya veo.

—¿De verdad?

—No.

Sonrió al decirlo pero era una sonrisa crispada. Luego disintió con la cabeza y bajó la vista. Miraba las ramas al borde del agua. Yo sabía que quería recoger una para poder tener algo que hacer con las manos. O bien eso, o cogería otro cigarrillo. Me incliné y le cogí un rama.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Una oferta de paz?

Sonreí.

—Si la coges. Y si me dices la verdad —carraspeé preparando el terreno para lo que estaba a punto de preguntar—. ¿Quién era ella?

—¿Quién era quién? —preguntó.

Respiré profundamente. Antes temí demasiado preguntarlo, temí demasiado saber tan siquiera que había algo que preguntar. Pero con todo lo ocurrido los dos últimos días, ya no estaba tan asustada.

—La mujer con la que te liaste —dije—. Quiero decir, cuando terminó lo nuestro. ¿Hablamos de la madre de Nathaniel?

Al principio no dijo nada pero pude ver por sus ojos que se estaba pensando qué decir. Advertí cómo se debatía, buscando el modo de sincerarse. Se volvió y miró al agua, alejado de mí, pero resultaba obvio que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Traté de ayudarle.

—¿Había alguien más? —dije por él—. ¿Al margen de ella? Quiero decir ¿aparte de Lily?

—Había otra persona.

No abrí la boca.

—No pensé que supieses nada acerca de ella —dijo—. Incluso cuando te marchaste así, no pensaba que lo supieses.

—No lo sabía —dije. Porque incluso en el caso de haber estado en mi subconsciente, no lo vi, no quise verlo hasta ahora, hasta este mismísimo fin de semana en el que la gente pasaba por alto las pistas para las que ellos mismos aún no estaban preparados.

Se volvió hacia mí.

—Ahora no se qué decirte sobre esto —dijo— sin que suene a libro de autoayuda.

Sonreí.

—¿Que no fue la causa de lo ocurrido entre nosotros sino el resultado? Todo eso ya lo sé.

—¿Lo sabes?

Asentí con la cabeza. Porque lo sabía. Porque pasado todo este tiempo y si él aún quería seguir sentado conmigo, la otra persona no debía tener importancia alguna. ¿No era el asunto más importante de lo que ahora volvía a cada uno de nosotros, si él había estado con alguien o le hubiese dejado o casi dejado? ¿Acaso no era eso al menos tan importante como el resto?

—No sé cómo decirte que me gustaría volver a intentarlo...

—Estaría bien si lo hicieses lentamente —dije.

Me sonrió.

—Aún conservo el anillo de compromiso ¿sabes? —dijo—. Que dejaste tras de ti. Lo guardé en casa de mis padres todo este tiempo.



Siempre fui supersticiosa en lo referente a los anillos de compromiso en general, y eso no cambió cuando Matt me regaló uno. No podía evitar pensar que en vez de ser una muestra de afecto, los anillos de compromiso se habían convertido en un modo retorcido de alardear de derechos, que era algo por lo que yo temía que la gente fuese castigada. Sabía hasta que punto le amé y, entonces, no me preocupaba lo que él sentía por mí. No pensé que necesitásemos un anillo para demostrar nada.

—Simplemente imaginé que lo habrías devuelto —dije—. En primer lugar, sabías que yo no lo quería.

Lanzó la rama lejos, a la cascada. Era la rama que yo le había dado. Crujió y luego desapareció.

—Lo sé —dijo—. Por eso lo guardé.

Era exactamente medianoche cuando Matt me acercó a casa de mis padres. Aún había unos cuantos coches en la manzana, pero el servicio de catering pareció haber hecho la maleta. La mayoría de las luces dentro de la casa estaban apagadas y los dos carritos con flores ya no estaban. Al menos desde aquí, el acontecimiento parecía estar en la últimas.

Nos sentamos fuera un rato y observamos la casa como esperando que ocurriese algo, como si fuese a surgir algo de improviso, sorprendiéndonos, interrumpiéndonos. Y quizás yo fuese la única que lo veía así. A lo mejor Matt esperaba otra cosa.

Al no ocurrir nada, hicimos planes para quedar al día siguiente por la noche, a medianoche, después de la boda, en el bar económico de Central Avenue, para hablar un poco más. Para seguir hablando de todo esto.

Esta noche yo ya no quería hablar más. Lo único que quería era que Matt volviese a besarme. Quizás fuese mi mayor deseo, pero temía hacerlo yo misma. Temía lo que pudiera desencadenar.

De modo que en vez de hacerlo continué hablando, quizás más de lo que ambos hubiésemos querido, acerca de lo único de lo que yo parecía no poder dejar de hablar, especialmente cuando ni yo misma tenía aún la respuesta.

—Una última pregunta —dije—. No tienes por qué responder si no quieres, pero... ¿cómo era ella?

—¿Quién?

No añadí nada, esperando que fuese él quien resolviese el dilema.

Miró hacia la calle y yo seguí su mirada, seguí su modo de ver las cosas. La primera vez que me llevó en coche, se sentó aquí durante un rato largo tras entrar yo en casa. ¿En que pensaba entonces? No sería en lo imposible que algún día se volvería todo para él, tan imposible que confiaría en que otra persona lo simplificase. Que lo simplificase, lo complicase y le buscara una salida.

—No es que quiera saber lo que piensas —dije—. No es que sea masoquista o nada por el estilo. Simplemente trato de entender.

—¿Entender qué?

No estaba preparada para responderle. No estaba preparada para contarle lo que pasaba con Josh. No quería que toda mi vida girase en torno a Josh, pero hasta que pudiese volver a desenredar las cosas, parecía que así fuese.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Supongo que en realidad era un poco como tú. Era graciosa y alocada, elegante y muy lista. Bueno, quizás lo de elegante no encaje tanto con tu perfil.

—Muchas gracias.

—No, simplemente era alguien que me hacía sentirme a gusto. Lo que más recuerdo de ella era que tenía un rasgo extraño, obsesivo-compulsivo, que le llevaba a poder dormir sólo cuando las agujas del reloj marcaban determinadas horas. Por

alguna razón eso me gustaba. Me gustaba permanecer despierto junto a ella cuando la hora no era la que debía ser.

—Vale, se acabó el juego —dije—. No ha sido buena idea. No es precisamente el juego ideal al que jugar.

Situó sus manos sobre el volante, se volvió y me miró, me miró de verdad.

—El asunto fue un error. Y no lo digo por ser amable. No lo digo más que porque es la verdad. Le he dado muchas vueltas desde entonces. Y siempre he lamentado haberme salido del tiesto de nuestra relación del modo en que lo hice. Fue la única vez que ocurrió. Supongo que eso importa más bien poco. Pero cualesquiera que fuesen las respuestas que esperaba encontrar, mmm, ella no pudo cambiar lo fundamental. Que yo te amaba.

Si no fuese porque nada de esto tenía ninguna gracia, me habría reído. Me habría reído en aquel preciso instante porque esto era el súpum de lo que jamás llegó a decirme de sopetón. ¿Por qué eran así las cosas? ¿Por qué seguíamos con todo esto, cuando ya no tenía tanta importancia?

Me miré las manos.

—Pues el caso es que parece que Josh pudiera estar mandando su vida a pique y no sé cómo ayudarle.

—¿Por historias con Meryl?

—Y Elizabeth.

—Y Elizabeth —asintió con la cabeza, digiriendo lo que yo acababa de decirle.

—¡Vaya!, no lo sé. Pero quizás tu cometido no sea ayudarle.

—Pues da la impresión que sí.

—Eso puedo entenderlo. Pero si te hace sentirte mejor, es probable que ya sepa lo que va a hacer. Quiero decir, en lo que se refiere a ambos, incluso en el caso de no haberlo expresado aún en alto. Probablemente esté tratando de obligarse a hacerlo.

Le miré de arriba abajo.

—¿Tú lo sabías?

Asintió con la cabeza lentamente.

—Yo me iba a casar contigo —dijo—. De eso no había duda. Eso es lo que iba a hacer.

No dije nada pero me sentí tremendamente aliviada cuando le oí decirlo, pero, luego, casi a la vez, sentí una tristeza increíble. Si finalmente las cosas iban a funcionar ¿importaba cómo llegar hasta el objetivo? ¿No era últimamente lo único que importaba, obtener el final que anhelabas?

—¿Sabes lo más extraño de todo? Que justo antes de marcharnos a Maine aquel fin de semana, se lo dije. El último fin de semana. A ella le dije que se acabó para siempre.

Parece que por un solo instante y antes de volver él a mí, yo tratase de entenderlo

todo, lo que yo había hecho aquel fin de semana, aquella noche en la habitación del hotel. ¿Lo habría hecho él de haberle dejado yo? No era posible, pero a la vez parecía muy probable que yo sólo hubiese tenido que esperar una noche más.

—Bueno, ésa parece la parte más injusta —dije.

—¿Para quién?

—Para todo el mundo.

Sonrió y le devolví la sonrisa. Era extraño porque mientras yo lo hacía me veía sacando una instantánea del aspecto que tenía en ese momento, esforzándome por sujetarla, en realidad, por imprimirla, para poder congelar la imagen. Luego me incliné y volví a arrancar el motor para él.

—¿Ya está? —dijo—. ¿Has terminado conmigo?

Asentí con la cabeza.

—Por esta noche —dije. Aunque lo que pensaba parte de mí era nunca. Nunca habré terminado contigo, Matt. Nunca podré pensar en ti y oír hablar de ti y no echarte de menos.

—De todos modos, te lo vas a pensar ¿verdad Emmy? Lo que hemos hablado. ¿Te lo pensarás bien? —preguntó.

En sus ojos se advertía un sentimiento de desesperación que yo no reconocía y me preguntaba qué es lo que le había ocurrido en los últimos tres años para que esto fuese así. O si yo, al dejarle, fui la causante de ello. Una pequeña parte de mí no podía evitar pensar que ahora estábamos aquí sentados, juntos (ahora que él se encontraba tan seguro), porque yo me había marchado. Y que necesitaba ganarse mi confianza para saber que aún podía ser suya. Esperaba que no fuese cierto, o al menos, que no fuese cierto del todo. También tenía la esperanza de que yo no llevara razón, de que si le decía que sí, desaparecería esa necesidad suya. Sería él quien decidiría que esto ya no lo necesitaba.

—Claro que lo pensaré —dije.

Y luego, por primera vez en mucho tiempo, hice lo que me apetecía. Me incliné y le besé. Esta vez fui yo la que lo besó, durante más tiempo que antes y como yo pretendía. Noté sus labios diferentes a como yo los recordaba, pero sé que pasado un minuto desaparecería esta sensación. Pasado un minuto, si dejaba que todo siguiese su curso, la sensación sería la de siempre.

Salí del coche y me incliné. Metí el rostro en el hueco de la ventanilla del copiloto.

Se apoyó y lo acarició.

—Si vas a llegar tarde o algo así, ¿me llamas? —dijo—. No me harás esperar, ¿verdad?

—No lo haré. —Me incliné, y me acerqué a sus manos, más, mucho más—. Ahí estaré.

La primera superstición de la que tengo memoria acerca de las bodas, y de la que oí hablar estando yo comprometida, era la que decía que el novio y la novia no debían verse a partir de la medianoche anterior al día de su boda. Matt fue quien me explicó la historia. Creo que llegó a casa, la contó y luego trató de convencerme de que le permitiese celebrar su despedida de soltero la noche antes a la que se suponía debíamos casarnos. Sin embargo, parece que la razón por la que la novia y el novio debían estar separados la noche anterior a la boda, era porque se trataba de la noche en la que la novia dejaba de ser un chiquilla. De hecho, los antiguos griegos conservaban la tradición de retirar todos los viejos juguetes y pertenencias de la novia, llegando incluso a cortarle el pelo si lo llevaba demasiado largo, y despojándola de todo aquello que no tuviese que ver con su vida futura como esposa de otra persona. ¿Qué es lo que debía hacer el novio durante todo este tiempo? Lo que quisiese.

Esto era lo que hacía Josh. Estaba sentado, solo, bajo la carpa ya vacía de la cena-ensayo. Los camareros, los invitados y nuestra familia se habían marchado todos. Sólo quedaba Josh, sentado en una de las mesas que aún quedaban, cubierta por su mantel, con una vela encendida en el centro.

Caminé hacia él. Miraba el reloj. No despegó la mirada de él, ni cuando yo me acerqué.

—Las doce y dos minutos. —Los ojos aún los tenía puestos en su muñeca mientras tocaba la esfera del reloj—. Las doce y dos minutos. Y... diecinueve segundos.

—Oficialmente, tu boda —dije.

—Oficialmente mi boda. —Me miró y trató de sonreírme. No tuvo gran éxito.

Me senté frente a él, despacio, pero no porque temiese que me pidiera que me marchase sino porque empezaba a darme cuenta de que había varias formas de estar junto a alguien. Y dependiendo de lo que yo hiciese, Josh me lo contaría todo, o una vez más, no llegaríamos a ninguna parte.

—Te perdiste el discurso de los padres de Meryl —dijo pasados unos minutos—. Hablaron de responsabilidad. Hablaron de cómo lo supieron desde el día en que me conocieron. De cómo experimentaron esa sensación conmigo. De alguien que haría lo correcto. De alguien que nunca traicionaría a su hija.

—Siento haberme ido —dije.

Movió la cabeza.

—Era como si su padre me desafiase. Lo juro por Dios. Es que fue así.

—Estoy segura de que no te retaba, Josh —dije.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque imagino que no piensa que necesite hacerlo.

Me miró pero no dijo nada. Carraspeé.

—¿Te sientes mejor ahora? ¿Te sentaste y hablaste con Meryl?

Josh jugaba con la vela encendida, deslizando los dedos por el borde, acercándolos y alejándolos del calor.

—Volvió a la ciudad antes de que pudiese hacerlo.

Lo dijo tan bajito que al principio creí haberle oído mal. Pero en el fondo, sabía que no era así.

Sentí que algo se erizaba en mi interior pero traté de contenerlo. Fue una noche agitada. Trataría de entenderlo. Josh aún podría hablar con ella por la mañana. Pero para mí, era importante que, de un modo u otro, hablase con ella. Simplemente debía preguntarme a mí misma por qué estaba yo tan ansiosa porque él hablase con ella. ¿Sería simplemente porque yo pensaba que él debía ser sincero respecto a todo?, ¿o es que también había algo más? Tras lo de hoy, ¿no sería que al menos parte de mí tomaba partido por Elizabeth? ¿Y por Grace? ¿O por el Josh que había visto junto a ellas?

—Vi a Matt esta noche —dije.

Josh alzó la vista.

—¿Qué?

—Cuando Meryl me contó que se había encontrado con él, supuse que sería en la ciudad. —Me encogí de hombros—. Pero fue aquí. Se lo encontró aquí. Y, agárrate. Tiene un crío. Un chaval de trece meses. ¿Te lo puedes creer? Matt es padre de alguien.

Josh no dijo nada pero bajó la vista demasiado rápido. Volvió a centrarse en la vela, formando una bola con la cera quemada.

—¿No lo sabías, verdad Josh?

Alzó la vista y volvió a mirarme. Sus ojos confirmaban su respuesta incluso antes de decirla en alto. Sentí desplomarse todo mi cuerpo, hundiéndose por completo en sí mismo. Él lo sabía. ¿Sabía algo tan crucial de Matt y no consideró necesario contármelo? Sentí cómo todo este asunto escapaba a mi comprensión.

—Algo oí cuando estuve en el pueblo hace unos meses celebrando nuestra fiesta de compromiso. Alguien lo oyó de alguien que dijo que se lo habían oído a su madre. O algo así. Ni lo sé. Pero no estaba seguro al cien por cien y no quería contrariarte. No quería contrariarte sin haberlo confirmado yo mismo.

—No, veo que así está mucho mejor. Me alegra mucho más haberlo descubierto de este modo. De verdad.

—Lo siento —dijo.

Pero sus palabras no me decían nada y especialmente después de todo lo que debí aguantar por él este fin de semana. Empecé a ponerme furiosa. No sabía cómo pararlo. No sabía cómo detener lo que vendría después.

Le quité la vela. Hacerlo era una tontería pero era lo único que yo tenía en ese

momento. De modo que me hice con ella y la puse frente a mí, retándole a que volviese a cogerla.

Miró sus manos vacías y luego me miró de arriba abajo.

—Emmy, de verdad que ahora no puedo hacer esto ¿vale? Si quieres, mañana nos ocupamos de ello. Todo el tiempo que quieras. O... no sé. Simplemente ahora no puedo hablar de esto.

—Bueno, ahí está la madre del cordero, ¿no es así, Josh? —dije—. No estás dispuesto en lo más mínimo a hablar de nada. Porque crees que una vez que lo has dicho en alto, se convierte en algo real.

Frente a mis ojos, su mirada de conmovida exasperación se tornó en algo más parecido a cómo me sentía yo, en algo que mostraba enojo.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Que por qué no te conté lo de Matt en cuanto lo oí?, ¿cuando no pude contrastar si era cierto? Él ni siquiera forma ya parte de tu vida.

Ya no formaba parte de mi vida. El día que el hermano de Matt cumplió los tres años celebramos una cena de cumpleaños para él en la ciudad. Tomamos pizza, helados de crema y nueces y unos vasos sin fondo de soda con vainilla. En el cuarto de estar colocamos una tienda de campaña de Superman y le dejamos quedarse despierto todo lo que quiso, además de dejarle ver sus dibujos animados favoritos. Cuando ambos finalmente nos quedamos dormidos en nuestros sacos, con su hermano entre ambos, Matt se volvió hacia mí y dijo: «¿No es asombroso? Le conozco de toda la vida. Toda mi vida». Esta noche me venía con el mismo cantar.

Me aparté de Josh.

—No sabes de qué hablas —dije.

—¿Ah no? Sé cuanto tiempo te has tirado con esto. Sé que sigues pidiendo a las mujeres de los pescadores que te digan cómo hacerlo.

—¿Que me digan cómo hacer qué?

—Cómo saber esperar. Para que vuelva Matt.

Me miró tan intensamente que todo lo que yo podía hacer era mirarlo a él y tratar de mantenerme firme. Pero esas ganas locas por decirle que, en cierto modo, Matt había vuelto a mí, me hizo preguntarme si él ya lo sabría. Me hizo preguntarme lo que yo no veía de mi propia vida. Lo que en realidad yo no quería ver por nada del mundo.

—Ni siquiera te esfuerzas por comprender —dijo—. Por lo que estoy pasando.

—Quizás lleves razón —dije.

Y quizás no. Es indudable que yo no pretendía entrar en lo que Berringer me había dicho antes respecto a no estar apoyando a Josh, pero tan pronto me dijo mi hermano que yo no me esforzaba por comprenderle, la voz de Berringer volvió a sonar en mis oídos. Yo no quería hablar y mucho menos reflexionar acerca de hasta qué punto me afectaba la opinión de Berringer. Y desde luego, no quería pensar lo

poco que me gustó verlo con Celia. También era cierto que ya me había dado por vencida al tratar de comprender los actos de Josh, por qué no hacía nada. Todo esto seguiría preocupándole hasta que alguien decidiese por él, hasta que se casase y dejase que otra persona le dijese qué hacer con su vida. Pero ahora pude ver que ni siquiera eso supondría tener que elegir. Tendría que ver con tomar el camino más fácil, algo muy diferente.

—Estás demasiado furiosa conmigo, Emmy —dijo Josh, tras malinterpretar mi mirada—. Verás que ni siquiera estoy confuso. Sólo estoy confundido acerca de qué sería lo correcto. ¿Es que no puedes entenderlo?

Disentí con la cabeza. ¿Cómo podía expresarle mi verdadera opinión? ¿Que en el fondo él sabía perfectamente cómo iba a salir todo? ¿Que lo sabía perfectamente pero que de todos modos seguía haciendo lo que le daba la gana para así poder tener a todo el mundo pendiente, a todo el mundo manteniendo la esperanza?

Pero se casaría con Meryl o habría hecho otra cosa. Habría hecho otra cosa hace mucho tiempo. Era el modo más injusto y equivocado de actuar que yo podía imaginar.

—Josh, lo que no acabo de entender —dije— es qué es lo que ven en ti. ¿Qué ven en ti estas dos mujeres, que ambas quieren estar contigo independientemente de lo que hayas hecho? ¿Qué te hace tan especial?

Se inclinó hacia mí y por un momento llegué a pensar que tiraría la vela de la mesa; mi hermano, que sólo llegó a abofetearme en broma alguna vez siendo yo una niña. Pero en vez de hacerlo, siguió echándose encima mío.

—¿Quieres que te cuente un secreto? No tengo nada de especial —dijo—. Eso es algo que ambas han descubierto. Las dos son mejores que yo. Todavía no he hecho nada para merecerme a ninguna de ellas.

Yo también me incliné.

—¿Entonces por qué no actúas ahora?

Josh no dejaba de mirarme, pero no dijo nada. No dijo que yo llevaba razón, que no se casaría con Meryl o que a Elizabeth y a Grace les iría bien pasara lo que pasara. No me dijo que a veces el amor venía después de la responsabilidad y sólo porque la gente se asustaba demasiado como para permitir que las cosas fuesen por otros derroteros. Que la gente tenía dificultades incluso al empezar a aprender cómo ser sincero.

Él no me lo dijo, no me dijo nada, en parte porque antes de poder hacerlo, de entre las sombras apareció el profesor Moynihan-Richards. Llevaba en la mano un paquete procedente de la Farmacia CVS, la única que había en el pueblo que abría veinticuatro horas. Aún llevaba puesto su traje.

Josh se levantó y se alisó la corbata, como si este fuese el mayor de sus problemas.



—Profesor Richards —dijo—. No tenía ni idea que estaba usted aquí.

—Pues parece obvio —dijo. Y se marchó.

Miré a Josh, incrédula. Él miraba hacia donde acababa de estar el padre de Meryl. Yo sabía que él se debatía si debía seguirle. Pero de todos modos, ¿qué le diría? ¿Qué podía decir incluso en el caso de alcanzarlo? ¿Qué quería, convencerlo para que le escuchase un instante: Realmente amo a su hija, señor, pero no estoy seguro del todo de que se trate de la persona más adecuada para compartir el resto de mi vida con ella?

—Josh —dije—. No tenía ni idea de que estaba ahí. ¿Crees que nos habrá oído?

—¿La parte en la que chillabas? Mmm... sí. Creo que posiblemente habrá oído esa parte.

No supe qué decir. Observé cómo se reclinaba y tiraba del mantel hacia él, derribó la vela y el resto de las flores de la mesa. Tiró un tenedor que estaba aislado y las servilletas húmedas.

—¡Esto es de puta madre!

Me incliné hacia él por encima de la mesa.

—Escúchame ¿vale? No podía saber de qué hablábamos. Lo cierto es que no. Pero si las cosas llegasen a ese punto, puedes inventar algo.

Me miró de arriba abajo pero era como si no me viese. Casi parecía como si tratase de averiguar mi identidad. Nunca me había mirado así antes. Me asustaba.

—Mira, Emmy —dijo—. No creo que me apetezca mucho estar aquí contigo ahora mismo.

—Bueno yo ahora tampoco quiero estar aquí contigo —dije. Y me levanté.

Y le dejé allí. Por primera vez, quizás la única en mi vida, dejé plantado a mi hermano. Yo sabía que él seguiría sentado en el jardín trasero de mis padres, en la carpa vacía donde se había celebrado la cena-ensayo. Con el mantel recogido, la mesa roja al descubierto, sin saber qué hacer.

Sabía que el profesor Moynihan-Richards aún andaba por ahí, en algún sitio entre las sombras, o que estaba de camino al sótano para compartir lo que había oído. Supe que en uno o dos minutos Josh empezaría a llorar.

No me di la vuelta.

## Cuarta Parte

Quizás me equivoque, pero los días que se celebra una boda, se respira un jolgorio, una sensación olorosa y totalmente envolvente, que queda ahí atrapada del mismo modo en que lo hacen las navidades o un día de nieve. El segundo día seguido que nieva, cuando tienes diez años, digamos, todo está cubierto de escarcha y escondido, se producen interferencias en la frecuencia de las emisoras en la radio de la cocina y el locutor está a punto de contarte las mejores noticias que pudieras imaginar. Casi no te lo puedes creer. Y aun así es algo que has estado esperando de un modo instintivo.

Tres de las esposas más felices, la primera Nancy, la tercera Josie y la cuarta Jill, dijeron todas que en sus respectivos días de boda experimentaron una distinta versión de esta sensación. E incluso la segunda Kristie, quien en la actualidad estaba en trámites de divorcio, sonrió cuando recordaba su sensación de seguridad el día de su boda. «Nos casamos en casa del amigo de Pete, en Block Island —dijo—. E incluso ahora, tengo la certeza de que yo estaba destinada a casarme con él aquella mañana. Yo debía ser su esposa».

Cuando abrí los ojos aquella mañana del día en que Meryl y Josh se casaban, ésta fue mi primera sensación, que la boda se celebraría hoy, que no habría duda al respecto (lo que significaba que así sería) y que tal y como estaba previsto, todo seguiría su curso. Yo misma me extrañé de que tuviese esta reacción instintiva.

Y aun así, durante el primer minuto aparentemente sincero nada más despertarme, llegué a pensar que esta sensación consolidaba algo, que cualquier duda que yo hubiese experimentado de si debieran o no casarse resultaba equivocada. Durante ese primer minuto, lo ocurrido ayer no pareció importar mucho. Todo, la granja, Elizabeth, e incluso Grace, parecía un sueño. Quizás yo lo hubiese soñado. Porque hoy se celebraría una boda. De eso estaba segura. Tenía la seguridad de que no quería pensar en el resto y era el único instante desde el viernes por la noche, desde que me senté con Josh frente a los fuegos artificiales, en el que tuve la sensación de que lo que iba a ocurrir transcurriría por el buen camino. Quizás todo se extinguiese, desapareciese de un modo u otro bajo el manto de algo tan trascendental como lo que iba a ocurrir.

Luego, estremecida, empecé a sentir algo más en mi interior, como un cosquilleo en el estómago, y entonces me acordé. Volví a recordar. Matt. Cuando vi a Matt. Ambos sentados junto a la cascada. Lo que se dijo.

Deslicé el dedo por mi labio inferior, volviendo a interpretar la escena en mi cabeza, esta vez más lentamente, buscando las claves. No tanto acerca de lo que debiera hacer, algo que aún no sabía por dónde coger, como de lo que debía hacerse. ¿Era Matt ahora un extraño para mí? ¿Se parecía a la versión que yo había retenido en mi cabeza y mi corazón, durante los últimos años? En realidad ¿a qué versión debía aferrarme? No estaba segura de que pudiese elaborar algo parecido a una verdadera respuesta. Lo único que sabía era que su vuelta me resultó muy diferente a

como la había imaginado. No encontré el alivio que yo había previsto. Era más complicado que eso, menos preciso. Y no estaba segura de lo que había inspirado su decisión de querer volver a intentarlo. Pero había una parte de mí que le conocía, que aún le conocía y entendía que a pesar de lo que me había dicho, a pesar de decir que ninguna otra cosa le hacía tan feliz como nosotros le habíamos hecho, él también estaba asustado. Pude verlo en sus ojos. Temía ir a París, temía dar el siguiente gran paso en solitario y sabía sobradamente que yo le apoyaría. Sin embargo, ¿qué pasaría cuando París ya no le asustase? ¿Seguiría tan seguro de que yo era la persona con la que quería estar, o serían otras cosas y otras personas quienes volviesen a generarle mayor interés? ¿Tendría yo una vez más que sentir que su amor podría desaparecer en cualquier momento?

Salí de la cama y fui al dormitorio de Josh, pero él no estaba allí. La cama ya estaba hecha y la ventana abierta de par en par. Llegase o no a dormir ahí, ya se había levantado y marchado.

Me froté los ojos, tratando de despabilarme y me dirigí hacia la ventana. En el exterior el sol lo copaba todo. El terreno estaba oscuro y cálido, todo teñido de rojo. No eran las nueve y fuera era un horno. No necesité encender la radio para saber lo que todo el mundo comentaba, que la ola de calor hacía estragos. El calor ya está aquí y es cada vez más intenso. Quédese dentro a no ser que necesite salir. Quédese en su casa con el aire acondicionado puesto, hasta que la ola remita.

Me dio esperanza.

La boda estaba programada para las cuatro, pero la casa ya era un puro ajeteo. Pude oír a mi madre en el piso de abajo, friendo salchichas y con el teléfono sonando. Bajé y encontré a mi madre junto a la cocina, haciendo unas tortitas con arándanos frescos derretidos sobre mezcla de bananas, en dos grandes sartenes.

—No me digas que nadie se va a comer esto —dijo. Yo estaba sentada en la banqueta, apoyando los codos en la encimera.

—Yo lo comeré —dije.

Se volvió y me miró, espátula en mano.

—Te quiero —dijo—. Ve y ponte unos calcetines.

—Ahí fuera hace un calor de caerse los pájaros —dije.

—Me da igual. La enfermedad llega a través de los pies.

Dejó la espátula y metió la mano en el mueble bajo la pila, de donde sacó un par de calcetines de jugar al tenis, blancos, limpios y envueltos en un plástico. Podría pensarse que estaba de cachondeo, pero claro, no lo estaba. Me miró suplicante, hasta que cogí los calcetines. Luego volvió a sus tortitas, lanzando la mezcla al aire.

—¿Has oído alguna vez lo de usar manteca de cacahuete en vez de aceite, para cocinar algo? Sale muy bien. Le da un toque dulce.

—¿Podríamos saltarnos las chorradas esta mañana? —dijo sin volverse y

limitándose a indicarme con la espátula que me cubriese los pies.

Hice lo que me pidió y me puse el primer calcetín.

—De modo que ayer por la noche alguien se marchó de la cena un poco antes de tiempo —dijo—. ¿No es así? Dime. ¿Nos gusta el señor Silverman?

—Estamos demasiado ocupados pensando en lo de que nos topamos con Matt.

Se volvió y me miró detenidamente.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza.

—Anoche en el 7-Eleven —dije—. Más o menos cerca de la máquina de Slurpee. Traté de esconderme pero sabes que no soy precisamente una correcaminos.

Se reclinó sobre la encimera, me cogió la mano y, extrañamente, no dijo nada, lo que era buena señal. Porque si me hacía otra pregunta, tendría que hablarle del hijo de él. Tendría que decirle que aún se me helaba el corazón al ver a Matt y que la idea era quedar con él esta noche. Esta noche debía pasar por ello una vez más. A ella tendría que contarle una historia a la que aún no sabía cómo enfrentarme.

—Se muda a París en dos semanas —fue mi respuesta alternativa—. Está buscando trabajo allí.

Volvió a mirarme, entrecerrado los ojos y con gesto preocupado. Era la mirada que reservaba para cuando estaba demasiado preocupada como para decir que lo estaba. Era algo que yo odiaba. Odiaba hacer cualquier cosa que no la hiciese feliz.

—Mamá, estoy bien —dije—. De verdad. Sólo quería contarte lo que pasa.

—¿Y qué es lo que pasa?

Pensé en lo que Matt dijo ayer de querer que yo estuviese con él y de cómo podría ser posible. Quizás más posible que nunca, incluso más posible que hace años, porque él también estaba preparado para ello. Estaba convencido.

—Nada —dije.

Asintió con la cabeza aunque yo sabía que no me creía. Pero me di cuenta de que quería añadir algo. Aunque antes de hacerlo, nos interrumpió una llamada al móvil. Era Meryl.

Ella también miró la pantalla.

—¿Es que no vas a contestar?

—Ya voy —dije. Pero seguí inmóvil, pensando qué decirle a Meryl y así sonar de lo más auténtica, de lo más genuina.

Mi madre respondió por mí.

—Ahora, corazón —le dijo a Meryl mientras me miraba—. Te la paso.

Cogí el teléfono a regañadientes, tratando de sonreírla y sin que intuyese nada extraño. Estaba bastante segura de no haber forzado la sonrisa. Ella volvió a la cocina en cuanto me coloqué el auricular en la oreja.

—¿Qué tal? —pregunté—. ¿Qué tal la novia?

—Bien —dijo Meryl.

Pero habló en voz baja y compungida, como que de bien nada. Al oírla, otra vez pasó por mi cabeza la imagen del profesor Moynihan-Richards en la oscuridad. A lo mejor le contó a ella lo que había oído. A lo mejor ella estaba triste porque ya lo sabía.

—Bess acaba de organizarme el horrible día de la belleza, en el hotel pre-nupcial —dijo—. Como una mala sorpresa. O simplemente para distraer mi atención de los mil grados que hacen ahí fuera. —Hizo una pausa—. Esperaba que te pasases y me hicieras compañía.

Miré el reloj. Eran las nueve y cuarenta y cinco. Lo último que yo quería hacer era tirarme todo el día con Meryl, tanto si surgía algo como si no. De todos modos, me iba a sentir fatal. No era yo quien no era sincera con Meryl, pero es verdad que ahora no lo estaba siendo.

—¿Sobre qué hora pensabas? —pregunté.

—¿Qué te parece hace veinte minutos?

Miré hacia la puerta, como si fuese a aparecer Josh y me dijese qué hacer. Pero yo sabía lo que él quería que hiciese. Querría que fuese.

—Voy para allá —dije.

Al colgar el teléfono, mi madre me miraba.

—¿Por fin te marchas?

Asentí con la cabeza.

—Bien. Tendré más tiempo para trabajar en mi discurso de esto-es-lo-que-viene-a-querer-decir-todo-esto —dijo.

—¿Crees que necesito una de esas charlas? —pregunté.

—Creo que hay unas cuantas personas por aquí que la necesitan —dijo.

Miré la lista que había escrito en el cuadernillo de notas del mostrador: LLAMAR PARA PEDIR MÁS FLORES, GRUPO DE MÚSICA LLEGADA A LAS 2:30 (Sam), REGALITO PARA BESS, LIGA PARA MERYL, COORDINAR RECOGIDAS EN AEROPUERTO (Sam), LOS VÍDEOS DE EMMY AL HOTEL (Sam).

—¿Qué es esto? —dije, mientras deslizaba el dedo por lo de VÍDEOS AL HOTEL.

—Ah, creo que sería divertido verlos esta noche después de la boda. Allí tenemos una suite y podemos pedir palomitas y relajarnos. Disfrutar un poco de lo que hace Emmy, antes de que vuelvas a marcharte.

Marcharme una vez más. Debería haberme sentido aliviada al oír esas palabras, por salir de esta situación en la que las cosas, las cosas importantes parecían cambiar a cada instante. Pero no me sentí aliviada. Pensar en volver a la tranquila Rhode Island y a mi casa vacía y pacífica, me hacía sentir sola. Sin embargo antes de

discutir, de explicar que yo no tenía prisa para marcharme, me paró.

—Tu padre ya las tiene en el coche —dijo moviendo la cabeza—. Bajo el aire acondicionado, claro. Tenemos muchas ganas de verlo. Ya está hecho.

La apreté del brazo.

—Gracias, mamá.

Sonrió.

—No nos lo agradezcas a nosotros. Agradéceselo a tu amigo Berringer.

—¿A Berringer?

—Fue él quien sugirió que esta noche viésemos tus vídeos. Lo mencionó cuando vino a recoger a tu hermano para hacer su *footing* mañanero. Y se fueron con este calor. ¿Te parece una buena idea?

Sacudió la cabeza y yo ya tenía previsto salir de la cocina, pensando en Berringer. En cómo lo había hecho y en cómo yo le importaba lo suficiente como para querer no sólo escuchar lo que yo estaba haciendo sino ver exactamente lo que yo hacía.

—¿Quieres que le diga algo de tu parte? —preguntó, interrumpiéndome—. Me refiero a tu hermano. No creo que vuelvan antes de que te marches.

—¿Cómo qué?

—No lo sé —dijo, pero me miraba como si ya lo supiese.

—¿Cómo te lo encontraste esta mañana, mamá? —fue lo más cercano a reconocer que algo iba mal.

Me sonrió.

—¿Qué quieres que te diga, Emmy? ¿Como un hombre que está a punto de casarse?

Mi vestido de dama de honor, el admirado vestido largo y con tiras, venía protegido por una bolsa fina plateada que ciertamente le proporcionaba una extraña luminosidad, dándole una aire mucho más transparente. Pero aun así no dejaba de ser un vestido de dama de honor y de la peor clase, de esos de los que la novia trataría de convencerte que podrías volver a llevar. Y quizás a una boda en el sur, o a las carreras de caballos de Kentucky. ¿Quién iría a alguno de estos lugares en fechas próximas? ¿Y cómo podía este vestido encajar en un futuro viaje? No me entusiasmaba demasiado, ni tan siquiera llevarlo puesto esta vez. Los vestidos largos de este tipo, le proporcionaban a mis curvas la oportunidad de lucirse, pero no en el mejor sentido del término.

Mientras que un novio amable podría decir que me sentaba bien, uno más sincero reconocería que algo recto y semitransparente, me mostraría un poco menos delgada. Pero a estas alturas yo me sentía tan culpable de todo lo que sabía y de todo lo que me veía impotente por hacer, que estaba ansiosa por llevar el vestido, si con esto contribuía a que todo le fuese bien a Meryl, si de un modo u otro pudiese alejar al día de ayer a Elizabeth y a Grace. Y no porque quisiese olvidarlas sino porque no estoy segura de cómo podría seguir recordándolas y cómo podría llegar a perdonar a Josh alguna vez. A este respecto, sabía que Josh y yo aún éramos iguales. Yo sabía que él también quería olvidarlas, algo que probablemente intentaría durante años para poder comenzar a perdonarse a sí mismo ¿Y cómo le había ido?

Atravesé los arbustos hacia la casa de los Wademan, para llevar el vestido y el resto de mis pertenencias hasta donde me esperaba el Volvo de June. Me metí en el coche y embutí la bolsa protectora de mi vestido, mi bolso y el llavero que le había comprado a Meryl la semana anterior en Newport, en el saturado asiento trasero. Éste era mi plan para mi brindis. Le entregaría a Meryl el llavero con una sola llave y le contaría la historia de Josh y mía y de nuestra colección de llaves. Para poder decir que era maravilloso que él ahora poseyese la única llave que podía abrir cualquier puerta. Sabía que era muy poco original pero también pensé que les encantaría. A Meryl y a Josh. Y aquí parecía estar la clave del asunto. Ahora daba la impresión de que yo necesitaba un buen plan.

Salí rápidamente de la plaza de aparcamiento y fui hacia el Hutch. Para llegar hasta ahí, debía pasar el desvío que conducía a la calle de Matt, algo que no pude soportar en ese preciso instante.

—Tenía un hijo.

Primero lo dije para mis adentros y luego en alto, esta vez para poder captar su verdadero sentido. Cualquier mujer con la que estuviese ahora, supondría que ésa era la razón por la que no contaba con una dedicación plena. La razón era el crío. Ésa era la razón fundamental por la que había una parte de Matt que ella no poseía. Pero sabría perdonar esta carencia.



Al llegar a la carretera, encendí la radio justo a tiempo para oír al pinchadiscos local hablando de la previsión del tiempo para hoy.

—Si llega a hacer más calor ahí fuera podré freír un huevo sobre mi frente —dijo.

—Dios sabe que vas sobrado de grasa con esa piel tuya —respondió su acompañante.

¡Qué asco! Estaba harta de escuchar estas previsiones metereológicas. Estaba harta de oír hablar de discos. Cambié de emisora. Air Supply. No era la canción «Making Love Out of Nothing», era la otra, la que conocía todo el mundo. La que terminaba bien. La canción de boda de Josh y Meryl. Parecía que escucharla tenía un significado, pero desconocía cuál. Excepto el recordatorio de que Air Supply era una mierda.

Sonó el móvil en la guantera. Fui a por él y lo cogí a la tercera llamada. James Berringer. ¿James Berringer?

Yo no había memorizado el número y en mi vida le había llamado James.

—¿Sí? —respondí, desconcertada.

—Sí, tú misma —dijo él.

Comprobé hasta dos y tres veces el nombre en el registro de llamadas, como si no me hubiese bastado con su voz para estar segura de que, sin lugar a dudas, era él.

—¿Cómo ha quedado memorizado tu nombre en mi móvil?

—Lo puse ahí después de que te marchases ayer por la noche.

—¿Lo pusiste tú ahí ayer por la noche?

—¿Vas a repetir todo lo que digo?

No le respondí, simplemente esperé a que me contase lo que pasaba. Era difícil imaginarlo: Berringer acurrucado en la mesa de la esquina del cuarto de estar, metiendo un número tras otro y, ante todo, intentando averiguar cómo mi anticuado teléfono móvil siquiera funcionaba.

—Quería saber que todo iba bien entre nosotros —dijo—. Odio que te pusieses tan furiosa conmigo ayer por la noche.

—No me puse tan furiosa contigo —dije—. Y bueno, si tanto te preocupaba que yo me hubiese enfadado contigo, ¿no te inquietaba que pudiese no responder al teléfono tras averiguar, que eras tú quien estaba al otro lado?

—Quizás, pero aun así preferí arriesgar. Me refiero a lo de coger el teléfono.

—Eres rarito de pelotas —dije. Pero al decirlo sonreí y sentí un repentino apocamiento, como pensando que me pillaría. Como si durante esta llamada telefónica pudiese oír lo que yo sentía en mi pecho, el acelerón que sufrió todo, un murmullo interior demasiado parecido a la felicidad.

Carraspeó.

—Me contó tu hermano que al final se te alargó la noche.

Volví a carraspear y sonó más bien a hipo. La verdad es que no sabía cómo

responderle. No quería hablar de Matt. No con Berringer.

—De modo que es cierto que tú y Josh os fuisteis a hacer *footing* —dije—. Pensé que era una tapadera para poder pirarse otra vez. Que había vuelto a Rhode Island o algo así.

—No creo que se vaya a pirar de nuevo, Em —dijo—. Creo que no se dará más el piro.

Traté de imaginar a Elizabeth y a Grace desayunando en la mesa de su cocina. En realidad no pude hacerlo. Me las imaginaba yendo a algún lugar en su furgoneta, quizás aún sin hablar la una con la otra, pero oyendo algo en la radio: Grace canturreando mientras escuchaba y Elizabeth observándola, relajada. Independientemente de lo que pensase, Josh sí se daba el piro.

—En cualquier caso, en realidad no te he llamado por esto —dijo—. Quiero saber por qué te enfadaste así conmigo. Y no me cuentes que no lo hiciste. Porque lo hiciste y creo que sé por qué.

Respiré profundamente sin estar segura de lo que Berringer creía saber, pero con la absoluta seguridad de que yo no quería oírlo. Especialmente si empezaba y terminaba con él pensando que yo tenía un punto de vista determinado. Yo no estaba preparada para reflexionar acerca de ello en su conjunto, estuviese él o no para ver cómo lo hacía.

—¿Sabes qué, Berringer? Pienses lo que pienses, estoy segura de que no llevas razón.

—Ésa es una afirmación que cubre un amplio espectro —dijo.

—Bueno, estoy en la carretera —dije—. Estoy conduciendo y no muy bien que digamos, una Station Wagon que no es mía y que va hasta arriba de cosas. Voy pillada de tiempo. Por lo tanto las afirmaciones de un espectro no tan amplio, tendrán que esperar. A no ser que se te ocurra algo que yo pueda decirle a Meryl, alguien a quien es más bien difícil tener por aquí en este preciso instante.

—Lo siento —dijo. Y por la forma en que lo dijo, supe que iba en serio. Supe que lo sentía y yo también sabía que él quería arreglar las cosas en lo que a mí se refería, incluso en el caso de no poder hacerlo—. ¿Te sentirías mejor si te dijese que pasará? ¿Esa sensación de extrañeza que experimentas?

En realidad me sentí peor porque sabía que era cierto. A pesar de vivir los días presentes, ahora los sentía por dentro. Pero pronto se acumularían otros días, otras cosas me vendrían a la cabeza y triunfarían sobre esas verdades privadas que yo había visto por un minuto, en lo relativo a cómo quería vivir mi hermano.

—¿Sabes qué? Todo esto lo podemos hablar más tarde —dijo—. ¿Conduces con precaución?

—Eso intento —dije.

Pero había algo en aquella pregunta que me hizo reflexionar durante un instante.

Me hizo pensar en Matt. Con todo lo que hablamos, Matt no me preguntó nada de lo que yo hacía en Rhode Island. No es que hubiese querido que lo hiciese, pero aun así. Yo sabía lo de su hijo, lo de Francia e incluso lo de su equipo de hockey. Pero él no tenía ni la más remota idea acerca de mi documental, de la tienda de aparejos de pesca o de las ciento siete mujeres. No tenía ni idea de en lo que se había convertido mi vida. Y sabía que él diría que yo no me había ofrecido a contárselo, algo que no era incierto. Aun así, ¿no debiera haberle importado yo lo suficiente como para preguntar qué era de mi vida? ¿Incluso aunque tuviese más bien poco que ver con él?

—Bueno. Siento haberte hecho sentir mal —dijo Berringer—. Y para que lo sepas, te diré que nunca volvería a hacerlo.

No estaba acostumbrada a algo así, a que alguien fuese sincero conmigo de un modo tan natural. Me hacía sentirme un poco incómoda, más que nada porque yo era un desastre cuando me correspondía sincerarme. Pero también me hizo sentir otra cosa que empezaba a gustarme.

—No hay problema —dije—. Para que lo sepas.

—¿De veras?

—De veras.

—Entonces el resto puede esperar.

A comienzos de los años treinta, en plena Gran Depresión y con el país sumido en la ruina económica más absoluta, se paralizaron casi todas las obras de envergadura en Nueva York. En esa época sólo hubo dos edificios que siguieron en construcción, tal y como se había previsto. Uno de ellos era la Essex House. Y todo lo referido a él parecía un testimonio que lo confirmaba. El edificio entero era un ejemplo permanente de su propia grandeza e incapacidad para derrumbarse. Aún, igual que entonces, al entrar en el vestíbulo te topas cada dos por tres con pilares de caoba, viejas lámparas de araña y estuches de joyas llenos de objetos de plata e intrincada porcelana. El suelo estaba resplandeciente y era de mármol. No digo que fuese feo pero todo era tan severo, tan intencionado y pesado, que en el mejor de los casos tenías la sensación de que era algo para lo que debías reunir fuerzas. De lo que me di cuenta al principio, entrando a trompicones con la bolsa protectora y con los brazos cargados hasta arriba, era de que no había nada vivo que mirar: no había jarrones, ni flores frescas, ni grandes plantas verdes. Ni pecera, ni peces. Era todo lo contrario del lugar en el que yo había previsto casarme, y que estaba enfrente.

Al recepcionista no le hizo ninguna gracia tener que dejarme subir, incluso después de haber confirmado Meryl que yo podía pasar. No estaba muy segura del por qué, pero me miró de mala manera. Traté de hacer lo mismo con él, pero terminé mirando mi propio reflejo en el espejo situado detrás de él: mi pelo caía desde la raíz, llevaba una camiseta sin mangas algo rasgada por los bordes y los vaqueros eran demasiado largos.

¿Cómo podía siquiera culparle de pensar mal de mí? En ningún sitio estaba escrito que yo perteneciera a este lugar. No estaba escrito, y eso era algo que empezaba a inquietarme más que el resto de mis inquietudes, que yo no perteneciese a ningún lugar.

—La señorita Mitchelson está en la suite 2401 —dijo el recepcionista. Señaló la hilera derecha de ascensores y luego continuó—: ¿Cree que podrá recordarlo o quiere que se lo apunte?

—Intentaré recordarlo —dije, tomando la dirección indicada. Pero para cuando llamé a la puerta de Meryl, ya eran más de las once. El golpe abrió la puerta, dejando entrever que la suite prenupcial para el día de la boda no tenía nada de suite. Guardaba más parecido con toda una planta. Tenía unas ventanas balconadas de tres metros, que miraban hacia Central Park, tres salones individuales y unos viejos cuadros resplandecientes que cubrían las paredes.

Encontré a Meryl en el salón número dos. Estaba sentada con las piernas cruzadas en mitad del suelo y junto a tres grandes ventiladores que giraban a su alrededor. Había una larga mesa de madera que yo supuse apartaría a un lado, y que estaba repleta de juegos de teteras de plata, botellas de champaña y fuentes de platino con fruta fresca. También había cuencos pequeños con diminutos corazones de chocolate.

—Acabas de perderte la manicura —dijo, mientras sus manos alzadas exhibían unas uñas resplandecientes como prueba, y luego continuó—: Y al vidente.

Caminé lentamente hacia ella. El único maquillaje que llevaba puesto, al margen del de las manos, era el de los ojos, que, en contraste con su piel clara y su pelo firmemente recogido hacia atrás, era tan oscuro y anguloso, que parecía una araña. Incluso tal y como estaba ahora, su elegancia sobrepasaba con creces lo que yo jamás pudiera soñar para mí.

—No te preocupes. Le pedí al de la manicura que se pasase más tarde —dijo—. Imaginé que no necesitabas que el vidente te diese ninguna buena noticia. Aunque por lo visto es bastante conocido. Está entre el grupo de famosos de Hollywood.

Me senté frente a ella, con el aire de los ventiladores dándome en la espalda.

—La única vidente que jamás conocí, vino a la tienda de aparejos de pesca el año pasado, más o menos por las navidades. Me dijo que yo me enamoraría otras cuatro veces antes de conocer a la persona a la que me ligaba el destino —dije—. También comentó que la anguila que utilizábamos como cebo para pescar, básicamente no valía para hacerse con ningún pez importante.

—¿Ves? ¿Quién necesita que le cuenten algo así? —dijo Meryl, sonriéndome y mirando alrededor de la habitación, para luego añadir—: Supongo que mi madre quería que yo disfrutara de todo esto. De todas mis damas de honor. Se olvidó de que no las tendría. ¿Esto cambia las cosas, no?

—Cambia las cosas —dije, arrastrándome lentamente hacia la mesa, alcanzando una de las fuentes de fruta.

—Lo bueno de tu madre —dijo mientras me acercaba— es que, cuando te cases, sólo querrá que estés a solas con ella. Terminaréis las dos en un barco privado o en algún lugar de New Jersey. No tendréis que ocuparos de nada parecido a esto.

—Sí —dije—. En realidad es algo que miras ilusionada.

Se rio.

—¿Viste a Josh esta mañana antes de marcharte? —preguntó.

—No, se fue a hacer *footing*.

—Ah.

—No. Lo que quiero decir es que se fue literalmente a hacer *footing*, justo antes de irme yo. No sé en qué estarían pensando, con este calor. Pero iba con Berringer. Eso es lo que hacían juntos.

Asintió con la cabeza como si no necesitase una confirmación. ¿Y en realidad por qué iba a necesitarla? No había razón alguna para que así fuese: no había indicios de la presencia de Elizabeth por ningún lado, ni de hacia dónde nos dirigimos hace ahora justo un día. Ni estaba escrito en mi cabeza ni nada por el estilo. De modo que para ser sincera sólo lo dije por otra razón. Sólo lo hice por decírmelo a mí misma.

Le ofrecí un trozo de melón.

—No, gracias —dijo.

—¿Seguro? —pregunté—. Te sentará bien.

—Estoy segura —dijo.

Me metí un trozo en la boca y empecé a mascar.

—¿Y qué te contó este famoso vidente? Por cierto. ¿Algo bueno?

—Bueno. —Miró al techo y se lo pensó—. Primero dijo que estaba destinada a ser feliz toda mi vida. Una vida de amor intenso. Luego dijo que el día de hoy marcaría el nuevo comienzo de la búsqueda de ese amor. Claro que... yo debía estar predispuesta a entenderlo así.

Engullí otro trozo de melón.

—Supongo que ésa es la parte que va con trampa, ¿no te parece? —dijo.

Me tapé la boca.

—Sin duda —dije.

Y fue entonces cuando empezó a llorar.

Con frecuencia he deseado que esto fuese una película. Porque si lo fuese, en la escena siguiente, Meryl explicaría que sus lágrimas, que aumentaban y eran cada vez más difíciles de reprimir, eran las lágrimas de la confusión. Que tenía serias dudas sobre lo de hoy. ¿En realidad quería casarse hoy, recordaba siquiera las razones por las que había elegido a Josh, no amaba a otra persona, quizás un poco más? Y yo iría a escucharla. La escucharía mientras explicaba que quería cosas que él no quería, cosas que él realmente nunca quiso entregarle o compartir con ella: una carrera de altos vuelos, una vida permanente en Los Ángeles, la oportunidad de viajar alrededor del mundo. Luego me abrazaría y concluiría que todo iba bien. Que era mejor saber esto ahora que dentro de diez años. Esperaría a que llegase Josh y lo suspenderían todo, encerrándose en su falsa suite nupcial, tomándose una última copa de un selecto champán antes de desearse lo mejor el uno al otro.

Pero esto no era una película. Era la vida de alguien. Esta mujer a la que yo adoraba, quien me había visto crecer y a la que yo había ocultado información durante las últimas setenta y dos horas porque me había decantado por mi hermano en vez de por ella, lloraba porque amaba a mi hermano quizá más que nunca y porque sabía que entre ellos dos había algo muy, muy equivocado.

—Lo siento —dijo—. Lo último que quiero es que te veas metida en todo esto. Sabes que no quisiera que así fuese, ¿vale? ¿Sabes que nunca querría que pasase algo así?

Ahora estábamos sentadas en el sofá del salón número uno, aunque a decir verdad yo me sentaba junto a sus pies. Meryl estaba tumbada tratando de que no le brotasen las lágrimas, llevándolas hacia la frente, no hacia abajo, hacia sus mejillas, donde rápidamente quedarían marcas sobre el maquillaje.

—Quizás simplemente necesitéis hablar. Si aquí debiera haber dos personas hablando, esos sois vosotros dos. Déjame que le llame.

—No —disintió con la cabeza mientras le brotaban las lágrimas—. En este momento, no quiero escucharle. Te aseguro que no quiero escuchar nada que pueda usar como excusa.

La miré, totalmente desconcertada. ¿Una excusa para qué? ¿Para lo que él sentía? A mí me daba la impresión que eso era lo mejor que podía esperar que ocurriese, lo mejor que cualquiera de nosotros podía esperar. Que alguien contase la verdad.

Meryl se secó los ojos con un pañuelo de papel, mientras trataba de serenarse.

Luego se incorporó.

—Lo sé ¿vale? —dijo—. Sé que ese último año que estuvo en Boston había alguien. Claro que lo sé. Prácticamente me lo contó él mismo, justo después de marcharse de Los Ángeles. Trató de que pareciese como si hubiese ocurrido, y luego, borrón y cuenta nueva, pero estas cosas no tienen fin. Incluso en el caso de no seguir viéndola, yo sabía que a él aún le importaba, o no se habría visto obligado a decírmelo. ¿Cómo podrá pensar que no sé nada de eso? Lo sé todo sobre él.

—¿Entonces qué haces aquí? —pregunté. Pero tan pronto pronuncié estas palabras, lo lamenté muchísimo y me preocupó que hubiesen sonado demasiado bruscas. No era mi intención. Simplemente todo me pareció mucho más triste, al estar ahí sentada, escuchándola. Todo lo relativo a lo que estaban a punto de prometerse me hacía sentirme mucho peor.

—Simplemente es que las cosas dejan de ser tan sencillas —dijo—. Aún pienso que soy la persona con la que debe estar. Los primeros años, Josh quería casarse conmigo todos los días de la semana. Yo tenía la cabeza llena de ideas respecto a esperar más tiempo, esperar hasta que se afianzase nuestra situación económica o algo por el estilo. Esperas demasiado, y al tío con quien estás le resulta más difícil comprometerse. No más fácil. —Se encogió de hombros—. Pienso que he esperado demasiado tiempo. Y sé que piensas que parezco una idiota y que no hago más que dar excusas. Pero yo no seré quien suspenda la boda. Si eso es lo que quiere Josh, deberá hacerlo él. Porque puedo ver que todo saldrá bien, sin lugar a dudas. Más que bien. Y si él no lo viese así, ¿por qué iba a estar aquí?

Asentí con la cabeza.

—No lo estaría —dije.

—Eso es —dijo—. No lo estaría.

Se irguió, casi como si hubiese tomado una nueva decisión. Y yo me preguntaba las veces que se había visto en esta situación en el pasado. Cómo, sabiendo lo que sabía, podía dejar las cosas de lado. Cómo esperaba a calmarse lo suficiente para poder continuar. Para hacer lo que ella creía correcto.

Y luego, de pronto, ya no sólo la veía a ella. Me veía a mí misma. Durante todo

este tiempo, había encontrado parecidos entre Josh y yo, parte de la razón por la que estaba tan furiosa con él, tan enfadada y turbada pensando que él también estaba destruyendo su vida. Pero las similitudes también se apreciaban aquí mismo. Entre Meryl y yo. Si yo me hubiese quedado con Matt, éste también podría ser mi día de boda. Yo podría ser del mismo modo la que apartase del camino lo que no quería saber, para poder marcharme a donde yo quería estar. Con él.

¿Cuántas horas quedaban para volver a ver a Matt? Y, ¿volvería yo a caer, sin más? ¿Qué me hacía pensar que esta vez sería diferente? ¿Porque así lo afirmaba él? O porque, como Meryl, ¿quería creer lo que necesitaba creer? Que esta vez no dejaría de amarme. Que no empezaría a ver a otra persona, a ir distanciándose o a que yo le resultase indiferente, de todos los modos que más importaban. Que él no sería el centro absoluto.

Meryl fue levantándose.

—¿Cómo quieres que te ayude? —dije.

—Debo terminar de prepararme —dijo—. Debería ir y empezar a ponerme el vestido. La parte trasera consta de cerca de cinco millones de botones —dijo, yendo al dormitorio—. La del vestido. Una vez que los botones están abotonados, es una preciosidad, pero llegar hasta ahí supone una auténtica pesadilla. Necesitaré tu ayuda. No te puedes ni imaginar lo que es esto.

—Sólo dime lo que tengo que hacer —dije. Me levanté y la seguí.



Las estadísticas de un estudio elaborado durante diez años por la Universidad de Princeton, acerca de los matrimonios modernos y las relaciones en pareja en el país, nos muestran que más del 75 por ciento de las veces la mujer es quien da por finalizado el matrimonio o una situación de convivencia ya prolongada en el tiempo. El hombre puede hacer algo que provoque que ella se marche, puede ser infiel, mentirla o darla de lado. Pero al final, si ella no se marcha, él también se quedará. Tras un tiempo, querrá enmendar la situación, volver a comportarse bien con ella y tratar de mejorar las cosas. Y si eso es lo que realmente desea la mujer, si ella permanece tranquila el tiempo suficiente, al final será quien obtenga lo que anhela. Los psicólogos que llevaron a cabo el estudio afirmaron que en el campo contrario se jugaba igual: a los hombres no les gusta ser los malos de la película. No quieren cometer un error que no puedan subsanar. Sólo quieren que otros decidan por ellos.

No podía evitar pensar en esto mientras esperaba en el salón a que Meryl terminase de prepararse. Después de todo, ¿no era eso precisamente lo que pasaba aquí? Meryl esperó estoicamente, por lo que Josh y ella lo consiguieron. En realidad estaban a punto de ir más lejos que el mero hecho de conseguirlo, embarcando juntos hacia el gran paso que darían posteriormente.

Meryl me dijo por tercera vez que sólo necesitaba un par de minutos más.

—Tengo muchas ganas de mostrártelo —dijo.

—Quizás eso signifique que así deben ser las cosas —dije.

No tenía ni idea de si era cierto, pero sonaba bien. Y estaba un poco harta de estar sentada yo sola en el cuarto de estar. Apagué todos los ventiladores para que a ella no le diese el aire de lleno, pero incluso con el aire acondicionado programado a tope, ahí no estaba uno cómodo que digamos, puesto que el aire se sentía más cálido y pegajoso que nada. Yo ya estaba lista para ir abajo, donde esperaban Bess, mi madre y la señora Moynihan-Richards, y donde, con suerte, haría más fresco.

Entré en la cocina para sacar nuestros ramos de flores de la nevera: para mí, pequeñas lilas blancas y para Meryl, una larga orquídea. Fue entonces, con un ramo en cada mano, cuando oí un golpe en la puerta de la suite. Supuse que sería Bess, de quien podía imaginar que detestaba quedar relegada a la sala de espera de abajo durante tanto tiempo.

Pero al llegar a la puerta, frente a mí, de esmoquin, y con su pajarita blanca ya hecha alrededor del cuello, estaba Josh.

—Eres tú —dije, incrédula.

—Soy yo.

Me sonrió y puso su mano sobre mi hombro, como a modo de prueba. Tenía una fila de gotas de sudor que se deslizaban lentamente hacia abajo por los surcos de la cara, justo encima de la boca.

—Estás guapa —dijo, algo que yo sabía, también era su modo de decir que

estábamos bien.

A pesar de todo, o quizás a consecuencia de ello, no recuerdo haber sentido nunca mayor sensación de alivio. Le sonreí, una sonrisa sincera, y le dije que él también lo estaba. No comenté nada acerca del sudor de su rostro.

Sí, me sentía obligada a decir algo acerca de la mala suerte que suponía que él viese a Meryl antes de la boda. No podía evitarlo. Tal y como yo lo veía, a estas alturas la verdad era que ambos necesitaban cierta dosis de buena suerte.

—Simplemente no me parece inteligente jugársela —susurré—. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Te escucho —dijo Josh, secándose el rostro con el reverso de la mano—. Pero no creo que ahora Meryl esté pensando en la mala suerte. Ella quería que la acompañase a bajar. Me limito a hacer lo que me ordenan.

Le di la orquídea, asegurándome de que la cogía firmemente, desde el centro, para que no se curvase.

—Toda tuya —dije, mientras salía de la suite para dejarles solos un rato.

Pero acto seguido, como si alguien le hubiera dado la entrada, Meryl apareció por la puerta del cuarto de estar, totalmente ataviada. Yo la había ayudado a arreglarse pero no la había visto completamente preparada. Su vestido estaba adornado con abalorios, tenía forma de sirena y se extendía como un círculo elevado sobre el suelo. Llevaba puestos unos pendientes largos y relucientes que le colgaban hasta la altura de los hombros, y un delicado velo que le caía detrás de las orejas. Estaba de ensueño. Pude oír a Josh cogiendo aire intensamente, mientras su mano, que sujetaba la orquídea, se desplazaba instintivamente hacia su estómago. Y deseaba, palabra que lo deseaba, poder empezar a describir lo que suponía verla a ella mientras él la miraba, tal y como estaba en ese instante. Era como observar un recuerdo.

—Tienes un aspecto asombroso —dijo él.

—Gracias —respondió ella, devolviéndole la mirada.

Miré a ambos insistentemente. Ni por un segundo apartaban la vista el uno del otro. Ojos frente a ojos, sin parpadeo alguno.

Me recordó una historia que había leído acerca de las bodas cuáqueras: si mirabas al otro de un modo especial y durante un periodo de tiempo determinado, te casabas contigo mismo. Ahí estaba el quid de la cuestión. Forjar un acuerdo y ratificarlo. Era un momento tan íntimo, y era tan íntimo verlo, que deseaba poder desaparecer al instante, dejando solos a los dos. También era difícil no mirar.

Pero antes de poder marcharme, antes de que Josh pudiese acercarse más a Meryl, antes de que Josh siquiera saludase a Meryl, lo cierto es que se advertía un ruido intenso en esta glamurosa habitación de hotel, el más intenso de los ruidos, casi como si alguien hubiese dejado caer desde encima nuestro un ladrillo de dos toneladas de peso. O doscientos de ellos.

Luego, en una sucesión inmediata de acontecimientos, las luces empezaron a parpadear luminosamente, y después, ya con una luz menos intensa, sonó un fuerte splash, el agua salió a chorros del aire acondicionado, los reductores de intensidad de la luz dejaron de oscurecerse y todo a nuestro alrededor se encendía y apagaba por completo.

Y todo quedó a oscuras.

Una de mis primerísimas noches en Narragansett, vino una tormenta del mar y todo el pueblo sufrió un apagón. Yo estaba sentada abajo, en la Bon Vue, un bar situado a orillas del océano, que con la excepción de los jueves de universidad, únicamente lo frecuentaba la gente del pueblo: los carpinteros, pescadores y tenderos, la gente de los alrededores. Cuando se produjo el apagón, todo el mundo se mantuvo en silencio por un instante y una voz solitaria gritó: una vez más. Luego se sacaron velas, se subió el volumen de la radio a pilas, y todo el mundo volvió a beber. Pues eso no es lo que ocurrió en uno de los hoteles más prestigiosos de Nueva York. Primero, casi a la vez, se oyeron chillidos procedentes de prácticamente todas las habitaciones de huéspedes. Las puertas se abrían y cerraban y volvían a abrirse. No era tanto la falta de luz como la ausencia de aire frío, y es que la reserva de aire acondicionado ya empezaba a flojear y el calor subía y entraba desde el exterior.

Desde arriba, desde la suite 2401, no había forma de saber con exactitud lo que ocurría abajo: la gente atravesaba la sala de entrada y salía a la calle para ver si el apagón era generalizado o estaba localizado en la Essex House. Alguien diría que sin duda afectaba a toda la zona sur de Central Park, mientras que había quien afirmaba que el Plaza, situado al final de la manzana, no lo había sufrido. El personal del hotel reunía velas y toallas para lo que la noche pudiera deparar y empezaba a vaciar las neveras. Se metieron en hielo treinta kilos de pescado fresco y luego se tiraron. Por si esto fuera poco, una cliente del hotel se desmayó en el centro del vestíbulo, anunciando que estaba aquejada de un golpe de calor. Luego pidió una habitación mejor.

Arriba, donde estábamos, la gente salía a los balcones, hacia la luz natural, hablando entre ellos. ¿Qué había ocurrido?, ¿y la luz eléctrica? El tipo que estaba en el balcón junto al nuestro declaró que era un científico y que tenía la convicción de que esto estaba relacionado con una «sobrecarga del mecanismo principal del aire acondicionado» de abajo.

—¿Y para eso hay que ser científico? —me susurró Meryl, de vuelta adentro.

Sacó las velas fressia del baño y nos sentamos en un semicírculo alrededor de ellas, en el suelo del salón.

—¿No te preocupa que se te arrugue el vestido? —pregunté—. Deja que coja una toalla para que te puedas sentar.

Hizo ademán de que me olvidara del asunto.

—No te preocupes. De todos modos en un par de minutos este vestido se me va a pegar como el pegamento. —Me sonrió y se mostró contenta—. La verdad es que es francamente increíble, ¿no te parece? Mi madre va a sufrir un ataque de nervios.

Le dije que no se preocupara del asunto, que no se preocupara por nada y que volvería la luz antes de la ceremonia. Pero un domingo por la tarde y durante un fin de semana festivo, la verdad es que tenía serias dudas de que las cosas fuesen

arreglarse.

—¿No estarás enojada, Mer? —comentó Josh.

—Para nada. —Movi6 la cabeza—. ¿Y t6 lo est6s? Al menos dadas las circunstancias, esta boda ser6 memorable. No ser6 una boda m6s de hotel con la misma orquestina y las mismas flores de siempre. Todos los invitados a nuestra boda estar6n demasiado ocupados dando vueltas por ah6 asados de calor y pas6ndolo fatal. A lo mejor hasta lo pasamos bien mir6ndolos.

Josh respondi6 sonri6ndola. Sin embargo, la sonrisa resultaba extraña ya que no supe c6mo interpretarla. Era como si de pronto 6l la observase desde muy lejos. Intent6 que 6l me mirase, que me mirase a los ojos para recordarle que necesitaba centrarse. Pero no se volvi6 hacia m6.

—¿Sabes qu6? —Me levant6—. Voy a tratar de cortarle el paso a Bess. Quiero asegurarme de que todo va bien abajo.

—Ah6 abajo te aseguro que las cosas no van bien —dijo Meryl—. Est6s mejor aqu6 arriba con nosotros, hasta que seas imprescindible.

—Ser6 un largo pase6llo hasta all6 —añadi6 Josh.

—Todo ir6 bien —dije—. Vosotros simplemente quedaos por aqu6 un poco m6s y estad tranquilos. ¿Qui6n sabe? A lo mejor hasta funcionan los ascensores para cuando teng6is que bajar.

Pens6 que no ir6 mal levantar un poco el 6nimo.

—Apostar6 a que no —dijo Josh, no tan optimista.

Fui hacia la puerta y luego pens6 en algo.

—¿C6mo vais a encontrarnos abajo? —pregunt6—. Por si hay alg6n problema o algo as6.

—¿Uno mayor que 6ste? —dijo Meryl.

Llevaba raz6n.

—Te dir6 lo que vamos a hacer —dijo Josh—. Si surgen m6s problemas, gritar6 muy alto.

—Buena idea —dije, antes de dejarlos solos y cerrar la puerta.

No era precisamente agradable tener que bajar veinticuatro tramos de escalera con un par de zapatos de correa con tac6n de ocho cent6metros. Sent6a como si formasen parte de mi pie: la uña golpeaba el zapato y el zapato golpeaba la plantilla. Cambi6 de parecer aproximadamente a la altura del und6cimo piso y seguí el resto del camino descalza, especialmente tras ver hacer exactamente lo mismo a un club de mujeres tejanas muy rubias, de la Universidad de Tejas-Austin, que se quitaron los zapatos bajos de charol, arroj6ndolos cuatro tramos de escalera m6s abajo.

—A por todas —me susurr6 una de ellas, sandalias en mano, en seña de que yo tambi6n me las quitara. Sus uñas eran de un rosa brillante, ten6an el mismo matiz que

los zapatos de tacón que llevaba en la mano. Era algo que casi me dejó pasmada.

—En estos casos hacer esto es de lo más lógico —dijo.

Por lo que parece también era de lo más normal utilizar el apagón como pretexto para pillarse un pedo de mucho cuidado en mitad de la tarde, aunque yo no era precisamente la persona indicada para juzgar algo así. Podía haber disfrutado de una copa en ese preciso instante y quizás la hubiese pedido de no ser porque a una de las chicas, a la susurrante consejera de lo del calzado, dio la casualidad que se le cayó y se le rompió la botella de Amstel Light que yo pisé de lleno y recién descalzada, tras quitarme el zapato izquierdo.

—¡Dios mío! —dijo—. Estás sangrando.

—Sí —dije, desplazándome unos cuantos pasos más abajo y tratando de quitar los pequeños cristales del vaso de cerveza clavados en mi dedo grueso y que se extendían por toda la planta del pie—. Es lo que tiene el cristal.

Sentí como si no hubiese salido uno de los trozos incrustados en la planta del pie. Me tiraba la piel que rodeaba a lo que había quedado dentro. De todos modos me puse recta, lista para cojear en solitario lo que me quedaba de camino hacia abajo y buscando el modo de advertir a Josh y a Meryl que no pisasen lo mismo.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó.

Disentí con la cabeza.

—¿Sabe qué? —dije—. Creo que me las ingeniaré sola desde aquí.

Para cuando llegué al gran salón, el hotel empezaba a hervir con todas las de la ley. El aire de reserva había inundado el amplio espacio. Traté de buscar a mi madre en medio del caos. El personal del hotel se abría paso entre los varios centenares de sillas plegables dispuestas para la ceremonia. Llevaban abanicos pequeños (de esos que llevan los niños) y los situaban sobre cada silla. De pequeña, yo tenía uno rosa brillante, y recuerdo que Josh solía burlarse de mí cuando trataba de usarlo.

—¿No sabes que la energía que gastas al abanicarte, te genera mayor calor que si no hicieses nada?

Lo iba a disfrutar viéndolos aquí.

—¡Emmy! ¡Gracias a Dios!

Miré y distinguí a mi madre corriendo hacia mí. Estaba en un estado tal, tan preocupada y consumida, que ni al alcanzarme se dio cuenta de que yo estaba apoyaba sobre la yema de mi dedo grueso del pie. Una bendición de Dios.

—Emmy —repitió—. Los Moynihan-Richards se están fumando un canuto con Bess, en la antesala.

—¿Perdona?

Se inclinó.

—Por lo visto así es como llaman a la marihuana hoy en día —susurró.

—Tenemos que cambiar de tema inmediatamente —dije.

Se limitó a mirarme.

—Están enviando a casa a la gente que está en el vestíbulo. Simplemente les dicen que no salgan de sus taxis porque en media hora más o menos comentan que aquí la temperatura rondará los cuarenta grados. De todos modos papá está ahí diciéndoles que entren. Aguantaremos. Es como una batalla en mitad de un apagón.

—¿Se le ha ocurrido a alguien celebrarlo ahí fuera? ¿Por qué no vamos al otro lado de la calle, hasta Central Park?

—Ahí fuera las cosas están aún peor —dijo, disintiendo con la cabeza, pasándome de lado, mirando alrededor de la habitación para ver qué es lo que se podía hacer—. La temperatura es de cuarenta grados y el sol pega más que nunca. No es que no piense que debieran llegar hasta el final con la boda, incluso en estas condiciones. Claro que pienso que deben llegar al final con este asunto, si eso es lo que quieren hacer. Hoy en día lo que más importa es la gente. Ninguna otra cosa.

Moví la cabeza, totalmente alucinada.

—¿Qué? —dijo.

—Tienes esta increíble capacidad para sorprenderme —dije—. Cuando más te necesito.

Puso los ojos en blanco, volviendo a hacerlo por si me lo había perdido.

—Cariño, te lo agradezco, pero no hay tiempo para ponernos trágicos con todo este asunto —dijo.

—Simplemente dime lo que quieres que haga —dije.

—Bueno, aquí vamos a celebrar la ceremonia —dijo mi madre, señalando el centro del salón de baile—. Y luego tendremos una versión abreviada de la hora del cóctel, con bebidas y los alimentos no perecederos. ¿Existe siquiera el término no perecedero?

—No estoy segura.

—¿Puedes averiguarlo? Siempre lo utilizo, pero tu padre me mira como si me lo hubiese inventado.

—¿Y no te lo has inventado?

Me miró con gesto serio.

—Puede ser —dijo.

Nunca he sido ninguna experta en hacer que las cosas sean bellas. Había chicas que lo eran, probablemente las mismas chicas que desde el día en que nacieron sabían cómo querían que fuesen sus respectivas bodas, con todo en su sitio, cada flor seca, cada copa de champán, cada servilleta doblada. Yo, por otro lado, era otra clase de chica. Podían enseñarnos a secar una flor y seríamos capaces de hacerlo. Podían enseñarnos a sacar brillo y limpiar una copa de champán. De hecho, con las

indicaciones adecuadas sabíamos hasta colocar una fantástica vajilla de porcelana sobre la mesa. Pero durante todo este tiempo nos reiríamos por dentro y en el fondo pensaríamos que todo esto no era más que una versión ampliada del juego que nos traíamos con el maquillaje de mamá, esperando a que alguien entrase y nos pusiese en un apuro.

De modo que cuando digo que el salón de baile quedó de maravilla al terminar de prepararlo todo, lo digo sorprendida porque yo tuviese algo que ver con ello. Si mi boda llegaba a celebrarse algún día, pensé que no habría más que una playa, una pequeña barbacoa y una muy rica tarta de chocolate. Pero durante aquellos veinte minutos en los que tuvimos que transformar el salón de baile casi sin ventanas de la Essex House, en un amigable apagón, me convertí en ama de casa. Supongo que con un pie herido, no precisamente delicadamente vendado con una servilleta de tela bajo mi fantástico zapato, pero aun así, ama de casa.

Al terminar de colocarlo todo, había candelabros de caoba por todas partes, en enormes grupos que formaban un semicírculo en la entrada. Trajimos farolillos antiguos del sótano y los situamos frente a los ramilletes de flores: todo oscuro y encendido en el fondo, y floral. Marrones y azules oscuros presentes en la luz de la vela, las ventanas abiertas lo justo para que el viento cálido empezase a hacer efecto, y una leve brisa abriéndose camino desde el río.

El único problema que tuvimos fue con la vidriera que estaba justo detrás del altar, puesto que el fiero y enérgico sol que caía sobre Josh y Meryl y amenazaba con abrasarlos, los hacía sudar. A mi madre se le ocurrió la idea de cubrirla con las bolsas negras de la basura, mientras aún sujetaba el hielo que se usaría para el evento. Bolsa sobre bolsa sobre otra bolsa. Aquello parecía algo entre una escultura modernista y una pared a medio hacer. Pero casi no pareció mala idea.

Fueron más los invitados a los que el hotel convenció tras la promesa de que la temperatura llegaría a los cuarenta grados centígrados, que aquellos animados por la súplica de mi padre de que no tirasen la toalla, pero aun así, se quedaron alrededor de treinta personas, llenando varias de las primeras filas.

Nosotros mismos ocupamos la primera fila por completo. Papá estaba sentado entre mi madre y yo. Luego estaban Berringer, Michael, Bess y los Moynihan-Richards. Todos estábamos ahí sentados, formando un semicírculo alrededor del pequeño altar inspirado en un viñedo. El juez permanecía a la espera en el centro.

Josh y Meryl hacía ya mucho tiempo que decidieron suprimir la religión de la ceremonia. No se rompería un cristal, ni se caminaría en círculo, ni tampoco haría nada el cura de la familia. Lo que yo desconocía era que también habían decidido que no hubiese nadie con ellos en lo alto. Juntos bajarían hacia el pasillo y bajo el toldo. Ambos se quedarían allí. Ahora, todos nos limitábamos a esperarlos. Bajo unos tórridos treinta y seis grados.



Mi padre se deslizó hacia atrás en su asiento, que estaba junto al mío. Y cuando digo que se deslizó, lo digo en el sentido literal. Todos nos quedamos pegados a nuestros asientos con los pies sobre el suelo.

—¿Te vas a levantar e irás a buscarlos? —dije.

—No —dijo, negando con la cabeza.

En realidad no me miraba, algo que me asustaba. Era otra cosa que Josh pareció haber heredado de nuestro padre: sólo apartaban la vista cuando no querían ver algo.

—¿No crees que a lo mejor alguien debería levantarse y buscarlos? —susurré con cuidado para que mamá no pudiese oírme.

Parecía preocupado, con las cejas encontrándose con la nariz.

—Bajarán cuando estén listos —dijo.

—¿Entonces por qué pones esa cara?

—Tengo el mal presentimiento de que no vendrán —dijo.

Pero antes de poder preguntarle por qué lo creía así, comenzó la música. El único violonchelista que había decidido quedarse comenzó a interpretar su versión del Canon de Pachelbel. Todo el mundo se levantó, incluido yo misma, tratando de ver con claridad al novio, en la penumbra. Meryl llevaba puesto su vestido de princesa, con Josh junto a ella y la mano de él situada sobre el codo de ella. Si esto fuese a ser todo lo que recordásemos de este día, ¿no terminaría pareciendo que aquél era el único modo en que jamás debiera haber ocurrido? Por lo tanto quizás yo estuviese equivocada al seguir planteándomelo. ¿Qué sabía yo acerca del modo en que se situaba todo en su sitio? A lo mejor, antes, tendrían que acercarse de este modo para ir primero a la deriva.

Sólo que, antes de poder pensar en el resto, antes de poder pensar en todo lo que yo sabía, estaban ahí, frente a mí, frente a todos nosotros, caminando el último trecho de pasillo, agarrados de la mano. Sin embargo no parecía un verdadero agarrón de manos. Más bien parecía que uno llevaba al otro. Pero no estaba segura de quién llevaba a quién.

Eché un rápido y disimulado vistazo a mis padres, quienes se apretaban las manos mutuamente, con fuerza, mi padre mirando al suelo. Luego volví a mirar a Josh y a Meryl. Ahora estaban al frente, de cara al juez, ambos sudorosos tras haber bajado las escaleras. Los dos mostraban líneas paralelas de sudor que les bajaban por las espaldas y el pelo de Meryl estaba bien sujeto.

Josh la miró y apretó su mano con mayor energía, antes de inclinarse y decirle algo al juez.

—Tomen asiento —dijo el juez.

Rápidamente, hicimos lo que se nos pidió y todo el mundo clavó la vista en la pareja. Fue entonces cuando se dieron la vuelta y situaron sus rostros frente a nosotros.

Josh trató de sonreír a todo el mundo.

—Queremos agradecer que hayáis venido —dijo—. Lo primero es lo primero.

—Y la espera —añadió Meryl.

Él asintió con la cabeza y carraspeó.

—Pero debido al apagón, obviamente no estamos ante las mejores circunstancias para casarnos y por lo tanto es algo que no vamos a hacer hoy.

Lo dijo de un modo tan tímido que podías haberlo pasado por alto. Sin prestar suficiente atención, podrías estar esperando que diese comienzo la ceremonia. Yo me preguntaba si parte de Meryl aún esperaba a que empezase, con su mano agarrada tan fuertemente a la orquídea, con más energía que con la que agarraba la de Josh.

Sin embargo, Josh continuó mirándola. Y ella le devolvió la mirada, creyéndole. Pensando que esto saldría bien. Creo que a él le proporcionó valor, porque siguió hablando.

—Obviamente, llevamos toda la vida juntos, y nos amamos mucho. Éste no es más que un ligero cambio de planes. Hablo de este momento. No se trata de cancelar ni nada por el estilo. La verdad es que no es más que aplazar. —Trató de reír—. Hasta el día en que podamos vernos.

Instante en el que volvió la luz.

Al principio no fue más que una luz trémula, un destello, pero toda la sala se iluminó del mismo modo en que lo hace un atasco en una autovía, resplandeciente e indiscutible: la luz de la lámpara ahogaba la luz de las velas y las lámparas de las paredes brillaban ahora y transparentaban en contraste con los fanales, transformando la media luz en una luz, con lo que el mundo corriente reaparecía en color tridimensional.

Y ahí, bajo el foco más feroz de todos, estaba Josh. Lo que la luz mostraba de Josh. Primero Meryl debió haber estado buscándolo, pero luego, y uno no podía equivocarse al observar el rostro del novio, todos encontramos en él un semblante de absoluta y total desesperación.

—Meryl... —dijo.

Pero era demasiado tarde. Se le cayó la orquídea de la mano, casi a cámara lenta, y la flor se desplomó sobre el suelo.

—Te aplazas a ti mismo —dijo, como si eso tuviese algún sentido.

Me cubrí el rostro con las manos.

—Sé sincero, Josh —dijo ella mientras aún le miraba.

Su rostro sobre el de él, acercándose.

—No paras de hablar de las luces y las circunstancias y de cualquier otra media verdad que se te ocurre pero dijiste que subirías aquí arriba y que le dirías la verdad a nuestras familias.

Al principio no dijo nada. Nadie lo hizo. De todos modos, ¿qué podíamos haber

añadido? Gracias a las luces recién iluminadas parecía que estuviesen interpretando una obra sobre un escenario. Parecía como si esto no formase parte de la vida real. Yo estaba plenamente preparada y no lo estaba en absoluto, para que Josh y Meryl rompiesen en este momento, única razón por la que tenía la seguridad de que estaba ocurriendo en la realidad.

Ésta pudo ser la razón por la que alcé la vista detrás de ellos. Y miré hacia la escultura de bolsas de basura sobre la vidriera y por donde la luz aún asomaba entre sus pliegues. Que fue cuando me di cuenta de que una de las bolsas que cubría la ventana —una de las que estaba en la hilera inferior, sobre la que caían gotas y a la que golpeaba el calor— no era exactamente igual que las otras. Era más gruesa, deforme.

En la parte superior había un cordel azul oscuro atado con un doble nudo.

Era mi bolsa.

Mis cintas. ¡Mis cintas se cocían ahí dentro! Era como si pudiese imaginarlas, acurrucadas, encogidas y restallando inevitablemente. Y podía imaginar el resto de la escena: cómo, en medio del caos, nunca llegaron a la habitación de mis padres en el hotel. Cómo debió mi padre haberlas sacado del coche, tratando de llevarlas hasta la suite fresca, pero cómo fue requerido por algo en concreto, le asignaron otros menesteres y las dejó aquí. Y luego, por un cúmulo de circunstancias desfavorables, alguien la colocó en la ventana con el resto de las bolsas de basura, sacrificándola, haciendo que absorbiese todo el calor, todo el implacable hirviente sol del día de hoy.

—¡Dios mío!

Pronuncié las palabras de un modo primitivo, utilizando una voz que ni siquiera reconocía como la mía, hasta que vi que todos se volvían hacia mí asombrados. Incluido Josh. Él, sin duda, pensaba que era mi reacción ante lo que le pasaba a él. ¿Cómo podría imaginar que se trataba de otra cosa? ¿Cómo podía alguien imaginar que esto ocurría por segunda vez, y de un tirón? ¿Qué ambos perdíamos todo a lo que nos habíamos agarrado tan firmemente? Ambos perdíamos precisamente lo que más temíamos perder, eso a lo que siempre nos afanábamos, el principal pretexto que usábamos una y otra vez: no dejar que cambiásemos tal y como necesitábamos hacerlo.

Josh y yo nos miramos, y pude verlo. Quería que yo dijese algo. Quería que yo añadiese algo para romper el silencio. Quería que añadiese algo para salvarlo.

Y al no hacerlo yo, habló él. Pero antes, hubo movimiento a nuestro alrededor. El profesor Moynihan-Richards se levantó, desplegando por completo su metro noventa de altura y dispuesto y afanoso a ir en auxilio de su hija. Tras verlo, Michael también se levantó. Luego lo hizo Bess, quien alisó las arrugas de su vestido. Esta familia que estaba a punto de unirse a nosotros y que ahora se había situado permanentemente en contra nuestra, estaba toda ella dispuesta a atacar bruscamente si fuese necesario. Y

fue entonces cuando todos nosotros nos levantamos. Primero Berringer, dispuesto a acudir en ayuda de Josh, mi padre y mi madre. Yo al principio permanecí sentada con los ojos aún centrados en la bolsa de basura, hipnotizada por el cordel azul. Mi madre rodeó a mi padre, me alcanzó y me tiró del hombro, hasta que yo también quedé totalmente en pie.

Eché un último vistazo a mi bolsa de cintas, que estaba aplastada contra la ventana, y luego me centré en el asunto que tenía más a mano. Estaba dispuesta a subyugar a la señora Moynihan-Richards si la situación lo requería.

Podría con ella.

Pero esta parte es a la que más trato de aferrarme. Por un momento, Josh dejó de mirar a Meryl y se volvió para mirarnos a todos nosotros, a todos los de la primera fila y a todos los que estaban detrás de nosotros, si no en señal de disculpa, sí anunciando lo que yo ya sabía, que si había que responsabilizar a alguien, era a él. Lo sabía mejor que nadie. Lo entendía.

Y al reconocer su culpa, yo ya no tuve que hacerlo. Quiero decir, que no tuve que culparle. Todos los demás se asegurarían de hacerlo a destajo. Yo debía hacer otra cosa. Mientras tanto, en el exterior, el entorno hotelero volvía en sí: el zumbido del resucitado aire acondicionado y un centenar de dispositivos que debieron haber quedado enchufados antes del caos, tales como secadoras, impresoras y un equipo estereofónico con el volumen alto. Al tratar de permanecer fresquitos, no habíamos cerrado la puerta del salón de baile, por lo que pudimos oírlo todo. Sonaban los teléfonos, funcionaban los ascensores y justo en el exterior, a la entrada del salón de baile, una niña gritaba a su amiga o a su familia o a otra persona que pensaba conocía, a alguien que aún se encontraba un tanto lejos de su alcance y que le había quitado algo que trataba de recuperar por todos los medios. Sólo un minuto más tarde caería en la cuenta de que no podría conseguirlo.

Y mi hermano dijo:

—Esto no puedo hacerlo.

## Quinta Parte

¿Termina así?  
Claro que no.  
Así es como empieza.

SADIE EVERETT

Bien.

¿Y esto cómo continúa? Me puse en marcha aquel fin de semana de locura, tratando de que estos momentos tuviesen sentido —estos momentos que sabes recordarás— pero como todo lo demás, tiene su cruz. De modo que quizás tenga cierto sentido que termine pensando en esos instantes que sabes que olvidarás. O, para ser más precisa, que tratarás de recordar erróneamente. ¿Cómo aprendemos todos a hacer algo así? ¿Rememorando una y otra vez hasta que adoptamos una expresión ligeramente diferente, un tono menos preciso, hasta que la memoria no nos puede herir directamente, hasta que se convierte en algo más manejable?

Cuando recuerdo el instante en el que Josh habló finalmente, silenciando todo lo demás, pienso: a lo mejor relatar una historia tiene esta finalidad. Para que alguien pueda incorporarse y alzar la mano, alardeando de tener una respuesta. Diciendo: puede que esto haya sido incómodo, puede que hasta ahora haya sido incómodo, pero pronto habremos terminado. Pronto relataré la parte en la que todos podemos irnos a casa.

Déjame que te diga algo. Una de las cosas más extrañas que ocurrieron tras la boda que no fue tal —tras dejar el salón de baile en grupos, empezando por Josh y Meryl y seguidos por los que ocupaban las filas de atrás— fue que una invitada le contó a la otra cómo le gustaba el vestido de ella. Estaban en el pasillo y yo no reconocí a ninguna. Pero esto lo recuerdo muy vívidamente, cómo se aferraban a la tela verde, cómo se miraban mutuamente, y se separaron la una de la otra. Cómo vieron en esto lo más importante que había ocurrido o al menos, el recuerdo que se llevaban. La idea me aturdí y me confortaba a la vez.

Por lo que a mí respecta, no sabía qué rumbo tomar. Tenía las cintas conmigo, en la mano. Caminar hacia la vidriera fue como acercarse a un apartamento cerrado con llave. Sabía que sería infructuoso. Lo sabía. Pero de todos modos girabas el pomo de la puerta. Un rápido vistazo dentro de la bolsa delataba el resto. La mayoría de las cintas estaban dobladas, calientes y echadas a perder.

Miré alrededor de un vestíbulo inmóvil y aún sobresaltado y traté de encontrar un lugar para mí. No volvería a la suite nupcial por nada del mundo. Podía imaginar la escena: Josh y Meryl subiendo las escaleras y luego, a mitad de camino, recordando que el ascensor había vuelto a funcionar. De modo que a lo mejor se salían de las escaleras en el séptimo o noveno piso y el resto del recorrido se lo hacían en el ascensor. Y una vez dentro del mismo, repetirían la escena, exactamente la misma que acababan de interpretar frente a todo el mundo, se dirían el uno al otro que se acabó, que era el final, para poder creérselo.

Bess llamaba desde el teléfono de cortesía del hotel, en la esquina del vestíbulo. Yo no tenía ni idea a quién telefoneaba pero Michael estaba con ella y los Moynihan-Richards estaban unos cuantos metros detrás. Mi padre estaba en la esquina,

despidiéndose de la gente y tratando de quitarle hierro a lo que quiera que fuese que la gente pensaba que acababa de ver.

Todo el entorno del hotel aún seguía calentando motores: los botones, los ascensores, los ahora inútiles montones de toallas. Decidí salir al exterior para que me diese el aire. Quise darle un poco de tiempo a todo, para que se calmase. O que se calmara para siempre. Pero nada más atravesar la puerta giratoria para salir a la calle, oí a alguien golpeando fuertemente el cristal de la mampara de separación. Era mi madre, señalándome frenéticamente, con el objetivo de que yo me volviese hacia dentro.

Miró la bolsa que tenía en la mano mientras nos volvíamos al vestíbulo, pero no dije nada. No sé si se había dado cuenta que las cintas estaban echadas a perder o si sencillamente aún no quería saberlo.

—Necesito que te lleves a los Moynihan-Richards de vuelta a casa —dijo—. Tienes que llevártelos allí ahora mismo porque quieren marcharse esta noche. Quieren irse a Arkansas. Lo antes posible.

Su voz era puro pragmatismo, aunque yo no tenía intención de discutir nada. Me alegraba poder encontrar cualquier pretexto que me sacase de allí. Incluso éste.

—Y escucha, Emmy, ¿vale? No sé si a estas alturas hay alguien más que pretenda quedarse con nosotros pero si soy yo la que intenta que se vayan, terminarán quedándose tres días. Tendré que hacerles la cena a todos ellos. Tendré que invitarles a que se queden el resto de la semana.

—Mamá, ya me ocupo yo —dije—. Te lo prometo.

—Porque necesito la casa vacía, Em. Para cuando yo llegue esta noche. Quiero que excepto nosotros cuatro, todos estén fuera. Necesitamos estar un tiempo allí solos, ¿no te parece? —hizo una pausa, miró al techo lo más lejos que pudo del suelo y continuó—: y por favor, cuando puedas mete el pie en agua durante media hora, ¿vale?

Miré la servilleta que asomaba por debajo del talón y descubría mi propia pequeña herida. Casi me había olvidado entre tanto caos.

—Simplemente siéntate ahí y métela en agua —continuó—. Añade media cucharada de sal.

—Echaré un montón de sal al agua —dije—. ¿Qué más quieres que haga por ti? Disintió con la cabeza. Metió la mano entre mi cabellera, moviéndola.

—Nada.

—Entonces ¿dónde estarás? —pregunté.

—Estaré con tu padre —dijo—. Donde quiera que decida llevarme.

No solía ocurrir que el periodo de tiempo inmediatamente posterior a la boda, fuese el escogido para que los prometidos se marchasen juntos en un viaje a lo grande. Todo

el asunto de emprender un viaje procedía de una tradición mucho más modesta del Norte de Europa, en la que se bebía un vino posceremonial, a base de aguamiel fermentada, que debía traer buena suerte. La idea era beberlo durante un mes, o durante un luna, algo que daría nombre al término luna de miel. Sin embargo, tras esta boda yo tenía la certeza de que el único vino que se bebió fue el del Volvo en el que yo llevaba a los Moynihan-Richards: ambos estaban sentados en el asiento trasero —al estilo chófer, uno a cada lado, de un papa Smurf con el cinturón abrochado—, los dos le metían grandes tragos a un jarro que habían mangado en algún lugar del hotel.

El profesor Moynihan-Richards insistía en ofrecerme un poco, pienso que tratando de hacerme ver que no me acusaba de lo ocurrido anteriormente en el salón de baile. Por lo del cacao que se había montado este fin de semana.

—Culpamos a tu hermano, no a ti —largó de golpe en un momento determinado—. Y a tus padres. Aunque a ellos sólo un poco.

Le sonreí a través del espejo retrovisor.

—Gracias —dije.

No me parecía el momento idóneo para recalcar el hecho de que también habría estado justificado culparme a mí. Especialmente porque yo había fingido ser la amiga de su hija, cuando en realidad resultó que mi verdadera amistad con ella no dejaba de ser algo secundario. Pensé en lo que sería de ella, de vuelta en el hotel. Qué sería de ambos. ¿Dónde estaba cada uno? ¿Cómo trataba la gente de ayudarse mutuamente? Tenía esta imagen de ambos sentados en esquinas opuestas del cuarto de estar de una suite enorme, hablando entre ellos a trancas y barrancas y con ambos queriendo marcharse pero sabiendo que no era posible. Sabiendo que cuando lo hiciesen, entonces sería el final.

Encendí la radio y busqué una emisora de onda media que no retransmitiese anuncios publicitarios.

—¿Qué os parece si escuchamos el parte meteorológico? ¿Ver cómo van las carreteras para vuestra vuelta a casa?

Pero la señora Moynihan-Richards se inclinó hacia delante, sobre el asiento delantero, apagó la radio y situó enérgicamente sus dedos alrededor de los bordes de mi asiento.

—De todos modos tenemos que ir ahí —dijo—. ¿Qué más da lo que nos cuenten?

—Supongo que ése es un modo de verlo —dije, sin botar precisamente de alegría por tener a la señora M-R dentro de mi espacio privado. Ésta era la primera vez que mantenía con ella algo parecido a una verdadera conversación. Teniendo en cuenta las excepcionales circunstancias de hoy, también sería la última.

Y aun así, yo sólo quería que se reclinase, algo que parecía decidida a no querer hacer.



—De modo que ahí va una pregunta para ti —dijo, inmóvil—. ¿Eso que te vi meter atrás eran tus cintas de vídeo? ¿Cintas del documental del que nos habló Meryl y en el que habías trabajado en Rhode Island sobre los pescadores?

—Sobre sus esposas —corregí—. Sí, ésas eran mis cintas.

Porque lo eran en el más absolutamente hiriente tiempo pretérito de la palabra. Imaginé que podría rescatar unas cuantas pero apenas pude hacer nada por recuperar la mayoría de historias que se extinguirían con ellas. Aun así, era posible que se salvaran algunas cintas. Era posible que éste aún no fuese el final.

—No sé mucho de vídeos, pero parecían estar más bien derretidas —dijo el profesor Moynihan-Richards.

Gracias, genio, me habría gustado decir. Pero le ignoré o lo intenté. Esta vez él también se había inclinado hacia delante y sus brazos abrazaban el asiento vacío del copiloto.

La señora M-R le lanzó una mirada.

—¿Meryl dijo que intentas hacer películas que terminan bien? ¿Es ése tu objetivo al hacer una película?

Asentí con la cabeza, aunque me hacía temblar un poco escuchar a alguien decirlo en alto. Sonaba muy tontaina y también cómo, con las interminables cintas existentes de rollo de película, había estado igual de lejos de finalizarla que ahora, una vez que todo estaba echado a perder.

Me miró a los ojos, de soslayo, a través del espejo retrovisor y por lo visto totalmente insatisfecho con mi gesto de asentimiento.

—¿Pero no crees que ésa es una empresa más bien poco ambiciosa? —dijo—. ¿Tratar de hacer películas así?

—¿Cómo? —pregunté.

—Felices —dijo.

—Bueno, no es que quiera ser yo aquí quien dé las malas noticias —dijo la señora Moynihan-Richards—, pero creo que nos desviamos del tema principal, que es, en primer lugar, por qué decidiste meter el rollo de película en una bolsa de basura. Al menos, a un nivel subconsciente, no cabe duda de que para ti los desechos deben ser un objetivo prioritario. Haber colocado las cintas en la bolsa de basura, lo clarifica sobremano.

El profesor Moynihan-Richards asintió con la cabeza a lo dicho por su esposa. Por un instante yo había olvidado que eran profesores de sociología, pero volví a recordarlo por el modo en que se miraban, por cómo me miraban a mí, como si elaboraran un estudio clínico. El informe detallado de una chica que metió todo lo que pensaba que importaba en la basura. El único problema con su teoría era que mi subconsciente, en mi experiencia, trabajaba de modos más enrevesados, teniendo en cuenta cómo había vivido yo en los últimos años. Pensé que podría sostener la

argumentación bastante convincente de que si realmente intentase deshacerme de las cintas, una bolsa de basura sería el último sitio donde las dejaría.

El profesor M-R se echó aún más hacia mí.

—¿Así que realmente llegaste a pensar que terminarías la película? ¿Que encontrarías el final que buscabas?

Volví a fijar la vista en la carretera.

—Pienso que esperaba que ocurriese otra cosa.

—¿Cómo qué?

Volví a mirarlos.

—Que alguien me lo dijese —dije.

—¿Qué te dijese, qué? —dijo la señora M-R.

—Cuál debía ser el paso siguiente —dije.

Me miró durante otro instante antes de reclinarsse, acercó el jarro y volvió a mirar través de la ventana. El profesor M-R hizo lo mismo.

—Bueno —dijo ella—. Eso es aún más triste.

Luego se calló. Él igual. Pero yo aún advertía sus miradas fieras, incluso cuando pensaban que yo no los miraba: no miradas desagradables, sino de lástima, que yo encontraba aún peor. Pude percibir cómo latía mi corazón y las cintas —en la parte trasera—, lo juro: sentí el tremendo agobio de su peso sobre el monovolumen.

Y antes de volver a pensar en ello, y lo cierto es que ya no podía seguir haciéndolo, me detuve en el arcén y paré el motor. Y con los Moynihan-Richards y las Montañas Ozark como únicos testigos, cogí la bolsa de cintas del maletero, y la tiré. La lancé todo lo lejos que mis manos y mi lesionado pie me permitieron, todo lo lejos de mí que pude. Casi parecían gaviotas, las cintas digo, que salían volando desde lo alto de la bolsa hacia el vacío. Gaviotas enfermas, más bien gaviotas moribundas. Porque aterrizaron sobre la hierba y a no más de tres metros de donde habían emprendido vuelo.

No diría que me alegraba verlas así, los restos vencidos de estos tres últimos años de mi vida, pero sí me sentí aliviada. Me sentí profundamente aliviada de no estar muriéndome junto a ellas ahí fuera.

Volví al monovolumen y sin mediar palabra encendí el motor y me reincorporé a la carretera, de vuelta a casa. Fue sólo al ponernos en marcha cuando habló la señora Moynihan-Richards.

Habló bajito.

—¿Seguimos adelante y damos por sentado que tienes otras copias?

—Sólo —dije—, si quiere dar por sentado lo que no es tal.

No recuerdo muy bien ni cómo me despedí de los Moynihan-Richards, ni qué hice cuando entré en casa, ni cuándo los llevé hasta su caravana, y me los quité de encima. Sin embargo, al entrar, todo el lugar estaba vacío y en el silencio más absoluto. Casi daba miedo. Aún no sabía qué sacar en limpio del viaje en coche con ellos, exactamente de cómo asimilar mentalmente lo que me había dicho en el margen de la carretera. Ahora no me sentía aliviada por haberme quedado sin cintas, porque mi interminable proyecto hubiese encontrado un final. Sin embargo tampoco sentía gran amargura. Si tuviese que describirlo, diría que sentía un espacio que se abría dentro de mí, un espacio más grande de lo que pudiera recordar desde hacía mucho tiempo. Sentía nostalgia.

Entré en la cocina, escribí una nota a toda prisa en el cuadernillo con forma de oso panda de mi madre y la pegué con papel celo sobre la puerta de entrada.

Decía: «Me voy. ¡Gracias!».

Luego, lentamente, me dirigí a mi dormitorio. No encendí ninguna luz al abrirme paso hacia la familiar escalera, trepé los escalones a rastras hasta mi habitación, y abrí la puerta con la vaga esperanza de encontrarme con algo excepto con lo que me topé.

Con Berringer.

Estaba tumbado, tumbado a sus anchas en mi cama. Estaba sobre la manta, vestido pero descalzo. Iba a preguntarle cómo había llegado hasta allí antes que yo pero en el fondo me daba igual. En realidad no me importaba cómo lo había hecho, ni qué es lo que había ocurrido primero. No parecía importar demasiado.

En vez de hacerlo, me senté sobre el borde de la cama y estuve un rato sin decir nada. No moví ni un músculo. Él tampoco. Sin embargo me colocó las manos sobre la espalda todo el tiempo que estuve ahí sentada y presionó suavemente con sus dedos. Mi corazón latía tan rápido que me preocupaba que él pudiese sentirlo a través de las yemas de sus dedos. Me preocupaba que ésta fuese la razón por la que tenía ahí sus manos: para tranquilizarme.

Me quité los zapatos, los coloqué justo al lado de los de Berringer y me deshice el peinado. Luego volví a levantarme y cerré la puerta. Me tumbé junto a él. Berringer me veía hacer todo esto sin mediar palabra. Al menos creo que me observaba. Pude distinguir cómo parpadeaba en la oscuridad. Mi costado izquierdo rozaba su costado derecho, brazo lateral con brazo lateral, cadera con cadera, pierna lateral con pierna lateral. Pie con pie convaleciente.

—¿Te duele? —preguntó.

—He estado mejor.

No dijo nada. Pero se volvió hacia mí, apoyándose en el codo, esperando a que yo continuase.

—Hoy he empeorado las cosas —dije.

Discrepó con la cabeza.

—No tienes tanta fuerza para hacerlo.

Seguí tumbada boca arriba, pero giré la cabeza para situarme frente a él. Empecé por preguntar por qué Celia no había acudido a la boda. Pero luego caí en la cuenta de que éste no era el momento para hacerlo. Incluso aunque yo aún desconociese el porqué —si en realidad él no hubiese dicho en alto que tras la boda-ensayo habían discutido, que él le había dicho que no pensaba que pudiese seguir viéndola—, sabía que había terminado con ella. Simplemente lo sabía. Con Berringer no había más vuelta de hoja. Era bonito que entre todos estos muchachos a los que yo quería, hubiese alguien para quien las cosas no fuesen de otro modo.

Berringer me volvió de costado y, a cierta distancia, empezó a desabrocharme el vestido. Sus manos, frías y rápidas, actuaron sobre mi piel desnuda, como el cristal.

—Descansemos un rato —dijo. Ahora se apoyaba con sus manos entrecruzadas sobre mi estómago.

—¿Con tus manos así? —pregunté.

—Podemos intentarlo —dijo.

Me volví para colocarme frente a él. Tenía las manos sobre mi espalda.

—Está bien —dije, besándole al decírselo. Parecía tan nervioso que en cierto modo me aliviaba no sentirme así yo misma, no sentir lo nerviosa que estaba.

Lo que era bueno.

Porque si hubiese hecho otra cosa, si no le hubiese seguido el rollo, si él tampoco me lo hubiese seguido a mí, si él no hubiese acariciado mi piel, no se hubiese tumbado sobre mí, junto a mí, puede que nos lo hubiésemos pensado mejor.

Puede que no hubiésemos seguido adelante.

Pero en vez de eso, me agarró, tiró de mi pelo hacia atrás con sus dedos, ojos abiertos sobre ojos abiertos, observando, y al principio todo transcurría tan lentamente, que era como si hubiésemos estado aquí, justo aquí, mil veces en vez de una, como si esta vez quizás pudiésemos aferrarnos a ello. Descubrir su situación. La de algo viejo, silencioso y perdido que puedes volver a ver simplemente durante unos cuantos segundos, ver un destello radiante, antes de tener que parpadear, de cerrar tus ojos frente a ello, soltarlo rápidamente.

Debí haberme quedado dormida porque al despertarme, estaba desnuda y Berringer se había marchado, lo que me hizo sentirme más desnuda. Me levanté lentamente, pero de todos modos sentí la intensa presión del latir de mi corazón girando alrededor de mi pie. Volví a tumbarme, cogiendo aire incómodamente. Mientras lo hacía, sonó el teléfono móvil y lo cogí con cuidado, evitando mover el pie, que me pesaba como un cañón.

JOSH.

—Tío. ¿Dónde estás? —pregunté.

—Aún estoy en la ciudad —dijo—. ¿Tú dónde estás?

—En casa.

—¿Estás en casa?

Carraspeé. No sabía qué más decir. No quise hablar de Meryl o presionarle para que me hablase de su vuelta al hotel. Quise que me contara cuándo estaba preparado. Yo esperaba que ahora no tuviese ningún problema en decirme cuándo estaría dispuesto.

—Escucha —dijo—. En realidad busco a Berringer. ¿Se ha pasado por casa? ¿Le has visto por algún lado?

Salté como un rayo y fui a por mi vestido.

—¿Por qué iba a verle en alguna parte? ¿Por qué iba a ver a Berringer en ningún sitio? —supe que me andaba por las ramas, pero no lo pude evitar.

—Emmy —dijo—. Tranquila.

—Estoy tranquila —dije. Una vez más no era la mejor respuesta.

—Mira, si llama a casa, ¿podrías simplemente decirle que le estoy buscando? Tenía que quedar conmigo a medianoche. Pero llegaré un poco más tarde.

Medianoche. He quedado con Matt a medianoche. Me volví y miré la hora: las once y treinta y seis minutos. ¡Dios mío!, eran las once y treinta y seis. El restaurante económico estaba a quince minutos. Si me levantaba ahora y ni siquiera me duchaba, si me ponía lo primero que veía, podría llegar a tiempo.

—Oye, Josh, de veras, tengo prisa —dije—. Te veré cuando te pases por aquí ¿vale?

Pero no me oyó.

—¿Qué? —dijo.

No había tiempo para repetirlo.

De modo que colgué.

Había un par de normas universales que yo había aprendido y a las que debía ceñirme. La primera era que si yo tenía prisa para ir donde fuese, o bien para casarme, para llegar a mi destino o para averiguar lo que me iba a ocurrir en mi próxima vida, inevitablemente llegaría tarde e iría más despacio tan pronto como me atreviese a decir las palabras en alto, tan pronto como reconociese, incluso mentalmente, que en ese momento yo quería estar en otro lugar.

Lo segundo era que primero mi madre me haría comer algo.

Abrí la puerta principal, llaves del coche en mano, para encontrarme a mi padre y mi madre al otro lado, desprovistos de sus atuendos nupciales y con mi padre cargando con la caja más alta que yo había visto nunca.

—¿Cuándo llegaste a casa? —preguntó él desde el otro lado de la puerta.

—¿Y vosotros cuándo llegasteis? —dije.

Sacudí mi pie convaleciente, apoyándome en el pomo de la puerta. Mi madre bajó la vista para observarlo de un modo instintivo y sus ojos treparon, para comprobar mi atuendo: pantalones de pijama con relucientes nubes por todos lados y una camiseta blanca con cuello en V, que decía: «Yo K Mt. Airy Lodge» y atravesaba mi pecho en un color azul celeste a juego.

—Tienes un aspecto estupendo —dijo ella, inclinando la cabeza hacia mi atuendo, antes de indicarme que me apartase para dejar el camino libre para que mi padre pudiera entrar en casa. Ella le siguió.

—Ven conmigo un momento a la cocina. Quiero hablar contigo.

—Mamá, llego tarde —dije—, señalando la puerta de entrada que aún conservaba la nota escrita a toda prisa.

Ella ya estaba en la cocina.

—Bueno, entonces tendrás que llegar algo más tarde —demandó.

Arrugué la nota y la seguí hasta la cocina de mala gana, sentándome en una de las banquetas. Mi padre colocaba la caja sobre la encimera. Quitó lentamente la tapa, desvelando una gloriosa tarta amarilla de piña. Con sus seis pisos enteros.

—Trae mala suerte no comer un trozo de la tarta de boda —dijo mi madre, mientras se sentaba en una banqueta frente a mí y tiraba hacia atrás del pelo que le caía sobre el rostro.

—Pero no se han casado —dije.

Me lanzó una mirada.

—¿Vas a tirarte el resto de mi vida discutiendo por todo? Dímelo ahora.

Mi padre nos besó en la frente a ambas —primero a mi madre y luego a mí— antes de ir hacia las escaleras.

—A mí puedes subirme un trozo —dijo—. Necesito estar bajo la ducha durante las siguientes nueve horas.

—Nos vemos allí —dijo mi madre, mientras le veía marcharse. E igual que

cuando yo era pequeña y vivía aquí, tuve la misma extraña reacción que siempre había tenido al ver cómo flirteaban: entre la náusea y el alivio. Ella se volvió hacia mí y me sonrió—. Ahora —dijo, sacando dos tenedores del recipiente de la encimera y entregándome uno de ellos— quiero que me digas exactamente lo que piensas.

—¿Acerca de qué, mamá?

—Acerca de adónde se va tu hermano. Obviamente después de enfrentarse a lo ocurrido esta noche y a la que ha liado. Y es que la ha montado buena, debo añadir.

Cerró los ojos, como enfrentándose a toda la situación.

—¿Crees que irá a verla ahora? ¿A esta otra amiga?

—¿Sabes lo de su otra amiga? —pregunté—. ¿Sabes lo de Elizabeth?

—¿Se llama así? —Sujetó el trozo de tarta frente a la boca—. Bonito nombre —dijo.

—Ésa parece ser la opinión general.

Le metió un bocado a la tarta y masticó lentamente.

—Come sólo un poco —dijo.

Negué con la cabeza y miré el piso bajo de la tarta. El blanco azucarado de dentro delataba el lugar donde mi madre había hincado el cucharón.

—No puedo —dije—. Te dije que voy pilladísima de tiempo.

Me miró con aire interrogador, como queriendo decir: ¿para qué?

No respondí, algo que, supongo, era la única respuesta que pedía.

—Ah —dijo, mientras soltaba el tenedor.

—Mamá, no voy... a empezar otra vez con esto. Quiero decir, con Matt. Le quiero. Pero no puedo. Ahora lo sé. Ahora sí que lo sé —dije.

Y tan pronto como pronuncié las palabras, supe que decía la verdad. Por fin comprendí que no podía volver con Matt y no preocuparme día tras día de tener que terminar volviendo a este preciso lugar. A este sitio en el que no tenía ni idea de cómo ser feliz.

—Sabes, debo decir que no estoy segura de que entienda a mis hijos —dijo, limpiándose las manos con una servilleta. Señaló la puerta principal.

—Uno se tira años entre dos mujeres, con la esperanza de que una de ellas, con el tiempo, tome por él la decisión que sólo él puede tomar. Y la otra organiza su vida de tal modo que, incluso cuando elige una opción, siempre está eligiendo la otra a la vez. Ella se marcha, ella se queda. Se queda justo en el punto en el que se marcha.

Traté de sonreírla, cosa que me hizo echarme a llorar.

—Cuando eras una cría, siempre decías que Josh era quien lo decidía todo porque era mayor. Mamá, ¿por qué es quien lo decide todo aquí?, solías decir. No es justo. De modo que para tu séptimo cumpleaños, tu padre te dejó escoger dónde irnos de veraneo. Te dejó escoger cualquier ciudad de Norteamérica tan lejos como Seattle o tan cercana como Manhattan. ¿Sabes que ciudad elegiste?

Lo sabía incluso sin necesidad de que ella dijese nada. Siempre lo había sabido, y yo también empezaba a comprender otra cosa, a dónde quería llegar. Algo que no quise ver hasta este momento.

—A Londres —dije.

—A Londres —repitió—. Y la cuestión era que no importaba cuántas veces te dijese que no íbamos a pagar cuatro billetes de avión a Londres. Que la única opción era un viaje por carretera. Era como si te cerrases en banda. Y cuando papá sacó incluso aquel mapa y trató de explicarte que Londres ni siquiera estaba en los Estados Unidos, tú no parabas de discutir con él. Pero yo quiero ir a Londres. Es la mejor ciudad de América. Es el único sitio al que quiero ir. Te tiraste semanas haciéndolo. Eras como un disco rayado.

—¿Y dónde terminamos yendo aquel año? —pregunté, tratando de recordarlo. No me acordaba.

—A Hershey, Pennsylvania... que te encantó. Aquel primerísimo día, te volviste hacia tu padre y le dijiste: «Papá, creo que Hershey, Pennsylvania, es incluso mejor de lo que hubiese sido Londres».

Hershey. Lo único que pude representar mentalmente con total seguridad fue el viaje en coche hasta allí, sentada detrás de mi padre en el asiento trasero, clavando la vista, malhumorada, en su cogote.

—¿De verdad dije yo eso?

—No —negó con la cabeza—. No paraste de quejarte durante todo el tiempo. Este restaurante no es Londres. Esta tienda de golosinas no es Londres. Ahí tampoco es Londres.

—¿Cómo puede ser que no lo recuerde?

Se encogió de hombros y volvió a coger su tenedor, esta vez preparándome un trozo.

—Estuviste demasiado ocupada quejándote.

Le metí un mordisco al suyo. Sabía dulce, a fruta, y estaba algo calentito, del coche, del apagón, o por las dos cosas. Me quedó un fuerte sabor en la garganta.

—Siento haber sido así —dije.

—No hace falta que lo sientas —dijo—. Simplemente tienes que tratar de entender lo que te estoy diciendo. Te he contado cómo nos conocimos tu padre y yo, ¿verdad?

—Sólo un par de docenas de veces.

—¿Pero te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —dije—. Le viste y te saliste del baño y sabías que debías estar con él. Simplemente lo sabías. Desde aquel instante sólo se trataría de ambos.

—Para nada —dijo.



La miré, incrédula.

—Está bien —dije—. Estoy alucinando.

—Lo que yo sabía era que si salía del baño y le decía adiós, no pasaría nada. Iría al cine y conocería a otra persona, si no esa misma tarde, pues otra tarde, y habría llevado una vida totalmente diferente. Estaría casada o no con otra persona. O reharía mi vida amorosa con mi primer novio, Neiman Mortimar, quien da la casualidad que ahora es el mayor distribuidor de vestidos de baile de todo el área nororiental. Y tendría otra casa. Otro mobiliario. Quizás muebles de color blanco. Y daría grandes y maravillosas cenas del Sabbath. Y a mi suegra la querría mucho, muchísimo.

—¿A Susan Mortimar? ¿Esa mujer diminuta y con bastón a la que siempre saludas en el supermercado Whole Foods? ¿La del pelo rosa, que lleva el minicarrito?

—¿No es un encanto?

Ya no aguantaba más. Empecé a llorar de verdad. La piña se me metía en la garganta por el lado que no debía. Mi madre se acercó a mí, cubriendo el espacio de la encimera que había entre las dos.

Pero no fue a por mi mano, ni tampoco se inclinó para poder acariciar mi rostro. Simplemente se encogió de hombros.

—Lo que ocurrió el día que conocí a tu padre —dijo—, es que aprendí que se debe elegir. Para bien o para mal. Tienes que elegir el rumbo que tomará tu vida.

Traté de tragar, traté de pensar en lo que quería decir, en lo que en realidad estaba pensando.

—Simplemente creo que aún no tengo buenas opciones —dije—. Me resulta difícil olvidarme de las viejas.

Hizo ademán de no creérselo del todo.

—Bueno. De todos modos, en este asunto vas muy por detrás —dijo—. Sigues sin avanzar desde el mismo lugar en el que te quedaste atascada cuando contabas siete años.

—¿Y qué lugar es ése?

—El lugar en el que necesitas elegir entre las opciones que están ahí, y no entre aquellas que ya no lo están. Al menos no como necesitas que estén. Todavía estás atrapada en una idea imaginaria de cómo podía haber sido. Necesitas pensar en cómo es ahora. Y en cómo quieres que sea.

En cómo pudiera haber sido. En cómo quiero que sea. Se estaba formando un listado en mi cabeza. En la columna del «pudiera haber sido» estábamos Matt, Meryl, Josh y yo. Había un viaje a Londres que aún no había transcurrido y había un futuro, centenares o uno, que yo aún no había empezado a imaginar. ¿Qué había en la columna del cómo quiero que sea? ¿Qué podía poner ahí? ¿Valdría un nuevo conjunto de preguntas?

Pero no se lo pregunté. No abrí la boca. No cuando lo que yo pensaba era que no

tenía ni idea de lo que se había distanciado mi vida de cualquier otra que yo había querido para mí. Vivía en un pueblo pequeño, en la más absoluta soledad, algo que no habría estado mal de haberlo elegido. Pero yo no había elegido ninguna otra cosa y de pronto, vi muy claro que no era lo mismo.

Mi madre volvió a coger el tenedor y le metió a la tarta un último bocado grande y totalmente glaseado.

—Y no te ofendas ¿vale? Pero yo no volvería a llevar puesta esa camisa. En realidad nadie adora la Montaña Airy Lodge. Ni siquiera quien finge hacerlo.

Llegué a mi cita al restaurante económico con un retraso de casi veinte minutos. No parecía que hubiese cambiado un ápice en los últimos diez años: grandes ventanas abiertas formando una hilera a lo largo de todo el restaurante, amplias columnas blancas a cada lado de la entrada, un enorme letrero de neón de un rosa brillante. Busqué una plaza y aparqué el coche por casualidad, en la parte trasera, cerca del contenedor de la basura. Con el pie bueno, fui en línea recta hacia la entrada. Resultó que no pude llegar allí a tiempo.

No es que estuviese impaciente por decirle que no a Matt, o que por arte de magia supiese lo que debía decirle, para dejarle ir sin más ataduras. Pero quería pedirle disculpas por haberme marchado de la habitación del motel, y no porque yo no hubiese hecho lo correcto, sino porque por fin comprendí que esto nos evitó hacer lo único que debíamos haber hecho. Habernos despedido de un modo que yo consideraba genuino. Y ahora yo ya estaba dispuesta a hacerlo. Y quería desearle suerte en París. Quería desearle suerte.

Sólo que al llegar al restaurante, él ya se había marchado. El camarero me dijo que había venido antes pero que ni siquiera se había sentado. No se sentó y en realidad ni tan siquiera echó un vistazo a su alrededor. Simplemente le dio un sobre grande de papel de manila que pidió fuese entregado a una chica llamada Emmy.

—¿E imagino que tú eres la muchacha llamada Emmy? —dijo, pronunciando «Emmy» con un fuerte acento griego—. Supongo que tú tampoco vas a pedir nada. ¿Sabes?, esto no es un servicio de mensajería.

—Lo siento —respondí, cogiendo el sobre de sus manos—. Se lo agradezco de veras.

Traté de sonreírle, pero él no me siguió la corriente, y salí a las escaleras de la entrada. Me senté junto al pasamanos y abrí el sobre, lentamente, temerosa de lo que pudiera haber escrito.

Pero dentro no había ninguna carta para mí. No había ni una nota, ni siquiera una tarjeta.

Simplemente había una pequeña flecha dibujada sobre la tapa del sobre, que apuntaba hacia abajo. Esto aún te pertenece, escrito en mayúsculas y situado justo encima del rabillo de la flecha.

Abrí el sobre casi por completo.

Y allí, bien remetido en la esquina izquierda, algo resplandecía. Era mi anillo de compromiso.

Lo cogí y lo saqué con cuidado, agarrándolo con la mano. Esta parte de Matt y mía era la parte tangible de lo que había sido nuestra vida juntos. Lancé el anillo hacia mi dedo meñique, sujetándolo con la boca. Y ahí estaba yo: de vuelta a mi habitación en el motel de Narragansett. Miraba al techo. Me quité el anillo. Estaba a punto de hacer lo que tenía que hacer una última vez. Decía adiós.

Decírmelo a mí misma suponía un tipo de suerte engañosa, porque yo sola debía creérmelo. Pero esta vez parecía como si Matt también lo dijese. Desde más allá de la plaza de aparcamiento, donde él se había marchado con el coche algunos instantes antes de llegar yo. ¿Cuándo tomó la decisión de que eso era lo que había que hacer? Esta mañana, al despertarse, al pensar en nosotros, y quizás, al venir hacia aquí, una vez más, meditándolo. Quizás el cuándo no importase. Lo único que importaba era que hubiese llegado a la misma conclusión. Y por primera vez en mucho tiempo, ambos nos proporcionamos lo que necesitábamos.

Durante todo este tiempo Matt había dejado el anillo en Scarsdale porque tampoco quiso mirarlo. No quiso observarlo más de lo que yo quise hacerlo, algo que quizás no fuese el peor camino a seguir por nuestra parte, al recordar que contaba. Pero no contaría en todos los sentidos. Al saber que la distancia entre nosotros empezaba a desaparecer. Y tenía una remota idea de lo que estaba por venir —un destello de la verdad sobre este asunto— que suponía que la distancia entre nosotros vendría y se iría. Sería diferente y no lo sería tanto. Recordaría a Matt, y le recordaría equivocadamente. Y probablemente entonces sería cuando más le echaría de menos.

Detrás de mí, oí golpes y me volví para ver al camarero con la nariz aplastada contra la puerta principal del restaurante, y con sus manos a ambos lados de la misma.

—¿Todo bien? —voceó a través del cristal.

—Casi —respondí dando otra voz.

—Bien —dijo, mientras abría la puerta—. Entonces podrías salirte de mi escalera.

Debía hacer una última parada.

Mi plan inicial era volver a casa y ver a Josh —llamarle si aún no había vuelto— pero ya de camino no pude hacerlo. Ni siquiera estaba segura de que pudiese recordar con precisión cómo llegar a este lugar, especialmente en la oscuridad. Había estado allí muy pocas veces, y todas ellas hacía mucho tiempo.

Pero lo cierto es que averiguaría cómo hacerlo en ese preciso instante, aunque fuese lo último que hiciese.

Cuando paré el coche, Berringer jugaba al baloncesto en el camino de entrada para coches. Estaba justo debajo de la canasta y lanzaba un tiro tras otro, cogiendo la pelota tras traspasar la red. La entrada estaba oscura, por lo que jugaba bajo el resplandor de las luces delanteras de su coche. Bajo la luz, tenía un aspecto blando y rubicundo.

Lentamente, caminé hacia él.

—¿No te preocupa despertar a los vecinos? —pregunté.

Me examinó con la mirada, bastante sorprendido, mientras sonreía y sujetaba el balón bajo el brazo.

—Balón aéreo —respondió—. Seguro a cualquier hora de la noche.

Le devolví la sonrisa. Estaba tan cerca de mí que podía sentir el calor de sus piernas. Me preocupaba que pudiese notar el latir de mi corazón. Aunque él no pudiese hacerlo, yo sí podía decir que me miraba para encontrar algún indicio de qué hacer. Yo no pretendía quedarme allí y que se viese obligado a decirme algo, pero tampoco podía marcharme.

—Se te ha escapado por seis minutos —dijo, pasándose el balón al otro brazo—. Acaba de marcharse.

—¿Josh?

Asintió con la cabeza.

—Dijo que iba a la piscina.

—¿A la piscina de Scarsdale? ¿Por qué? —Alcé la mano—. ¿Sabes qué? Como si no hubieses oído nada. No quiero saberlo.

—Entonces no te lo digo. Ni siquiera te daré una pista.

Hizo una pausa y me di cuenta que tenía dificultad en dar con lo que quería decirme.

—Pero deberías saber, respecto a lo de antes, quiero decir, a lo nuestro... que me quedé atrapado en el baño. No es que desapareciese sin más. No te haría algo así.

Moví la cabeza.

—No tienes por qué dar explicaciones.

—No, lo sé. Pero me quedé atrapado. Oí a tu madre revolviendo en el armario donde están las sábanas y las fundas para almohadas y yo no llevaba puestos los pantalones y no supe cómo salir de allí sin generar alarma. Hubo un momento en el

que pensé que ella estaba abriendo la puerta del baño y salté a la ducha.

Noté cómo empezaba a reír.

—En realidad podías haberte quedado en la ducha ¿sabes? Incluso, podías haber dormido allí —dije—. Eres el mejor amigo de Josh.

—¿Ves? ¿Dónde estabas para dar un consejo de ese tipo, cuando yo lo necesitaba? Esto es lo que llaman un día de retraso y un dólar de menos.

Reí, igual que él.

Pero a continuación dejamos de hacerlo.

—Emmy, lo que pienso es que quizás debiéramos hablar de ello —dijo—. Acerca de lo que ocurrió. Si quieres hablarlo.

Empecé por responder afirmativamente pero en realidad no estaba segura de que pudiese hacerlo. Si él se iba a limitar a decir algo para que yo me sintiese bien —para que yo me sintiese bien respecto a nosotros tirando cada uno por nuestro lado— entonces preferiría dejarlo todo en el lugar en el que estaba. En un lugar en el que yo volví a sentirme francamente feliz durante unos instantes.

—¿Y qué es lo que queda por hablar? —pregunté—. ¿No es ésta la parte en la que me salvas la vida?

Me sonrió. Fue una sonrisa amplia y plena. Y por un instante pensé que eso era lo que él iba a decir que quería hacer. Como si pudiese hacerlo. Como si alguien que no fuese yo, pudiese hacerlo por mí.

—¿Qué te parece si te digo que siempre tendrás un sitio en el que quedarte en San Francisco si alguna vez lo necesitas?

—Te diré que suena de maravilla —dije. Luego le estrujé la mano, se la estrujé tal y como quise hacerlo y me aparté. Pero me sujetó del brazo. Y la verdad es que me retuvo.

—Sabes —dijo—. Podrías pensarte lo de necesitar quedarte en algún sitio. Podríamos organizar algo de ese tipo. La gente lo hace.

—¿Qué gente? —pregunté.

—Simplemente algunas personas que conozco —dijo—. Gente que es capaz, ya sabes, de admitir que alguien les atrae un poquito.

—Ja, ja —dije, mirando al suelo. Estaba roja como un tomate y la cosa iba a más. Y yo sabía que incluso en la oscuridad, él notaba cómo me sonrojaba. Y él sabía que no había modo de parar algo así.

Lanzó el balón al aire y lo cogió.

—No tienes que decirlo ahora ni nada por el estilo —dijo—, sino simplemente algún día.

—Algún día —dije, volviendo a mirarle—. Pero antes de empezar a organizar viajes de ningún tipo, desde luego tendré que volver a Rhode Island durante un breve espacio de tiempo, dejar mi trabajo, coger mis cosas y trasladarlas a algún lado.

—¿De vuelta aquí?

—No, no puedo hacer tan feliz a mi madre —dije—. Sería malo para el equipo. Pienso, quizás, en la Escuela de Cine de Los Ángeles o a lo mejor en conseguir un curro en cierto modo más relacionado con las pelis que con los peces.

—¿Pero se acabó Narragansett?

—Se acabó —dije.

Y sonaba bien. Sonaba tan bien que no podía negarlo. Lo del documental se acabó. Yo no pretendía empezar otra vez, aunque en teoría podía hacerlo. Esta vez podía intentar hacerlo bien. Pero en realidad no tenía ni idea de cómo hacerlo y, sabía que no podía seguir empleando más tiempo tratando de averiguarlo: cómo empezar otra vez, o cómo dirigirlo hacia donde yo pensaba que debía ir. Ahora entendía que podría decir lo mismo, exactamente lo mismo, acerca de Matt.

—Simplemente no creo que haya razón alguna por la que deba volver ahí —dije.

Asintió con la cabeza.

—Parece una buena razón para intentar otra cosa.

Lo parece. A mí también.

—¿Sabes? En Stanford tienen un programa de estudios maravilloso. Quiero decir, no es que sepa mucho acerca de estas cosas pero he oído que sin duda es el mejor programa de películas documentales del país. Y no lo digo por mí —añadió apresuradamente—. Sólo lo digo.

Le sonreí.

—Bueno, te agradezco que... digas.

Ambos permanecemos en silencio. Me habría gustado que añadiese algo más. Cualquier otra cosa. Era todo lo que quería.

Pero quizás era yo quien debía hacerlo.

—¿Por qué no te llamo cuando llegue allí? —dije—. Quizás pudieras hacerme una visita.

—O podríamos quedar a mitad del camino —dijo—. Y no pretendo que suene simbólico en absoluto. Big Sur está en el medio, y Monterrey. Es un sitio alucinante. Y allí está el gran restaurante, justo a la orilla del agua, cerca de Carmel. Está en una vieja cabaña. Es un lugar diminuto que tiene como unas seis mesas en total. Un colega mío es el cocinero. La verdad es que es un cocinero de primera. No es tan bueno como yo, pero, ya sabes... —sonrió—. Puede que incluso tenga que tomar una comida de verdad.

—Entonces, me apunto —dije, y lo hice. El lugar era algo increíble, toda esa zona a lo largo de la costa de California. Estuve allí cuando era una niña pequeña y me atraía volver. Realmente me gustó la idea por los cuatro costados. La idea de subir la costa en coche y de tener un lugar que visitar que me emocionase.

—Entonces te llamo, supongo —dije—. Te tengo en el móvil.

Lo mantuve en alto para que pudiese comprobarlo.

—Estoy en tu móvil —dijo.

Bajé la vista y una vez más me sentía tímida. Si hacer esto era lo acertado, ¿no debería no haber advertido esta timidez y no haber resultado ya familiar? ¿Fácil? No estaba segura. No estaba segura de que en la práctica éste no fuese el comienzo de la mejor parte de todas. Y aún, de vuelta a casa, la gente seguiría pululando por allí, mi madre, y casualmente, Josh. Habría que explicar muchas cosas, habría mucho tiempo para analizar qué ocurriría después. Al final, pasaría un tiempo antes de que efectuase la llamada a Berringer. Pero ahora, antes de dejarle, observé su rostro detenidamente para recordarme a mí misma que quería hacer la llamada. Realmente quería hacerla.

Berringer acarició mi oreja, retirándome el pelo suavemente.

—Tienes una cara tan bonita —dijo.

Sonreí y luego bajé la vista, en gran medida porque yo estaba a punto de decirle lo mismo.

Lo que parecía un buen punto por el que comenzar.



Cuando empecé a pensar en el brindis de la boda de Josh, y cuando, debido a la misma, comencé a indagar en todo lo relativo a las diferentes costumbres nupciales, me tropecé con la información referida a ellas. Resulta que había una antigua costumbre francesa de colocar un trozo de pan chamuscado en el fondo de los vasos de vino; hablamos de antaño, cuando todavía había que decantarlo debido a los abundantes sedimentos. Gracias al pan, se absorbían todos los residuos. Se absorbía lo que sobraba para poder disfrutar de lo que se debía disfrutar. A este proceso los franceses le daban el nombre de «tostar».

Y mientras yo conducía a altas horas de la madrugada por mi pueblo natal después de la boda que nunca fue, tras los fuegos artificiales, la despedida de soltero, el viaje por carretera, el apagón, las servilletas húmedas de mi madre, la tarta de piña, el intermitente roto —esa pequeña y resquebrajada flecha direccional—, el amor perdido y las vidas no vividas, pensé en lo que diría a estas alturas al brindar por mi hermano, en el caso de que alguna vez necesitase que yo volviese a brindar por él. Y por primera vez en mucho tiempo conocía la respuesta. Conocía la respuesta sin el menor género de dudas.

Buscaría el camino hacia aquí —empezaría por donde todo arrancó— en la piscina de Scarsdale. Por segunda vez en el fin de semana más largo y más corto de mi vida.

Cuando llegué allí, vi el solitario coche de Josh en el estacionamiento, bajo las tres farolas encendidas del aparcamiento, que destellaban luz.

Aparqué junto a él y miré en el interior del coche. Las puertas estaban sin el seguro echado y el motor aún estaba caliente. Luego abrí el portaequipaje, y saqué el kit de primeros auxilios de la esquina donde siempre lo guardaba. Lo sujeté bajo el brazo y traté de seguir los pasos de él, hasta el agujero de forma oval que todos conocíamos y que estaba en el cercado trasero, y subí hacia el cerro. Ahora el lugar estaba completamente desierto, en silencio. Incluso desde lejos, pude distinguir el contorno de su sombra. Sabía dónde buscar.

Caminé rápida, deliberadamente, y de vuelta a donde habíamos estado sentados la otra noche. Y ahí estaba Josh, tumbado boca arriba, él solito. A su lado estaba amontonada la chaqueta del traje y las llaves. Tenía una gran linterna azul.

Me quedé frente a él, porque al principio pensé que no diría nada.

Pero me sorprendió.

—¿Crees que es seguro pasear por los alrededores de recintos públicos cerrados como éste? —preguntó.

Yo aún seguía de pie.

—No es inseguro —dije—, porque podría ser una de las ventajas de volver a casa.

—Y supongo que no es poco.

Se sentó y me miró más de cerca, dándose cuenta de que yo llevaba en la mano el kit de primeros auxilios.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Necesito que me hagas un apaño —dije. Luego desplacé las cosas que tenía amontonadas, me senté en el mismo sitio donde habían estado y me quité las chanclas. Agarró mi pie convaleciente, lo elevó y sostuvo el talón en la mano.

—¿Qué es lo que pisaste exactamente? —preguntó.

—Exactamente, una botella rota de Amstel Light —dije—. Pienso que se hizo añicos dentro del pie. Estoy segura de que aún tengo cristales dentro.

Alumbró la zona con la linterna y presionó ligeramente sobre la herida con la yema del dedo.

—No tiene mala pinta —dijo.

—No es que sea muy grande —opiné.

Pero tan pronto como lo dije, empecé a pensar en el primer curso que hizo Josh en la escuela de medicina. Yo había ido a verlo para estar con él y estuve ojeando uno de sus libros. ¿Cuál fue la frase que leí, que siempre quedará en mi memoria? El cuerpo puede alojar toda clase de objetos extraños, siempre y cuando necesite hacerlo. Ahora me preguntaba si eso era cierto, si lo recordaba con precisión o lo estaba repasando. Pero durante los siguientes dos minutos me limité a permitir que fuese cierto, especialmente porque esa ni siquiera era mi verdadera pregunta. Mi verdadera pregunta era, ¿cómo podía el cuerpo hacer algo así? ¿Cómo sabía a qué aferrarse y cuándo desprenderse de algo?

Josh sacó un par de pinzas, un poco de gasa y empezó a golpear ligeramente la zona.

—Por si te lo preguntabas —dijo—, volví aquí porque lo que más quería en el mundo era estar en un lugar muy, muy tranquilo.

Tiré del pie hacia atrás tan pronto como sentí el metal.

—¿Es ése tu modo de decirme que me pire de aquí una vez haya terminado?

—Ése es mi modo de decir que no quiero gritos.

Le devolví el pie. La linterna se reflejó sobre su rostro y le hizo parecer más joven y más viejo de lo normal. Era un rostro ceñudo que me devolvía la mirada e intentaba concentrarse con fuerza.

—¿Será éste el peor momento en el que pueda preguntarte cuáles son tus planes a partir de ahora? —dije.

Permaneció un rato en silencio, centrado en mi pie y con las pinzas por delante.

—Sé que soy un capullo —dijo.

—No eres un capullo, Josh —dije—. Un capullo habría seguido adelante.

—Pero en primer lugar, un buen tipo no habría permitido que las cosas llegaran tan lejos. —Se encogió de hombros y desplegó media sonrisa—. No paro de pensar

que no soy esa clase de tío al que se vitorea.

—Quizás aún no —comenté, pero le sonreí al decirlo. Porque casi lo era. O quizás porque yo me creí que podría serlo. En el fondo, aún estaba segura de ello.

—Fue extraño lo de antes ¿sabes? Siempre pensé que al llegar el día en que te casabas te acordarías de todas las razones por las que amabas, y eso bastaría para seguir adelante con el asunto.

—¿Y no fue así?

—No, eso es precisamente lo que ocurrió. Pero se produjo el efecto contrario. Cuanto más la amaba, más me di cuenta de que eso no bastaba.

Doblé la rodilla, acercando el pie más hacia él, facilitándole poder hacerse con la planta.

—Ahora voy a tirar —dijo—. Sentirás como un pellizco, pero nada más.

Eso no era precisamente un consuelo. Josh me había dicho hacía tiempo que «pellizco» era la palabra que utilizaba con sus pacientes cuando lo que quería decir en realidad era dolor. Iba a decírselo, pero tenía su encanto ver cómo se concentraba. Incluso al comienzo del pellizco. Me hizo recordar otra cosa acerca de él. Algo que tenía poco que ver con todo esto.

—¿Cuándo volverás a Rhode Island? —pregunté.

Dudó por un minuto, pero pude verlo a través de su rostro. Lo sabía perfectamente.

—Mañana por la mañana.

Asentí con la cabeza y permanecí en silencio. Habría querido preguntarle por el resto. Quería preguntarle si él pensaba que ella le dejaría quedarse, si él pensaba si tan siquiera que se merecía esa oportunidad de intentar que se resolviesen las cosas. Pero en realidad eso no parecía venir al caso. El caso era que él sabía dónde quería ir. Por una vez, y a ese respecto, tenía las cosas claras. Y en la práctica se había movido. Había tenido coraje. Y eso me hizo sentirme orgullosa de él.

—A lo mejor te puedes pasar por Narragansett en las dos semanas siguientes y así me ayudas a mudarme.

Alzó la vista y me miró. En su rostro pude distinguir las preguntas: ¿se acabó? ¿Así, sin más? ¿No más esposas? ¿No más de todo esto?

—Tiene gracia, ¿verdad? —dije—. Justo cuando mamá y papá me sacan de Rhode Island, vas tú y te metes.

—Estoy convencido de que lo encontrarán divertidísimo —dijo. Movié la cabeza y dio un último tirón. Dolió tanto que casi quemaba—. Dios ¿puedes imaginarte a mamá yendo a verme allí? Le dará un ataque al corazón con aquellos perros.

Visualicé a Josh en la granja, junto a Elizabeth y a Grace, con ese aspecto tan seguro, tan dispuesto. Ahora sabía que eso era todo lo que ella quería para nosotros, esa especie de esperanza.

—Sí —dije—. Puedo.

Josh apartó las pinzas, me vendó la herida con dos capas gruesas de gasa y la tensó con esparadrapo. Luego le dio un golpecito a mi pie, en señal de que el paso por el mini quirófano había tocado a su fin.

—¿Ya está?

—Ya está.

Sacudí el pie, que empezaba a parecerse un poco a un cucurucho. Sin embargo me sentía bastante bien.

—¿Es que no vamos a hablar de ello? —preguntó Josh, tratando de que le mirase—. ¿De cómo dejas atrás el proyecto de las esposas?

El proyecto de mis esposas. Todas ellas descansando en su nuevo hogar en los márgenes del paseo arbolado del río Hutchinson. Mientras pensaba en ello, volví a sentir un pellizco. Pero la verdad era que ni las novecientas esposas consiguieron lo que yo me había propuesto: no consiguieron que terminase bien mi primera historia de amor. Y no pudieron decirme cómo seguir adelante hasta que empecé a moverme. Como poco, era bueno que ya no las necesitase en absoluto. Y quizás fuese mejor, que después de todo me hubiesen enseñado algo, que por supuesto no estaba relacionado con averiguar cómo saber esperar. Sino con vivir, a tope, incluso cuando esperas lo que quiera que piensas que anhelas.

—Cuando estés preparado para sermonearme con el yo-ya-te-lo-dije, Josh —dije—, házmelo saber. Simplemente me taparé los oídos.

Disintió con la cabeza.

—No, ¿sabes qué? Creo que voy a pasar del tema.

Sonreí y le observé mientras reunía sus cosas, recogía la linterna y se levantaba, estirando los brazos. Luego con la mano que tenía libre, tiró de mí y yo también me levanté.

—Simplemente no entiendo cómo has podido estar todo el día dando vueltas por ahí con el pie así —dijo—. Ha debido dolerte mucho.

—Bueno, creo que ambos llevamos un rato provocándonos cierto dolor a nosotros mismos —dije.

Puso los ojos en blanco al mirarme, algo que creo, yo me merecía.

—¿Podríamos ahorrarnos lo de filosofar, por favor? —dijo.

—Lo siento. Pensé que era el momento de hacerlo.

Encendió la linterna, alumbrándome la cara durante un instante, antes de dirigirla hacia el aparcamiento. Empezamos a tomar esa dirección. Josh estaba detrás, a medio paso de mí. En cuatro semanas, de camino a Los Ángeles, yo volvería para hacer una fotografía. Querría recordar cómo me sentí al sentarme aquí, llevarme conmigo esa sensación de alivio que yo sabía que ambos experimentábamos. En primer lugar, ese momento que aumenta silenciosamente y que con el tiempo, yo entiendo, proviene de

soltar las cosas que sujetas con demasiada fuerza. Pero volví de día y todo guardaba un aspecto diferente. Donde habíamos estado había una sombrilla de color arco iris enorme, los bordes de dos toallas de playa rojas que sobresalían por debajo de la sombrilla. De todos modos sería importante tomar una fotografía del lugar. Desde el ángulo que yo disparé sólo se distinguía la cresta de la sombrilla: un remolino de colores vivos frente al sol de agosto, intenso y resplandeciente pero distante de mí, benigno. Que en realidad demostró ser el epílogo más esperanzador al fin de semana, aquel fin de semana de locos, que podía esperar.

—Por cierto ¿solucionaste alguna vez lo de mi brindis? —dijo Josh, mientras se adelantaba y se situaba junto a mí—. Lo que habrías dicho hoy, ¿si hubieses tenido que terminar levantándote y decir algo?

—No llegué tan lejos. —Me encogí de hombros—. Pero probablemente habría sido algo bastante breve.

—¿Cómo de breve? —dijo, mientras empezaba a sonreír. Distinguí cómo trepaba la diversión por su voz, y su tono familiar y sarcástico.

Estaba disfrutando mucho. Sin embargo, le respondí con una sonrisa, en gran medida porque lo que yo hubiese hecho y dicho, ya no importaba. Ahora había otras cosas que tenían mayor importancia. Hay palabras y hay sentimientos y la verdad se encuentra en algún lugar donde ambos coinciden. Ésta era mi verdad: yo estaba preparada para marcharme a casa. Ambos lo estábamos, pensé, por fin, para lo que quiera que viniese después.

Me detuve, pero sólo por un instante.

—Simplemente, ya sabes, las cosas verdaderamente importantes —dije—. Que estés bien, que seas feliz, que seas sincero. Y luego, claro... ¡salud!

Fue entonces cuando alcé mi vaso imaginario y a todo le concedí un último momento y proseguí.



LAURA DAVE nació en Nueva York en 1977. Sus escritos han aparecido en publicaciones como *Self*, *Glamour*, *The New York Observer* y *ESPN the Magazine*. Graduada por la Universidad de Pennsylvania, también realizó el programa para graduados en escritura creativa de la Universidad de Virginia. En esta universidad consiguió varios premios: Henry Hoyns Fellowship, Tennessee Williams Scholarship, y AWP.